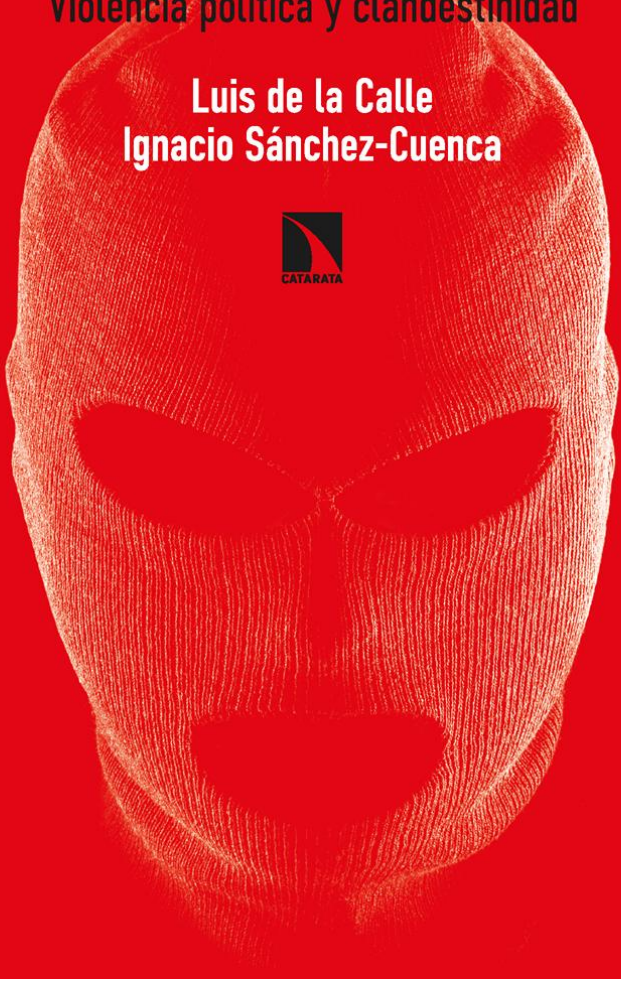
La naturaleza del terrorismo

Violencia política y clandestinidad

Luis de la Calle
Ignacio Sánchez-Cuenca

CATARATA

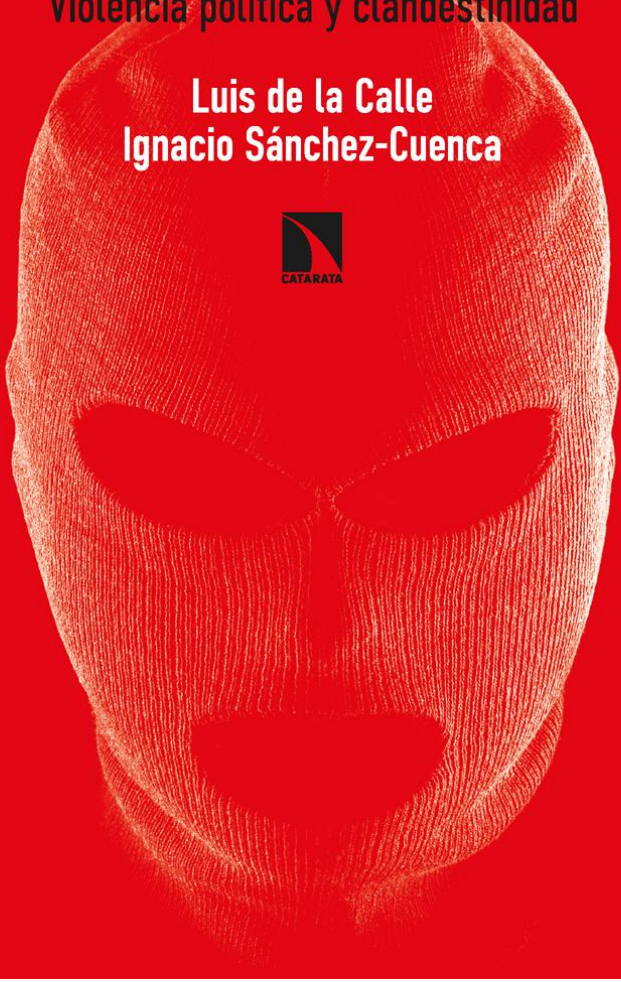


La naturaleza del terrorismo

Violencia política y clandestinidad

Luis de la Calle
Ignacio Sánchez-Cuenca

CATARATA



La naturaleza del terrorismo

Violencia política y clandestinidad

Luis de la Calle
Ignacio Sánchez-Cuenca

CATARATA

Índice

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. LO QUE EL TERRORISMO NO ES

1.1. Sobre las clasificaciones y las clases naturales

1.2. Tipologías de la violencia

1.3. Ámbitos de ambigüedad

1.4. Concepciones inadecuadas

1.5. Definiciones mixtas

1.6. Conclusiones

CAPÍTULO 2. EL TERRORISMO COMO VIOLENCIA POLÍTICA CLANDESTINA

2.1. Control territorial

2.2. La clandestinidad: violencia y espacio

2.3. Terrorismo y violencia política clandestina

2.4. Un mapa conceptual del terrorismo

2.5. Terrorismo de Estado

CAPÍTULO 3. ASIMETRÍA, CONTROL TERRITORIAL Y TÁCTICAS REBELDES

3.1. Asimetría

3.2. Asimetría y control territorial: el punto de vista del actor

3.3. Asimetría y tácticas rebeldes: el punto de vista de la acción

3.4. Conclusión

CAPÍTULO 4. VARIACIONES EN EL CONTROL TERRITORIAL ENTRE GRUPOS ARMADOS

4.1. Tupamaros

4.2. ETA

4.3. Sendero Luminoso

4.4. Conclusiones

CAPÍTULO 5. VARIACIONES EN EL CONTROL TERRITORIAL DENTRO DE LOS GRUPOS ARMADOS

5.1. El conflicto palestino-israelí

5.2. El Estado Islámico

5.3. Conclusiones

CONCLUSIONES. NUEVAS DIRECCIONES EN EL ESTUDIO DEL TERRORISMO

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

Luis de la Calle

Es profesor de Métodos Cuantitativos en la Universidad de Sheffield y profesor asociado en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) de Ciudad de México (en excedencia). Su trabajo se centra en los conflictos y la construcción del Estado. Sus artículos han aparecido en revistas como Annual Review of Political Science, The Journal of Politics, International Studies Quarterly, Journal of Conflict Resolution y Journal of Peace Research. Su último libro es Nationalist Violence in Postwar Europe (Cambridge University Press, 2015).

Ignacio Sánchez-Cuenca

Es catedrático de Ciencia Política en el Instituto Carlos III-Juan March de Ciencias Sociales (Madrid). Su trabajo se centra en los conflictos y la política comparada. Sus artículos han aparecido en revistas como Annual Review of Political Science, British Journal of Political Science, Journal of Conflict Resolution y Journal of Peace Research. Su último libro es The Historical Roots of Political Violence. Revolutionary Terrorism in Affluent Countries (Cambridge University Press, 2019). Ha coeditado (con J. M. Maravall) Controlling Governments. Voters, Institutions, and Accountability (Cambridge University Press, 2008). También ha publicado varios libros en español sobre la política española.

Luis de la Calle e Ignacio Sánchez-Cuenca

La naturaleza del terrorismo

Violencia política y clandestinidad

CATARATA

Diseño de cubierta: PABLO NANCLARES

© Luis de la Calle e Ignacio Sánchez-Cuenca, 2024

© Los libros de la Catarata, 2024

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

La naturaleza del terrorismo.

Violencia política y clandestinidad

isbne: 978-84-1067-139-3

ISBN: 978-84-1067-112-6

DEPÓSITO LEGAL: M-21.103-2024

thema: JPWL/JPWQ

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Cuando este libro entró en el proceso de producción editorial en su versión original en inglés (Underground Violence. On the Nature of Terrorism, Oxford University Press) no había tenido aún lugar el traumático ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023, que produjo más de 1.100 víctimas israelíes, la mayoría civiles (685). Hubo unanimidad en los medios en describir ese ataque como un hecho terrorista. Quienes se expresaron de esta forma querían dejar clara su condena absoluta e incondicional de la atrocidad cometida por Hamás. El supuesto del que partían muchos de quienes utilizaron así el término es que, si no se calificaba el ataque de Hamás como un ataque terrorista, se estaba adoptando una postura equidistante, o peor aún, favorable a la organización islamista. Según esta manera de ver las cosas, cuando se subraya que Hamás es una organización terrorista y que los hechos del 7 de octubre fueron un caso de terrorismo, se está no solo describiendo una realidad, sino que además se la valora moralmente en los términos más negativos posibles.

En este libro hemos intentado alejarnos de este uso del término terrorismo. Por descontado, consideramos execrable desde todo punto de vista la matanza de civiles, sea quien sea el autor de la violencia, pero nos parece que la palabra terrorismo no debería utilizarse simplemente como un agravante moral del discurso. A pesar de toda la carga valorativa que arrastra la palabra, creemos que el terrorismo puede caracterizarse en términos puramente analíticos, dejando a un lado posiciones morales que, por lo demás, son plenamente legítimas siempre y cuando esté clara la intención con la que se hable o escriba.

Esta obra trata de descubrir el principio generativo del terrorismo, que, a nuestro juicio, es la condición clandestina o secreta de la violencia, derivada de la ausencia de control territorial. Que un acto violento o un grupo armado sean terroristas depende, ante todo, de si la violencia se lleva a cabo clandestinamente o no. Desde esta

perspectiva, el ataque del 7 de octubre no se parece demasiado a los ataques terroristas típicos, que se caracterizan por un número reducido de perpetradores y por ser actos efímeros, breves. Pensemos en el caso de ETA. Los terroristas de ETA tenían que esconderse cuando estaban en España, operaban siempre en secreto y sus atentados (un tiro en la nuca, un coche bomba) eran ataques que no se desarrollaban en el tiempo (tenían una duración muy corta) y que involucraban a un número muy limitado de perpetradores. Según nuestro argumento, la razón por la que decimos que ETA era un grupo terrorista y, por ejemplo, las FARC colombianas un grupo guerrillero, no es porque la violencia de las FARC sea legítima y la de ETA no, o porque un grupo matara a civiles y otro a fuerzas de seguridad, sino porque las FARC tenían control territorial y por eso sus miembros, que se contaban por miles, podían enfrentarse abiertamente al Ejército colombiano en operaciones militares en las que participaban decenas o centenares de guerrilleros.

Pues bien, según nuestro esquema analítico, el ataque de Hamás del 7 de octubre se parece más, por su ejecución, a un ataque guerrillero —como los que las FARC protagonizaron en su día— que a un atentado terrorista de ETA. El ataque supuso una invasión del territorio de Israel en torno a la Franja de Gaza, tomaron parte en el mismo alrededor de 3.000 miembros de Hamás y de otras organizaciones palestinas, se ocuparon algunas localidades israelíes y la operación duró más de 24 horas. No fue un ataque secreto o clandestino, aunque sí por sorpresa. En este sentido, el 7 de octubre se asemeja mucho a las masacres ejecutadas por el Grupo Islámico Armado (GIA) durante la guerra civil en Argelia. Este grupo realizó varias incursiones nocturnas en poblados en los alrededores de Argel, en las que asesinaron a decenas de personas acusadas de colaborar con el ejército. Sus procedimientos fueron especialmente crueles, como los de Hamás, con un alto número de víctimas civiles. Pero la lógica de esta violencia estaba basada en la ocupación del espacio y la imposición de orden en contextos de autoridad disputada, algo poco común en organizaciones terroristas como ETA.

A quien esté interesado principalmente en la dimensión moral del ataque, las distinciones que estamos realizando le resultarán

irrelevantes o, incluso, insidiosas. Fuese como fuese el ataque, el caso es que hubo una masacre inaceptable e ilegítima de ciudadanos israelíes. Nosotros no rechazamos ese acercamiento a la cuestión, pero no es el que seguimos en este libro. Nos interesa entender en qué sentido la violencia terrorista es similar o distinta de la violencia que tiene lugar en guerras civiles, genocidios o guerras entre Estados. Y aspiramos a convencer a los lectores que nos sigan a través de este trabajo de que hay buenas razones para proceder a un análisis sistemático sobre la naturaleza del terrorismo. Una vez que se adopta un esquema analítico, se pueden extraer consecuencias acerca de las condiciones en que será más probable observar el terrorismo y someter esas ideas a prueba empírica. Dicho de otro modo, una vez que entendemos adecuadamente la naturaleza del terrorismo, podemos proceder a explicar su incidencia en diversos lugares y periodos.

El libro no está escrito pensando en el especialista, sino en un lector interesado en el tema. No obstante, el capítulo 3 hace uso de técnicas estadísticas para comprobar algunas hipótesis generales. Es este el único capítulo que requiere cierto conocimiento técnico y que está en mayor medida orientado a nuestros colegas académicos. Esperamos, en cualquier caso, que la propuesta de este texto contribuya a una mayor claridad sobre lo que es el terrorismo, asunto que sigue teniendo gran relevancia en el debate público.

PREFACIO

En las ciencias naturales, los conceptos (electrón, gen, hidrógeno y gravedad) los crean los propios científicos. Se definen de forma precisa, su significado está bien establecido y el debate científico no se ve afectado por lo que se dice o piensa más allá de los muros del mundo académico. En las ciencias sociales, por el contrario, muchos de los conceptos que se estudian, analizan y debaten tienen vida propia, no dependen solamente de lo que dictamine la comunidad académica. La gente los utiliza en contextos muy diferentes, con independencia de lo que prescriban los científicos sociales. Pensemos en lo que nos suele costar ponernos de acuerdo en nuestras conversaciones públicas sobre el significado de términos como populismo, democracia, legitimidad, movimientos sociales o… terrorismo.

La naturaleza del terrorismo es especialmente ambigua y genera profundos desacuerdos tanto en el debate público como en los círculos académicos. Además, el concepto ha evolucionado considerablemente. Tras los atentados de Al Qaeda del 11-S, sufrió varias mutaciones. Por un lado, la mayoría de los investigadores y expertos abandonaron la idea misma de terrorismo de Estado, que solía estar bastante extendida; hoy en día, el terrorismo se entiende comúnmente como la violencia llevada a cabo por rebeldes, insurgentes, criminales o cualquier otro actor no estatal. Por otro lado, la violencia terrorista se ha extendido a otros tipos de violencia que en el pasado se describían habitualmente como violencia insurgente o guerrillera, transformando el terrorismo en un término general que abarca toda la violencia no legítima.

La literatura sobre el Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS, por sus siglas en inglés) da fe de esta confusión. Los gobiernos y los organismos estatales e internacionales clasifican al ISIS como grupo terrorista y muchos estudiosos siguen su ejemplo. Sin embargo, hay voces discrepantes que consideran que un grupo armado que se constituyó como un ejército convencional, con alrededor de 30.000

combatientes en su momento álgido, con control territorial sobre un área mayor que Gran Bretaña, y que actuaba como un Estado bajo la forma de un califato, no puede considerarse un grupo terrorista o, al menos, no en el mismo sentido en el que decimos que, por ejemplo, las Brigadas Rojas italianas de finales de los años setenta y principios de los ochenta eran un grupo terrorista. Hay también quienes adoptan una postura más matizada, argumentando que el ISIS no es un grupo terrorista, sino una insurgencia que comete atentados terroristas[1].

El ejemplo de ISIS ilustra bien el problema. No es que los hechos sean dudosos. Al contrario, no hay desacuerdos sobre las características fundamentales de este grupo armado en cuanto a tamaño, tácticas, dominio sobre la población local, objetivos, estructura o tecnología de la violencia. El problema radica más bien en nuestras categorías, que significan cosas diferentes según el punto de vista que se adopte.

El debate no es solo terminológico; tiene implicaciones tanto para las estrategias antiterroristas como para la búsqueda de las causas de la violencia política. Los medios utilizados para combatir a las Brigadas Rojas son inadecuados cuando se trata de luchar contra el ISIS. Y, del mismo modo, las condiciones en las que surge un grupo como las Brigadas Rojas no son las mismas que las asociadas a la formación del ISIS.

Este libro sostiene que, a pesar de toda la bruma que rodea al concepto, hay una lógica subyacente en la forma en la que hablamos de terrorismo. Esta lógica suele estar oculta bajo capas de ideología y confusión, pero, mediante un análisis cuidadoso de cómo se ha utilizado el término en el pasado, podemos acceder a ella.

En nuestra opinión, no tenemos que renunciar al término terrorismo e inventar de cero una nueva categoría; tampoco es necesario que sigamos la tendencia posterior al 11 de septiembre que iguala terrorismo y violencia política en general. En este libro, más bien, nos movemos sobre una delgada línea tratando de descubrir algunas verdades profundas en la forma en que hablamos del terrorismo, pero, a la vez, filtrando algunos rasgos accidentales o contingentes que a veces se asocian con este tipo de violencia.

La característica específica del terrorismo, según defendemos, es la naturaleza clandestina de su violencia. No somos los primeros en avanzar esta tesis. En los capítulos siguientes mencionaremos a otros autores que afirmaron algo parecido antes que nosotros. Nuestra contribución consiste en explorar todas las implicaciones de esta idea y construir un marco conceptual en el que la naturaleza del terrorismo se distinga claramente de otros tipos de violencia política.

A diferencia de otras formas de violencia, la violencia política clandestina no requiere ningún control del territorio en el que tiene lugar el acto violento. Al no haber dominio del espacio, los autores deben actuar en secreto y sus ataques no pueden alargarse en el tiempo (en comparación con la duración que despliegan las batallas o los asaltos armados). El ataque clandestino por excelencia es la activación de un artefacto explosivo. La bomba se coloca secretamente en el terreno del enemigo y se hace explotar a distancia (los terroristas suicidas no son más que una variación de este tema). Este tipo de artefactos explosivos se ajusta especialmente bien a las limitaciones bajo las que operan las organizaciones clandestinas.

Entender el terrorismo como violencia política clandestina da sentido a muchas ideas que suelen asociarse al término; por ejemplo, que el terrorismo es el “arma de los débiles” o que el terrorismo es una forma extrema de violencia asimétrica. Cuando un actor no puede hacerse con el control de un territorio bien defendido porque carece del poder militar necesario para ello, ha de recurrir a tácticas clandestinas. Así ocurre cuando se da una profunda asimetría de poder militar entre los rebeldes y el Estado. Las Brigadas Rojas, por seguir con el ejemplo anterior, eran un grupo pequeño frente al Estado italiano incluso durante la década de 1970, su momento de máximo apoyo popular. Pero, aunque no podían aspirar a liberar partes de Italia, el grupo causó estragos mediante ataques clandestinos contra las fuerzas de seguridad y las instituciones italianas. Dada la disparidad de recursos entre el Estado y el grupo revolucionario, las Brigadas Rojas optaron por los atentados terroristas. En los capítulos siguientes se analizan otros muchos ejemplos.

Este libro desarrolla en diferentes direcciones, tanto conceptuales como empíricas, un enfoque del terrorismo entendido como violencia política clandestina. Nuestro objetivo consiste en demostrar que esta idea, aparentemente sencilla, tiene la virtud de poner orden en un debate que siempre ha sido cacofónico y frustrantemente inconcluso; y, asimismo, que puede utilizarse en el análisis empírico para arrojar luz sobre los determinantes y la dinámica del terrorismo.

La obra que se presenta a continuación representa la culminación de muchos años de trabajo individual y conjunto sobre el terrorismo, en el que hemos avanzado de forma fragmentaria, lenta y no lineal. Durante todo este tiempo, hemos publicado dos monografías sobre terrorismo occidental, una sobre violencia nacionalista (De la Calle, 2015a), otra sobre violencia revolucionaria (Sánchez-Cuenca, 2019), así como artículos académicos en coautoría. Creemos que ha llegado el momento de transformar estas ideas y hallazgos dispersos en un análisis unificado del fenómeno. En nuestra opinión, la potencia de nuestra tesis central solo puede evaluarse en el formato de un libro, con espacio suficiente para persuadir al lector de que nuestras propuestas teóricas y nuestros análisis empíricos tienen sentido y suponen un paso adelante en el debate sobre la naturaleza del terrorismo. El producto final, sin embargo, no es una mera repetición de nuestros trabajos anteriores. Aunque nos basamos en ellos, ofrecemos un tratamiento más sistemático de los argumentos anteriores, presentamos nuevos análisis estadísticos y mostramos varios estudios de casos que ilustran los argumentos principales.

El libro se ha beneficiado de los comentarios de muchos colegas. En cierto sentido, se trata de un trabajo cocinado a fuego lento. Hemos encontrado cierto escepticismo e incluso cierta resistencia ante algunas de las ideas presentadas aquí. Esto nos ha obligado a afinar nuestras afirmaciones. Estamos especialmente agradecidos a dos revisores anónimos y a nuestro editor en Oxford University Press, Dominic Byatt, quien nos proporcionó un asesoramiento inestimable para la edición en inglés. También recibimos sugerencias muy útiles en una sesión de trabajo sobre el manuscrito celebrada en junio de 2021 en el Instituto de Ciencias Sociales Carlos III-Juan March de la Universidad Carlos III; queremos dar las gracias a los comentaristas

principales, Robert Fishman, Guillermo Kreiman, Luis F. Medina, Isik Ozel y Francisco Villamil, así como a todos los demás participantes. Los primeros borradores de distintas secciones del manuscrito se presentaron en el University College de Londres y en la Universidad de Stanford, donde obtuvimos comentarios estimulantes y útiles. Las estancias de investigación en el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento (CASBS) de la Universidad de Stanford (De la Calle) y en el Nuffield College de la Universidad de Oxford (Sánchez-Cuenca) nos brindaron la oportunidad de completar el manuscrito.

INTRODUCCIÓN

1.

En septiembre de 1982, un grupo de unos 30 miembros de la organización maoísta Sendero Luminoso (SL) entró por primera vez en el pueblo peruano de Lucanamarca, en la provincia de Víctor Fajardo. Lucanamarca es un asentamiento rural de montaña de unos 2.500 habitantes, cuya principal fuente de actividad económica es la ganadería. Aquel primer día, los senderistas colocaron una bandera roja y convocaron a la población a participar en una asamblea abierta. Los guerrilleros se presentaron e informaron a todos sobre la revolución en curso y los planes económicos de SL, que incluían la redistribución de tierras y ganado. Los senderistas se marcharon tras la asamblea, pero, en las semanas siguientes, realizaron varias visitas más. Finalmente, se anunciaron como la nueva autoridad en el pueblo y pidieron a los habitantes del lugar que les obedecieran. Poco después empezaron a organizar la vida local y obligaron a varios hombres a participar en operaciones armadas en otras localidades. SL creó una escuela popular para adoctrinar a la gente. Cuando la organización consideró que Lucanamarca estaba preparada, anunció que, a partir del 1 de enero 1983, el distrito era una "zona liberada". Unas semanas más tarde Sendero asesinó al juez de paz de la localidad, Leonardo Misaico.

Vale la pena proporcionar algunos datos sobre el líder de SL en Lucanamarca, Olegario Curitomay. Curitomay había cursado estudios secundarios, pero no llegó a ingresar en la universidad; su principal actividad era la venta de ganado. Su mujer murió mientras daba a luz a su hija. La niña solo vivió un año; según algunas fuentes murió de desnutrición (Falconí, Jiménez y Alfaro, 2007: 80). Tras estos trágicos sucesos, Curitomay se unió a Sendero. Anteriormente, su familia se había enfrentado a la familia Huancachuari, los mayores propietarios de ganado de Lucanamarca

(Falconí, Jiménez y Alfaro, 2007: 100). El jefe de la familia, Marciano Huancachuari, fue acusado de haber explotado a sus pastores; SL lo mató a él, a su esposa y a su yerno en febrero de 1983.

Estos asesinatos provocaron una rebelión campesina contra Sendero. Varios guerrilleros fueron capturados y asesinados, entre ellos Olegario Curitomay, que fue golpeado, fusilado y quemado en una plaza pública. La represalia de la guerrilla fue brutal. El 3 de abril, un grupo de entre 80 y 100 guerrilleros, algunos uniformados, unos pocos portando armas de fuego, la mayoría, hachas, machetes y cuchillos, asaltaron la zona durante unas ocho horas y mataron a varias personas a lo largo de su avance antes de llegar a Lucanamarca a las cuatro de la tarde. Una vez allí, reunieron a numerosos habitantes en la plaza pública, incluidos niños y mujeres, y mataron a 18 de ellos. El balance final no está claro; según la Comisión de la Verdad peruana, 69 personas perdieron la vida aquel día[2].

Esta fue la peor masacre de SL. En la llamada "entrevista del siglo", el líder del grupo, Abimael Guzmán (alias Camarada Gonzalo), fue preguntado por Lucanamarca. Habló con gran claridad:

Frente al uso de mesnadas y la acción militar reaccionaria respondimos contundentemente con una acción: Lucanamarca, ni ellos ni nosotros la olvidamos, claro, porque ahí vieron una respuesta que no se imaginaron, ahí fueron aniquilados más de 80, eso es lo real; y lo decimos, ahí hubo exceso, como se analizara en el año 83, pero toda cosa en la vida tiene dos aspectos: nuestro problema era un golpe contundente para sofrenarlos, para hacerles comprender que la cosa no era tan fácil; en algunas ocasiones, como en esa, fue la propia Dirección Central la que planificó la acción y dispuso las cosas, así ha sido… Pero, insisto, ahí lo principal fue hacerles entender que éramos un hueso duro de roer, y que estábamos dispuestos a todo, a todo (De Gregori, 1983: 143).

Guzmán no mostró ningún remordimiento. Creía que Sendero tenía

que recuperar su autoridad imponiendo un duro castigo a los campesinos rebeldes. La guerrilla pretendía hacerles entender quién era el nuevo gobernante de la zona y cuáles eran las consecuencias de la desobediencia. Guzmán admite que pudo haber excesos ese día, pero aprobó la operación y su intención.

A finales de la década de 1980, Sendero consideró que las condiciones estaban maduras para la culminación de la "guerra popular" mediante ataques sistemáticos a la capital, Lima, que desencadenarían un levantamiento de masas y llevarían a SL a tomar el poder (Burt, 1998). La violencia alcanzó su punto álgido durante la primera mitad de 1992. La campaña en Lima se aceleró de dos maneras. Por un lado, SL se infiltró en las barriadas que rodeaban la ciudad; actuando en la clandestinidad, se dedicó al sabotaje y a la agitación política, además de intentar asegurar el orden público mediante ataques contra pequeños delincuentes y drogadictos. Burt (1998) analizó la presencia y las acciones de SL en Villa El Salvador, donde Sendero asesinó a una conocida política y activista local, María Elena Moyano, por sus críticas abiertas a la organización, el 15 de febrero 1992. Por otro lado, el grupo maoísta trató de aterrorizar a los habitantes de Lima y desmoralizar a las fuerzas de seguridad mediante coches bomba. Según la Comisión de la Verdad peruana, 37 coches bomba explotaron en Lima durante los seis primeros meses de 1992, creando la impresión de que SL podría ganar[3]. El atentado más mortífero fue el coche bomba que estalló en la calle Tarata, en Miraflores, un barrio de clase alta de Lima, apenas dos días después del autogolpe de Estado realizado por el presidente, Alberto Fujimori, con el consentimiento de los militares. El coche explotó hacia las nueve de la noche y destruyó un edificio entero: 25 personas murieron, cinco desaparecieron y 155 resultaron heridas. Todas las víctimas eran civiles e incluían niños, como Vanessa Quiroga, de 12 años.

Los autores tuvieron que improvisar, ya que el blanco inicial[4], un banco cercano, estaba vigilado por agentes de seguridad. Sin embargo, SL decidió continuar con la operación dejando el coche aparcado entre los edificios de viviendas de la calle Tarata. El propio Guzmán consideró que la masacre fue un error. Durante su juicio, negó cualquier responsabilidad en el atentado y dijo que nunca debería haber ocurrido.

Merece la pena analizar los parecidos y diferencias entre las masacres de Lucanamarca y Tarata. En cuanto a las similitudes, los dos ataques tuvieron como blanco a civiles y provocaron un elevado número de víctimas mortales. Además, ambos ataques presuponían una distinción entre los blancos directos e indirectos de la violencia. Así, en el caso de Lucanamarca, la violencia tenía como fin dar una dolorosa lección a los campesinos que desafiaron la autoridad de SL. Las víctimas mortales eran los blancos directos, pero el mensaje iba dirigido a la población local que vivía en las zonas liberadas por Sendero. Del mismo modo, en el bombardeo de Tarata, los 25 civiles que perdieron la vida eran los blancos directos, pero el blanco indirecto, la audiencia, era la población civil de Lima.

También hay algunas diferencias notables entre las dos masacres. Las armas eran diferentes en cada caso: armas de fuego, hachas y machetes en Lucanamarca; un artefacto explosivo en Tarata. En el ataque de Lucanamarca intervinieron más de ochenta miembros del grupo, algunos de ellos vestidos con uniforme militar, mientras que la operación de Tarata requirió muy pocas personas, menos de diez en total, vestidos de civil para camuflarse en el paisaje urbano. Y lo que es más importante, la masacre de Lucanamarca estaba vinculada a una campaña sobre el territorio: se llevó a cabo a campo abierto, en una zona que Sendero afirmaba haber liberado del control estatal. Gracias a estas condiciones, la operación se desarrolló a lo largo de todo un día. En cambio, la bomba de Tarata fue una operación encubierta o clandestina. Como SL carecía de control espacial en la capital, el atentado fue totalmente clandestino y efímero, sin desarrollo temporal alguno; si no hubiera sido un ataque cladestino, las fuerzas de seguridad habrían arrestado o eliminado a los autores del ataque.

En este libro defendemos que estas diferencias explican, en gran medida, por qué tendemos a asociar atentados como el de Lucanamarca con la insurgencia guerrillera y atentados como el de Tarata, con el terrorismo. Aunque las víctimas de ambas tragedias fueron civiles y los blancos iban más allá de los que resultaron muertos o heridos por la violencia, Lucanamarca es una operación guerrillera típica, y Tarata, un atentado terrorista no menos típico. La diferencia clave es la condición clandestina del coche bomba, frente al ataque al descubierto contra los campesinos locales. El

terrorismo, según proponemos, es, ante todo, violencia clandestina.

2.

En lugar de enredarnos en discusiones interminables sobre definiciones del terrorismo, aspiramos a ofrecer una visión sencilla y unificada del fenómeno. Con ello nos referimos a un conjunto de principios que expliquen por qué llamamos terrorismo a algunos tipos de violencia y no a otros. Esto requiere un análisis de la violencia que habitualmente se considera terrorista, tratando de identificar los factores que hacen de esta violencia algo único. Como se ha indicado anteriormente, en este libro afirmamos que el rasgo definitorio del terrorismo es el hecho de que esta violencia tenga una motivación política y se lleve a cabo en condiciones de clandestinidad.

No somos los primeros en señalar la estrecha relación existente entre la violencia clandestina y el terrorismo; en el capítulo 2, mencionamos a numerosos autores que apuntaron esta conexión con anterioridad. A veces, la tesis se da por sentada o se presupone en el análisis de la violencia. Un ejemplo entre muchos otros posibles ayuda a aclarar la cuestión. En su análisis de Jama'at al-Tawhid wal-Jihad (JTWJ), el precursor de Al Qaeda en Irak, Lister (2015) introduce este comentario:

A lo largo del periodo 2004-06, JTWJ puso en marcha una expansión sostenida de su lucha contra las fuerzas de la coalición en Irak, habiendo evolucionado el grupo desde una organización terrorista cuyas actividades se limitaban principalmente a grandes atentados urbanos y ataques rurales con artefactos explosivos a una fuerza insurgente más organizada que empezaba a demostrar capacidad para influir en dinámicas localizadas y controlar el territorio, aunque a menudo por debajo de la superficie (p. 265).

La distinción entre terrorismo e insurgencia, que no se teoriza explícitamente en el libro de Lister, se basa claramente en el supuesto de que el grupo era terrorista mientras estaba en la clandestinidad, pero se convirtió en insurgente una vez logrado el control territorial.

Veamos otro ejemplo, esta vez procedente de círculos no académicos. En enero de 2023, miembros de Al Shabaab (un gran grupo armado yihadista que lucha en Somalia para imponer la ley islámica) hicieron estallar una bomba en Mogadiscio, en el despacho del alcalde, antes de asaltar el lugar. El atentado fue descrito por el teniente de alcalde en estos términos: "Como han sido exterminados de algunas regiones, han tenido que venir aquí a cometer un atentado terrorista para demostrar que 'estamos presentes, seguimos vivos'", afirma Isse Mohamud Gure, teniente de alcalde de Mogadiscio. "Pero estos actos de terrorismo no son más que los últimos coletazos de un caballo moribundo"[5].

El hecho de que el funcionario califique el atentado de terrorista (a diferencia de los atentados que tuvieron lugar lejos de la capital, en las regiones) se debe muy probablemente a que tuvo lugar en un entorno urbano, en el que los autores actuaron en la clandestinidad. El objetivo no era ocupar la capital, sino llevar a cabo un atentado en esta para demostrar su poder de hacer daño. Al actuar en la capital, controlada por el Estado, los miembros de Al Shabaab se vieron muy limitados en términos operativos: su único camino era utilizar tácticas clandestinas. Es de suponer que por eso el funcionario los calificó de terroristas.

Al centrarnos en cómo se utiliza el término, el aspecto más importante es si el atentado se lleva a cabo de forma clandestina o si el grupo armado actúa en la clandestinidad. Nuestra forma de entender el terrorismo se desvía de manera significativa de las opiniones dominantes. En el derecho internacional, el terrorismo suele equipararse a la victimización de civiles. En el mundo académico, algunos científicos sociales y expertos en seguridad coinciden con los juristas en que el terrorismo es violencia contra civiles, mientras que otros definen el terrorismo como una forma de violencia que presupone la distinción entre el objetivo directo e indirecto de la violencia. La falta de una conceptualización

compartida ha impedido acumular conocimiento. Después de tantos años de desacuerdos conceptuales, los expertos parecen cansados y el debate sobre la naturaleza del terrorismo ha decaído. En la actualidad, la mayoría de los investigadores de orientación empírica eluden la cuestión y aceptan sin más la conceptualización empleada en las bases de datos existentes sobre terrorismo. Sin embargo, los criterios utilizados por los codificadores no deberían ser la última palabra en la materia, entre otras cosas porque los propios procedimientos de codificación suelen estar mal definidos y ser opacos (véase el apéndice del capítulo 3).

En nuestra opinión, el debate conceptual es inevitable. No podemos avanzar si no hay una base sólida desde la que perfilar el concepto de terrorismo. Para algunos autores, el terrorismo es un concepto tan irremediablemente vago y cargado de connotaciones e implicaciones políticas que no es apto para una investigación analítica y rigurosa. No estamos de acuerdo. El término existe por una razón. Recoge una forma específica e importante de violencia. Además, algunas intuiciones populares o de sentido común sobre el terrorismo son útiles y esclarecedoras (el terrorismo es el arma de los débiles, el terrorismo es una guerrilla urbana, el terrorismo se emplea en conflictos muy asimétricos, etc.). Como se mostrará en los próximos capítulos, todas estas intuiciones se derivan, en última instancia, de la naturaleza clandestina del terrorismo.

Incluso si logramos comprender a fondo la naturaleza del terrorismo, ¿cómo podemos evaluar su idoneidad en comparación con otros puntos de vista rivales? ¿En qué nos basamos para afirmar que un punto de vista concreto sobre el terrorismo es mejor o más útil que otros? Podemos ofrecer dos criterios complementarios como respuesta preliminar. Por un lado, importa la coherencia y sistematicidad de la visión que se tenga del asunto. Por ejemplo, si nos ceñimos a la definición de terrorismo en términos de victimización de civiles, la misión suicida de Al Qaeda en 2000 contra el destructor USS Cole en Yemen no puede considerarse un acto terrorista, ya que el objetivo era militar. Esto es extraño, porque este ataque es ampliamente considerado por los medios de comunicación, expertos y académicos como un acto terrorista. Asimismo, esta definición implica que la victimización de civiles que tiene lugar en contextos de guerra civil, en los que los actores

armados intentan establecer su autoridad utilizando una cierta combinación de provisión de bienes públicos y represión, debería considerarse terrorismo. Pero si incluyéramos toda esta violencia como terrorismo, nuestras estimaciones sobre las tendencias globales del terrorismo, así como nuestras ideas sobre las insurgencias, se transformarían drásticamente. En nuestra propuesta de conceptualización, basada en la clandestinidad, pensamos que el ataque contra el USS Cole fue terrorista porque fue clandestino, mientras que creemos que gran parte de la violencia ejercida por las insurgencias contra los civiles por cuestiones relacionadas con el control territorial no es terrorista (tiene lugar en zonas controladas por la insurgencia y, por tanto, se llevan a cabo en campo abierto). En este sentido, podría decirse que nuestra concepción es más respetuosa con las formas en que la mayoría de la gente habla de terrorismo. Los casos incluidos y excluidos según nuestra conceptualización coinciden ampliamente con lo que suele considerarse el núcleo de la violencia terrorista.

Por otra parte, podemos aplicar un criterio metodológico basado en el poder explicativo de los distintos puntos de vista. Concretamente, podemos aprovechar lo que el filósofo del siglo XIX William Whewell (1847: 65) denominó consilience of inductions, es decir, la capacidad de proporcionar una explicación unificada de fenómenos que, en principio, se consideraban no relacionados o independientes entre sí. Así, nuestra conceptualización puede dar sentido a algunos rasgos distintivos del terrorismo que no se observan en otros tipos de violencia. En este contexto, destacamos tres aspectos o extensiones del terrorismo que no tienen contrapartida en otros tipos de violencia y que pueden explicarse en términos de violencia clandestina: el terrorismo internacional, el terrorismo del lobo solitario y el terrorismo de Estado.

En cuanto al terrorismo internacional, defendemos que cuando los grupos armados actúan más allá de sus fronteras nacionales, la violencia resultante es siempre de naturaleza terrorista. La razón de ello es fácil de entender: cuando los grupos armados actúan lejos de su base territorial, se ven obligados a actuar en la clandestinidad si no quieren ser fácilmente descubiertos. Cuando los grupos armados palestinos cometieron atentados en países europeos en la década de 1970, sus acciones se llevaron a cabo en el más absoluto secreto.

Los atentados internacionales son terroristas porque sus autores, independientemente del control territorial en su país, deben actuar en la clandestinidad cuando operan en un país extranjero.

La actividad armada en solitario debe ser clandestina por definición. Los individuos que actúan en solitario ("lobos solitarios") no pueden tener control territorial y, por lo tanto, sus ataques tendrán que ser secretos o clandestinos. Aunque esto pueda parecer obvio, la razón por la que asociamos la violencia del actor solitario con el terrorismo es, precisamente, porque esa violencia solo puede ser clandestina dadas las limitaciones a las que se enfrenta un solo individuo. El hecho de que muchos terroristas solitarios estén vinculados a una red de activistas no altera el hecho de que el atentado sea ejecutado por un solo individuo.

Por último, el terrorismo de Estado ha sido objeto de una larga controversia. Nosotros distinguimos el terrorismo de Estado de la represión estatal. Según nuestra conceptualización, el terrorismo de Estado se produce cuando este lanza operaciones secretas o encubiertas contra sus rivales, es decir, cuando opera en condiciones de clandestinidad. Para quienes estén familiarizados con la aclamada película La batalla de Argel (1966), el terrorismo de Estado se encarnaría en la colocación de bombas por parte de agentes de seguridad encubiertos en edificios en los que se suponía que vivían y se escondían simpatizantes independentistas. Además de ser muy represivas en su trato con los presos separatistas (violando abiertamente sus derechos legales), las fuerzas militares francesas también llevaron a cabo atentados terroristas contra objetivos enemigos aprovechando la ventaja del secretismo (lo que, por lo demás, les permitía negar su responsabilidad en el ataque).

Las operaciones secretas del Estado se dan con frecuencia cuando este lleva a cabo ataques más allá de sus fronteras, es decir, cuando el Estado actúa en la clandestinidad. Desde un punto de vista operativo, el asesinato de un dirigente palestino en Europa por el Mossad es indistinguible del asesinato de un diplomático israelí en Europa por un grupo armado palestino. De ahí que consideremos que ambos atentados son de naturaleza terrorista.

Merece la pena señalar que nos referimos al terrorismo internacional, al terrorismo de actor solitario y al terrorismo de

Estado no por la condición de la víctima (que pueden ser combatientes o no), sino porque los autores actúan en la clandestinidad. Al descubrir lo que estos tres tipos de terrorismo tienen en común, a saber, las condiciones clandestinas en las que se ejecuta la violencia, nos acercamos a una comprensión intuitiva, pero no por ello menos exhaustiva, del fenómeno. O, dicho de otro modo, nuestro enfoque tiene un poder considerable en términos de la consilience of inductions de Whewell.

3.

No se puede desarrollar una visión plenamente satisfactoria del terrorismo sin abordar su relación con otras formas de violencia. La primera cuestión es si el terrorismo es algo distinto de la violencia guerrillera o insurgente. Para resolver esta cuestión, necesitamos una teoría sobre la producción de la violencia, es decir, una teoría sobre las condiciones en las que pueden llevarse a cabo diversas formas de violencia. Actuar en la clandestinidad o hacerse con el control territorial, es, para nosotros, el factor clave para explicar la producción de violencia rebelde.

La pregunta fundamental es cuáles son las condiciones que empujan a los líderes rebeldes a elegir el terrorismo frente a otras estrategias armadas. Nuestra respuesta es sencilla: la violencia clandestina se produce cuando existe una gran asimetría entre los actores implicados en la violencia. En entornos asimétricos, el bando más débil (normalmente, los rebeldes) actuará de forma encubierta debido a su falta de control territorial. El control territorial implica un cierto grado de poder militar, es decir, una cierta capacidad para conquistar espacio. Cuando este poder militar no existe, la violencia clandestina puede ser la única opción disponible. No en vano el terrorismo se describe a menudo como el “arma de los débiles”.

La asimetría puede ser una propiedad del conflicto (como cuando decimos que el conflicto entre el Ejército Republicano Irlandés [IRA] y el Reino Unido por el estatus de Irlanda del Norte fue una

contienda asimétrica) o de las condiciones en las que se produce un ataque concreto (como cuando decimos que un guerrillero que quiere detonar una bomba en la capital tiene que actuar en territorio enemigo, en condiciones asimétricas extremas).

Para hacer frente a las numerosas y complejas cuestiones que se plantean en el análisis de la asimetría, explotamos una distinción entre el sentido de la violencia desde el punto de vista del actor y desde el punto de vista de la acción. Desde el punto de vista del actor, el grupo armado puede controlar el territorio o permanecer en la clandestinidad. Desde el punto de vista del acto de violencia, el ataque puede llevarse a cabo utilizando tácticas indirectas, como bombas y secuestros, o tácticas directas que fomentan los enfrentamientos violentos entre los actores armados, como ocurre en batallas, asedios, escaramuzas y emboscadas.

Para ilustrar esta distinción, la Facción del Ejército Rojo (RAF) en Alemania (también conocida como la banda Baader-Meinhof) es un excelente ejemplo de las duras limitaciones bajo las que opera un grupo totalmente clandestino (en el sentido del actor). La RAF nunca consiguió control territorial en la República Federal de Alemania de los años setenta. Alemania era uno de los países más desarrollados del mundo y contaba con una fuerza policial muy eficaz. Como deja claro Aust (2008) en su detallada reconstrucción del grupo, los miembros de la RAF pasaban gran parte de su tiempo buscando pisos francos e intentando eludir la constante vigilancia policial. Dada su naturaleza clandestina, la RAF no podía sino realizar atentados terroristas, es decir, actos de violencia acordes con la clandestinidad de sus autores. Se trata, por tanto, de un caso de terrorismo puro: un grupo terrorista que emplea tácticas terroristas.

Sin embargo, no hay razón para esperar que el terrorismo se limite a los grupos clandestinos. Los grupos con control territorial pueden emplear tácticas terroristas cuando las limitaciones son tales que el ataque solo puede llevarse a cabo desde la clandestinidad. Volvamos al ISIS, que es un caso claro de grupo armado con control territorial. El rango de la violencia que observamos es ahora mucho más amplio que en la RAF. ISIS creó un auténtico ejército con tanques, artillería e infantería que fue capaz de entablar batallas

militares con ejércitos nacionales. Pero también cometió atentados terroristas en territorio enemigo; por ejemplo, en la capital de Irak. Al atacar en Bagdad, el ISIS estaba sometido a limitaciones similares a las de cualquier otro grupo clandestino. Así pues, un grupo insurgente con control territorial puede cometer actos terroristas (en el sentido de la acción) cuando se ve obligado a actuar clandestinamente.

En este libro desarrollamos estas distinciones y proporcionamos numerosos ejemplos de grupos armados de regiones y periodos dispares. Huelga decir que la distinción entre clandestinidad y control territorial no es tajante. Hay, desde luego, áreas grises entre estos dos tipos puros o ideales. El control territorial es más una cuestión de grado que de clase. Además, existen sustitutos del control territorial (como los refugios o santuarios) que deben tenerse en cuenta. Examinaremos todas estas cuestiones en detalle y trataremos de dar cabida a la complejidad del mundo real sin sacrificar por completo nuestro marco teórico.

4.

Incluso si nuestra conceptualización sobre la naturaleza del terrorismo se considerase razonable y coherente, podría argumentarse que se trata de un ejercicio puramente teórico con implicaciones menores para el análisis empírico. Esperamos convencer al lector de que no es así. Por un lado, ponemos a prueba dos proposiciones generales que se derivan del marco conceptual, pasando de la conceptualización a la construcción y comprobación de teorías. Por otro, utilizamos el marco y la teoría para explicar la variación que encontramos en los grupos armados con respecto al control territorial y la clandestinidad.

La primera proposición que ponemos a prueba se refiere a la relación entre violencia y desarrollo económico. Nuestra teoría establece que cuanto mayor es la asimetría entre el Estado y el grupo armado, más probable es que el grupo armado sea

clandestino. Se trata de una hipótesis sobre el terrorismo en el sentido del actor. Para medir el nivel de asimetría, utilizamos el producto interior bruto (PIB) per cápita del país en el que se creó el grupo armado, asumiendo que cuanto mayor es el nivel de desarrollo económico, más poderoso es el Estado y, por tanto, mayor es la asimetría entre el Estado y el grupo armado. El desarrollo económico entra aquí como una aproximación indirecta a la medición de la capacidad del Estado.

En la literatura sobre la guerra civil, el PIB per cápita tiene un efecto sólido y negativo en la formación de conflictos armados. Así, las guerras civiles se concentran principalmente en los países pobres. Postulamos que la relación entre los grupos clandestinos y el desarrollo del Estado es inversa: cuanto más rico es el país, más probable es que, si se crea un grupo armado, este sea clandestino. En los países pobres, el Estado a menudo no puede impedir que los grupos armados se hagan con control territorial. Las insurgencias resultantes provocan profundos conflictos con el Estado, produciéndose, en muchos casos, una guerra civil. En los países más ricos, si se forma un grupo armado, lo más probable es que sea clandestino. El Estado no pierde el control territorial dentro de sus fronteras, pero no puede evitar que una organización clandestina desafíe su monopolio de la violencia. En este sentido, cabe esperar una relación positiva entre la formación de grupos clandestinos y la capacidad del Estado.

Esta relación positiva acaba atenuándose en los niveles más altos de desarrollo. En los países más desarrollados, el Estado es lo suficientemente poderoso como para hacer inviables los grupos armados internos, ya sean territoriales o clandestinos. Esto significa que en niveles muy altos de PIB per cápita, deberíamos encontrar paz dentro de las fronteras. Por supuesto, el país puede sufrir ataques internacionales, o un actor solitario puede provocar una masacre, pero, dada la fuerza del Estado, una organización armada no conseguirá sobrevivir mucho tiempo.

Cuando se juntan las dos partes de la proposición, lo que obtenemos es una hipótesis no lineal sobre el desarrollo y los grupos clandestinos. La relación debería ser cóncava, con forma de U invertida. Los grupos clandestinos son más probables en los Estados

con niveles de desarrollo medio o medio-alto, pero no en aquellos con los niveles de riquezas más elevados, cuando el Estado disfruta de un monopolio total y efectivo de la violencia.

Nuestra segunda proposición comprobable empíricamente se refiere a terrorismo en el sentido de la acción. Según nuestra teoría, los grupos clandestinos están muy limitados en la elección de tácticas. En concreto, solo pueden emplear tácticas que sean compatibles con su condición clandestina. En otras palabras, los grupos clandestinos no pueden sino emplear tácticas terroristas. En cambio, los grupos con control territorial pueden elegir entre tácticas terroristas y de guerrilla. Para comprobar la relación entre el control territorial (o la falta de este) y la elección de tácticas, nos centramos en dos tipos de ataques: la detonación de artefactos explosivos (bombas) y los ataques a instalaciones (dirigidos a la ocupación de un espacio, como la toma de un edificio o un pueblo). Las bombas son una opción factible para los grupos clandestinos. Así pues, esperamos confirmar que los grupos clandestinos utilizan los atentados con explosivos en mayor medida que los grupos con control territorial. El razonamiento es inverso al de los ataques a instalaciones: estos últimos deberían ser más frecuentes en los grupos territoriales que en los clandestinos.

Además, investigamos dos extensiones de esta hipótesis. En primer lugar, cuando los rebeldes actúan en las ciudades más grandes de un país, deberíamos observar una mayor proporción de bombas, ya que estos ataques, en la mayoría de los casos, son clandestinos (tienen lugar en el núcleo territorial del enemigo). Y, en segundo lugar, los grupos clandestinos deberían ser más propensos a llevar a cabo atentados terroristas internacionales que los grupos armados que controlan el territorio, dado que para estos últimos el coste de oportunidad de desviar recursos de la lucha por el control local es mayor.

El capítulo 3 confirma todas estas hipótesis. Utilizando diferentes muestras de grupos armados, diferentes periodos temporales y diferentes modelos estadísticos, nuestros resultados muestran claramente que los rebeldes recurren al terrorismo cuando se enfrentan a asimetrías agudas de poder frente a sus Estados rivales. Esto se confirma tanto en el sentido del actor como en el de la

acción.

Una vez demostrado que la teoría genera hipótesis contrastables que se verifican mediante el análisis de una amplia muestra de grupos armados (sentido del actor) y de atentados (sentido de la acción), procedemos a comparaciones transversales y longitudinales. En cuanto a las primeras, examinamos tres organizaciones con distinto grado de control territorial: los Tupamaros en Uruguay (1966-73), un caso puro de grupo revolucionario totalmente clandestino; Euskadi ta Askatasuna (ETA) en España (1968-2011), un grupo nacionalista clandestino que disfrutó durante muchos años de un santuario o refugio seguro en el sur de Francia; y Sendero Luminoso en Perú (1980-95), un grupo revolucionario con control territorial que combinaba la violencia guerrillera y la terrorista. Pasamos, pues, de la clandestinidad pura al control territorial, y tratamos de explicar las diferentes dinámicas de violencia en cada caso en función de la relación con el territorio.

En cuanto a la comparación longitudinal, estudiamos la variación interna de la violencia y el control territorial en dos casos: el movimiento palestino y el ISIS. En ambos casos, existe una considerable variación histórica en el control territorial. En cuanto a los palestinos, observamos toda la gama de posibilidades insurgentes tras la guerra de los Seis Días de 1967: los campamentos guerrilleros de Fatah, primero en Jordania y luego en Líbano; las infiltraciones terroristas en Israel; el terrorismo internacional (indeleblemente asociado a varias docenas de secuestros aéreos en la década de 1970); la aparición de Hamás, un grupo terrorista en los territorios ocupados tras la primera intifada; la campaña terrorista de la segunda intifada; la transformación de Hamás en un grupo con control territorial en la Franja de Gaza; y la breve guerra civil entre Hamás y Fatah en 2007. Como puede verse, existe un amplio margen para explotar las modulaciones de la lucha armada en el bando palestino en términos de obtención o pérdida de control territorial, santuarios y otros factores similares.

El ISIS constituye otro caso complejo en el que el terrorismo y la guerrilla se entrelazan de diversas maneras a lo largo del tiempo. Los precursores del ISIS comenzaron como un grupo clandestino en Irak a raíz de la invasión estadounidense en 2003. Tras la

prematura declaración de “misión cumplida” y la consiguiente retirada parcial de Estados Unidos, el ISIS consiguió cierto grado de control territorial en la provincia de Anbar durante 2007. Esto desencadenó una nueva intervención militar estadounidense durante la primera mitad de 2008. Perfectamente sincronizada con el llamado levantamiento Sahwa, por el que los líderes tribales suníes cortaron sus lazos con los militantes yihadistas a cambio de un mejor acceso al presupuesto federal, esta intervención aplastó al ISIS en sus zonas liberadas y obligó al grupo a volver a la clandestinidad.

Dos acontecimientos adicionales vinieron a alterar el equilibrio de poder entre el ISIS y sus enemigos. En primer lugar, la rebelión siria avanzó rápidamente en 2011 y abrió oportunidades para que militantes yihadistas curtidos en la guerra de Irak cruzaran la frontera y se apoderaran de territorio en el este de Siria, con Raqqa convirtiéndose finalmente en su bastión territorial. En segundo lugar, el presidente Obama decidió retirar las tropas estadounidenses de Irak en octubre de 2011, lo que supuso una nueva oportunidad para la insurgencia. Con los líderes suníes enfurecidos por el nivel de corrupción y sectarismo mostrado por la Administración iraquí, se formó una precaria coalición entre yihadistas, líderes tribales y antiguos miembros del partido Baaz, que llevó al ISIS a hacerse con territorio y capturar Mosul en junio de 2014. El resto de la historia es bien conocida. En resumen, el terrorismo fue ampliamente utilizado por el ISIS incluso cuando desarrolló un ejército formidable que contaba con tanques, artillería y armamento pesado.

El análisis de las variaciones entre los grupos armados —y, dentro de ellos, en lo que respecta al uso de tácticas— revela la importancia de las distinciones basadas en nuestra teoría sobre las formas de organización de los grupos armados. La producción de la violencia viene determinada, en última instancia, por el control territorial (o la falta de este) del grupo armado.

5.

Este libro es deliberadamente breve. Nuestra meta principal es aportar cierta claridad analítica al complejo estudio del terrorismo, sin aburrir a los lectores poco interesados en vendettas intelectuales y oscuros debates académicos. Y, a la inversa, queremos llenar el libro de ilustraciones sustantivas y significativas sin perder de vista nuestro marco teórico. Como mínimo, esperamos que a los lectores les resulte útil aplicar nuestro enfoque a la hora de interpretar episodios contemporáneos de rebelión en el mundo.

Más allá de esta introducción, el libro consta de cinco capítulos. Los capítulos 1 y 2 abordan los debates académicos en torno a la definición de terrorismo e identifican algunos rasgos comunes que suelen asociarse al fenómeno tanto por parte del público como por los académicos. El capítulo 1 revisa las dos definiciones principales y muestra sus principales deficiencias. El capítulo 2 desarrolla nuestra conceptualización alternativa basada en la violencia clandestina. En el capítulo 3 extraemos consecuencias observables de nuestra teoría y las ponemos a prueba utilizando bases de datos comparados. Este capítulo va acompañado de un apéndice en el que se analiza las distintas formas en que puede medirse el terrorismo y se exploran las consecuencias que tiene hacerlo de uno u otro modo. Para ello, examinamos un trabajo académico que cuestiona la tesis de que el terrorismo sea un recurso de los grupos débiles. En este sentido, mostramos que si se utiliza una medición del terrorismo como la que propugnamos en este trabajo, se obtienen resultados muy diferentes.

Los capítulos 4 y 5 complementan los datos estadísticos con estudios de caso que explotan las variaciones entre grupos y dentro de un mismo grupo en relación con la clandestinidad y la violencia. El libro se cierra con algunos comentarios sobre cómo podría avanzarse en una agenda de investigación basada en nuestra conceptualización del terrorismo.

CAPÍTULO 1

LO QUE EL TERRORISMO NO ES

Este capítulo analiza críticamente las dos conceptualizaciones dominantes del terrorismo. La primera sugiere que la característica más destacada de la violencia terrorista es la victimización de civiles, mientras que la segunda sostiene que la violencia terrorista es coercitiva, es decir, que opera basándose en la distinción entre el objetivo directo de la violencia y el objetivo indirecto (la audiencia). Hay mucho que aprovechar de ambas teorías, ya que cada una de ellas recoge una buena parte de lo que es el terrorismo. Sin embargo, defendemos que ninguna de ellas es capaz de desvelar el mecanismo generador del terrorismo ni de explicar algunas de las formas más básicas en las que hablamos de este tipo de violencia.

Por un lado, si bien es cierto que la victimización de civiles se produce en muchos atentados terroristas, el terrorismo dista mucho de ser una forma de violencia que solo se dirige contra civiles. Existen numerosos contraejemplos de grupos y atentados que tienen como objetivo a las fuerzas de seguridad y que siempre han sido considerados terroristas (en la literatura académica, en los análisis políticos y en los medios de comunicación). En términos generales, la ecuación entre terrorismo y victimización de civiles tiene sentido para el terrorismo internacional, pero no para el nacional, que es, con mucho, el más frecuente.

Por otra parte, si bien es cierto que el terrorismo, en la mayoría de los casos, actúa asumiendo una distinción entre el objetivo directo y el indirecto, muchas otras formas de violencia (las que en general se basan en la coacción o en el poder de dañar) funcionan de modo similar. Por lo tanto, esto no basta para identificar la especificidad del terrorismo.

La combinación de las dos conceptualizaciones (victimización civil mediante violencia coactiva) no supera las críticas que hacemos a cada conceptualización por separado. Al mostrar las limitaciones de estas teorías, sentamos las bases de nuestra propia visión, fundamentada en la clandestinidad de la violencia, que desarrollaremos en detalle en el capítulo siguiente.

1.1. Sobre las clasificaciones

y las clases naturales

Las entidades del mundo, ya sean naturales o sociales, pueden agruparse de muchas maneras. Estas agrupaciones constituyen clasificaciones o taxonomías. En uno de sus cuentos, Jorge Luis Borges habla de una enciclopedia china en la que los animales se clasifican según categorías dislocadas, como “animales temblorosos”, “animales que pertenecen al Emperador”, “perros sueltos”, “sirenas”, “animales domesticados” y muchas otras. El cuento de Borges se hizo famoso, entre otras cosas, porque Michel Foucault lo utilizó en la introducción de su libro Les mots et les choses (1966). La clasificación estrafalaria de la enciclopedia china le sirvió a Foucault para plantear su tesis de que el conocimiento se encarna en lo que denominó una “episteme”, una configuración de fuerzas de poder que hace posible un determinado enfoque de la realidad. Las clasificaciones reflejan la episteme dominante en un momento histórico dado.

La clasificación de Borges resulta muy chocante porque excluye toda posibilidad de inteligibilidad. Carece de valor práctico o científico. No nos permite mejorar nuestras interacciones con el reino animal ni se basa en ninguna teoría del reino animal. En el mundo real, las clasificaciones suelen obedecer a nuestros intereses prácticos e intelectuales.

Podríamos preguntarnos si un determinado esquema clasificatorio tiene algún tipo de precedencia, si es más básico que otros. Esta pregunta supone que puede haber clasificaciones que no solo sean útiles o convenientes, sino también esclarecedoras, es decir, que arrojen algo de luz sobre cómo funciona y se estructura la realidad. Los filósofos han debatido y argumentado largamente sobre esta cuestión. ¿Pueden agruparse las entidades según clases naturales, es decir, clases que recortan el mundo “según sus articulaciones

naturales", como sugirió Platón hace más de dos mil años?

En su libro clásico sobre filosofía de la ciencia, Hempel (1965: cap. 6) distinguía entre clasificaciones artificiales y naturales; solo estas últimas tienen poder explicativo, derivado de su integración en un marco teórico. Así, la tabla periódica de Mendeléyev genera predicciones (que se han confirmado posteriormente) porque se basa en la teoría atómica de los elementos. Proporciona una clasificación de los elementos en función de sus partes constitutivas o generadoras, es decir, de su estructura atómica. Del mismo modo, la clasificación cladística de las especies es más natural que la linneana porque se basa en la filogenia (teoría evolutiva) y no en características morfológicas que pueden inducir a error a la hora de rastrear las "verdaderas" diferencias entre especies.

La cuestión de si existen clases "naturales" en el mundo social es muy controvertida. Comencemos por examinar una cuestión central de la ciencia política: la naturaleza y variedad de los regímenes políticos. La clasificación más amplia los divide en democracias y dictaduras. ¿Son estos regímenes clases políticas "naturales"? ¿Qué luz se supone que arroja esta distinción? Diferenciamos democracias y dictaduras porque valoramos algunas propiedades de las democracias (como la igualdad política, la tolerancia y la libertad) que están ausentes en las dictaduras o porque nos interesa entender por qué algunos regímenes tienen ciertas consecuencias. Por ejemplo, las democracias evitan las hambrunas (Sen, 1999: 16); las democracias no luchan entre sí (Russett, 1993) y las democracias permiten la alternancia pacífica de gobiernos (Popper, 1945: 110). Dadas estas características positivas, los dictadores se han mostrado reacios a definirse como tales, al menos desde la Segunda Guerra Mundial. Los regímenes comunistas suelen presentarse a sí mismos como "democracias populares", por oposición a liberales (el artículo 1 de la Constitución china termina de complicarlo todo definiendo a China como una "dictadura democrática"). En el extremo opuesto del espectro ideológico, la dictadura de Franco en España afirmaba ser una "democracia orgánica", libre de las divisiones políticas creadas por los partidos.

Por muy legítimos que parezcan estos argumentos, a la hora de tomar decisiones sobre casos concretos, la idea de una clase política

“natural” resulta problemática. Para empezar, nuestras concepciones sobre la democracia han cambiado. Hoy en día, si un país excluyera a las mujeres del derecho de sufragio, no sería aceptado en el club democrático. Pero Suiza, antes de los años setenta, se incluía entre las democracias aunque varios cantones no permitieran votar a las mujeres. Dado que la participación en política es una propiedad continua, es difícil establecer el umbral participativo mínimo para considerar que un país es auténticamente democrático. Este problema es especialmente acuciante en el caso de los índices dicotómicos de democracia, ya que no permiten niveles intermedios de democracia. Así, la base de datos Democracy Dictatorship (Cheibub, Ghandi y Vreeland, 2010) opta por no imponer condiciones a la participación (ya que los autores mantienen una visión puramente schumpetariana de la democracia que solo se preocupa por la competencia); por el contrario, la base de datos de Boix, Miller y Rosatto (2013) introduce una regla un tanto arbitraria: un país puede ser democrático si al menos la mitad de la población masculina puede votar. Esta condición, por práctica que sea, no parece una articulación natural.

Además, las clases “naturales” en el ámbito social alteran el comportamiento de los agentes. Utilizando la terminología de Hacking (1999), en este caso se trata de “clases interactivas” y no de “clases indiferentes”: en las primeras, la entidad puede reaccionar ante el esquema de clasificación (ya sea para entrar en él o para escapar de este). Así, cuando la democracia se convirtió en un régimen hegemónico a nivel internacional, muchas dictaduras optaron por celebrar elecciones amañadas como forma de eludir la presión de los países occidentales y las organizaciones internacionales (Levitsky y Way, 2010; Schedler, 2013).

Muchos de los problemas relativos a la conceptualización y medición de la democracia, o de los regímenes políticos más en general, se reproducen en el debate sobre el terrorismo. La politización del término, la ambigüedad sobre sus límites, los procedimientos de medición alternativos y el cambio de significado histórico también están presentes en nuestro caso. Para hacer frente a estas dificultades, recurrimos al “realismo promiscuo” de Dupré (1993), una postura filosófica que no niega la existencia de diferencias objetivas en el mundo, pero que, a la vez, acepta la tesis

de que son posibles múltiples clasificaciones legítimas. Este pluralismo clasificatorio refleja la complejidad ontológica del mundo. Si el mundo es irremediablemente complejo y heterogéneo, el objetivo mismo de disponer de una tipología coherente y completa del mundo se vuelve quimérico. Nos aprovechamos de esta posición a fin de avanzar en nuestra propia taxonomía de la violencia política. Veremos que no existe una única forma de conceptualizar el terrorismo. El terrorismo se predica en diferentes estratos de la realidad (desde las acciones hasta los conflictos) y, por tanto, no queda más remedio que dar cabida a esta pluralidad de sentidos en nuestro intento de esclarecimiento del concepto. Entre otras cosas, si se acepta esta realidad promiscua, no hay posibilidad de una definición del término similar a la de un diccionario.

1.2. Tipologías de la violencia

La violencia política adopta formas muy diversas. Las posibilidades de taxonomía son múltiples. Una consideración inicial es si debemos trabajar con las categorías existentes y luego sugerir algún esquema clasificatorio que dé sentido a las características diferenciales de estas categorías, o si más bien debemos proceder de forma puramente deductiva, formulando nuevas categorías de acuerdo con los criterios teóricos utilizados en la taxonomía. En otras palabras, ¿debemos rechazar las etiquetas existentes y empezar de cero, o debemos partir de ellas y clasificar las formas existentes de violencia (guerras, genocidios, represión estatal, terrorismo y similares), de acuerdo con algún criterio taxonómico? Para discutir los pros y los contras, examinaremos brevemente los trabajos de Tilly (2003) (un ejemplo de lo primero) y Kalyvas (2019) (un ejemplo de lo segundo).

Según Charles Tilly, la violencia política debe organizarse en función de dos características: la relevancia de los daños producidos a corto plazo y el grado de coordinación entre los actores violentos. El primer criterio se refiere al grado de violencia de las acciones, es decir, si la violencia simplemente acompaña a la acción (como si fuera un rasgo accidental) o si la acción se realiza con un fin violento. El segundo criterio refleja el nivel de coordinación necesario para el ejercicio de la violencia, pasando de la producción de violencia altamente descentralizada a la violencia producida por organizaciones centralizadas. Combinando los dos criterios en diferentes grados, Tilly sugiere siete categorías: (1) rituales violentos, (2) destrucción coordinada, (3) oportunismo, (4) reyertas, (5) agresión individual, (6) ataques dispersos y (7) negociaciones fallidas. Tilly (2003: 18) sostiene que las categorías tradicionales (guerra interestatal, guerra civil y similares) no logran constituir "un ámbito causal distinto con sus propias leyes" o, para decirlo en los términos de la sección anterior, las categorías tradicionales, en opinión de Tilly, no coinciden con las articulaciones naturales de la

violencia.

Pero ¿cómo vamos a juzgar, en el mundo social, si nuestras clasificaciones se basan en las verdaderas articulaciones de los fenómenos? ¿Existe algo remotamente parecido a las predicciones de Mendeléyev en la tabla periódica de los elementos? Lo único que podemos hacer en nuestro ámbito es evaluar si las clasificaciones mejoran nuestra comprensión de cómo opera la violencia en diferentes entornos. Pero ¿y si estos entornos se definen de una forma totalmente nueva, sin relación con las categorías populares que utilizamos en la vida ordinaria? ¿Cómo podemos entonces decidir entre clasificaciones alternativas?

El intento de Tilly es arriesgado. Si la nueva taxonomía no resulta del todo convincente, quedará como un ejercicio puramente idiosincrásico. De hecho, por lo que sabemos, la tipología de Tilly no se ha utilizado en investigaciones empíricas posteriores. Sus ideas están demasiado alejadas no solo de las categorías populares, sino también de las teorías y bases de datos existentes. Si quisiéramos poner a prueba hipótesis asentadas en las categorías de Tilly, tendríamos que reestructurar completamente la recogida de datos. Por otro lado, hay buenas razones para prestar atención al acervo de categorías existentes. En muchos casos, existen por una razón: ha habido episodios recurrentes en el pasado que generan un patrón que se refleja en las categorías tradicionales. Además, algunas de las categorías populares incluso adquieren estatus legal (por ejemplo, guerra, genocidio) y desempeñan un papel en la manera en la que se ejerce la violencia.

No estamos realizando un alegato a favor del conservadurismo conceptual. Estamos de acuerdo en que hay margen para perfeccionar y redefinir las categorías existentes, fusionar algunas de ellas, introducir nuevos tipos que quedaron desdibujados en una categoría demasiado amplia, etcétera. No obstante, ignorar sin más las categorías existentes tiene un coste[6].

La taxonomía de Stathis Kalyvas, en contraste con la de Tilly, no se deshace de las categorías existentes. Distingue 11 tipos de violencia: (1) guerra interestatal, (2) guerra civil, (3) represión estatal, (4) genocidio, (5) limpieza étnica, (6) violencia intercomunitaria, (7) crimen organizado/violencia de cárteles, (8) golpe militar, (9)

protesta/rebelión masiva, (10) asesinato político y (11) terrorismo. Supongamos que estos 11 tipos son los más relevantes. Kalyvas introduce dos dimensiones, la condición estatal o no estatal del perpetrador, y la condición estatal frente a la no estatal del blanco de la violencia. La matriz resultante de 2 x 2 muestra las afinidades entre las 11 clases de violencia (véase la tabla 1.1).

Tabla 1.1

Clasificación de la violencia política

	Blanco: Estado	Blanco: no estatal
Autor: Estado	Guerra interestatal	Represión estatal Genocidio L
Autor: actor no estatal	Crimen organizado/cárteles Protesta/rebelión de	Violencia interrumpida

Fuente: Kalyvas (2019).

Los dos criterios que usa Kalyvas son muy útiles para distinguir los distintos tipos de violencia. Pero no son lo suficientemente precisos como para separar los tipos que coexisten dentro de una misma celda. En algunos casos, esto no es especialmente problemático. Así, en la actuación del Estado contra la población civil, podría argumentarse que tanto el genocidio como la limpieza étnica son subtipos (casos especiales) de represión estatal.

Sin embargo, en el caso de los grupos no estatales que atacan al Estado, las distinciones son más difíciles de establecer. Aquí, la principal anomalía proviene justamente del terrorismo. Una primera pista sobre el diferente alcance del terrorismo frente a otras clases de violencia proviene de la propia palabra que utilizamos para designarlo, una palabra acabada en '-ismo'. Los otros tipos de violencia se refieren a un determinado fenómeno, a un determinado conflicto, con unas fronteras geográficas y temporales delimitadas: se encarnan en sustantivos concretos como guerra, genocidio y demás. Representan, por así decirlo, una ontología de los conflictos. Aunque en el proceso de identificación de los conflictos haya que hacer frente a muchas complejidades, podemos establecer el área y el periodo en que se producen las guerras interestatales, las guerras civiles, las rebeliones, los golpes de Estado, la represión estatal, el genocidio y la limpieza étnica. Tendemos a suponer que se trata de episodios de violencia localizados en el espacio y el tiempo (constituyen conflictos separados o, al menos, separables). El terrorismo, por el contrario, es un término mucho más ambiguo. El sufijo '-ismo' apunta a un nivel superior de abstracción. Así, no es casual que terrorismo pueda referirse tanto a un determinado grupo armado (como cuando decimos que el IRA Provisional era un grupo terrorista) como a un tipo de táctica específica (como cuando decimos que Hezbolá ha llevado a cabo atentados terroristas fuera del Líbano). La clase "terrorismo" no puede reducirse a un conflicto (un conjunto de episodios de violencia acotados en el espacio y en el tiempo). Una consecuencia de esta característica especial es la posibilidad de que el terrorismo atraviese a otras categorías. Debido a la versatilidad del concepto, el terrorismo puede encontrarse en diversos niveles de conflicto. Esto explicaría por qué también existe "terrorista" como adjetivo, aparte del sustantivo abstracto:

hablamos de violencia terrorista, grupos terroristas, tácticas terroristas, atentados terroristas, etc. Esta forma adjetival del término no tiene un paralelo exacto en las palabras que utilizamos para definir los otros tipos de conflictos.

Dado este uso multidimensional del término, no es de extrañar que encontremos terrorismo por toda la tabla de Kalyvas. Empecemos con un ejemplo obvio: los magnicidios y el terrorismo no son clases excluyentes. Algunos magnicidios, de hecho, son típicamente terroristas, como cuando las Brigadas Rojas mataron a Aldo Moro, secretario general del Partido Demócrata Cristiano, en 1978, o cuando el grupo Narodnaya Volya (La Voluntad del Pueblo) mató al zar Alejandro II en 1881. Y, lo que es más importante, el terrorismo puede producirse en el contexto de una guerra civil; numerosos trabajos recientes han tratado de desentrañar la relación entre ambos (véase el capítulo 3 y su apéndice). Así, los conflictos de Irak y Siria de las dos últimas décadas son guerras civiles según todas las definiciones existentes, pero a varios de los actores implicados en estos conflictos se les califica de “terroristas”; del mismo modo, la intervención exterior de los países occidentales se presenta como parte de la guerra contra el terrorismo.

Además, no está claro que el objetivo del terrorismo sea siempre el Estado. Hay casos en los que el terrorismo se utiliza contra grupos sociales. Por ejemplo, durante los Troubles en Irlanda del Norte, las organizaciones paramilitares unionistas llevaron a cabo un gran número de ataques sectarios contra los republicanos (y los católicos más en general). Estos ataques iban dirigidos contra una comunidad y se asemejan en mayor medida a la violencia intercomunitaria que a la violencia contra el Estado. Sin embargo, suelen considerarse de naturaleza terrorista.

Por último, la tipología de Kalyvas supone que el terrorismo nunca puede provenir del Estado, pero este es un aspecto muy controvertido. Argumentaremos que, en circunstancias muy concretas (las de la acción encubierta por parte de servicios secretos o mercenarios que reproducen las condiciones de clandestinidad), el Estado puede cometer atentados terroristas.

Según nuestro argumento principal, el terrorismo, debido a su naturaleza tan especial, no puede limitarse a una única celda en la

tipología de Kalyvas de los conflictos violentos. Tenemos que introducir otros criterios aparte de la condición estatal o no estatal del perpetrador y del blanco. Esto no implica que la tipología sea inútil, pero indica claramente que una taxonomía limpia y bien ordenada en un ámbito tan complejo como el de la violencia política es probablemente inviable. Para volver al "realismo promiscuo" de Dupré (1993), debemos estar dispuestos a aceptar cierto grado de desarticulación en los criterios que utilizamos para caracterizar los diferentes tipos de violencia. Es decir, no podemos aspirar a ofrecer algo parecido a la tabla periódica de Mendeléyev en lo que respecta a la violencia. Sencillamente, hay demasiadas dimensiones operando en la producción de las clases de violencia y varias de ellas son transversales (no excluyentes).

1.3. Ámbitos de ambigüedad

El principal obstáculo a la hora de ofrecer una conceptualización del terrorismo es la contaminación política de nuestras creencias sobre el tema. Como es bien sabido, la propia palabra lleva una carga política especialmente pesada. "Terrorismo" se ha convertido en un lugar común usado para designar la violencia política ilegítima o inaceptable[7]. En la medida en que el ámbito de lo ilegítimo cambia históricamente, también lo hace la concepción del terrorismo (Stampnitzky, 2013). En la reconstrucción que Stampnitzky hace de los estudios sobre terrorismo, observa cómo el término se utilizaba todavía en los años sesenta para referirse a un cierto tipo de actividad estatal contra la población civil; fue en la década siguiente, con la expansión del terrorismo palestino, nacionalista y revolucionario en muchos países occidentales, cuando el término mutó y se asoció a un cierto tipo de comportamiento insurgente o rebelde. Al carecer de un anclaje firme, el significado de terrorismo ha variado, haciendo de este campo de estudio un "proyecto intersticial" (Stampnitzky, 2013: 138), que no es ni plenamente académico ni puramente político. La conclusión de esta autora es que el terrorismo no es un concepto estable y, por tanto, no puede ser la base de un cuerpo teórico riguroso.

Dado que 'terrorismo' tiene una connotación peyorativa, los propios terroristas inventan otras palabras, del mismo modo que los dictadores prefieren que se les llame con otros términos (véase el apartado 1.1). Una notable excepción es al-Suri, el ideólogo de Al Qaeda, que aceptó la condición terrorista de los atentados que promovía en su tratado La teoría militar de la llamada a la resistencia islámica global (Lia, 2007: 382)[8]. Sin embargo, la mayoría de los terroristas optan por expresiones como "guerra revolucionaria", "lucha de liberación nacional", "lucha antiimperialista", "guerrilla urbana", "resistencia" o "guerra santa". Al utilizar estas expresiones, dan a entender que están implicados

en algún tipo de guerra justa o legítima, luchando contra la opresión, la explotación o la corrupción moral; de ahí el dicho popular: “Lo que para algunos es un terrorista, es para otros un luchador por la libertad”. En un curioso giro, los terroristas a veces emplean la propia palabra terrorismo contra sus enemigos. La Organización Revolucionaria 17 de Noviembre (de Grecia) escribió en un documento que “si alguien, hoy en Grecia, practica el terrorismo de forma rutinaria, esa es la clase dominante junto con el imperialismo que busca perpetuar el sistema de explotación de la clase obrera” (Kassimeris, 2001: 115). Asimismo, una declaración de Al Qaeda realizada en octubre de 2001, durante el bombardeo de Afganistán, preguntaba: “¿Es posible que Estados Unidos y sus aliados maten y eso no se llame terrorismo? Y cuando la víctima decide vengarse, se le llama terrorismo. Esto no puede ser aceptable”[9]. Bill Ayers, en su día miembro de la Weather Underground Organization, va aún más lejos, argumentando que ni él ni sus compañeros eran terroristas porque sus acciones no se ajustaban a las definiciones de terrorismo imperantes en el discurso público: “Los terroristas aterrorizan, matan a civiles inocentes, mientras que nosotros organizamos y agitamos. Los terroristas destruyen al azar, mientras que nuestras acciones llevaban, esperábamos, el sello preciso de un diamante tallado” (Ayers, 2003: 263).

¿Es posible evitar las implicaciones políticas del término? Algunos expertos en terrorismo actúan como si fueran exorcistas, tratando de eliminar el “demonio político” de su campo de estudio mediante conjuros definicionales; el supuesto de fondo es que el tono, en principio objetivo, de una entrada de diccionario puede expulsar a los malos espíritus (juicios de valor políticos) (véase, de nuevo, Stampnitzky, 2013: 198-200). Schmid y Jongman (1988) estudiaron el tema en su día y recopilaron más de cien definiciones. Pidieron a los expertos que rellenaran un cuestionario y encontraron 22 temas recurrentes en sus respuestas (uso de la violencia, motivaciones políticas, terror, diferenciación entre blanco directo e indirecto, coacción, publicidad, etc.). A partir de ahí, propusieron una definición compleja y larga que intentaba incluir el mayor número posible de estos elementos. Es poco probable que este enfoque inductivo cumpla su cometido (véase, en la misma línea, Weinberg, Pedahzur y Hirsch-Hoefler, 2004). Utilizar el mínimo común

denominador de las definiciones existentes no significa que la definición resultante vaya a revelar los principios generadores del terrorismo, es decir, las razones por las que consideramos terroristas determinados atentados y determinados grupos armados.

Curiosamente, el debate sobre las definiciones ha perdido fuerza en los últimos años, en buena parte porque se ha conseguido acceso libre a bases de datos comparados sobre terrorismo (LaFree, 2019). De esta manera, los investigadores se han volcado en el análisis estadístico de los datos existentes sin prestar demasiada atención al tipo de violencia incluida. Los intentos de mejorar la conceptualización han tendido a desaparecer debido a la suposición tácita de que el terrorismo es simplemente lo que se incluye en las bases de datos sobre "atentados terroristas" (una excepción es Richards, 2015). Sin embargo, dichas bases de datos parten de definiciones con muy poca elaboración teórica y, por tanto, reproducen muchas de las deficiencias del inductivismo. Las definiciones empleadas son notoriamente vagas: véase, por ejemplo, en Sheehan (2012: apéndice), una lista de las definiciones utilizadas en las principales bases de datos. La ambigüedad de las definiciones tiene implicaciones para las decisiones sobre los acontecimientos que se incluyen. En cierto sentido, los académicos que dejan de lado el debate conceptual y realizan análisis estadísticos con las bases de datos existentes no hacen sino derivar el problema de las definiciones a los codificadores. En el apéndice del capítulo 3 ofrecemos algunos ejemplos más detallados de los problemas endémicos que surgen cuando se da por sentada la calidad y pertinencia de los datos.

1.4. Concepciones inadecuadas

Una vez aclarado en qué debería consistir una taxonomía explicativa satisfactoria, argumentamos a continuación que las dos características del terrorismo más habitualmente mencionadas carecen de precisión y son empíricamente insuficientes para constituir la base sobre la que podría construirse una conceptualización de la violencia terrorista. Estas dos características son el blanco de la violencia (civiles frente a combatientes) y la naturaleza coercitiva de la violencia (golpear a uno para aterrorizar a muchos). Sostenemos que estas características, ya sea por separado o combinadas, no logran captar lo que hace del terrorismo un tipo único de violencia.

1.4.1. Matar población civil

Muchos autores han defendido que lo que diferencia al terrorismo de otras formas de violencia es matar a civiles[10]. Un ejemplo típico de un artículo influyente en la materia: Kydd y Walter (2006: 52) definen el terrorismo como "el uso de la violencia contra civiles por parte de actores no estatales para alcanzar objetivos políticos".

Algunos autores, sobre todo filósofos, van más allá y añaden que, en el terrorismo, los civiles son inocentes o son asesinados al azar o ambas cosas. Michael Walzer define el terrorismo de la siguiente manera: "El terrorismo es el asesinato deliberado de personas inocentes, al azar, con el fin de sembrar el miedo en toda una población y forzar la mano de sus dirigentes políticos" (Walzer, 2004: 130).

En Guerras justas e injustas, Walzer sostiene que "la aleatoriedad es la característica crucial de la actividad terrorista" (1977: 177).

Otros filósofos han seguido su ejemplo (Cohen, 2008: 103). La referencia a la inocencia es problemática desde una perspectiva metodológica, ya que implica ineludiblemente juicios de valor. En su "Carta a los americanos" (Ibrahim, 2007: 200), Osama Bin Laden sostenía que los civiles estadounidenses no son inocentes, pues eligen libremente gobiernos que cometen todo tipo de atrocidades contra los musulmanes. Si el objetivo es elaborar una teoría de la violencia terrorista, la presencia de juicios de valor (como la inocencia moral) es una fuente de confusión. Los filósofos, por supuesto, tienen todo el derecho a discutir la dimensión moral del terrorismo, pero no hay razón para incorporar sus conclusiones, cualesquiera que estas sean, en la conceptualización del terrorismo.

En cuanto a la aleatoriedad de los atentados, es una cuestión de grado y debe analizarse bajo el prisma de la selectividad de la violencia[11]. Incluso en el atentado contra el World Trade Center se puede argumentar que no fue aleatorio. Al fin y al cabo, Al Qaeda podría haber decidido estrellar los aviones en Londres, Pekín o, para el caso, en cualquier otra ciudad estadounidense. El hecho de que apuntaran a Estados Unidos (y a Nueva York) no fue una decisión aleatoria.

Sabemos, además, que los terroristas eligen objetivos en función de rasgos ideológicos, étnicos o religiosos (como en los atentados palestinos contra las fuerzas de seguridad y los civiles israelíes); estos atentados pueden ser más o menos selectivos, pero es evidente que no son aleatorios ni totalmente indiscriminados. Y lo que es más importante, también observamos atentados terroristas altamente selectivos contra individuos que se comportan de una determinada manera (por ejemplo, un juez que ha encarcelado a los miembros de un determinado grupo). No existe ninguna base empírica o teórica para concluir que el terrorismo sea violencia indiscriminada (véase De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011b).

No descartamos la posibilidad de que se generalice el uso del término terrorismo para referirse a cualquier tipo de victimización civil (como en Carr, 2002, o en Goodwin, 2006), pero esto tiene un precio. El terrorismo se convierte en un patrón de selección de objetivos que puede observarse en todo tipo de violencia política. Aunque pensamos que la cuestión de por qué se ataca a los civiles

en conflictos de cualquier tipo es interesante (Balcells y Stanton, 2021; Asal, Phillops y Rethemeyer, 2022), no nos permite identificar ni un tipo de violencia en sí misma, ni un tipo de conflicto, ni un tipo de actor armado.

La definición del terrorismo como victimización de civiles se basa en el "principio de distinción" entre combatientes y no combatientes establecido en el derecho internacional humanitario. Este principio se formuló en el contexto de las guerras interestatales en las que dos (o más) ejércitos claramente identificables luchan entre sí. Puesto que la naturaleza de la guerra ha cambiado sustancialmente y, lo que es más importante, puesto que la mayoría de los conflictos armados de las últimas décadas son intraestatales, los límites tradicionales entre combatientes y no combatientes se han vuelto más borrosos (véase Melzer [2014] para un examen de esta cuestión). En términos generales, los combatientes pueden caracterizarse como aquellos que portan armas y participan en las hostilidades. Sin embargo, esto no cierra el debate (Coady, 2021: cap. 4). En el caso de la violencia urbana, por ejemplo, ¿debe considerarse combatiente a la policía? ¿Qué ocurre con el caso especial de los miembros del ejército que son atacados cuando están fuera de servicio o cuando realizan labores rutinarias administrativas en tiempos de paz? Por otra parte, ¿son combatientes todos los que forman parte de un grupo armado, incluso los que solo ayudan en labores de logística, inteligencia o propaganda?

El abanico de casos especiales es ciertamente amplio. En aras de la simplicidad, bastará con distinguir entre civiles, por un lado, y "personas armadas", por otro. Por personas armadas nos referimos a los miembros de grupos paramilitares, así como a los miembros de las fuerzas policiales y militares, tanto en tiempos de guerra como de paz, estén o no de servicio.

Teniendo en cuenta esta distinción, ¿es útil equiparar el terrorismo a los ataques contra civiles por parte de grupos armados no estatales? Nuestra respuesta es negativa, por dos motivos: los civiles son asesinados sistemáticamente en otras formas de violencia y los grupos terroristas a menudo atacan a las fuerzas de seguridad. Desarrollamos a continuación cada parte de la respuesta.

Es un hecho bien establecido que el principal perpetrador de la violencia contra los civiles es el Estado. Esto es válido para todo tipo de actividad bélica, ya sea interestatal o intraestatal. El bombardeo de poblaciones civiles es especialmente mortífero, según atestiguan las campañas aéreas de los aliados contra Alemania y Japón al final de la Segunda Guerra Mundial (murieron más de un millón de civiles alemanes y japoneses). De acuerdo con Downes (2008) y Valentino (2004), el Estado ataca a civiles principalmente cuando se ve envuelto en una guerra de desgaste prolongada y solo puede ganar mediante un fuerte sacrificio de tropas nacionales o cuando el objetivo es la conquista territorial y la población local es un obstáculo para el control del territorio por parte del Estado (de manera que matar a civiles provocará el desplazamiento de la población).

La represión es el caso más puro de victimización de civiles por parte del Estado. A veces, la represión se lleva a cabo de forma arbitraria y aleatoria (como en las purgas de Stalin); sin embargo, en otras ocasiones, la represión se dirige contra un grupo específico, lo que da lugar a genocidios o asesinatos en masa[12]. Muchos autores descartan de plano la posibilidad del terrorismo de Estado. Para quienes comparten esta opinión, el hecho de que el Estado mate a civiles desarmados es irrelevante. Abordaremos esta cuestión con mayor profundidad en el próximo capítulo, pero nos gustaría subrayar que la exclusión de la violencia represiva del Estado es ad hoc en una concepción del terrorismo basada en la victimización de civiles. Con otras palabras, no está claro por qué una definición que establece la condición de objetivo como característica definitoria de la violencia terrorista debe incluir la cláusula de que la violencia que se va a analizar ha de ser exclusivamente no estatal. En nuestra propia conceptualización del fenómeno, la exclusión (parcial) del Estado es una consecuencia de la propia definición que ofrecemos. Aquí, sin embargo, la exclusión es arbitraria.

Aparte del polémico punto sobre la violencia estatal, la principal objeción contra la idea del terrorismo como violencia contra civiles es que poseemos numerosas pruebas de victimización de civiles por parte de actores no estatales que normalmente no se consideran terrorismo. Así pues, no utilizamos el término terrorismo para referirnos, por ejemplo, a la violencia sectaria en el contexto de un

conflicto étnico, a los pogromos o, de forma más general, a las atrocidades masivas cometidas por agentes no estatales. Los expertos definen las "atrocidades masivas" como el asesinato de más de mil civiles en un periodo de tiempo limitado (incluye genocidios). Aunque la mayoría de las atrocidades masivas son cometidas por Estados, las bases de datos existentes enumeran, al menos, 40 atrocidades masivas cometidas por actores no estatales durante el periodo 1989-2018 (Anderton y Brauer, 2021). No es habitual referirse a las atrocidades masivas no estatales como violencia terrorista.

Y, lo que es aún más importante, disponemos de abundantes pruebas sobre ataques a civiles en el contexto de las insurgencias y los grupos guerrilleros. Según Balcells y Stanton (2021: 47), "la violencia contra los civiles se produce en tipos muy diferentes de conflicto y actividad política conflictiva". En la misma línea, Weinstein (2007: 198) escribe:

La muerte de civiles es una consecuencia frecuente de los conflictos armados. Parte de esta violencia es el resultado involuntario de los combates a gran escala entre las partes o está causada por la hambruna, la malnutrición y las enfermedades provocadas por los conflictos. Pero otra gran parte de la violencia dirigida a las poblaciones no combatientes en el curso de la guerra es intencionada. Los grupos armados atacan a los civiles mientras organizan sus ejércitos, obtienen recursos para mantener la lucha, construyen bases de apoyo popular y debilitan las redes de apoyo de los grupos contrarios.

La literatura académica sobre la guerra civil rara vez denomina terrorista a este tipo de violencia. Un breve resumen de las principales teorías que se han propuesto para explicar la victimización de civiles en el contexto de la guerra civil es útil para entender por qué esta violencia es diferente de la del terrorismo. Todas las teorías giran en torno a la relación entre las insurgencias y la población local. A la hora de crear un orden político que sustituya al del Estado, los insurgentes pueden probar diferentes

estrategias. Así, pueden buscar la colaboración de la población a cambio de servicios similares a los del Estado (imponer el orden, ejercer la justicia, proporcionar bienes públicos, aplicar políticas sociales) o pueden coaccionar a la población mediante el uso de la violencia. Dada la frágil autoridad de los nuevos gobernantes, la falta de colaboración de la población local representa un reto de enormes proporciones. Si algunos lugareños se unen al "enemigo" y cooperan con el Estado, la autoridad de los insurgentes puede verse seriamente socavada. Este es el núcleo del análisis de Kalyvas (2006) sobre la violencia contra la población civil en las guerras intraestatales. Simplificando al máximo, la violencia indiscriminada en la teoría de Kalyvas es siempre una segunda opción (ya que suele ser contraproducente) y está motivada por la falta de información sobre las lealtades de la población local. La violencia selectiva, por el contrario, pretende castigar a los informadores y denunciantes, con el objetivo de disuadir a todos aquellos otros que podrían plantearse hacer lo mismo. Según Kalyvas, esta violencia es especialmente frecuente en aquellas zonas en las que los insurgentes son dominantes, pero no tienen pleno control territorial, ya que su autoridad es cuestionada por el enemigo.

Otras teorías se han centrado en las limitaciones organizativas y los niveles de recursos (Weinstein, 2007). Los grupos insurgentes ricos en recursos pueden permitirse reprimir a la población local, ya que no se ven muy limitados por la necesidad de reclutar efectivos a nivel local. En cambio, los grupos pobres en recursos tienden a desarrollar relaciones más consensuadas y colaborativas con la población local. En una línea similar, De la Calle (2017) ha argumentado que los grupos armados llevarán a cabo más ataques contra civiles en zonas en las que pretendan controlar el territorio como forma de imponer su autoridad, mientras que serán más comedidos cuando operen en zonas (urbanas) en las que necesiten contar con redes de apoyo para organizar los ataques.

Metelits (2010) introduce un nivel adicional de complejidad al analizar la competición entre grupos insurgentes dentro de los conflictos. En su opinión, es la competencia entre las fuerzas paramilitares lo que genera el asesinato de no combatientes. Cuando el grupo armado tiene un poder casi monopolístico en una zona concreta, la cooperación con la población local es factible. Sin

embargo, cuando un competidor entra en la zona de control del grupo insurgente y desafía su acceso a los recursos, el grupo, tratando de imponer el orden, puede victimizar a civiles. Para utilizar uno de los estudios de caso de Metelits, las FARC en Colombia cometieron una mayor violencia contra los civiles cuando los paramilitares (los "paras") entraron en el conflicto. De manera parecida, Balcells (2017) ha demostrado que la victimización de civiles es más intensa durante una guerra civil cuando los niveles de polarización política antes del inicio del conflicto eran mayores; por ejemplo, observa que en la guerra civil española hubo más civiles asesinados en los municipios en los que la izquierda y la derecha habían obtenido una cuota electoral similar en las elecciones de 1936, unos meses antes de que estallara el conflicto, que en municipios en los que dominaba claramente una de las dos fuerzas políticas.

Esta somera revisión de algunos de los estudios que se han realizado para analizar el comportamiento de los grupos insurgentes hacia los no combatientes en las guerras civiles muestra que la literatura da por sentado que la violencia contra los civiles es una parte esencial de este tipo de conflictos. Esta violencia rara vez se interpreta como violencia terrorista.

Hasta ahora hemos demostrado que tanto los Estados como los grupos insurgentes atacan a civiles, a veces de forma indiscriminada. La definición del terrorismo como violencia contra civiles no puede distinguir entre los diversos tipos de violencia dirigida contra civiles. La definición es ciertamente más verosímil si solo se considera la violencia no estatal, pero, aun así, tiene que hacer frente a la violencia intercomunitaria, las atrocidades masivas y la violencia sistemática de los grupos insurgentes contra la población civil en el contexto de las guerras civiles.

Por otra parte, no está claro que el terrorismo sea solo violencia contra civiles. La violencia terrorista se dirige con frecuencia contra combatientes (es decir, militares, policías y miembros de grupos paramilitares rivales). Si recurrimos a la Global Terrorism Database (GTD), una simple tabulación de todos los atentados mortales por tipo de blanco (99.136 incidentes) muestra que casi el 40% de estos atentados iban dirigidos contra militares (20,45%), policías

(16,42%) o milicias terroristas/no estatales (2,54%). El 40% es una cifra demasiado elevada para considerarla una excepción a una tendencia general[13].

Las misiones suicidas suelen incluirse en el repertorio de tácticas terroristas. Según la GTD, el 50,8% de los atentados suicidas mortales tienen a combatientes como objetivo. En el caso de los atentados letales no suicidas, el 38,6% se dirigen contra combatientes. Esta diferencia entre los porcentajes es estadísticamente significativa e indica que los atentados suicidas, a pesar de su condición terrorista, se dirigen sistemáticamente contra combatientes (véase en el capítulo 5 el uso que hace el ISIS de las misiones suicidas con fines militares).

Se podría argumentar que las reglas de codificación de la GTD son demasiado amplias, de modo que la base de datos cubre involuntariamente una parte de la violencia insurgente (véase el apéndice del capítulo 3). La base de datos Domestic Terrorism Victims (DTV; De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011b) ofrece una prueba más precisa, ya que registra todas las víctimas mortales individuales causadas por atentados terroristas en Europa occidental durante el periodo 1965-2005 (n = 4.955), identificando datos demográficos clave como la ocupación de las víctimas. Pues bien, la tabla 1.2 ofrece información sobre el número de víctimas mortales y el porcentaje de combatientes asesinados por los ocho grupos armados más letales de Europa occidental antes de 2005. En cuatro de ellos (PIRA, ETAm, GRAPO y Brigadas Rojas), el número de combatientes muertos representa bastante más del 50% de todas las víctimas mortales[14]. Hay muy pocas dudas de que los grupos incluidos en la tabla son terroristas. Si decidiéramos eliminarlos del universo del terrorismo porque no matan suficientes civiles, habría que reordenar todo el campo de estudio.

Tabla 1.2

Porcentaje de combatientes asesinados por los ocho grupos armados más letales de Europa occidental

	País	Víctimas mortales	Porcentaje de combatientes
PIRA (Ejército Republicano Irlandés Provisional)	Reino Unido	1.648	65,0
ETAm (Patria Vasca y Libertad, rama militar)	España	772	60,1
UVF (Fuerza de Voluntarios del Ulster)	Reino Unido	529	12,3
UDA (Asociación de Defensa del Ulster)	Reino Unido	345	14,3
INLA (Ejército de Liberación Nacional Irlandés)	Reino Unido	130	38,5
NAR (Núcleos Revolucionarios Armados)	Italia	117	17,1
GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre)	España	85	77,6
BR (Brigadas Rojas)	Italia	53	60,4

Fuente: Domestic Terrorism Victims (DTV).

La variación en la selección de combatientes dentro de los grupos terroristas es enorme. Algunos grupos están por debajo del 20%, otros por encima del 60%. El hecho de que todos ellos reciban habitualmente la etiqueta de “terroristas” indica que la condición de víctima no es el mecanismo generativo de este tipo de violencia política.

La tabla 1.3 muestra las pautas generales de selección de blancos en los países de Europa occidental en función de la ideología de los perpetradores. Se distinguen cuatro ideologías a partir del objetivo último perseguido por los terroristas: 1) violencia secesionista o nacionalista, dirigida a la separación de una región del territorio estatal; 2) violencia revolucionaria, dirigida a provocar una insurrección masiva contra el sistema; 3) violencia fascista, dirigida a crear las condiciones bajo las cuales un golpe militar sería aceptado por la sociedad, y 4) violencia vigilante, dirigida a impedir que el Estado cambie el statu quo. Surgen dos patrones opuestos: por un lado, el terrorismo secesionista y revolucionario que se dirige predominantemente contra combatientes y, por otro, el terrorismo fascista y vigilante que se dirige casi exclusivamente contra no combatientes. Las diferencias en la selección de blancos entre los distintos tipos ideológicos de grupos terroristas son probablemente mayores que cualquier diferencia que podamos encontrar entre insurgencia y terrorismo (véase también el gráfico 3.4).

Tabla 1.3

Estatus de la víctima por tipo de terrorismo en los países de Europa occidental

	Total	Terrorismo	Secesionista	Revolucionario	Fascista	vigilan
Combatientes	45,8% (2.089)	59,7% (1.708)	68,0% (196)	18,0% (62)	11,8% (117)	
No combatientes	54,2% (2.436)	40,3% (1.134)	32,0% (148)	82,0% (278)	88,2% (876)	

Fuente: Domestic Terrorism Victims (DTV).

En resumen, la definición de terrorismo basada en los ataques contra civiles no es válida. En primer lugar, hay numerosas pruebas de que se ataca a civiles o no combatientes en otros tipos de violencia (por ejemplo, atrocidades masivas, guerras civiles). En segundo lugar, algunos grupos considerados universalmente como terroristas atacan a combatientes de forma sistemática, a veces en mayor proporción que a los no combatientes.

1.4.2. Violencia coercitiva

Un segundo enfoque de la definición de terrorismo consiste en distinguir entre el objetivo directo de la violencia y el público que contempla la violencia y puede temer un mismo destino si no accede a las exigencias de los perpetradores[15]. A modo de ilustración, veamos la definición de Enders y Sandler (2012: 4): "El terrorismo es el uso premeditado o la amenaza de uso de la violencia por parte de individuos o grupos subnacionales para obtener un objetivo político o social mediante la intimidación de una gran audiencia más allá de las víctimas inmediatas".

Quisiéramos fijarnos en el elemento central de la definición, la naturaleza coercitiva de la violencia. Al ejercer la violencia, los terroristas no intentan destruir el Estado o la sociedad. Sin embargo, gracias a la violencia limitada contra objetivos directos, los terroristas infunden miedo o terror en el público que contempla la violencia. En uno de los libros más influyentes y completos en este campo, Inside Terrorism, Bruce Hoffman define el terrorismo como "la creación y explotación deliberadas del miedo mediante la violencia o la amenaza de violencia en la búsqueda del cambio político" (2006: 40). En este sentido, es evidente, por ejemplo, que Al Qaeda no pretendía exterminar a la población de Estados Unidos al lanzar los atentados del 11-S. El objetivo directo eran las personas que trabajaban en el World Trade Center o en el Pentágono, pero el blanco principal era la sociedad estadounidense y sus autoridades. En este contexto, se suele argumentar que el

propósito de atacar al objetivo directo es, en última instancia, aterrorizar al objetivo principal. El objetivo principal se ve atemorizado o aterrorizado por lo que le ocurre al directo.

Si el objetivo principal reacciona ante el ataque dirigido contra el objetivo directo es porque la violencia tiene una dimensión comunicativa (Crelinsten, 1987), es decir, la violencia aparece como un mensaje que el agresor envía a la audiencia objetivo. Si no existiera este elemento comunicativo, la audiencia objetivo no podría reaccionar ante el atentado. Sin embargo, del hecho de que la acción terrorista deba ser inteligible para el objetivo indirecto no se deduce que el terrorismo consista únicamente en transmitir un mensaje. Incluso cuando el mensaje se ha transmitido "eficazmente", es frecuente que los terroristas sigan repitiendo las mismas acciones (por ejemplo, la serie de secuestros por parte de grupos armados palestinos o la serie de atentados contra soldados británicos en Irlanda del Norte por parte de fuerzas republicanas). Esta persistencia no está relacionada con la comunicación, sino con la imposición de un coste al enemigo. No obstante, aun siendo cierto que la comunicación no agota la actividad terrorista, parece que la distinción básica entre los dos objetivos es clara y puede aplicarse a muchos casos de violencia terrorista. Al igual que en la sección anterior sobre los ataques contra civiles, defendemos que esta caracterización del terrorismo en términos de dos blancos distintos abarca demasiado, en el sentido de que cierta violencia que rara vez se considera "terrorista" entra dentro de la definición, pero también que abarca demasiado poco, ya que no toda la violencia terrorista se ajusta a la definición.

Empezaremos señalando que la diferenciación entre dos tipos de objetivos no es exclusiva del terrorismo. De hecho, la posibilidad de separar un objetivo directo y uno principal o indirecto es muy común en cualquier forma de coacción. La violencia coercitiva consiste en imponer un coste a alguien mediante la violencia (o la amenaza de ella) para obligar a la persona a actuar como quiere el actor que ejerce la coacción. En el caso de los actores colectivos (como los grupos étnicos e ideológicos, las sociedades o los Estados), la violencia coercitiva suele funcionar matando a algunos miembros del colectivo para inducir a los demás a adoptar un curso de acción que, de otro modo, en ausencia de coerción, no tomarían.

Tal y como explica Kalyvas (2006: 26) sobre la violencia coercitiva en general, “pretende moldear el comportamiento de un público objetivo alterando el valor esperado de determinadas acciones”.

La violencia política que no es una mera manifestación pura del poder militar encaja en la lógica de la coerción. En Arms and Influence, Thomas Schelling distinguió entre el poder militar y el poder de hacer daño: en su estilo característico, “hay una diferencia entre coger lo que quieres y hacer que alguien te lo dé” (Schelling, 1966: 2). Coger lo que quieres corresponde al poder militar; hacer que alguien te lo dé corresponde al poder de dañar (power to hurt). Del mismo modo, Kalyvas (2006) habla de dos objetivos globales de la violencia, el exterminio y la obediencia, que corresponden aproximadamente al poder militar y al poder de dañar, respectivamente. El exterminio requiere la capacidad destructiva del poder militar; la obediencia se consigue mediante la violencia coercitiva.

El poder de dañar está presente en el terrorismo, pero no solo en él. La mayoría de las formas de violencia implican la lógica de la coerción y el terror, incluidas las de las guerras y las guerrillas (Biddle, 2021: 31-2). La guerra suele ser un proceso más complejo que la simple conquista de un territorio y la aniquilación del enemigo. Aunque hay guerras impulsadas por el uso de la capacidad destructiva que se deriva del poder militar bruto, la guerra a menudo implica negociación y coerción. Como se ha dicho anteriormente, la guerra de desgaste se basa en la coerción, pero no es necesariamente terrorismo. En una guerra de desgaste, la contienda la gana la parte con mayor capacidad de resistencia. En sentido estricto, “la guerra de desgaste es esencialmente una guerra de asedio: guerras generalmente carentes de maniobra o movimiento, que en cambio están dominadas por operaciones estáticas, lineales o de trincheras” (Downes, 2008: 60). El mecanismo del desgaste también se utiliza en las operaciones de castigo contra el enemigo, así como en la contrainsurgencia, en la lucha contra las guerrillas. Las estrategias de desgaste, ya sea en la guerra interestatal, en el conflicto insurgente o en el terrorismo, funcionan mediante la coerción: se impone un coste al enemigo mientras este no se rinda. El coste soportado por cada parte se basa en la distinción entre el objetivo directo y el principal. El objetivo

principal, al evaluar el daño causado al objetivo directo, decide si continúa o abandona.

Los dos ataques con bombas atómicas contra Japón son ejemplos de la lógica del desgaste llevada al límite. Está claro que Estados Unidos no pretendía exterminar a la población japonesa. Más bien, el ataque fue un mensaje, de la forma más cruda posible, al gobierno japonés y a la sociedad japonesa sobre las consecuencias de no rendirse. El ataque, por tanto, presuponía la distinción entre el objetivo directo y el principal, y las bombas estaban ciertamente dirigidas a infundir miedo en la población. Según la explicación estándar, EE UU recurrió a la estrategia de desgaste porque el coste humano previsto de una invasión de Japón era excesivamente alto. Para los autores revisionistas, Japón podría haberse rendido por otros medios y el objetivo último de la explosión de las bombas atómicas no era la audiencia japonesa, sino la audiencia soviética (Alperovitz, 1995). Sin embargo, incluso si esta interpretación histórica más compleja es correcta, la decisión de utilizar las bombas sigue operando sobre una distinción entre los objetivos directos (los civiles de Hiroshima y Nagasaki) y el objetivo final (los soviéticos, que tomaron conciencia del poder nuclear de Estados Unidos). Existen muchas otras campañas de violencia coercitiva contra civiles provocadas por ejércitos estatales, como el Blitz de Hitler en 1940-41 o las campañas aéreas aliadas en la Segunda Guerra Mundial. Más recientemente, la guerra en curso en Ucrania, aunque en un principio fuese una guerra de conquista desencadenada por Rusia, se ha convertido en una guerra de desgaste en la que la contraofensiva ucraniana incorpora ahora una campaña sigilosa destinada a desgastar a las tropas rusas[16]. Sería muy discutible considerar terrorismo a estas campañas. Si se califican como actos terroristas, entonces el terrorismo parece un componente omnipresente de la actividad bélica.

Esta expansión desenfrenada del concepto de terrorismo puede limitarse mediante la exclusión de la violencia estatal de la definición. En última instancia, estamos de acuerdo (por razones que se pondrán de manifiesto en el próximo capítulo) con quienes rechazan la idea de que la violencia coercitiva del Estado sea terrorismo. Pero, como en el caso de la victimización civil, la exclusión del Estado se realiza arbitrariamente, ya que no se deduce

de la conceptualización propuesta en términos de objetivos directos e indirectos de la violencia.

Incluso si asumimos que la eliminación de la violencia estatal de la definición de terrorismo está justificada, no deja de ser cierto que las guerrillas y las insurgencias utilizan a menudo la violencia de desgaste o coercitiva tanto contra el Estado como contra la población local. En lo que respecta al Estado, por ejemplo, los insurgentes que luchan en guerras civiles irregulares (Kalyvas y Balcells, 2010) se dedican a hostigar constantemente a las fuerzas enemigas mediante tácticas de ataque y huida que forman parte de una estrategia más general de desgaste (coercitiva). Si consideráse mos estas tácticas como terroristas, el universo del terrorismo, una vez más, se ampliaría hasta hacerse irreconocible. Y en cuanto a los no combatientes, podemos volver a los casos que se comentaron anteriormente sobre el asesinato de civiles para disuadir a la población de colaborar con el enemigo o para garantizar la obediencia con los nuevos gobernantes. En ambos casos, existe una dimensión coercitiva inequívoca, en el sentido de que unos cuantos asesinatos pueden servir para "escarmentar" a todas aquellas personas que puedan verse tentadas a cambiar de bando (como bien ilustra nuestra historia inicial de Lucanamarca). Este tipo de violencia, frecuente en la mayoría de las guerras civiles, no suele considerarse terrorista.

Por último, nos gustaría destacar que hay algunos aspectos de la violencia terrorista que no quedan bien recogidos en la lógica de la coerción. Normalmente, quienes afirman que el terrorismo es violencia coercitiva tienden a argumentar que la violencia terrorista genera miedo o terror (de ahí el propio término terrorismo). Sin embargo, ni la coacción ni el terror son estrictamente necesarios para entender el terrorismo, algo que rara vez se admite en los debates conceptuales sobre esta cuestión[17]. Especialmente en los casos de terrorismo revolucionario (cuyo objetivo es el cambio de régimen), la violencia pretende movilizar a una población apática en lugar de intentar obligar al Estado a hacer concesiones (Rubenstein, 1987: xvii). Los terroristas revolucionarios creen que matando a miembros del aparato estatal o de la burguesía (a) establecen un camino que seguirán las masas, (b) revelan la vulnerabilidad del sistema y (c) contribuyen a aumentar la

conciencia de clase (Sánchez-Cuenca, 2019: 34-7). Los grupos revolucionarios no aspiran a cambiar las políticas extrayendo concesiones del Estado, sino que, más bien, buscan crear las condiciones para una insurrección que aplaste al Estado o incluso acabe con el capitalismo y el orden social burgués.

La propaganda por el hecho (o propaganda armada), que es la estrategia más común entre los grupos terroristas revolucionarios, funciona partiendo del supuesto de que la violencia atraerá adeptos a la causa y movilizará una comunidad de apoyo. Como explicaban las Brigadas Rojas en un texto sobre su estrategia de violencia, "la guerrilla urbana desempeña un papel clave en la deconstrucción política del régimen y del Estado. Golpea directamente al enemigo y allana el camino al movimiento de resistencia. En torno a la guerrilla se crea y organiza el movimiento de resistencia"[18]. Cabe señalar que el lema que utilizaban los grupos armados italianos en los años setenta no era "matar a algunos para aterrorizar a muchos", que a menudo se toma como epítome del terrorismo, sino, significativamente, colpiscine uno per educarne cento ("golpear a uno para educar a cien"). En este texto se supone que la violencia tiene una función educativa para las masas; evidentemente, el valor pedagógico de la violencia tiene muy poca relación con la coacción o el terror. No hay duda, con todo, de que los ataques de los grupos armados italianos repugnaron a casi todos los italianos y causaron terror en gran parte de la población, pero ese no era el objetivo principal de los terroristas, lo que intentaban era crear las condiciones apropiadas para una insurrección que produjese el colapso del aparato estatal.

No afirmamos que la coerción esté siempre ausente en el terrorismo revolucionario. En algunos episodios, como el secuestro de Aldo Moro, los terroristas pidieron la liberación de prisioneros a cambio del político democristiano. En este caso, la coacción fue la clave del acto. Pero, incluso en este caso, los líderes de las Brigadas Rojas pensaban en el secuestro como una herramienta para intensificar y profundizar lo que llamaban "las contradicciones internas del Estado".

Esto es igualmente válido para Al Qaeda, ya que algunos de sus atentados no responden únicamente a la lógica de la coerción: para

la organización islamista, movilizar a sus seguidores también es crucial. Los atentados del 11-S incluían motivos que podrían enmarcarse en la coerción (Al Qaeda tenía como objetivo Estados Unidos para obligar a las tropas norteamericanas a retirarse de la península arábiga), pero, evidentemente, una motivación no menos importante era la pura espectacularidad de golpear el núcleo financiero de Estados Unidos, en su ciudad más global, Nueva York, y, en última instancia, envalentonar o radicalizar a los musulmanes de todo el planeta. Los atentados de Al Qaeda pretendían provocar una guerra contra las potencias occidentales que atrajera a los islamistas radicales de todo el mundo. Desde esta perspectiva, Al Qaeda no es más que otro ejemplo de terrorismo revolucionario (Ryan, 2013). En última instancia, lo que el argumento establece es que la coerción no es el único propósito concebible de la violencia terrorista. Algunos terroristas matan para movilizar a sus partidarios y desencadenar una insurrección general contra el sistema. Por lo tanto, una visión del terrorismo que defina el fenómeno en términos de coerción es una visión incompleta que no puede dar sentido a la violencia terrorista como mecanismo movilizador.

1.5. Definiciones mixtas

Podría argumentarse que solo hemos examinado caracterizaciones parciales del terrorismo. Habrá quienes quizá estén de acuerdo con las dos conclusiones a las que hemos llegado hasta ahora, a saber, que el terrorismo como violencia contra civiles, por un lado, y el terrorismo como violencia coercitiva, por otro, abarcan demasiado; pero el terrorismo podría seguir definiéndose como una combinación de las dos características (es decir, violencia coercitiva contra civiles), con la intención de que esto abarque el terrorismo y nada más que el terrorismo. Un ejemplo de este tipo de definición podría ser la de Primoratz (1990: 135): el terrorismo es "el uso deliberado de la violencia, o la amenaza de su uso, contra personas inocentes, con el objetivo de intimidarlas, o a otras personas, para que adopten un curso de acción que de otro modo no tomarían" (véase también Bjørgo, 2005: 2; Combs, 2018: 7; O'Neill, 2005: 33). La referencia de Primoratz a los "inocentes" debe entenderse como una referencia a los no combatientes.

Este enfoque resulta atractivo. De hecho, Downes (2008) ha argumentado que las estrategias de desgaste y la victimización de civiles están estrechamente relacionadas. Así pues, una definición en la línea apuntada sería una confirmación de que coerción y victimización de civiles suelen ir de la mano.

Desde un punto de vista puramente lógico, hemos planteado dos limitaciones en relación con cada una de las dos características. La primera es la falta de precisión: la definición basada en cada característica es insuficiente porque los mismos rasgos pueden encontrarse en otros tipos de violencia. La segunda consiste en ignorar la variación que encontramos en el terrorismo: los terroristas matan a combatientes y no combatientes, y los terroristas utilizan la violencia con fines coercitivos y de movilización. Desde esta perspectiva, esta definición más estricta (violencia coercitiva contra civiles) deja demasiada violencia terrorista "fuera": ni los

atentados terroristas dirigidos contra las fuerzas de seguridad ni la violencia terrorista destinada a movilizar a los simpatizantes encajan en la definición sugerida. Dado que estos dos son componentes esenciales (o simplemente demasiado frecuentes) del terrorismo, pensamos que la definición combinada tiene un coste demasiado elevado, en el sentido de que distorsiona algunas de nuestras ideas mejor fundadas sobre lo que es y no es terrorismo.

1.6. Conclusiones

A pesar de la batalla política sobre el significado del terrorismo, creemos que hay espacio para un enfoque analítico que evite muchas de las trampas que jalonan el debate. Buscamos una conceptualización que no se desvíe demasiado de nuestras intuiciones más básicas sobre el fenómeno. El principal problema es que estas intuiciones básicas suelen quedar sepultadas bajo definiciones académicas. Sin embargo, si examinamos cómo la gente se refiere al terrorismo en diferentes contextos y en diferentes momentos, podemos identificar las intuiciones básicas y construir una conceptualización coherente y sistemática del terrorismo.

Así pues, consideramos errónea la definición de terrorismo como atentados contra civiles porque es incoherente con algunos usos básicos del término. Por lo que sabemos, nadie cuestiona la etiqueta de "terrorista" aplicada a las Brigadas Rojas, a pesar de que la mayoría de las víctimas mortales causadas por esta organización fuesen miembros de las fuerzas de seguridad. Y, exactamente por la misma razón, pensamos que definir el terrorismo en términos de coacción es inadecuado: la violencia de las Brigadas Rojas tenía como objetivo movilizar al sujeto revolucionario y no coaccionar al Estado italiano.

Por supuesto, existe una fuerte asociación entre el terrorismo, por un lado, y el asesinato de civiles y la violencia coercitiva, por otro. De ahí que tantas definiciones se hayan centrado en estas características. Pero estas asociaciones distan mucho de ser perfectas y no constituyen una base sólida para una conceptualización del fenómeno.

Una vez aclarado lo que el terrorismo no es, avanzamos en el siguiente capítulo una concepción del terrorismo en la que el factor teórico clave es la clandestinidad. En nuestra opinión, el terrorismo es, ante todo, violencia clandestina.

CAPÍTULO 2

EL TERRORISMO COMO VIOLENCIA POLÍTICA CLANDESTINA

Según la tesis central que defendemos, el terrorismo debe entenderse como violencia clandestina más que como victimización civil o violencia coercitiva. Lo que hace único al terrorismo es que no requiere la ocupación física o el control del espacio. El terrorismo está intrínsecamente ligado a la acción secreta y encubierta. La mayor parte de la violencia insurgente, por el contrario, consiste en obtener control territorial y crear zonas liberadas en las que los rebeldes se convierten en la nueva autoridad y desafían la eficacia y legitimidad del Estado.

Una concepción del terrorismo basada en la clandestinidad no choca con las nociones anteriormente expuestas de que los grupos terroristas a veces atacan a civiles, o de que utilizan la violencia para coaccionar a las audiencias. No obstante, quedan fuera del concepto aquellos ataques dirigidos contra civiles y la violencia coercitiva más en general cuando el ataque no se lleva a cabo en secreto. Al mismo tiempo, nuestra definición recoge casos de terrorismo no incluidos en esas conceptualizaciones, como los atentados contra combatientes o la violencia que busca la movilización de las masas, siempre que el atentado se perpetre bajo las condiciones de la clandestinidad.

El terrorismo es violencia política llevada a cabo en secreto por actores sin control territorial. Esta conceptualización no es una imposición arbitraria o idiosincrásica, sino que se basa en un uso frecuente y extendido del término en el debate público. No es que establezcamos nuestra definición y luego descartemos por decreto los casos de violencia que quedan fuera de ella. Al contrario, analizamos el campo semántico y los usos más comunes del término y llegamos a una definición que encarna las ideas centrales contenidas en el concepto. Como se verá, la conceptualización que proponemos tiene cierto poder unificador, en el sentido de que ayuda a proporcionar una visión global del fenómeno al dar cuenta de muchas de sus características, aparentemente inconexas o independientes las unas de las otras. Además, lo hace sin romper con muchos de los puntos de vista tradicionales sobre la naturaleza

del terrorismo. Por último, resulta útil en términos de investigación, pues genera algunas consecuencias observables que pueden comprobarse empíricamente (como se muestra en el capítulo 3).

Comenzamos analizando las características que hacen única a la violencia clandestina: el secretismo y la inmediatez. La falta de control sobre el espacio impone severas limitaciones, entre ellas la imposibilidad de reconocer a los perpetradores (que no llevan uniforme) y los ataques de muy corta duración. En segundo lugar, profundizamos en el concepto de control territorial y en cómo analizarlo y medirlo. En tercer lugar, presentamos una distinción básica en el análisis de la violencia terrorista entre el sentido del actor y el sentido de la acción. Con este aparato conceptual, procedemos a presentar en el epígrafe 2.4 el mapa conceptual resultante sobre el terrorismo, contrastando la violencia terrorista con otros tipos de violencia relacionados. Por último, mostramos que este mapa conceptual da cabida a la posibilidad del terrorismo de Estado, que definimos como represión clandestina.

2.1. Control territorial

Para comprender la naturaleza de la clandestinidad, primero tenemos que entender su reverso: el significado y la relevancia estratégica de tener control territorial. El territorio es el ingrediente más básico del Estado. En su célebre conferencia "La política como vocación" (1918), Max Weber dijo que el Estado "es una comunidad humana que reclama (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio determinado. Nótese que el 'territorio' es una de las características del Estado" (1946: 78). El objeto de gran parte de la violencia en la historia de la humanidad, bajo la forma de guerras interestatales o intraestatales, gira en torno al control del territorio. El territorio es un activo esencial por muchas razones, como los recursos naturales, la influencia geoestratégica, la demografía y, lo que es más importante, el espacio en el que construir estructuras de dominio político.

El control territorial es, por tanto, la aspiración más importante tanto para los Estados como para las insurgencias. Las insurgencias necesitan territorios liberados de la autoridad del Estado para disponer de un espacio seguro en el que puedan entrenar reclutas, almacenar armas, planificar operaciones y establecer vínculos con la población local. En el escenario más favorable para los rebeldes, estos se convierten en gobernantes de facto en zonas pobladas. El ejército rebelde actúa como una especie de proto-Leviatán imponiendo el orden, extrayendo rentas de la población y prestando algunos servicios públicos. En su apogeo, los Tigres de Liberación del Eelam Tamil (LTTE, por sus siglas en inglés) controlaban gran parte de las regiones habitadas por los tamiles en el norte y el este de Sri Lanka. El grupo fue capaz de construir fortificaciones para defender su territorio y organizar un ejército con más de 16.000 miembros. LTTE es uno de los pocos grupos insurgentes del mundo que ha contado con buques de guerra e incluso aviones. En su afán por sustituir al Estado, LTTE desarrolló tribunales de justicia, un servicio postal, una fuerza policial y un servicio público de

radiodifusión (Hussain, 2010; Stokke, 2006).

Sin embargo, en la mayoría de los casos, el control territorial de los rebeldes es fragmentario o incompleto (Kalyvas, 2006: 210-12). Esto puede ocurrir en zonas en disputa, en las que existe un poder dual y no está claro quién se convertirá en la nueva autoridad (por ejemplo, el Estado gobierna durante el día y los rebeldes durante la noche), o en zonas en las que una de las partes tiene ventaja en el control de la vida local, pero el rival no está completamente ausente (por lo tanto, los civiles pueden establecer contacto con ambas partes).

En el pasado, la forma más común de control territorial de los rebeldes era en el campo. Sin embargo, a medida que la mayoría de las sociedades han experimentado un proceso acelerado de urbanización, gran parte del conflicto se ha trasladado a las ciudades (King, 2021). Un ejemplo paradigmático es el control, por parte del ISIS, de Mosul en Irak y de Raqqa en Siria, así como de varias ciudades menores (véase el capítulo 5). Del mismo modo, Hezbolá pudo tener un control territorial efectivo en los barrios chiíes del sur de Beirut durante la guerra civil libanesa (Jaber, 1997: 146). Otro posible ejemplo urbano son las zonas prohibidas (no-go areas) de Belfast y Derry durante la primera fase de los Troubles, en las que los republicanos tenían el control efectivo de determinados barrios. Era demasiado arriesgado para las fuerzas de seguridad entrar en esas zonas. Para poner fin a esta situación anómala, en 1972 el Reino Unido envió un gran contingente del ejército a las dos ciudades para recuperar el control estatal pleno (operación Motorman) (Smith, 1995: 110).

El control territorial es una propiedad gradual más que discreta (Kalyvas, 2006: cap. 7). El extremo inferior del continuo corresponde a la clandestinidad. Cabe mencionar dos posibilidades intermedias. Por un lado, puede darse el caso de que un grupo armado sea incapaz de liberar territorio del control estatal, pero, no obstante, posea un refugio seguro o santuario más allá de la frontera nacional. Así, el grupo dispone de una base, pero situada fuera del teatro de operaciones. Gracias a esta base, puede entrenar reclutas, montar campamentos y almacenar armas sin tener que esconderse del Estado. El grupo no tiene el control territorial como

tal, pero el refugio seguro actúa como un sustitutivo. Se pueden dar muchos ejemplos. Tomemos el caso del Congreso Nacional Africano (CNA). Los planes iniciales del brazo armado del CNA, el Umkhonto we Sizwe (MK), creado en 1961, consistían en derribar el régimen sudafricano mediante la guerra de guerrillas, pero fue aplastado por el Estado en menos de cuatro años (Barrell, 1992; Legassick, 2003: 284). El levantamiento de Soweto en 1976 cambió el statu quo al ofrecer al MK una gran cohorte de reclutas potenciales, además de algunas ideas nuevas sobre cómo trasladar la lucha del campo a las principales ciudades. En una declaración notable, el líder militar camarada Mzala señaló en 1981 que "cualquier perspectiva estratégica partiría de premisas insuficientes, es más, falsas, si no reconociera que Sudáfrica es, por encima de todo, una sociedad capitalista industrial" (Legassick, 2003: 287); sin embargo, seguía sosteniendo que la guerra de guerrillas era la mejor forma de golpear el flanco más débil de la sociedad industrial: el campo. La guerra de guerrillas fue un fracaso, ya que la organización no consiguió construir bases en Sudáfrica. Durante la década de 1980, el CNA no pudo controlar territorio dentro de Sudáfrica, pero tenía campamentos en Tanzania y Angola. Se calcula que el CNA contaba con unos 10.000 guerrilleros fuera del país (Moorcraft, 2018: 345-6). Al no tener una base territorial en Sudáfrica, la violencia, mayoritariamente urbana, estaba orientada a la "propaganda armada", una actividad típicamente terrorista (Legassick, 2003: 291). Todavía en 1986, Ronnie Kasrils, miembro del Alto Mando del MK, admitía que "las zonas urbanas son un terreno vital de nuestra lucha […] debemos utilizar nuestra fuerza urbana, nuestra fuerza en las zonas segregadas, nuestra fuerza en la clase obrera como trampolín", aunque seguía sin descartar la guerra de guerrillas rural (Legassick, 2003: 293; véase también Simpson, 2009). El CNA era un grupo clandestino, pero sus bases en los países vecinos contribuyeron a su crecimiento numérico y garantizaron su supervivencia[19].

Del mismo modo, durante la década de 1970, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) tuvo que actuar en la clandestinidad dentro de las fronteras de Israel, pero tenía campamentos y bases en el Líbano (y antes en Jordania) (véase el capítulo 5). En el caso de Euskadi ta Askatasuna (ETA) en España, ETA nunca consiguió el control territorial, pero el País Vasco

francés fue una especie de santuario para el grupo hasta mediados de la década de 1980 (véase el capítulo 4). La existencia de un refugio seguro en el exterior no llega a dotar a la organización armada de los mismos recursos que ofrece la toma de territorio dentro de las fronteras de su Estado rival, pero, no obstante, ayuda al grupo a reclutar más fácilmente y, en ocasiones, a lanzar ataques transfronterizos de tipo guerrillero, como veremos en los próximos capítulos.

Por otro lado, tenemos los grupos nómadas o itinerantes. No tienen control territorial, pero tampoco son totalmente clandestinos. Un buen ejemplo es el maquis español del franquismo (1939-52): los rebeldes se escondían en las colinas, bajaban a los pueblos para atacar a las fuerzas de seguridad o a los colaboradores de la dictadura y escapaban de nuevo al terreno montañoso (Serrano, 2006). No pudieron establecer una residencia permanente en las montañas, ya que se veían obligados a desplazarse cuando eran perseguidos por las fuerzas de seguridad.

Se pueden mencionar algunas condiciones específicas asociadas al control territorial para distinguir a los grupos armados con y sin control territorial. En concreto, consideramos que un grupo armado es guerrillero cuando se cumple, al menos, una de las siguientes condiciones (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2012)[20]:

a. Los rebeldes tienen capacidad para establecer campamentos o bases dentro de las fronteras del país en los que almacenan armas, entrenan reclutas y planifican atentados.

b. Los rebeldes tienen capacidad para establecer controles permanentes de carreteras, interrumpiendo el flujo de bienes y personas dentro del país.

c. Los rebeldes tienen la capacidad de gobernar a la población civil en las localidades de las que se apoderan (por ejemplo, extrayendo rentas y proporcionando algunos bienes públicos como ‘justicia’, seguridad y/o servicios sociales). Para ser reconocidos como la nueva autoridad, los insurgentes pueden llevar uniformes y armas en las zonas controladas.

Las condiciones se ordenan según su grado de exigencia. La primera condición no requiere ningún nivel de interacción con la población local (la zona controlada puede incluso estar deshabitada). La segunda condición supone cierto grado de control sobre la población local. La tercera, por su parte, implica un control total sobre la población local, es decir, la existencia de un gobierno rebelde. Weinstein (2007: 164) define la gobernanza de los rebeldes como (a) el monopolio de la violencia en el territorio, (b) el establecimiento de instituciones para regular las relaciones con la población civil, y (c) un sistema fiscal y formas jerárquicos de toma de decisiones. Arjona (2016) distingue entre "rebelocracia" (plena implicación de los insurgentes en la vida civil, más allá de la fiscalidad y la seguridad) y "aliocracia" (los insurgentes solo se implican en la fiscalidad y la seguridad). Cualquier forma de orden social estable en la zona rebelde es un claro indicador de control territorial.

El control territorial, por limitado que sea, es un logro crucial para cualquier grupo armado. Tiene evidentes ventajas logísticas y posibilita la expansión del grupo, planteando un desafío más serio al Estado.

2.2. La clandestinidad: violencia y espacio

La violencia clandestina puede definirse fácilmente en términos negativos: es el tipo de violencia que tiene lugar en ausencia de control territorial. La violencia clandestina no requiere un control efectivo del espacio en el que actúa el grupo armado. El ejemplo paradigmático es el de una bomba. La bomba puede colocarse en secreto y detonarse a distancia, por control remoto. La operación no requiere el control físico del espacio, basta con que los autores no sean descubiertos ni denunciados. Del mismo modo, un francotirador que dispara contra un político o un policía también puede considerarse un acto clandestino: no requiere la ocupación del espacio. Por el contrario, el movimiento de tropas para ganar una nueva posición, o para apoderarse de un edificio o un asentamiento, es una empresa compleja que solo puede tener éxito mediante la ocupación del espacio. La mayoría de las acciones militares, en el contexto de una guerra interestatal o intraestatal, corresponde a la lucha por el control del espacio.

La violencia clandestina tiene algunas características propias. Por un lado, los autores no pueden ser identificados, ya que actúan en una zona hostil, que normalmente está bajo el control del enemigo. En el mismo momento en que son reconocidos, corren el riesgo de ser detenidos o asesinados. De ahí que el secreto y el camuflaje civil sean absolutamente cruciales. No es de extrañar, pues, que quienes participan en operaciones clandestinas nunca lleven uniformes, brazaletes ni ninguna otra señal que pueda hacerlos identificables y, por tanto, vulnerables a las fuerzas de seguridad. Si los guerrilleros, en cambio, pueden llevar uniformes en operaciones de asalto es precisamente porque tienen cierto control físico del espacio. Los miembros de Fatah a finales de los años sesenta podían llevar uniformes militares en sus campamentos de Jordania o en la batalla de Karameh en 1968 contra las Fuerzas de Defensa de Israel, pero tuvieron que usar ropa de paisano cuando se infiltraron en Israel para realizar actividades clandestinas (véase el capítulo 5).

Por otra parte, la ausencia de control del espacio en las operaciones clandestinas las hace efímeras. No pueden durar mucho tiempo porque, de lo contrario, las fuerzas de seguridad podrían capturar o matar a los autores. La explosión de una bomba o un tiroteo son acontecimientos que carecen de desarrollo temporal; presuponen, pues, una cierta inmediatez. Si el ataque se prolonga, no puede seguir siendo clandestino. En contraste, las operaciones de guerrilla pueden durar más tiempo; así, una batalla entre insurgentes y el ejército del Estado puede desarrollarse a lo largo de varias horas o incluso días. En una batalla, los movimientos son esenciales, pero el movimiento requiere tiempo. En los ataques clandestinos, los movimientos están muy limitados y, por lo tanto, los ataques no duran.

Cuando los autores están dispuestos a morir, el atentado puede prolongarse, aunque esto depende de la capacidad de las fuerzas de seguridad para abatirlos. En el atentado de Niza de 2016, el conductor de un camión arrolló a la multitud que celebraba el día de la Bastilla y mató a 86 personas e hirió a cientos. El atentado duró exactamente cinco minutos, el tiempo que necesitó la policía para neutralizar al autor (Klausen, 2022: 430). En los atentados de París de noviembre de 2015, el tiroteo contra las personas en el Bataclan duró 15 minutos. La operación se prolongó en el tiempo porque los terroristas tomaron alrededor de 120 rehenes. Evidentemente, en el caso de los secuestros, la operación tiene una dimensión temporal importante (los terroristas pueden permanecer en territorio enemigo porque tienen rehenes). Sin embargo, se trata de excepciones más que de la regla y su carácter excepcional puede explicarse sin tener que ir más allá de nuestra teoría de la violencia clandestina.

Debido a estas características especiales relacionadas con el espacio y el tiempo, la violencia clandestina es altamente perturbadora, más aún cuando se produce en tiempos de paz, rompiendo el orden social de forma repentina e inesperada. De ahí su impacto dramático en el público (el objetivo de audiencia), que a menudo no se corresponde con el daño real causado por la violencia (Mueller, 2006).

Actuar en la clandestinidad impone severas limitaciones en la gama

de tácticas violentas que pueden realizarse. La coordinación y el apoyo mutuo entre los autores son difíciles. No es de extrañar, pues, que los atentados clandestinos sean perpetrados por pequeños grupos o incluso por individuos que actúan en solitario. Además, la necesidad de actuar en secreto restringe el tipo de armamento que puede emplearse. En términos generales, los atentados clandestinos implican un bajo nivel de potencia militar. Estas características, como se muestra a continuación con más detalle, hacen que las tácticas clandestinas sean bastante peculiares.

2.3. Terrorismo y violencia política clandestina

Nuestra principal tesis teórica establece que el terrorismo es violencia política clandestina. Que tenga que haber una motivación política es importante. Aunque el terrorismo es violencia clandestina, no toda la violencia clandestina es terrorista. A diferencia de otras formas de violencia clandestina, el terrorismo tiene una orientación política. En términos muy generales, esto presupone que los terroristas buscan alguno de los siguientes objetivos: el cambio de régimen o de política, la autonomía territorial o la secesión, o la prevención de cualquiera de ellos. El cambio de régimen es la marca distintiva de los grupos revolucionarios, los cuales presentan gran variación ideológica, yendo desde el clásico grupo anarquista o marxista hasta los grupos yihadistas que luchan por el dominio islámico. La secesión es característica de los grupos nacionalistas con reivindicaciones irredentistas. Estos objetivos no se excluyen mutuamente, algunos grupos pueden ser revolucionarios y secesionistas simultáneamente, como ETA, un grupo secesionista de ideología socialista, o Hamás, un grupo nacionalista palestino de ideología islamista[21].

Las fronteras de lo político no siempre son fáciles de delimitar. Es difícil decidir, por ejemplo, si algunos atentados clandestinos por motivos religiosos son políticos. En general, no vemos ninguna objeción a la inclusión de la violencia clandestina yihadista como terrorismo, ya que los objetivos políticos son obvios (establecer un régimen islámico, derrocar gobiernos infieles, expulsar tropas extranjeras). Sin embargo, hay formas de violencia que, por estar motivadas religiosamente, solo tienen implicaciones políticas remotas. Un caso interesante es el atentado con gas sarín perpetrado en el metro de Tokio en 1995 por Aum Shinrikyo, una secta budista apocalíptica (Lifton, 2000). Obviamente, la creencia en el fin del mundo puede tener consecuencias políticas, pero no es fácil ser más específico. Aunque Aum Shinrikyo suele incluirse en las obras sobre terrorismo (véase, por ejemplo, Hoffman, 2006: 119), nos resistimos

a seguir su ejemplo. Estamos de acuerdo en que, desde el punto de vista de la seguridad, las autoridades deberían estar tan preocupadas por Aum Shinrikyo como por cualquier otro grupo violento, pero, desde una perspectiva analítica, un culto religioso no pertenece a la categoría general de violencia política.

Es crucial tener clara la importancia de la orientación política de la violencia, ya que, de lo contrario, el terrorismo podría confundirse con otras formas similares en términos operativos, pero que obedecen a una constelación bastante diferente de motivaciones y factores determinantes. Las organizaciones criminales, por ejemplo, cometen actos violentos por motivos privados. Su violencia, aunque pueda parecerse al terrorismo cuando no controlan el territorio, obedece a una lógica apolítica. No obstante, a veces ocurre que las organizaciones delictivas deciden actuar por motivos políticos. Cuando la mafia italiana mata a altos cargos públicos, como hizo con el asesinato de los jueces Giovanni Falcone y Paolo Borsellino en 1992, cruza la línea, pasando del negocio criminal privado al terrorismo político. Quizá el caso más extremo sea el lanzamiento de una rama terrorista por parte del cártel de Medellín, los llamados Extraditables. Pablo Escobar financió y organizó un grupo clandestino para llevar a cabo atentados contra funcionarios del Estado y civiles con el fin de impedir la extradición de destacados miembros del cártel a Estados Unidos (Jamieson, 2005: 167-8). Líderes políticos, miembros del Gobierno, jueces y periodistas fueron blanco de atentados entre 1989 y 1993. Había un objetivo político explícito, la prevención de extradiciones por parte del Estado colombiano y, por lo tanto, la violencia clandestina resultante se califica de terrorista.

Por otro lado, es bien sabido que los grupos armados (incluidos los terroristas) pueden dedicarse a actividades delictivas, a menudo relacionadas con la producción y el tráfico de drogas, para financiar sus organizaciones (Asal, Milward y Schoon, 2015)[22]. Al margen de estas complicaciones, la cuestión general debe quedar clara: existen diferentes motivaciones para emprender actos de violencia clandestina. Aunque las fronteras entre los grupos armados con motivaciones políticas y las organizaciones delictivas pueden ser porosas y difíciles de operacionalizar, la distinción conceptual no resulta especialmente problemática. Esta distinción es pertinente en

la medida en que los factores determinantes de los grupos criminales y las organizaciones terroristas pueden ser totalmente distintos[23].

El terrorismo, entendido como violencia política clandestina, también es diferente de las operaciones clandestinas llevadas a cabo en el contexto de la guerra por motivos puramente militares. Las operaciones secretas o encubiertas no son ajenas a la guerra. Por ejemplo, la guerra subterránea a través de la construcción de túneles ha sido bien estudiada (Richemond-Barak, 2018) y presenta grandes similitudes con las operaciones clandestinas del terrorismo. En la Primera Guerra Mundial, la guerra de trincheras propició la construcción de túneles, tarea fundamental para lanzar ataques clandestinos. Los túneles permitían poner minas en el terreno, penetrar en el territorio enemigo, así como capturar la línea del frente (Jones, 2010). Se trataba de operaciones encubiertas que cogían al enemigo por sorpresa. Algo parecido puede decirse de la voladura de un puente en terreno enemigo para bloquear su avance o retirada. Siempre que se trate de una operación secreta, puede considerarse clandestina y, por tanto, parecida en su ejecución a un ataque terrorista.

Excluimos este tipo de acciones del terrorismo, ya que su explicación se agota en el valor militar que puedan tener. No hay ninguna motivación política implicada en estas acciones (aunque el conflicto en el que se enmarcan estas acciones pueda tener raíces políticas). En este caso, la conveniencia de un atentado secreto o al descubierto se decide por criterios puramente militares.

Un caso típico es el sabotaje militar en el contexto de la guerra. El sabotaje se define como “una misión (llevada a cabo mediante un acto individual o como parte de una campaña) para desarmar, obstruir o destruir secretamente material bélico o infraestructuras enemigas con el fin de obtener ventajas militares” (Powell et al., 2021: 5). La referencia a la naturaleza secreta del sabotaje deja clara su afinidad con las operaciones terroristas clandestinas. El sabotaje ha sido bien estudiado en operaciones navales. Powell et al. (2021: 6) excluyen el ataque de Al Qaeda del año 2000 contra el USS Cole alegando que fue un ataque terrorista y no un acto de guerra. Aunque los autores no explicitan su definición de

terrorismo, cabe suponer que es precisamente la intención política del ataque terrorista lo que diferencia el incidente del USS Cole del típico sabotaje naval. Las operaciones de sabotaje son encubiertas; las llevan a cabo comandos, normalmente pertenecientes a unidades de operaciones especiales que pueden ser tan pequeñas como las células terroristas, y se ven obligados a actuar bajo una estricta clandestinidad. Lo que hace que la violencia sea terrorista es, por tanto, la combinación de una operación clandestina y una motivación política.

Profundicemos algo más en la relación entre terrorismo y clandestinidad. Esta relación suele darse por supuesta en los estudios más detallados de la violencia. En un análisis de la evolución del ISIS, Hashim (2018: 236) introduce este comentario: "El control del territorio permite al actor no estatal construir bases, experimentar al aire libre sin temor a ser perturbado y evolucionar desde métodos de guerra más simples o 'primitivos', como el terrorismo, a métodos más avanzados, como la guerra de guerrillas, y, en última instancia, a la guerra móvil semiconvencional".

Otros autores hacen esta relación más explícita y vinculan el uso del terrorismo a la falta de control territorial. En sus primeros trabajos sobre la insurgencia, Walter Laqueur (1976) distinguía claramente entre guerrillas rurales y urbanas. En su opinión, "el uso normal de 'guerrilla urbana' es un eufemismo para referirse al terrorismo urbano" (403). Y, lo que es más importante, "los terroristas urbanos no pueden normalmente establecer 'zonas liberadas'" (404). Ariel Merari es uno de los primeros estudiosos que desarrolló la distinción entre guerrilla y grupos terroristas en términos de control territorial. En sus propias palabras, "la diferencia más importante es que, a diferencia del terrorismo, la guerrilla intenta establecer el control físico de un territorio" (Merari, 1993: 224). Asimismo, Donatella Della Porta ha escrito extensamente sobre el terrorismo como violencia clandestina (Della Porta, 1995); más recientemente, ha argumentado en contra del uso del propio término terrorismo, introduciendo una categoría genérica de violencia política clandestina (Della Porta, 2013).

En su exhaustivo análisis sobre la organización interna de los grupos terroristas, Jacob N. Shapiro define el terrorismo en

términos de secretismo y falta de control territorial:

Los grupos terroristas son, en su mayor parte, pequeñas organizaciones que operan en cierto modo en secreto, sin poder para tomar y mantener territorios. La necesidad de mantener el secreto —que se debe a que estos grupos no pueden excluir a las fuerzas gubernamentales de las zonas en las que operan, ni luchar eficazmente contra los esfuerzos de las fuerzas de seguridad por capturar o encarcelar a sus miembros— impone una serie de retos y limitaciones organizativas (Shapiro, 2013: 2-3).

En la literatura se pueden encontrar muchos otros ejemplos. DeNardo (1985: 39) afirma que "los terroristas hacen explotar sus bombas y lanzan reivindicaciones desde la clandestinidad sin movilizar a nadie en manifestaciones públicas". Hoffman (2006: 35) distingue entre guerrillas, insurgentes y terroristas: los terroristas "no actúan en campo abierto como unidades armadas, por lo general no intentan apoderarse o mantener un territorio, evitan deliberadamente enfrentarse a fuerzas militares enemigas en combate, están limitados tanto numérica como logísticamente para emprender esfuerzos concertados de movilización política de masas, y no ejercen ningún control directo o gobierno sobre una población a nivel local o nacional". Weinstein (2007: 17), por su parte, distingue los conflictos en función de si los rebeldes pretenden hacerse con el control territorial y mantiene el término terrorismo para aquellos que no lo desean hacer. Smelser (2007: 91) escribe que "los episodios terroristas suelen ser llevados a cabo por grupos clandestinos". Bergesen y Lizardo (2004: 38) definen el terrorismo como "un acontecimiento disperso y aleatorio llevado a cabo por grupos clandestinos a menudo poco numerosos". Drake (1998: 2) afirma que el terrorismo es "el uso recurrente o la amenaza de uso de la violencia políticamente motivada y clandestinamente organizada". Kilcullen (2009: 12) establece el vínculo entre el terrorismo y la clandestinidad cuando se refiere a "una organización terrorista clásica (que extrae su eficacia de la motivación y la cohesión de un pequeño número de personas en células clandestinas)". Kahler (2009: 104) añade la dimensión política a la

condición clandestina: “A diferencia de las redes criminales, cuyo propósito colectivo es oscuro, las redes terroristas son políticas en sus objetivos. Dado que sus acciones son, por definición, violentas e ilícitas a los ojos de al menos algunos gobiernos, sus acciones también deben ser clandestinas”.

Nuestra conceptualización del terrorismo como violencia política clandestina tiene varias ventajas sobre las alternativas que se han analizado en el capítulo anterior. En primer lugar, da sentido a la variedad de los blancos en el terrorismo. No hay nada anómalo en que actores armados clandestinos ataquen a las fuerzas de seguridad. Pero, al mismo tiempo, nuestro punto de vista ofrece una sencilla razón de por qué el terrorismo y la victimización de civiles se asocian con tanta frecuencia: dadas las limitaciones de la clandestinidad antes mencionadas, los blancos “blandos” (aquellos que entrañan un riesgo bajo para los autores, como los civiles) pueden ser seleccionados con más frecuencia que los blancos “duros” (como las fuerzas de seguridad). Según se expone más adelante, la clandestinidad opera de forma especialmente restrictiva en los atentados terroristas internacionales, cuando quienes los perpetran actúan en un país extranjero, es decir, en un terreno desconocido en el que su aislamiento es casi completo. Estas condiciones desfavorables contribuyen, en gran medida, a explicar por qué los civiles son el blanco preferido en los atentados terroristas internacionales. Hay, pues, razones de peso para esperar una asociación positiva entre terrorismo y victimización de civiles.

En segundo lugar, el carácter clandestino del terrorismo es independiente de los fines estratégicos que persiguen sus autores. La mayoría de las veces, los terroristas utilizan tácticas coercitivas que se basan en el poder de dañar y, por tanto, en formas de violencia que presuponen la distinción entre los blancos directos e indirectos de la violencia. Pero nuestra conceptualización también recoge las pautas de violencia de aquellos grupos clandestinos cuyos atentados persiguen la concienciación y la movilización de sus comunidades de apoyo.

En tercer lugar, nuestra conceptualización no toma partido sobre la identidad de los perpetradores, a diferencia de muchas definiciones que descartan por decreto la participación de los Estados. Por tanto,

evitamos la típica acusación ideológica de que los estudiosos del terrorismo suelen estar sesgados en contra del bando rebelde al no identificar a los Estados como terroristas. Puesto que pensamos que el uso del terrorismo está impulsado por una gran asimetría de poder entre los actores armados (véase el capítulo 3), es natural que los rebeldes acaben realizando más atentados terroristas que los Estados. Pero esto es una consecuencia lógica del argumento, no una decisión arbitraria de los autores.

Por último, al entender el terrorismo como violencia política clandestina, muchas de las características asociadas al terrorismo que parecían inconexas encajan entre sí y revelan el poder unificador u organizador de la conceptualización que proponemos. Esto quedará patente en la siguiente sección, en la que ofrecemos un mapa de la violencia que sitúa al terrorismo en el lugar que le corresponde en comparación con otros tipos de violencia. El mapa es complejo y requiere un estudio cuidadoso. Sin embargo, es crucial para evaluar el poder explicativo de nuestra conceptualización.

2.4. Un mapa conceptual del terrorismo

En el capítulo anterior mencionamos que, en comparación con otros sustantivos referidos a conflictos (como genocidio, guerrilla o guerra), el término 'terrorismo' es bastante peculiar. Mientras que aquellos conflictos se representan con sustantivos concretos, 'terrorismo' es un sustantivo abstracto. El adjetivo terrorista puede aplicarse en diversos ámbitos y hablamos entonces de "atentados terroristas", "conflictos terroristas", "grupos terroristas", "operaciones terroristas", etcétera. El lenguaje ordinario nos está indicando algo profundo sobre la naturaleza del fenómeno, a saber, que el término es proteico y no puede reducirse por decreto lingüístico a uno de sus posibles sentidos. Precisamente porque el terrorismo es polimorfo, necesitamos una palabra acabada en '-ismo' para designarlo.

Si hay varios sentidos irreductibles de terrorismo, no queda más remedio que renunciar a la posibilidad de establecer una definición de diccionario para esta palabra. Debemos aceptar el hecho incómodo de que no hablamos de terrorismo en un único sentido. En aras de la simplicidad, dos sentidos bastarán para captar la mayor parte de lo que se dice sobre el fenómeno: el sentido de la acción y el sentido del actor. El sentido de la acción tiene que ver con ciertos atentados que consideramos terroristas independientemente de la identidad o naturaleza del actor que los realiza. El sentido del actor, sin embargo, asume que ciertos actores son (inherentemente) terroristas. A este nivel de abstracción, la distinción puede parecer tautológica: terroristas son quienes cometen actos terroristas y actos terroristas son los realizados por terroristas. Pero, como veremos a lo largo de esta sección, el sentido de la acción y el sentido del actor no se solapan completamente y, por tanto, se evita la circularidad.

Curiosamente, la distinción entre ambos sentidos puede ilustrarse a través de las diferentes formas en que se conceptualiza el terrorismo

en los códigos legales nacionales. Aunque los países han sido incapaces de consensuar una definición oficial y universal respaldada por las Naciones Unidas (Saul, 2019: 40), muchos han tratado de establecer sus propias definiciones. En los sistemas de derecho anglosajón, el terrorismo tiende a definirse en el sentido de la acción, como un determinado tipo de acto violento (véase Golder y Williams [2004] para una revisión comparativa). En EE UU, por ejemplo, el terrorismo se define, en la sección 2331 (capítulo 113B, título 18 del Código de EE UU), como actos que violan las leyes penales de EE UU y que tienen por objeto: "i) intimidar o coaccionar a una población civil; ii) influir en la política de un gobierno mediante la intimidación o la coacción; o iii) afectar a la conducta de un gobierno mediante la destrucción masiva, el asesinato o el secuestro". Aunque esta es la definición dominante, la sección 2656F del capítulo 38, relativa a los informes anuales sobre terrorismo, introduce el sentido del actor cuando se refiere a grupos terroristas en países extranjeros. Tanto EE UU como la UE mantienen y actualizan listas de grupos terroristas extranjeros. Estas listas, sin embargo, están sujetas a consideraciones políticas y geoestratégicas (De Jonge Oudraat y Marret, 2010): EE UU, por ejemplo, no quiso incluir al IRA Provisional (PIRA) por presiones del lobby irlandés, y la UE excluyó a Hezbolá por los intereses de Francia en el Líbano.

Los códigos penales europeos, en particular los de los países que tienen experiencia directa con conflictos terroristas internos prolongados (como ETA en España, las Brigadas Rojas en Italia y la Facción del Ejército Rojo en Alemania), tienden a hacer hincapié en el sentido del actor. En España, el artículo 570 del Código Penal define a un grupo terrorista como un grupo criminal dirigido a la subversión del orden constitucional o a la alteración de la paz pública. En Italia, el artículo 270 del Código Penal también define lo que es un grupo terrorista y especifica que, para ser calificado de terrorista, la violencia desplegada por el grupo debe estar dirigida a causar un daño grave al país, a sus instituciones o a organizaciones internacionales. En Alemania, el artículo 129 del Código Penal establece que se consideran terroristas las organizaciones criminales cuyos fines u objetivos sean el asesinato, el genocidio, los crímenes contra la humanidad o contra la libertad personal. En este enfoque jurídico, ser miembro de un grupo de este tipo ya es un delito. Esto

se basa claramente en el sentido del actor, en que determinados grupos armados son terroristas.

En el sentido del actor, por tanto, buscamos grupos que puedan describirse como terroristas. Nuestra principal observación en este punto es que se trata de grupos que no consiguen el control territorial y permanecen en la clandestinidad. En principio, esto puede ser así o bien porque no estén interesados en convertirse en una insurgencia plena con control territorial, o bien porque el enemigo sea tan poderoso que impida a los grupos armados hacerse con el control territorial (véase el capítulo 3). El hecho es que, si estos grupos son clandestinos, están abocados a utilizar métodos terroristas.

El sentido del actor se emplea con frecuencia en la literatura sobre las organizaciones que producen la violencia terrorista. La unidad de análisis es el actor y no el acto. En los enfoques de la teoría de juegos, los modelos formales analizan la interacción entre un Estado y un grupo terrorista (como en Bueno de Mesquita, 2005). También hay una literatura en la que los grupos terroristas se examinan como casos de estudio[24], así como análisis comparativos, tanto de muestra grande como pequeña, en los que la unidad de observación es el grupo terrorista[25]. En el apartado anterior, casi todas las citas de la lista de autores que enfatizan el vínculo entre terrorismo y violencia clandestina corresponden al sentido del actor. Así pues, existen argumentos sólidos a favor de la autonomía del sentido del actor basados en las características de la organización, es decir, en la clandestinidad frente al control territorial.

El sentido de la acción requiere menos justificación, ya que es, posiblemente, el dominante en la literatura sobre terrorismo (por ejemplo, véase Kydd y Walter, 2006). El terrorismo se considera un tipo especial de táctica que puede adoptar cualquier grupo armado. La naturaleza del perpetrador no es una consideración relevante, lo que importa es el tipo de violencia empleada. Se recurre al terrorismo cuando las condiciones son tales que el grupo armado dispone de un poder militar mínimo y la violencia es resultado del poder de dañar. Si pensamos en qué tipo de ataques pueden llevarse a cabo cuando el poder militar es mínimo, los ejemplos que nos vienen a la mente son las bombas, los tiroteos selectivos (incluidos

los francotiradores), los magnicidios, los secuestros y las emboscadas a pequeña escala. Todo esto es diferente de un enfrentamiento militar con el ejército estatal o de asaltos armados a gran escala. En comparación con las bombas militares, que se producen industrialmente y se utilizan en el contexto de la guerra, las bombas artesanales se emplean tanto en guerras irregulares como en tiempos de paz, con el fin de alterar el orden social. La fabricación de bombas artesanales no requiere poder militar como tal y pueden detonarse por sorpresa. Los tiroteos selectivos pueden llevarse a cabo solo con armas de fuego. Un francotirador puede actuar solo y disparar desde el tejado de un edificio. Tanto los secuestros tradicionales como los secuestros aéreos pueden organizarse mediante equipos reducidos sin tecnología militar más allá de las armas de fuego. Una emboscada a una patrulla de policía o a un convoy militar requiere un grado mínimo de organización militar. Lo que queremos decir es que todas estas tácticas se asocian con el terrorismo porque son compatibles con el hecho de actuar clandestinamente[26].

Estas tácticas contrastan con las que se emplean en los conflictos de guerrillas, basadas en escaramuzas militares, emboscadas, incursiones, toma de edificios y aldeas, asaltos armados e incluso batallas a pequeña escala en campo abierto. Las diferencias con las tácticas terroristas pueden ser difusas; una emboscada es tan compatible con el terrorismo como con la guerra de guerrillas. Sin embargo, aunque esta descripción no pueda sino ser impresionista dada la enorme complejidad y variación que encontramos en la violencia, la idea general parece clara: las condiciones en las que se realiza la mayoría de las tácticas guerrilleras son más exigentes en términos de poder militar y control efectivo del espacio. Precisamente porque el uso de tácticas de guerrilla implica alguna forma de poder militar, las tácticas tienen un lado ofensivo que está ausente cuando se emplea el terrorismo. Así, los grupos armados que utilizan la violencia guerrillera pueden tener como fin ampliar su base de operaciones y hacerse con el control de nuevos espacios. Las tácticas terroristas, por sí solas, son insuficientes para lograr el control territorial: la explosión de una bomba puede ser útil para destruir un edificio y sembrar el terror, pero si el objetivo es apoderarse de un pueblo, es necesaria la presencia física de los rebeldes; y esto solo puede lograrse utilizando algún tipo de táctica

de guerrilla.

Los dos sentidos de terrorismo no se solapan totalmente; si lo hicieran, la distinción sería irrelevante; es decir, llegaríamos a las mismas conclusiones desde cualquiera de las dos perspectivas, la del sentido del actor o la de la acción. El solapamiento imperfecto explica algunas de las inevitables ambigüedades que conlleva el término terrorismo.

Nuestra tesis principal puede formularse del siguiente modo: toda la violencia perpetrada por grupos armados clandestinos es terrorista, pero no toda la violencia terrorista es llevada a cabo por grupos clandestinos. Más concretamente, cuando los grupos no clandestinos actúan bajo las limitaciones de la clandestinidad, recurren a atentados terroristas. El terrorismo, por tanto, puede entenderse como la violencia política de los grupos clandestinos más la violencia de los grupos no clandestinos que, en determinadas circunstancias, actúan en la clandestinidad.

Tabla 2.1

La intersección de los dos sentidos del terrorismo

	Actor	
ACCIÓN	Clandestino	Control territorial
Violencia coercitiva (bombas, tiros, armas, secuestros, carteros, etc.)	Terrorismo puro	Violencia terrorista (tiros, tiros, etc.)
Poder militar (batallas, incursiones, toma de pueblos, etc.)	Protogueril	Guerrilla pura

Para analizar a fondo las consecuencias de la clandestinidad, empleamos una tabla de 2 x 2 con el sentido del actor en columnas y el sentido de la acción en filas (tabla 2.1) (véase De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011a, para una formulación inicial de esta idea). Representar las distintas posibilidades como celdas en una tabla puede transmitir la idea errónea de que se trata de categorías fijas. La matriz, por útil que sea, no capta el carácter fluido y dinámico en las distintas categorías de violencia. Como se verá más adelante en los comentarios sobre cada celda, un grupo armado puede navegar entre las cuatro celdas en diferentes etapas y, del mismo modo, puede combinar varias de las posibilidades esbozadas en la tabla. Empezaremos centrándonos en los casos puros de la tabla 2.1, los de la diagonal principal, para pasar después a los casos más difíciles, los de la diagonal secundaria.

2.4.1. Terrorismo puro

En la primera celda tenemos grupos clandestinos que ejercen la violencia coercitiva con poder militar mínimo. El resultado es violencia terrorista en estado puro. En estas circunstancias, los rebeldes no tienen control territorial y el tipo de tácticas coercitivas que emplean son compatibles con el hecho de que el grupo sea clandestino (bombas, tiroteos selectivos, secuestros y las demás tácticas antes mencionadas).

Los ejemplos de grupos totalmente clandestinos que nunca consiguen el control territorial y llevan a cabo atentados que asociamos con el terrorismo son numerosos. En la tradición izquierdista o revolucionaria, la oleada de terrorismo anarquista durante el periodo 1875-1925 es un ejemplo perfecto de violencia clandestina basada principalmente en atentados y asesinatos que no requieren control territorial. Según la base de datos de Sánchez-Cuenca (2019), hubo 191 víctimas mortales en los países occidentales (excluida Rusia) durante este periodo. La violencia se concebía como una forma de propaganda —la doctrina de “la

propaganda por el hecho", formulada por Bakunin (1971: 195-6; véase también Linse, 1982)— dirigida a movilizar a la clase obrera en un levantamiento insurreccional contra la sociedad burguesa. Los atentados pretendían "abrir los ojos" a los oprimidos y revelar la vulnerabilidad del Estado. El terrorismo anarquista fue especialmente intenso en Francia, Italia, España y Estados Unidos (siendo más leve en Alemania y ausente en las naciones occidentales más pequeñas).

Desde el punto de vista organizativo, los anarquistas siempre actuaron en secreto. No existían organizaciones formales con una estructura jerárquica, sino redes de activistas mal conectadas e incluso una presencia significativa de actores solitarios, que a veces se desplazaban de un país a otro (véase más adelante sobre los actores solitarios). Un par de ejemplos ayudan a comprender mejor esta cuestión. Santo Caserio fue un italiano que mató al presidente francés, Sadi Carnot, en 1894, como venganza por la ejecución del anarquista Emile Henry; actuó por su cuenta, bajo su propia iniciativa (Merriman, 2009: 206). Del mismo modo, Michele Angiolillo fue otro italiano que mató al presidente del Gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo, en 1897, en represalia por la represión de compañeros anarquistas en la prisión de Montjuic (Núñez Florencio, 1983: 59-60).

En consonancia con su condición clandestina, la mayoría de los atentados anarquistas emplearon bombas artesanales: según la base de datos, el 86% de todas las muertes se debieron a bombas, frente a un 8% de asesinatos por disparos selectivos. De hecho, los anarquistas inventaron el coche bomba, utilizado por primera vez en el atentado de Wall Street de 1920 (38 víctimas mortales) (Davis, 2007; Gage, 2009). Décadas más tarde, otros grupos revolucionarios o de izquierdas siguieron una selección similar de tácticas, como los Tupamaros en Uruguay, el GRAPO en España, las Brigadas Rojas en Italia y la Facción del Ejército Rojo en Alemania. Todos ellos eran grupos clandestinos cuyas principales tecnologías de la violencia consistían en bombas y tiroteos selectivos.

En la familia etnonacionalista, ETA es un ejemplo paradigmático de grupo terrorista clandestino y duradero. Nunca consiguió control territorial en el País Vasco. Aunque ETA gozó de un importante

apoyo social en determinadas zonas de la provincia de Guipúzcoa, la presencia del Estado impidió la formación de una "zona liberada" (véase el capítulo 4). En el caso del IRA Provisional, a pesar de la experiencia efímera de las zonas prohibidas (véase más arriba), PIRA fue también, a todos los efectos, un grupo clandestino. PIRA estuvo a punto de hacerse con el control territorial en la parte sur del condado de Armagh. Allí, debido al riesgo de emboscadas y minas terrestres, el Ejército británico tuvo que utilizar helicópteros para transportar a las tropas (Harnden, 1999: 19). El uso de morteros y misiles por parte del PIRA en esta zona indica un cierto nivel de poder militar similar al de las guerrillas. El poder del PIRA en el sur de Armagh se debía a (a) la ausencia de protestantes, (b) el fuerte apoyo al republicanismo entre los católicos y (c) la frontera con la República de Irlanda, que funcionaba como "santuario" o refugio.

Otro caso notable es Irgún (Irgun Zvai Leumi, Organización Militar Nacional), que fue una organización clandestina y secreta, fundada en 1931 en la Palestina británica. Como escribió Menachem Begin en sus memorias, La revuelta, en Israel "no había ni montaña ni bosque donde los rebeldes pudieran esconderse. Estábamos completamente expuestos a los ojos del enemigo. […] Éramos, en resumen, ciudadanos corrientes indistinguibles de los demás ciudadanos" (Begin, 1972: 105-6).

Declaraciones similares pueden encontrarse en otros grupos clandestinos. En un contexto histórico, ideológico y geográfico completamente diferente, los Tupamaros de Uruguay escribieron en uno de sus documentos fundacionales, utilizando la terminología del Che Guevara: "Uruguay carece de las condiciones geográficas para una guerrilla rural. […] No hay ningún lugar en el país que haga posible la creación de un foco guerrillero rural duradero" (Torres, 2002) (véase el capítulo 4). Zawahiri, el líder de Al Qaeda tras el asesinato de Osama Bin Laden, reflexionó en estos términos sobre las perspectivas de un movimiento guerrillero en Egipto: "El río Nilo discurre en su estrecho valle entre dos desiertos que no tienen vegetación ni agua. Semejante terreno hacía imposible la guerra de guerrillas en Egipto" (Gerges, 2009: 87).

En el caso de Irgún, la clandestinidad tenía algunas peculiaridades.

Solo unas pocas docenas de activistas eran totalmente clandestinos; la gran mayoría era "gente corriente" que llevaba una "vida normal" y que participaba en operaciones secretas cuando se les llamaba. Begin (1972: 108) denomina a este tipo de organización peculiar "clandestinidad abierta", ya que la gente pasaba libremente de la clandestinidad a la vida legal, y viceversa. Las tácticas de Irgún, sobre todo antes de 1944, eran esencialmente terroristas: atentados con bombas y disparos selectivos. Los atentados formaban parte de una estrategia de desgaste destinada a doblegar la voluntad de las autoridades británicas de permanecer en Israel (Van Tonder, 2019: 40). Estas tácticas se combinaron a su vez con ataques sectarios contra la población local árabe (por ejemplo, en junio de 1939, Irgún hizo estallar una bomba en uno de los mercados de Haifa y mató a 18 árabes). El conflicto se intensificó en 1944, cuando Begin proclamó la revuelta. En los años siguientes, el Irgún se expandió y empezó a actuar como una milicia desplegando tácticas de guerrilla. Sin embargo, su atentado más devastador fue un típico acto terrorista, la explosión de una bomba en el Hotel Rey David el 22 de julio de 1946, en un edificio que se había convertido en la sede administrativa del Gobierno británico: aunque se hicieron algunas llamadas de advertencia antes de la explosión, el edificio no fue evacuado: hubo 91 víctimas mortales (entre ellas, 17 judíos). La bomba no pretendía derrotar al Ejército británico, sino doblegar su voluntad.

En la variedad islamista del terrorismo también es posible encontrar grupos clandestinos como Yemaa Islamiyah en el sudeste asiático (Hastings, 2010) o al-Jama'a al-Islamiyah (el Grupo Islámico, GI) en Egipto (Kepel, 2003: cap. 12). El GI intentó hacerse con el control del territorio urbano de Imbaba, en las afueras de El Cairo: en 1992, el jeque Gaber proclamó que Imbaba era una república liberada, pero la respuesta de Mubarak fue enviar 14.000 soldados y detener a 5.000 personas. Durante el ciclo de violencia de 1992-1997, el GI actuó como grupo clandestino, llevando a cabo asesinatos, tiroteos selectivos y algunos atentados con bomba dirigidos contra las autoridades egipcias, intelectuales laicos, fuerzas de seguridad, turistas y coptos (Hafez y Wiktorowicz, 2004).

De forma más controvertida, el "tipo puro de terrorismo" también podría ejemplificarse con la Resistencia francesa. Por supuesto, la

mera sugerencia de que la Resistencia era terrorista puede sonar inaceptable para aquellos que utilizan el término por razones políticas, asumiendo que terrorismo es siempre una palabra peyorativa. El problema se agrava porque el régimen de Vichy se refería a los resistentes como “terroristas”. Algunos de los resistentes, sin embargo, aceptaron con orgullo la etiqueta de terroristas (Millington, 2018). En cualquier caso, desde un punto de vista puramente analítico, la condición terrorista de la Resistencia francesa parece una conclusión ineludible, pues fue una organización clandestina que, por razones políticas, se implicó en operaciones de sabotaje y hostigamiento a los invasores, así como en operaciones de castigo contra los colaboradores de Vichy. En París era un movimiento clandestino totalmente urbano; en el campo, los maquis (como en España; véase más arriba) estaban organizados como bandas itinerantes que operaban en las colinas y en los bosques, sin una base territorial permanente.

La Resistencia no fue igual en todas partes. En Italia, la principal actividad la desarrollaron los partisanos, que actuaban como guerrillas con control territorial en terreno montañoso. Pero también había una guerrilla urbana, los GAP (Gruppi di Azzione Pattriotica, Grupos de Acción Patriótica), fundados por el Partido Comunista italiano, que eran totalmente clandestinos y llevaban a cabo atentados típicamente terroristas (es decir, bombas y asesinatos). Debido a su naturaleza secreta, se les definía como “soldados sin uniforme” y su actividad armada se encuadraba en el terrorismo (Peli, 2014: 4-5, 14, 27).

Hay dos casos límite que ilustran la condición plenamente clandestina del terrorismo puro: el terrorismo internacional y el terrorismo de actor solitario. Se trata de una violencia que, por sus condiciones muy particulares, no puede sino asociarse al terrorismo. Examinemos brevemente cada uno de ellos.

Entendemos por terrorismo internacional aquellos atentados en los que los autores actúan fuera de su propio país[27]. Cuando los autores se desplazan al extranjero, camuflarse entre la población es más difícil, ya que no existe una red de pisos francos, la inteligencia es más costosa y la adquisición de armas resulta más arriesgada. Como ya se ha mencionado, la mayoría de los atentados terroristas

internacionales se dirigen contra civiles simplemente porque son blancos fáciles o porque los terroristas buscan la máxima publicidad para sus actos. La prevalencia de la victimización de civiles en los atentados internacionales es una razón relevante por la que las organizaciones internacionales y los organismos estatales (así como un elevado número de expertos) tienden a definir el terrorismo como violencia dirigida contra civiles (véase el capítulo 1, apartado 1.4); estos atentados son, además, los que atraen mayor atención. Así pues, los actos terroristas internos o nacionales, por tratarse de acontecimientos relativamente "normales" dentro de una campaña sostenida de violencia, o por contemplarse como una cuestión local, o simplemente por verse bajo el prisma de los movimientos guerrilleros, tienden a pasarse por alto en el debate público y jurídico sobre la naturaleza del terrorismo. Teniendo en cuenta que los atentados internacionales representan menos de una quinta parte de todos los atentados terroristas, es fácil concluir que constituyen una muestra muy sesgada de la violencia terrorista y, por tanto, no deberían utilizarse para extraer conclusiones generales sobre el terrorismo[28].

Para nuestros propósitos, el aspecto más interesante del terrorismo internacional es el hecho de que representa la violencia clandestina en su forma más pura. Cuando los terroristas actúan en el extranjero, su conexión con su comunidad de apoyo se rompe por completo. Al trasladarse a otro país, son totalmente autosuficientes y tienen que actuar en el más absoluto secretismo. Las limitaciones de la clandestinidad operan con la máxima intensidad y obligan a los perpetradores a utilizar tácticas puramente terroristas. Un ejemplo paradigmático es el atentado suicida con bomba realizado por Hezbolá en la embajada de Israel en Buenos Aires el 17 de marzo de 1992, en el que murieron 29 personas en respuesta al asesinato, por parte de Israel, del secretario general de Hezbolá, Sayyed Abbas Mussawi. La célula de Hezbolá viajó de Beirut a Londres y de allí a Ciudad del Este (Paraguay), donde reclutó a algunos chiíes locales que actuaron como célula de apoyo local en la operación de Buenos Aires (Bergman, 2008: 172).

Un número significativo de atentados internacionales se produce en forma de secuestro aéreo. Los grupos palestinos (véase el capítulo 5) realizaron muchos de estos secuestros a finales de los años sesenta y

principios de los setenta. Los secuestros aéreos tuvieron un enorme impacto comunicativo, dando a conocer la causa palestina en todo el mundo. El hecho de que algunos de estos ataques acabaran en masacres de civiles fue crucial para aumentar la visibilidad de este tipo de atentados.

Más allá de los palestinos, ha habido otros grupos que operan sobre todo a escala internacional. Un caso interesante es el de ASALA (el Ejército Secreto Armenio para la Liberación de Armenia) (Kurz y Merari, 1985): resulta revelador que el grupo se identificara a sí mismo como una organización "secreta", dando a entender que actuaba en la clandestinidad. Solía tener una base en el Líbano y recibía ayuda de organizaciones palestinas. Durante sus primeros años, a finales de la década de 1970, el principal objetivo de sus operaciones fueron diplomáticos turcos. En una segunda fase ampliaron sus objetivos a países occidentales que anteriormente habían actuado contra ASALA. Kurz y Merari (1985: apéndice 4) registraron 91 atentados en el periodo 1981-1984, 85 de ellos fuera del Líbano y solo seis en este país. Esto significa que el 93% de los atentados tuvieron lugar en países distintos del país en el que tenían su base de operaciones. No debe sorprender que la mayoría de estos atentados consistieran en bombas.

La organización que inmediatamente nos viene a la mente en relación con los atentados internacionales es Al Qaeda. Aquí nos centramos en Al Qaeda central, dejando de lado las ramas o filiales que actúan como insurgencias islamistas a nivel local en nombre de Al Qaeda. Nuestro principal argumento es que Al Qaeda central representa un caso único de organización verdaderamente transnacional o global: a diferencia del ISIS, nunca ha intentado apoderarse de un territorio y gobernarlo por sí sola. Esta singularidad, sin embargo, tiene más implicaciones para el sentido de actor del terrorismo que para el de acción. Debido a la orientación transnacional del grupo, su relación con el territorio es muy diferente a la de la gran mayoría de las organizaciones terroristas. Sin embargo, desde el punto de vista de la acción, Al Qaeda no es tan distinta.

En cuanto al sentido del actor, Al Qaeda presenta tres características diferenciales. En primer lugar, carece de una filiación

territorial específica. Nació de la experiencia de los muyahidines que combatían a los soviéticos en Afganistán. En 1984, Abdullah Azzam creó la Oficina de Servicios, una red destinada a reclutar combatientes extranjeros y entrenarlos para la lucha en Afganistán. Cuatro años más tarde se fundó la propia Al Qaeda. Tras la retirada de la URSS en 1989, Al Qaeda reorientó sus actividades, convirtiéndose en una especie de centro rebelde desde el que organizar la lucha contra los regímenes corruptos y laicos (infieles) en los países musulmanes (Cragin, 2008). Al Qaeda estableció su cuartel general, primero, en Pakistán en 1988, y luego, en Sudán en 1991, permaneciendo en este país hasta 1996. Ese año se trasladó de nuevo a Afganistán, bajo la protección de los talibanes. Tras la invasión estadounidense de Afganistán en 2001, regresó a Pakistán en 2002, al Área Tribal bajo Administración Federal (FATA, por sus siglas en inglés). La organización dispuso, por tanto, de varias bases territoriales, pero se trataba de refugios o santuarios más que de territorios controlados o liberados. Como estaban bajo la protección de los regímenes islamistas de Sudán y Afganistán, no había motivos para actuar allí. Solo después de 2001, una vez que Al Qaeda se estableció en el FATA de Pakistán, colaboró con los talibanes lanzando ataques en Afganistán (Gunaratna y Nielsen, 2008).

La existencia de un refugio seguro fue absolutamente crucial para el desarrollo de Al Qaeda. Como explica Thomas Heghammer:

Podría decirse que la lección más importante de la historia de Al Qaeda es que el acceso sin trabas a un territorio puede aumentar drásticamente la capacidad militar de un grupo terrorista. Para empezar, el refugio seguro permitió a Al Qaeda planificar tranquilamente sus operaciones según sus propios planes, prácticamente sin interferencias externas. Además, permitió a Bin Laden construir una organización central con un grado relativamente alto de burocratización y división funcional de tareas, lo que a su vez mejoró la eficacia organizativa. Y, lo que es más importante, el acceso territorial permitió a Bin Laden establecer un elaborado sistema de entrenamiento y formación militar, como nunca se había visto en una organización terrorista transnacional

(2010: 108).

Además, el grupo no desarrolló el tipo de relación con la población local que se observa cuando una guerrilla consigue control territorial. Al Qaeda entrenó a personas que luego fueron enviadas a diversos lugares como Bosnia, Chechenia, Egipto, Somalia y Yemen. Sin embargo, a pesar de la aparición de numerosas insurgencias islamistas durante la década de 1990, no hubo ni un solo caso de rebeldes islamistas que tomaran el poder aparte de Afganistán. Aunque los islamistas albergaban grandes esperanzas respecto a la guerra civil argelina, en la que el Grupo Islámico Armado (GIA) sometió al país a un baño de sangre en 1997-1998, los insurgentes fueron finalmente derrotados. Fue este rotundo fracaso a la hora de derrocar a los regímenes seculares lo que llevó a Bin Laden a reconsiderar la estrategia, pasando a realizar operaciones clandestinas contra blancos occidentales y convirtiéndose en un grupo terrorista global[29]. A este fracaso casi universal, Heghammer (2020: 493) añade el papel desempeñado por la dura represión de los movimientos yihadistas locales por parte de los gobiernos nacionales árabes.

En segundo lugar, la nacionalidad de los miembros de Al Qaeda no está asociada a un país concreto. Los líderes y reclutas proceden de muchos países diferentes, entre otros, Afganistán, Argelia, Egipto, Jordania, Libia, Arabia Saudí y Yemen. Esto convierte a Al Qaeda en una organización verdaderamente multinacional (Gunaratna, 2002: 1).

En tercer lugar, Al Qaeda combina objetivos nacionales y globales. El fin último, la formación de un califato mundial, es una ambición intrínsecamente global. En el camino hacia el califato mundial, Al Qaeda puede seleccionar algunas campañas intermedias (expulsar a las tropas estadounidenses de Arabia Saudí, ayudar a los talibanes en Afganistán, etc.), pero todas están subordinadas al fin último. Esto es muy diferente de un grupo nacional que ataca en el extranjero por motivos internos, como, por ejemplo, el GIA, que llevó a cabo atentados en territorio francés en el contexto de la guerra civil argelina.

Al actuar de este modo, Al Qaeda ha creado una especie de estructura de gobierno multinivel, con Al Qaeda central en la cima y varias ramas regionales por debajo (Gartenstein-Ross y Joscelyn, 2022: cap. 8). Hasta cierto punto, esta ha sido una innovación organizativa en la historia del terrorismo, reproducida posteriormente por el ISIS en competencia directa con Al Qaeda. Al Qaeda central se ha especializado en atentados internacionales, pero sus ramas regionales o nacionales se adaptan con flexibilidad al terreno y a las condiciones políticas. Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA) ofrece un buen ejemplo de esta flexibilidad, en línea con nuestras expectativas teóricas. AQPA era un grupo clandestino que lanzó una campaña típica de atentados terroristas urbanos durante 2003 y 2004 en Arabia Saudí (Heghammer, 2010). Las fuerzas de seguridad saudíes lograron detener la ofensiva, que solo duró 18 meses. Tras esta derrota, AQPA resurgió en 2009, actuando principalmente en Yemen. Tras la Primavera Árabe, AQPA se convirtió en una formidable insurgencia con control territorial en zonas de Yemen, incluidas ciudades, y participó en la guerra civil como una de las partes contendientes (Knoll, 2017). Este ejemplo muestra la versatilidad de Al Qaeda y su capacidad de adaptación a circunstancias cambiantes: clandestina en un Estado eficaz, guerrillera en uno débil.

Los atentados centrales de Al Qaeda contra intereses estadounidenses y occidentales, desde los camiones bomba contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania en agosto de 1998, pasando por el ataque suicida contra el USS Cole en Yemen en octubre de 2000, hasta los múltiples atentados del 11-S de 2001, encajan bien en el molde de las operaciones terroristas internacionales. Así, desde el punto de vista de la acción, los atentados internacionales lanzados por Al Qaeda son indiscutiblemente terroristas (incluido de nuevo el ataque contra el USS Cole, que era un blanco militar): se trata de operaciones secretas que emplean bombas artesanales (y secuestros aéreos el 11-S).

Lo más importante es que los atentados internacionales representan el caso más puro de violencia clandestina. Los autores actúan en total aislamiento, desvinculados de sus propias referencias culturales y sociales. Las limitaciones de la clandestinidad son

especialmente estrictas en este caso.

Algo similar puede decirse del terrorismo de actor solitario. Debido a las características únicas asociadas a las operaciones clandestinas, el terrorismo es la única forma de violencia política que puede llevar a cabo un solo individuo (McCauley y Moskalenko, 2014)[30]. Otras formas de violencia política (guerrillas, genocidios, disturbios, motines, conflictos intercomunales y similares) son todas inherentemente empresas colectivas que requieren la coordinación y cooperación de múltiples personas. Si el terrorismo es diferente, se debe a su naturaleza secreta.

Spaaij (2010: 856) define el terrorismo de actor solitario ("lobo solitario") como "atentados terroristas perpetrados por personas que (a) actúan a título individual, (b) no pertenecen a un grupo o red terrorista organizada, y (c) cuyos modus operandi son concebidos y dirigidos por el individuo sin ningún mando o jerarquía externa directa". Esta definición es bastante restrictiva, ya que excluye los atentados perpetrados por unos pocos individuos; por ejemplo, algunas bases de datos sobre terrorismo de actor solitario incluyen a Timothy McVeigh, aunque contara con la ayuda de otra persona (Gill, 2015). Sin contar el atentado de McVeigh, el ataque más letal jamás perpetrado por un actor solitario es el de Andreas Breivik, en Noruega, el 22 de julio de 2011: en dos atentados consecutivos, primero con un coche bomba en Oslo y después tiroteando a los participantes en un campamento de verano de la rama juvenil del Partido Laborista en la isla de Utoya, Breivik mató a 77 personas en total. Estados Unidos tiene una larga tradición de atentados de extrema derecha perpetrados por actores solitarios, además de algunos izquierdistas como Theodore J. Kaczynsky (alias Unabomber), que pudo mantenerse activo entre 1978 y 1995 (Phillips, 2017). Si miramos más lejos en el pasado, algunos de los asesinatos de finales del siglo XIX llevados a cabo por anarquistas, que se mencionaron en el apartado anterior, también pueden calificarse de terrorismo de actor solitario.

Si planteamos aquí la existencia de esta variedad de terrorismo, es simplemente porque ilustra la singularidad de la violencia terrorista. El terrorismo es la única forma de violencia política compatible con un autor individual que actúa en solitario. La razón

de que esto sea posible no tiene nada que ver con la identidad del blanco o con la intención coercitiva del ataque, sino con la condición clandestina y secreta de este tipo de violencia.

2.4.2. Guerrilla pura

El otro elemento de la diagonal principal de la tabla 2.1 es la violencia de guerrilla pura. Con ello nos referimos a la violencia que producen los grupos que, con un cierto grado de control territorial, lanzan una guerra de guerrillas contra el Estado.

La violencia guerrillera pura puede ejemplificarse mediante las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Las FARC se crearon en 1964, a partir de las fuerzas de autodefensa campesina de las comunidades formadas por personas desplazadas durante el periodo de La Violencia (1948-1957). Estaban bajo el control de líderes comunistas y, debido a la ubicación remota de los asentamientos, el Estado no tenía apenas presencia en el territorio (de hecho, se autodenominaban "repúblicas independientes") (Steele, 2017: 72-8). El hecho desencadenante de la creación de las FARC fue el intento del Ejército de hacerse con el control de uno de estos asentamientos, Marquetalia, en 1964. Las FARC fueron concebidas originalmente como una organización defensiva, que buscaba preservar el orden social en estas comunidades "liberadas". Hay que esperar hasta 1982 para la adopción de una estrategia ofensiva con vistas a la expansión territorial. La organización creció notablemente entre 1982 y 1995. Con la creciente presencia de los paramilitares, que competían con las FARC por el control territorial, la guerra civil entró en su fase más sangrienta, de 1996 a 2005, en la que se produjeron numerosas masacres de civiles y asesinatos selectivos. Sin embargo, a partir de 2006, el Estado fue mejorando su capacidad para imponer el orden. Las FARC se organizaron en "frentes", formados cada uno por unos pocos cientos de reclutas. En su punto álgido, en 2002, las FARC tenían 62 frentes en todo el país, un total de 28.000 reclutas y cierta presencia (desde control territorial parcial hasta total) en 622 municipios (60% del total) (GMH, 2013: 162).

Las FARC pudieron lanzar ataques militares contra el ejército colombiano, sobre todo después de 1995. En estos ataques podían participar hasta mil guerrilleros (Pécaut, 2008: 40). La guerrilla intentó convertirse en Gobierno local en grandes zonas "liberadas" o "desmilitarizadas". El líder de las FARC, Manuel Marulanda, dijo en una entrevista en 1999:

Nosotros somos la autoridad en una gran parte del territorio nacional. Usted lo puede presenciar visualmente en todos los frentes nuestros. Usted va a una inspección de policía, llegan dos guerrilleros y el inspector les dice: tengo un problema y necesito que me lo ayuden a arreglar. La autoridad en estos territorios es de la guerrilla. Los alcaldes no pueden trabajar mientas no hablen con la guerrilla de cómo ser buen gobierno. En la práctica somos otro gobierno dentro del gobierno por eso estamos buscando el reconocimiento como fuerza beligerante (Aguilera, 2013: 96).

La ofensiva de finales de los años noventa incluyó ataques contra guarniciones del ejército, la ocupación temporal de pueblos de tamaño medio, sabotajes contra infraestructuras de energía y la toma de prisioneros militares. Un ejemplo de actividad puramente guerrillera fue la toma de la base militar de Las Delicias, en el departamento del Putumayo, el 30 de agosto de 1996. En la operación participaron varios centenares de guerrilleros. Utilizaron morteros, granadas de fusil, granadas de mano y armas de fuego. El combate duró casi dos días. Las FARC mataron a 28 miembros del ejército y retuvieron a 60 más como prisioneros. Fueron liberados 10 meses después, como gesto de buena voluntad en la fase preparatoria de las negociaciones con el Gobierno de Ernesto Samper. A finales de los años noventa hubo otros varios ataques similares contra blancos militares (Echandía, 2000: 120).

La envergadura de un ataque guerrillero de este tipo requería complejos recursos organizativos y logísticos. El propósito era ocupar una guarnición del ejército. Tanto el tipo de armamento como el número de combatientes contrastan con las limitaciones bajo las que se producen los ataques clandestinos. Este ejemplo

podría dar la impresión de que los ataques guerrilleros se dirigen contra combatientes, mientras que los terroristas se dirigen contra civiles. Sin embargo, esta impresión no está justificada. Lo que hace que este ataque sea "guerrillero" son las características del propio ataque (basado en cierto poder militar y en la ocupación del espacio) y no los blancos seleccionados.

De hecho, el poder militar de la guerrilla también puede utilizarse contra civiles. Un buen ejemplo es el Movimiento de Resistencia Nacional de Mozambique (Renamo), creado a mediados de los años setenta en Rodesia para combatir al Gobierno marxista-leninista del Frelimo (Frente de Liberación de Mozambique); tras la transformación de Rodesia en Zimbabue en 1979, Sudáfrica se convirtió en el principal patrocinador de Renamo. La guerra estalló en 1977, pero el grupo solo consiguió establecer una base en las provincias centrales del país dos años después. Al conseguir control territorial, se convirtió en una insurgencia formidable, con más de 20.000 reclutas y estructuras de gobierno. Militarmente, Renamo estaba organizada en batallones formados por dos o tres compañías de 100-150 hombres (Hultman, 2009: 828). Su estrategia inicial pretendía "asfixiar" al Gobierno mediante la destrucción de la actividad económica y el ataque a las infraestructuras de transporte y comunicaciones, pero el objetivo más amplio era desestabilizar el sistema político para que el régimen acabara derrumbándose. Es aquí donde entran en escena los brutales ataques contra civiles. Renamo no estaba especialmente interesado en castigar a la base social del Frelimo. Más bien, buscaba destruir la estructura de aldeas comunales que el Frelimo había construido (Lunstrum, 2009). Esto se tradujo en incursiones en las que miembros de Renamo incendiaron casas, saquearon aldeas, secuestraron a hombres jóvenes (y niños), violaron a mujeres y mutilaron a los habitantes. Weinstein (2007: 232) contabilizó 112 masacres perpetradas por Renamo que causaron más de 15 víctimas mortales cada una. Las masacres fueron mucho más frecuentes en las provincias del sur del país, donde la presencia de Renamo era menor (Hultman, 2009).

Otro ejemplo infame de la victimización de civiles por parte de la guerrilla es el GIA en Argelia. Las masacres contra civiles de 1997-1998 fueron tan brutales que provocaron la incredulidad de

muchos observadores. Uno de los sucesos más conocidos tuvo lugar en el pueblo de Rais (de unos mil habitantes), el 29 de agosto de 1997, a solo 25 kilómetros de Argel. A la una de la madrugada, varios camiones que transportaban rebeldes con armas de fuego, cuchillos, hachas y bombas llegaron al pueblo. Según testigos, algunos guerrilleros llevaban uniforme. Durante cinco horas, decapitaron y degollaron a decenas de personas, a menudo familias enteras. No está claro cuántas personas fueron asesinadas, pero entre 200 y 300 es una estimación prudente. Los guerrilleros también secuestraron a varias mujeres. A pesar de su apariencia aleatoria o indiscriminada, estas masacres obedecían a motivos políticos, que pretendían castigar a quienes cambiaban de bando, pasando de apoyar a las fuerzas islamistas a apoyar al Gobierno (Kalyvas, 1999). Según el jefe del GIA, Abu al-Moudhir, "está claro que no hay matanzas indiscriminadas. […] Cuando se oye hablar de matanzas y degollamientos en una ciudad o un pueblo, hay que saber que se trata de partidarios del gobierno" (citado en Wiktorowicz, 2001: 70). Las masacres, que incluían el incendio y bombardeo de casas, eran actos de ocupación del espacio del pueblo. Por breve que fuera la ocupación, la presencia física de los guerrilleros puso en marcha una dinámica de violencia notablemente diferente a la de las operaciones clandestinas.

Los ejemplos de las FARC, Renamo y GIA reflejan vívidamente las diferencias entre los ataques clandestinos y los guerrilleros. Los ataques guerrilleros a los que nos hemos referido no pueden ser reproducidos por grupos clandestinos. Las incursiones de Renamo y GIA eran operaciones de un número elevado de miembros que buscaban ocupar físicamente aldeas y tenían un desarrollo temporal. Estas tácticas fueron posibles porque ambos grupos disponían de las capacidades logísticas necesarias, gracias, en última instancia, a su control territorial. La violencia terrorista contra la población civil es de otro tipo y se basa más bien en tiroteos y bombas llevados a cabo por un número muy reducido de autores en operaciones efímeras.

No obstante, los grupos con control territorial también pueden emplear tácticas terroristas. En la siguiente subsección profundizaremos en la posibilidad de combinar el control territorial en el sentido de actor y las tácticas coercitivas en el sentido de la

acción.

2.4.3. Violencia terrorista perpetrada por grupos insurgentes

Los grupos clandestinos no tienen más opción que recurrir a la violencia coercitiva. Las restricciones de la clandestinidad limitan el rango de tácticas violentas que pueden emplear: como ya se ha mencionado, se trata de tiroteos selectivos, bombas artesanales, secuestros, toma de rehenes y tácticas similares que no requieren armamento pesado. En el caso de los grupos insurgentes con control territorial, el conjunto de alternativas factibles es más amplio, ya que sus opciones van desde la guerra convencional hasta la guerra de guerrillas y el terrorismo. Hezbolá es un ejemplo interesante. Ha practicado la guerra convencional (como en la guerra de 2006 contra Israel, véase Biddle, 2021: cap. 5), pero también la guerrilla y el terrorismo (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015). Aparte de los atentados terroristas internacionales, Hezbolá perpetró el 23 de octubre de 1983 dos de los atentados terroristas más importantes de la historia: las misiones suicidas contra los cuarteles generales de las tropas estadounidenses y francesas en Beirut. Las dos explosiones causaron 305 víctimas mortales, 299 de ellas militares. El impacto fue enorme, ya que EE UU y Francia optaron por retirar sus tropas del Líbano. Aunque ya había habido misiones suicidas previas en la zona (Gambetta, 2005: 286), estos atentados protagonizaron titulares en todo el mundo y pusieron los atentados suicidas en el radar de muchos otros grupos armados. Una vez más, el objetivo eran combatientes, pero, sin duda, los atentados fueron inequívocamente terroristas por la forma en que se llevaron a cabo: violencia clandestina, por sorpresa, con un número reducido de autores, destinada a doblegar la voluntad de los ejércitos extranjeros.

El hecho de que grupos no clandestinos puedan utilizar tácticas terroristas produce una asimetría en los sentidos del actor y de la acción. La violencia terrorista en el sentido de la acción no es igual

a la actividad de los grupos terroristas en el sentido del actor, ya que los grupos armados que no son terroristas pueden, no obstante, recurrir a tácticas terroristas. Como hemos dicho antes: toda la violencia causada por grupos terroristas (sentido del actor) es terrorista en el sentido de la acción, pero no toda la violencia terrorista (sentido de la acción) es causada por grupos terroristas.

Según nuestro argumento teórico, los grupos insurgentes llevan a cabo atentados terroristas cuando practican la violencia clandestina (operaciones secretas o encubiertas). Así ocurrirá cuando los insurgentes actúen lejos de su base territorial, dentro del territorio enemigo. Si se adentran en dicho territorio, los insurgentes tienen que actuar en secreto, bajo las mismas limitaciones que cualquier grupo clandestino y, por lo tanto, no pueden sino reproducir las tácticas que emplea este tipo de grupos armados. Una situación bastante típica puede describirse en estos términos: la capital del país está bajo el control del Estado, pero los insurgentes buscan allí ataques visibles para inducir el terror en la población, movilizar a los partidarios o poner de relieve la vulnerabilidad del Estado. Los ataques en los que pensamos aquí no son operaciones militares destinadas a obtener el control físico de la capital, sino ataques secretos y por sorpresa que perjudican al Estado.

Es importante subrayar de nuevo que el fin del ataque no es la característica relevante. Lo que importa es que el ataque se lleve a cabo de forma clandestina. Como ya se ha mencionado, LTTE eran una insurgencia formidable, con pleno control territorial en amplias zonas del noreste de Sri Lanka (Hussain, 2010). Sin embargo, aparte de los ataques guerrilleros, cometió un número importante de atentados en Colombo. Estos atentados fueron clandestinos, pues la organización no intentó hacerse con el control territorial en la capital. Una masacre bien conocida fue el atentado suicida contra el banco central, el 31 de enero de 1996, en el que murieron 91 civiles y más de 1.400 personas resultaron heridas. Un camión cargado con una gran bomba entró en el edificio y los atacantes suicidas la detonaron. En este caso, el carácter clandestino del atentado y el blanco civil coinciden. Pero hay ocasiones en las que encontramos atentados clandestinos contra combatientes. Así, el 6 de febrero de 1998, una terrorista suicida de LTTE se inmoló en el cuartel general de las Fuerzas Aéreas en Colombo y mató a ocho militares. Según

nuestra teoría, estos dos atentados, a pesar de la variación en los blancos, son típicamente terroristas, ya que se llevaron a cabo contando con las limitaciones que la clandestinidad impone. El número de autores fue muy bajo (tres en el caso del atentado contra el Banco Central, y solo uno en el cuartel general de las Fuerzas Aéreas); además, los atentados se llevaron a cabo por sorpresa y con inmediatez; el propósito no era ocupar físicamente los edificios, sino imponer un coste al enemigo, enviar una señal de determinación y aterrorizar al Estado y a la sociedad.

Se pueden encontrar ejemplos similares en muchas otras insurgencias. Piénsese, por ejemplo, en los atentados suicidas y con coche bomba perpetrados en Kabul por los talibanes en 2006-2007, mientras recuperaban el control territorial en el sur y el este del país (Malkasian, 2021: 170). Como en el caso de LTTE, algunos de estos atentados iban dirigidos contra el ejército. Así, el 29 de septiembre de 2007, un terrorista suicida que vestía uniforme militar se inmoló en un autobús que transportaba al personal del Ejército Nacional Afgano al trabajo y mató a 28 de ellos y a dos civiles.

Al igual que el terrorismo no es (solo) victimización de civiles, tampoco es (siempre) violencia indiscriminada. En los ejemplos anteriores, el número de víctimas mortales fue alto o muy alto. Sin embargo, es fácil encontrar casos de ataques clandestinos selectivos por parte de grupos guerrilleros, como el asesinato del ex primer ministro indio Rajiv Gandhi por parte de LTTE, en una pequeña localidad cercana a Madrás, el 21 de mayo de 1991 (Joshi, 1996: 29-31). Aunque LTTE negó su responsabilidad en el atentado (Hopgood, 2005: 56-7), varios miembros del grupo fueron declarados culpables ante los tribunales. Fue un ataque internacional, en India, fuera de la base territorial de LTTE. Dado que la misión no tuvo lugar en Sri Lanka, el atentado solo pudo basarse en una operación clandestina.

Mientras que los atentados perpetrados en la zona urbana del enemigo son claramente clandestinos, puede haber una mayor ambigüedad sobre los asesinatos selectivos de civiles en la búsqueda del control territorial. Es bien sabido que la mayor parte de la violencia llevada a cabo por las insurgencias guerrilleras tiene lugar

en el contexto de la interacción entre rebeldes y civiles (en el capítulo 1 resumimos algunas de las principales teorías al respecto). Los insurgentes utilizan la violencia coercitiva contra la población local para imponer su autoridad y disuadir a la gente de cualquier forma de colaboración con el Estado, y castigan a quienes no acatan las nuevas normas impuestas por los rebeldes. Este tipo de violencia resulta frecuente en zonas en disputa en las que la guerrilla quiere establecer su autoridad y, por ello, debe clasificarse como perteneciente a la actividad insurgente y, más concretamente, como parte de las tácticas empleadas para conseguir o mantener el control territorial.

Centrémonos por un momento en los intentos de las guerrillas de boicotear las elecciones organizadas por el Estado. Por supuesto, si la guerrilla tiene un control territorial total, los funcionarios estatales no podrán organizar la votación. En cambio, en zonas de control parcial o fragmentado, cuando el Estado tiene la capacidad de poner las urnas, la guerrilla puede intentar impedir que los locales participen en las elecciones o incluso boicotear totalmente la votación[31]. Este comportamiento se observa en varias insurgencias latinoamericanas, como Sendero Luminoso en Perú, las FARC en Colombia y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador (McClintock, 1998). El FMLN, por ejemplo, boicoteó las elecciones en los municipios que estaban bajo su pleno control; a su vez, en las zonas en disputa trataron de infundir miedo entre los civiles que contemplaban la posibilidad de votar. Así, el 24 de febrero de 1988, en el municipio de Guatajiagua, una población de unos 5.000 habitantes (en el departamento de Morazán, uno de los bastiones del FMLN), el FMLN asesinó a dos campesinos que habían obtenido sus tarjetas de inscripción para las elecciones legislativas de marzo. En realidad, para que el mensaje fuera inequívoco, tras su ejecución les dejaron las tarjetas en la boca. Según el New York Times, se trataba de “una advertencia para que otros no participen en las elecciones. Las unidades rebeldes de la zona han dicho a todos los habitantes que no voten y que no propongan candidatos a la alcaldía” (New York Times, 29 de febrero de 1988, A15). Este es un ejemplo típico de cómo los rebeldes intentan inducir la conformidad de la población local. Como ha demostrado De la Calle (2017) en el caso de Sendero Luminoso, el intento de obtener el control territorial se asocia con

un aumento de la victimización de civiles.

Dado que esta violencia selectiva contra civiles está intrínsecamente relacionada con el intento de la guerrilla de ejercer una mayor influencia sobre la población local en entornos de control territorial parcial o fragmentario, pensamos que corresponde a la categoría de guerrilla pura y no a la de violencia terrorista llevada a cabo por las insurgencias[32].

Para concluir: lo que hay en común entre la violencia terrorista pura y la violencia terrorista llevada a cabo por grupos insurgentes no procede de la condición de las víctimas, sino de la clandestinidad desde la que actúan los perpetradores. Los insurgentes obran como terroristas no cuando matan (indiscriminadamente) a civiles, sino cuando actúan clandestinamente. Esto suele ocurrir cuando los insurgentes quieren golpear la capital (o alguna otra gran ciudad) dentro del territorio enemigo. Es cierto que a menudo los blancos de estos atentados son no combatientes, pero este no es el rasgo definitorio de la violencia terrorista, como han demostrado varios ejemplos expuestos en las páginas anteriores.

2.4.4. Protoguerrilla

Los grupos armados empiezan en la clandestinidad. Algunos de ellos permanecen en la clandestinidad durante toda su existencia. Consideran que las posibilidades de convertirse en insurgencias completas son escasas, dada su pequeña base de apoyo popular o dada la fortaleza del Estado. En cualquier caso, entienden que hacerse con el control territorial es inviable. Otros grupos, sin embargo, intentan conseguir el control de una zona que sirva como base de operaciones. Estos intentos requieren cierto trabajo preparatorio, basado en la formación de redes de apoyo en la población (Lewis, 2020; Staniland, 2014).

El intento de obtener control territorial puede fracasar o tener éxito. En nuestra clasificación de la tabla 2.1, la protoguerrilla es una

“celda de transición”, es decir, representa el punto de inflexión en el que los grupos armados pasan con éxito de la clandestinidad a la guerrilla territorial o fracasan en su búsqueda de territorio. La protoguerrilla es una categoría que refleja el intento de transformación del grupo, pero no es una posición estable ni un resultado final. Desde un punto de vista estático, la protoguerrilla es una categoría incongruente, ya que implica el uso, por parte de grupos clandestinos, de tácticas que corresponden a grupos con control territorial. Sin embargo, desde una perspectiva dinámica, no hay contradicción siempre que entendamos la protoguerrilla como un proceso transitorio.

Hay muchos casos de transición de la clandestinidad a la insurgencia (Cronin, 2009: 147). La formación del FMLN fue la culminación de una década previa de lucha armada por parte de varios grupos clandestinos (McClintock, 1998: 48-53). Del mismo modo, Hezbolá comenzó como un grupo clandestino a principios y mediados de la década de 1980. Como dijo Naaim Qassem, vicesecretario general de la organización, en una entrevista: “Hasta 1985, Hezbolá no era todavía una entidad única que pudiera levantarse y hablar por sí misma. […] La naturaleza de nuestra formación requería un comportamiento clandestino” (Jaber, 1997: 62). A finales de la década, tras su victoria sobre Amal, la milicia rival dentro de la comunidad chií, Hezbolá se convirtió en una poderosa guerrilla en el sur del Líbano y puso en marcha una guerra de desgaste contra la ocupación israelí que terminó en 2000 con la retirada de Israel.

Mientras que la transición exitosa hacia la insurgencia ha sido bien estudiada, los casos de fracaso son menos conocidos. Un ejemplo interesante es la llamada operación Primicia, llevada a cabo por los Montoneros el 5 de octubre de 1975. Montoneros era a la vez un amplio movimiento político, con muchos miles de seguidores, y la guerrilla de la izquierda peronista argentina. A diferencia del trotskista ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), que tenía una dimensión rural, Montoneros era un movimiento plenamente urbano. El 6 de noviembre de 1974, dos meses después de la muerte de Perón, el grupo pasó a la clandestinidad. La mayoría de sus ataques iban dirigidos contra policías, empresarios y rivales políticos; el método más utilizado eran los tiroteos. Según nuestra

propia base de datos, Montoneros asesinó a 351 personas entre 1969 y 1979. A primera vista, estos patrones son coherentes con el hecho de que los autores actuaran en la clandestinidad. Sin embargo, en 1975, Montoneros decidió atacar a los militares. El ataque más ambicioso fue la operación Primicia (Reato, 2010). Un equipo numeroso (39 activistas) participó en el asalto a un cuartel militar en el norte de la provincia de Formosa. La operación fue muy compleja desde el punto de vista logístico, con la intervención de, al menos, 60 militantes adicionales. Aunque se trataba de un ataque guerrillero en toda regla, los Montoneros carecían de control territorial. Así, para alcanzar el objetivo, tuvieron que transportar personas y materiales 1.000 kilómetros hacia el norte, tanto de ida como de vuelta. Se les ocurrió una solución que parece típicamente terrorista: secuestrar un avión y controlar el aeropuerto de Pucú durante la llegada y la huida. La preparación de los atentados tenía una inspiración claramente terrorista, pero el ataque en sí correspondía a una guerrilla que actuaba con control territorial buscando ocupar un espacio. Los Montoneros vestían uniformes, lo que nunca ocurre en ataques clandestinos, y portaban fusiles, ametralladoras, granadas y minas[33]. Hubo un largo intercambio de disparos entre los Montoneros y los soldados que se saldó con la muerte de 12 soldados, un agente de policía y nueve Montoneros. El asalto se convirtió en una batalla que nada tiene que ver con los ataques clandestinos. En este sentido, la operación fue incongruente para una organización clandestina. La operación Primicia desencadenó una fuerte respuesta represiva por parte del Estado y contribuyó al golpe militar de marzo de 1976. Los Montoneros quedaron diezmados tras la operación y nunca recuperaron su capacidad ofensiva. El plan de crear un ejército montonero resultó ser un fiasco, solo tenía sentido si los Montoneros llegaban a disfrutar de cierto grado de control territorial.

2.4.5. Recapitulación

La tabla 2.1 describe las combinaciones posibles cuando se cruzan las dimensiones territorial/clandestina y sentido del actor/sentido de la acción. La principal conclusión del análisis puede resumirse

del siguiente modo: la violencia terrorista es, en el sentido del actor, la violencia que producen los grupos armados clandestinos y, en el sentido de la acción, los atentados que se llevan a cabo clandestinamente. Como se ha dicho, los dos sentidos no se solapan completamente y, por lo tanto, no son intercambiables: el sentido de la acción es más amplio que el del actor. Como se ha mostrado anteriormente, no toda la violencia terrorista es realizada por grupos clandestinos; una parte importante corresponde a grupos guerrilleros que deciden actuar lejos de sus bases territoriales y operar dentro del territorio enemigo. El "menú de alternativas" es más amplio para los grupos con control territorial. Aunque una tabla de 2x2 puede sugerir un enfoque estático, somos conscientes de que los grupos armados pueden evolucionar a través de diferentes fases. Este elemento dinámico se analiza en profundidad en el capítulo 5, en el que rastreamos los cambios temporales en los grados de control territorial y en las tácticas empleadas en el conflicto palestino-israelí y en el ISIS.

Nuestras categorías de la tabla 2.1 (terrorismo puro, guerrilla pura, terrorismo llevado a cabo por grupos guerrilleros y protoguerrilla) están claramente delimitadas. Sin embargo, se trata de una simplificación de la realidad, no solo porque no puede reflejar la dinámica de los grupos armados, sino también porque los conflictos del mundo real se han vuelto más resistentes a la categorización tradicional. Desde el final de la Guerra Fría, tanto los actores armados estatales como los no estatales muestran una estructura más desordenada, tanto en términos organizativos como tácticos, lo que ha dado lugar a una literatura interesante sobre la guerra híbrida[34]. Desde el punto de vista táctico, la guerra híbrida "incorpora una gama de diferentes modos de guerra, incluidas capacidades convencionales, tácticas y formaciones irregulares, actos terroristas que incluyen violencia y coerción indiscriminadas, y desorden criminal" (Hoffman, 2007: 14). Desde el punto de vista organizativo, los actores "pueden tener una estructura política jerárquica, unida a células descentralizadas o unidades tácticas en red" (Hoffman, 2007: 28).

Hoffman (2007) ilustró la extraordinaria mezcla de elementos heterogéneos en la guerra híbrida con el caso de Hezbolá. Sin embargo, Hezbolá, como ya se ha mencionado, encaja en nuestro

mapa conceptual. No es imposible discriminar entre atentados terroristas (tanto nacionales como internacionales), actividad guerrillera y guerra convencional, pasando de ataques totalmente clandestinos a batallas militares contra el Ejército de Israel. En este sentido, pensamos que las categorías de la tabla 2.1, si se entienden correctamente como fases dinámicas, deberían ser aplicables incluso en los casos difíciles en los que encontramos capas de violencia superpuestas dentro de un grupo armado.

La guerra híbrida difumina la distinción tradicional entre violencia estatal y no estatal. Como hemos señalado, la literatura sobre terrorismo ha tenido problemas para establecer una frontera coherente entre terrorismo y represión estatal. Cerramos este capítulo mostrando que nuestra conceptualización también es capaz de abordar esta cuestión tan controvertida, a saber, si el Estado puede cometer actos terroristas.

2.5. Terrorismo de Estado

La palabra terrorismo procede originalmente de la represión llevada a cabo por el Estado en la Revolución francesa durante los "años del terror", 1793-1794. Todavía en la década de 1960, las palabras terror y terrorismo se utilizaban a menudo para referirse a la violencia estatal contra la población civil. En la actualidad, el péndulo ha completado un giro entero; el terrorismo de Estado prácticamente ha desaparecido del debate académico. La gran mayoría de las definiciones existentes establecen que el terrorismo es violencia no estatal (véase el capítulo 1). Del mismo modo, las bases de datos sobre terrorismo no incluyen incidentes de violencia estatal. Sin embargo, dista mucho de ser obvio que la violencia terrorista sea exclusivamente no estatal.

Decretar que el terrorismo es violencia no estatal parece arbitrario. La exclusión de la violencia estatal no se desprende de las definiciones dominantes (ya sea victimización de civiles o violencia coercitiva). Basándonos en nuestro marco conceptual, proponemos un enfoque alternativo para abordar esta cuestión. Compartimos las preocupaciones de muchos expertos y estudiosos sobre la existencia misma del terrorismo de Estado, pero quizá por razones diferentes a ellos. Así, aunque estamos de acuerdo en que la mayoría de las imputaciones de violencia terrorista al Estado son injustificadas, seguimos pensando que hay un sentido en el que sí podemos hablar del terrorismo de Estado.

Como ha argumentado acertadamente Blakeley (2009: 12), "para que un acto sea calificado de 'terrorismo de Estado', sus elementos constitutivos deben coincidir con los del terrorismo no estatal". Sin embargo, considera la autora que lo que distingue al terrorismo es el uso de la violencia contra un blanco directo con el fin de aterrorizar a una audiencia más amplia y cambiar de este modo su comportamiento. En consecuencia, concibe el terrorismo de Estado como represión destinada a mantener el orden y suprimir a la

oposición. Dado que mantenemos una opinión distinta sobre la naturaleza del terrorismo, nuestra visión terrorismo de Estado es algo diferente. En concreto, afirmamos que, aunque la mayor parte de la acción represiva del Estado no puede considerarse terrorista, cuando el Estado actúa de forma encubierta, ya sea contra ciudadanos en su propia jurisdicción o contra individuos en el extranjero, actúa bajo las mismas limitaciones que cualquier otra organización clandestina y, por lo tanto, se ve obligado a emplear el tipo de violencia que asociamos con el terrorismo. Esta violencia es terrorista desde la perspectiva del sentido de la acción (el Estado, por construcción, no puede ser un actor clandestino). Otra forma más directa de expresar la misma idea es esta: el terrorismo de Estado es represión estatal clandestina y encubierta[35].

Aclaremos primero por qué pensamos que la mayor parte de la represión estatal tiene poco que ver con el terrorismo. La represión estatal suele definirse como las sanciones impuestas por el Estado contra sus propios ciudadanos, tratando de impedir la disidencia; esto incluye la intimidación, las detenciones, la tortura, el internamiento, las ejecuciones e incluso los asesinatos en masa (Davenport, 2007). Un caso arquetípico es el Gran Terror de Stalin en 1938-1939. Conquest (1990: 290) calcula que, al menos, el 5% de la población soviética fue detenida (unos ocho millones de personas). Alrededor de un millón fueron ejecutadas o murieron en campos de trabajo. Las técnicas represivas utilizadas por Stalin parecen completamente ajenas a las tácticas terroristas que se han descrito en este capítulo (bombas artesanales, tiroteos selectivos, asesinatos, secuestros y otros ejemplos similares). Esta es una razón de peso para resistirse a la etiqueta de “terrorismo”, aunque esta campaña de represión se conozca como “el Gran Terror”: la tecnología de la violencia utilizada por el régimen soviético era completamente diferente de la que se asocia con el terrorismo.

Sin embargo, hay otras formas de represión que se parecen asombrosamente al terrorismo. Así, cuando el Estado se implica en operaciones encubiertas, se comporta como cualquier otro grupo que actúa en la clandestinidad. De acuerdo con nuestra teoría, estamos dispuestos a incluir esta violencia estatal bajo la etiqueta genérica de “terrorismo”.

El terrorismo de Estado puede darse de dos formas distintas, dependiendo de la identidad de los autores: quienes llevan a cabo la operación encubierta pueden ser miembros de algún organismo estatal o de un grupo externo financiado y protegido por el Estado. El primero se corresponde con terrorismo de Estado puro, el segundo con el terrorismo patrocinado por el Estado.

El terrorismo de Estado alcanzó probablemente su manifestación más sofisticada en la campaña de asesinatos selectivos llevada a cabo por los servicios secretos israelíes. Esta campaña consistió en operaciones secretas y encubiertas, desarrolladas en su mayoría fuera del territorio israelí. Cuando los autores actúan fuera de su país, las operaciones podrían calificarse entonces de terrorismo internacional de Estado[36]. Bergman (2018: xx) calcula unas 1.500 operaciones encubiertas de todo tipo desde la creación del Estado de Israel en 1948. Los militares israelíes examinaron los pros y los contras de las operaciones abiertas frente a las secretas o clandestinas. En 1975, por ejemplo, el Mossad obtuvo información sobre una reunión de la cúpula de Fatah en Beirut. Se contempló la posibilidad de un ataque aéreo. Sin embargo, el general Shlomo Gazit se opuso argumentando en estos términos: "Le dije al ministro de Defensa Simon Peres que no debíamos involucrarnos en un ataque abierto. Yo estaba dispuesto a combatir el terrorismo con toda la fuerza, pero solo en operaciones clandestinas que no dejaran una tarjeta de visita" (Bergman, 2018: 194). Esta distinción entre operaciones estatales abiertas y encubiertas encaja bien con la conceptualización que hemos venido utilizando hasta ahora. Si el terrorismo de Estado se compone de los mismos elementos que el terrorismo no estatal, el factor clave ha de ser la clandestinidad.

Un conocido episodio de terrorismo de Estado internacional israelí tuvo lugar tras la masacre de Múnich: en septiembre de 1972, la organización palestina Septiembre Negro (OSN) secuestró y finalmente asesinó a 11 miembros del equipo olímpico israelí (más un agente de policía alemán) durante los Juegos Olímpicos de Múnich. Fue un duro golpe para Israel y un enorme éxito propagandístico para la causa palestina (véase el capítulo 5). El oficial del Mossad Mike Hariri creó una unidad secreta, llamada Kidon (Bayoneta), cuya misión era "operar de forma encubierta y llevar a cabo la identificación, vigilancia y ejecución de blancos

humanos y operaciones de sabotaje" (Bergman, 2018: 148). La unidad buscaba encontrar y matar a los responsables de la masacre de Múnich (operación Ira de Dios), aunque acabaron matando a terroristas palestinos no relacionados con Múnich (Wael Zwaiter, Mahmoud Hamshari, Hussein Abd el Hir, Basil Al-Kubaissi y Mohammad Boudia). Los cinco fueron asesinados en ciudades europeas (tres en París, uno en Roma y otro en Nicosia) (Bar-Zohar y Mishal, 2015: 191-205). Dos fueron asesinados a tiros, mientras que los otros tres murieron por la explosión de bombas. En el caso de Hamshari, por ejemplo, los agentes del Mossad pudieron colocar un artefacto explosivo bajo su escritorio que se activó mediante una llamada telefónica. Se trataba, obviamente, de atentados secretos en suelo extranjero y su naturaleza operativa era idéntica a la de los atentados de OSN. De hecho, en represalia por estos asesinatos selectivos, OSN llevó a cabo atentados en Europa contra agentes del Mossad. Uno de ellos fue Zadok Ophir, que concertó una cita en un café de Bruselas con un informador marroquí, Muhammad Rabah, pero Rabah resultó ser un miembro de OSN que le disparó e hirió. Tras varios meses en el hospital, Ophir se recuperó. Ami Schechori tuvo menos suerte: le mató una carta bomba mientras trabajaba en la embajada israelí en Londres. ¿Cuál es la diferencia en términos operativos entre la bomba bajo el escritorio que acabó con la vida de Hamshari y la carta bomba que mató a Schechori? Ambos fueron atentados clandestinos, con motivaciones políticas, en suelo extranjero. Uno fue llevado a cabo por una organización clandestina, Septiembre Negro; el otro, por un Estado que actuaba en la clandestinidad, Israel. Si no supiéramos nada sobre la autoría, los dos atentados serían perfectamente intercambiables en términos operativos.

En cuanto a los grupos externos (a veces denominados "terrorismo patrocinado por el Estado"), un ejemplo claro es la cobertura por parte del Estado español de un grupo paramilitar para combatir a ETA en el País Vasco francés, el santuario de la organización terrorista (véase el capítulo 4). Los GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación) se crearon en 1983 y asesinaron a 27 personas entre ese año y 1987 (Woodworth, 2001). Sus miembros eran policías y mercenarios. El ministro del Interior de la época acabó en la cárcel por su implicación en la formación y funcionamiento del grupo (fue condenado por el secuestro de un ciudadano francés, Segundo

Marey, al que los GAL confundieron con un miembro de ETA). Los asesinatos cometidos, por lo demás, eran indistinguibles de los de ETA. Por ejemplo, el 25 de septiembre de 1985, miembros del GAL entraron en un bar de Bayona (Francia), frecuentado por militantes de ETA, abrieron fuego, mataron a cuatro de ellos y abandonaron el lugar inmediatamente. Desde un punto de vista operativo, este atentado es idéntico al perpetrado por cuatro miembros de ETA el 28 de noviembre de 1979: entraron en un bar de Azpeitia (Guipúzcoa) y abrieron fuego contra tres guardias civiles, matándolos a todos. Como el GAL era un grupo parapolicial clandestino, actuó como cualquier otro grupo terrorista. Creemos que estos son motivos suficientes para considerar a los GAL un caso de terrorismo de Estado.

Lo mismo puede decirse de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), otra organización paramilitar encubierta creada por el Estado argentino en 1973, cuando Perón aún estaba en el poder. Fue inmediatamente después de la muerte de Perón cuando los escuadrones de la muerte de la Triple A, bajo la dirección del tristemente célebre ministro del Interior José López Rega, intentaron reprimir a los subversivos de izquierdas, incluidos Montoneros, sindicalistas, políticos y activistas (Gillespie, 1982: 153-5). No hay cifras precisas sobre el número total de víctimas; Rostica (2011: 29) menciona 1.500 víctimas mortales, pero probablemente la cifra correcta esté por debajo del millar. Una vez más, estos escuadrones de la muerte, que actuaban en la clandestinidad bajo la supervisión del ministro del Interior, deben considerarse de naturaleza terrorista.

Dada la estricta equivalencia empírica de los atentados perpetrados por grupos clandestinos y los atentados encubiertos lanzados por los servicios secretos de los Estados, tiene pleno sentido considerar que el Estado, en las circunstancias especiales antes especificadas, puede cometer actos terroristas. En términos de la tabla 2.1, el terrorismo de Estado pertenece a un actor no clandestino que, sin embargo, lanza atentados secretos y clandestinos (debe situarse, por tanto, en la celda descrita como “violencia terrorista ejercida por un grupo insurgente”, sustituyendo “grupo insurgente” por “aparato del Estado”). El Estado no es terrorista desde la perspectiva del sentido del actor, pero puede lanzar ataques terroristas en términos del

sentido de la acción.

Aunque se trata de una cuestión fascinante, desvelar las razones por las que el Estado opta a veces por la represión clandestina en lugar de la abierta va más allá de este libro. Nuestro objetivo es simplemente mostrar el potencial de nuestra teoría del terrorismo para la categoría especial del “terrorismo de Estado”. La mayor parte de lo que se ha escrito sobre este tema se ha centrado en la legitimidad (o falta de ella) de la violencia estatal. Nuestra propuesta es abordar esta cuestión desde un ángulo diferente. Al examinar la tecnología de la represión, defendemos que el terrorismo de Estado existe y corresponde, según nuestro punto de vista, a la represión clandestina.

CAPÍTULO 3

ASIMETRÍA, CONTROL TERRITORIAL Y TÁCTICAS REBELDES

En el capítulo anterior presentamos nuestra conceptualización del terrorismo como violencia clandestina. Hemos demostrado que esta idea, comparada con sus alternativas (asesinato de civiles y violencia coercitiva), da sentido a muchas de las peculiaridades del terrorismo. Sin embargo, nuestro enfoque va más allá de un esfuerzo puramente conceptual. Este capítulo pone a prueba algunas de las premisas teóricas clave de nuestra conceptualización del terrorismo.

El principal argumento empírico de este libro es que el terrorismo tiene más probabilidades de observarse en contextos marcados por una gran asimetría entre las partes. En otras palabras, cabe esperar mayor violencia terrorista cuando sus perpetradores son significativamente más débiles que el enemigo. La asimetría en el equilibrio de fuerzas es lo que obliga a los grupos armados a pasar a la clandestinidad (en el sentido del actor) y a utilizar las tácticas indirectas asociadas al terrorismo (en el sentido de la acción). Así pues, en este capítulo demostramos que, desde el punto de vista del actor, cuanto mayor es la asimetría entre el grupo armado y el Estado, más probable es que el grupo armado sea clandestino. También encontramos, desde el punto de vista de la acción, una fuerte correlación entre una menor capacidad militar (medida por la ausencia de control territorial) y la elección de tácticas indirectas: los grupos que no controlan territorio, o que actúan fuera del territorio que controlan, emplean típicamente tácticas indirectas como bombas, secuestros y asesinatos.

Este capítulo emplea bases de datos que abarcan un amplio número de observaciones. Los capítulos 4 y 5 ahondan en temas similares a través del estudio en profundidad de un número reducido de casos. El uso de técnicas cuantitativas requiere que el concepto de terrorismo sea operacionalizado en los sentidos de actor y acción. En el apéndice de este capítulo se incluye un análisis más técnico de cómo cambian los resultados cuando se utilizan diferentes reglas de operacionalización.

3.1. Asimetría

Cuando las condiciones de un conflicto son muy asimétricas, el actor más débil elegirá el terrorismo. Es habitual caracterizar al terrorismo como “el arma de los débiles” (por ejemplo, Crenshaw, 1981: 387). En ocasiones, el término “el arma de los débiles” se emplea para referirse a las guerrillas y “el arma de los más débiles”, al terrorismo (como en la entrada sobre terrorismo de la Enciclopedia Británica), lo que acentúa aún más la naturaleza del terrorismo como una forma extrema de asimetría.

En los estudios sobre la guerra, el concepto de asimetría se refiere a la diferencia en el poder militar de las partes. Si los conflictos solo estuvieran determinados por el poder militar, el actor débil nunca atacaría al fuerte. Pero la parte débil puede intentar compensar su desventaja militar con un mayor apoyo popular o un compromiso ideológico más fuerte (Stepanova, 2008); también puede recurrir a las tácticas irregulares de la guerra de guerrillas, consistentes en una mayor movilidad y, por tanto, una mayor capacidad para realizar ataques por sorpresa. Como resultado de todo ello, el bando más débil a veces gana la guerra: Boot (2013) analiza una muestra de 381 conflictos y concluye que la parte débil gana el 25% de las veces (el 20,5% antes de la Segunda Guerra Mundial y el 39,6% tras su finalización).

Esto tiene varias explicaciones. Para Arreguín-Toft (2005), el bando débil tiene posibilidades de derrotar al fuerte cuando aquel utiliza tácticas irregulares, mientras que este emplea tácticas convencionales. Las tácticas convencionales no siempre funcionan bien contra los actores débiles porque la violencia indiscriminada puede alienar a la población local. De forma similar, Sullivan (2007) sostiene que el actor fuerte gana cuando los objetivos del conflicto pueden alcanzarse mediante la mera fuerza (tácticas convencionales), mientras que tiende a perder si esos objetivos requieren la conformidad de la parte débil. Ambas explicaciones se

basan en la compleja interacción entre actores con capacidades armadas diferentes.

En última instancia, la diferencia entre bandos fuertes y débiles se deriva de la distinción de Schelling (1966: 2) entre poder militar y el poder de dañar (véase el capítulo 1). Está claro que destruir al enemigo (estrategia directa o convencional) corresponde al poder militar, mientras que destruir la voluntad del enemigo (estrategia indirecta) corresponde al poder de dañar.

A partir de estas distinciones conceptuales, se puede formular una proposición general y sencilla: Cuanto más desiguales sean las capacidades militares de las partes en conflicto, más atractivas resultarán para la parte más débil las tácticas basadas en el poder de dañar. En los casos extremos de asimetría, la parte más débil recurrirá al terrorismo, que se basa en el poder de hacer daño en condiciones de clandestinidad.

Antes de seguir desarrollando esta sencilla proposición, presentamos algunos ejemplos que ilustran el punto principal. Los ejemplos se representan gráficamente en una línea que refleja el grado de poder militar de las partes. En este continuo hay dos puntos extremos: pleno poder militar y ausencia de este. El grado de asimetría puede definirse simplemente como la distancia entre las partes en la línea: cuanto mayor sea la distancia, mayor será la asimetría.

El gráfico 3.1 muestra una serie de enfrentamientos entre Estados, así como entre Estados y actores armados no estatales. En el panel A, tenemos la guerra entre los Estados Unidos e Irak en 2003. El Irak de Saddam Hussein contaba con un ejército regular con un poder militar medio. Sin embargo, la disparidad de capacidades militares condujo a una rápida victoria de los Estados Unidos sobre el ejército iraquí. Si bien es cierto que los Estados Unidos experimentaron un prolongado conflicto contra grupos insurgentes en el país, aquí solo nos referimos a la invasión estadounidense para expulsar a Saddam Hussein del poder.

En el panel B, tenemos de nuevo dos Estados, pero con niveles de poder militar aproximadamente similares. La guerra entre Irak e Irán durante los años ochenta fue uno de los conflictos militares

más largos y sangrientos protagonizados por dos países en desarrollo. Nótese que ubicamos al Irak de 1980 como algo más fuerte que el Irak de 2003 en el panel A, ya que las sanciones impuestas al país tras la guerra del Golfo mermaron considerablemente su poderío militar. No obstante, situamos a Irak ligeramente por delante de Irán debido a su equipamiento superior y a unas tropas mejor entrenadas; esta ventaja militar fue aumentando a medida que avanzaba la guerra, lo que equilibró la ventaja numérica de Irán (Segal, 1988: 952).

En el panel C tenemos un conflicto ligeramente asimétrico entre un Estado, Colombia, y un grupo insurgente muy poderoso, las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). En su apogeo, las FARC contaban con miles de combatientes, poseían cierto grado de poder militar y ejercieron un control territorial efectivo sobre amplias zonas del país, en las que los insurgentes ejercían la autoridad local sobre los habitantes (véase el capítulo 2). Por eso, aunque las FARC nunca fueron tan poderosas como un ejército estatal regular, ubicamos al grupo armado relativamente cerca del Estado colombiano.

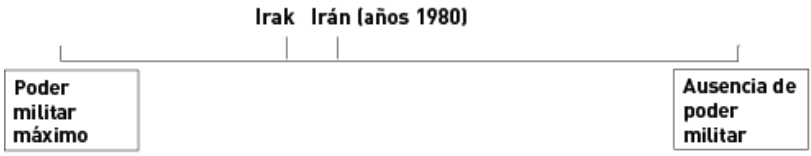
Por último, en el panel D, tenemos un conflicto altamente asimétrico entre un Estado, España, y ETA, un grupo armado nacionalista. La capacidad militar de ETA siempre fue muy limitada: sus miembros se contaban por cientos, no por miles; el grupo solo tuvo acceso a armas ligeras; y carecía de control territorial en su principal zona de operaciones, el País Vasco. Por eso, ETA se sitúa en la extrema derecha del continuo, muy cerca de la ausencia total de poder militar. La distancia entre el Estado español y ETA en términos de poder militar era claramente mayor que la existente entre Colombia y las FARC.

El terrorismo, argumentamos, surge cuando el poder militar del actor débil se ubica muy cerca del final del continuo. Si los rebeldes ni siquiera pueden lanzar ataques militares irregulares contra el Estado, la opción que les queda es el terrorismo.

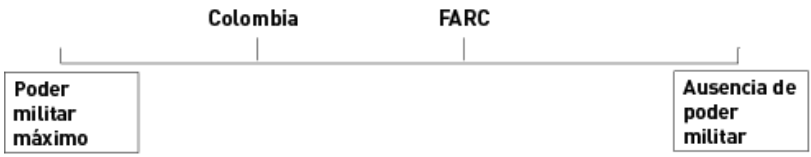
Gráfico 3.1

Ejemplos de asimetría

Panel A. Dos Estados con poder asimétrico



Panel B. Dos Estados con poder simétrico



Panel C. Baja asimetría entre el Estado y un grupo rebelde

Panel D. Alta asimetría entre el Estado y un grupo rebelde

Fuente: Elaboración propia.

En este punto es necesaria una aclaración importante: la asimetría no debe considerarse una característica fija de un conflicto, sino más bien como un rasgo cambiante de la situación en la que se produce la violencia. Así, en determinadas circunstancias, incluso los actores con altas capacidades militares pueden encontrarse en una situación de relativa debilidad. La asimetría, por tanto, puede analizarse a diferentes niveles, desde campañas particulares hasta el equilibrio general de poder militar entre las dos partes en conflicto.

A continuación, exploramos la relación entre asimetría y terrorismo, y para ello, analizamos por separado los factores determinantes de los grupos terroristas (sentido del actor) y las tácticas rebeldes (sentido de la acción).

3.2. Asimetría y control territorial:

el punto de vista del actor

De acuerdo con una amplia bibliografía derivada de Fearon y Laitin (2003), sostenemos que el nivel de asimetría en un conflicto viene determinado en gran medida por la capacidad militar del Estado. Cuando los rebeldes se enfrentan a un Estado fuerte, rara vez tienen posibilidades de controlar territorio. La capacidad estatal se refiere tanto al poder despótico como al infraestructural (Mann, 1993: 59): el primero mide la capacidad militar y represiva, mientras que el segundo apunta a la capacidad de aplicar las políticas públicas exitosamente en todo el territorio. A pesar de la naturaleza multidimensional de la capacidad estatal (véase Hendrix, 2010 para una revisión de diferentes indicadores empíricos), el desarrollo económico y, más en concreto, el PIB per cápita, es la variable más utilizada para operacionalizar el concepto. La existencia de largas series de datos sobre el PIB per cápita de cada país hace que esta variable sea especialmente útil para el análisis cuantitativo del conflicto.

La capacidad del Estado es uno de los predictores más sólidos de la guerra civil (Fearon y Laitin 2003)[37]. Los países más pobres tienen más probabilidades de sufrir guerras civiles, pues no tienen suficiente capacidad para protegerse de aquellos que están dispuestos a usar la violencia para conseguir sus objetivos[38]. Por un lado, la pobreza puede desencadenar agravios y el enfrentamiento por recursos escasos. Por otro, los países pobres carecen de capacidades institucionales, lo que facilita los esfuerzos de los rebeldes para capturar territorio y someter a la población.

Los países desarrollados están blindados frente a estos problemas. Estos países se caracterizan por tener enormes capacidades militares que disuaden a los futuros rebeldes, a la vez que ofrecen bienes públicos que desactivan a las poblaciones potencialmente

agraviadas. Aunque los ataques dispersos de actores solitarios o células muy descentralizadas no pueden eliminarse por completo, la probabilidad de observar una guerra civil en un país desarrollado es casi cero.

Es entre estos dos tipos de Estados donde prosperan los conflictos protagonizados por grupos armados clandestinos (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2012). Los Estados con fortaleza media son lo suficientemente fuertes como para impedir que los rebeldes capturen territorio, pero no tanto como para deshacerse de cualquier posible desafío armado. Los líderes rebeldes, a pesar de que anhelen la guerra de guerrillas del Che Guevara y otras leyendas del imaginario subversivo, tienen que conformarse con una estrategia clandestina que emplee la violencia para coaccionar a los rivales y movilizar a sus partidarios.

A continuación, ponemos a prueba este argumento en dos pasos. En primer lugar, comparamos los grupos clandestinos y las insurgencias con control territorial con respecto al desarrollo económico. En segundo lugar, explotamos una muestra con todos los países del mundo desde 1970 hasta 2018 para investigar las condiciones en las que es más probable que surja cada tipo de grupo.

3.2.1. Rebeldes clandestinos contra guerrillas

Según nuestra tesis, deberíamos encontrar que los grupos rebeldes clandestinos son más comunes en países con una renta per capita más alta que la de los países que albergan grupos armados que controlan territorio. La variable clave es si los grupos rebeldes actúan en la clandestinidad o son capaces de controlar alguna parte del territorio. Por desgracia, esta información rara vez se incluye en las bases de datos más comunes sobre guerras civiles, para las que el principal criterio de inclusión es si el conflicto produjo más de mil muertos en combate. Suele ser más fácil recopilar información sobre las víctimas mortales del conflicto que sobre la presencia rebelde en el territorio. La principal excepción es Sambanis (2004),

para quien el control territorial de los rebeldes es una condición necesaria para que un conflicto pudiera calificarse de guerra civil. Aunque ha habido algunos esfuerzos recientes que utilizan técnicas geoespaciales para medir la presencia rebelde (Tao et al., 2016), es difícil aplicar dichas técnicas a las bases de datos de guerras civiles más comunes.

Algunos académicos, sin embargo, han generado su propia codificación de grupos armados con control territorial. El esfuerzo empírico más ambicioso para codificar el control rebelde corresponde a la base de datos NSA (Non-State Actors, en el original) (Cunningham, Gleditsch y Salehyan, 2013). Además, utilizamos la base de datos BAAD1 (Big Allied and Dangerous, en el original) de Asal y Rethemeyer (2008), que también incluye una medida del control territorial, aunque para una muestra más reducida de insurgencias. En ambos casos, usamos estas bases para comprobar si los rebeldes sin control territorial muestran características diferentes en comparación con las insurgencias que sí lo controlan.

La base de datos NSA cubre el periodo 1946-2011 y adopta la lista de conflictos incluidos en la Armed Conflict Dataset de Uppsala, pero amplía la información relativa a las capacidades de los grupos rebeldes existentes en cada conflicto. NSA incluye una variable denominada “terrcon” que identifica si los rebeldes controlan territorio. Aunque no se ofrece mucha información sobre las reglas de codificación, esta variable se refiere al control dentro de las fronteras del Estado contra el que luchan los rebeldes. Al fusionar los datos de NSA con información sobre el PIB per cápita de los países con conflictos[39], podemos investigar si los grupos clandestinos están más extendidos en los países más ricos, en comparación con sus homólogos con control territorial[40].

Tabla 3.1

Control territorial y PIB per cápita

	~~Datos de NSA~~Datos de BAAD1

PIB per cápita pa	PIB per cápita en 1998			
Grupo armado	Observaciones	Media	Observaciones	Media
Clandestino	266	4.786,2	350	15.201,5
Territorial	172	3.361,7	42	4.861,3
t =	2,46**	5,47***		

Estadístico t entre paréntesis; *p < 0,05; **p < 0,01; ***p < 0,001. Fuent

El panel izquierdo de la tabla 3.1 muestra que los rebeldes con control territorial son más comunes en países más pobres (una media del PIB per cápita de 3.362 dólares, frente a los 4.786 dólares de los países con grupos clandestinos). La clandestinidad está claramente relacionada con el equilibrio de poder entre los contendientes. La base NSA también incluye una variable de fortaleza rebelde que mide si los rebeldes son "mucho más fuertes", "más fuertes", "equivalentes", "más débiles" o "mucho más débiles" que el Estado. El 55% de los rebeldes clandestinos son "mucho más débiles" que sus Estados enemigos, en comparación con solo el 26,5% de los rebeldes con control territorial. En resumen, el nivel de asimetría entre rebeldes y gobiernos, medido por la renta per cápita del país, tiene un efecto importante sobre el tipo de violencia que llevan a cabo los rebeldes.

Mientras que la base NSA pretende ser una muestra de grandes grupos insurgentes (aunque también incluye algunos menores), la base BAAD1 se supone que es una muestra de grupos terroristas (y, sin embargo, incluye algunos grupos con control territorial). En total, BAAD1 codifica 395 grupos armados. A partir de una definición muy laxa de terrorismo, BAAD1 pretende examinar todos los grupos que estuvieron activos entre 1998 y 2005 en el mundo, y calcula su número de víctimas mortales. También reporta si estos grupos controlaban territorio. Los autores definen el control territorial como "la capacidad de la organización para (a) coaccionar a civiles para que hagan o dejen de hacer algo, y (b) excluir a unidades policiales y militares de algún espacio geográfico definido durante un periodo de tiempo superior a seis meses" (Asal y Rethemeyer, 2008: 442).

Esta definición se solapa razonablemente bien con algunas de las características que identificamos como control en el capítulo previo. BAAD1 cuenta con un 10% de grupos con control territorial, entre los que se encuentran insurgencias como las FARC en Colombia, el Ejército de Resistencia del Señor en Uganda, los talibanes en Afganistán, UNITA en Angola, los naxalitas en la India y los Tigres Tamiles en Sri Lanka, todos ellos grupos considerados convencionalmente como organizaciones guerrilleras.

El panel derecho de la tabla 3.1 presenta la prueba de diferencia de medias con los datos de BAAD1. De nuevo, los grupos clandestinos son más frecuentes en los países más ricos, con una renta per cápita tres veces mayor que la de los países con insurgencias que consiguen controlar territorio. Este hallazgo no es menor, sobre todo si tenemos en cuenta que la muestra, supuestamente, solo incluye grupos terroristas y, por tanto, no deberíamos esperar grandes diferencias entre los grupos armados. El hecho de que los grupos con control territorial surjan en países notablemente más pobres es una prueba más de nuestra proposición general sobre la asimetría: cuando los rebeldes se enfrentan a un Estado más fuerte, lo mejor que pueden hacer es permanecer en la clandestinidad y, en consecuencia, llevar a cabo una campaña coercitiva y terrorista.

Ambas bases de datos, NSA y BAAD1, nos han permitido comprobar nuestro argumento con medidas de control territorial creadas por otros equipos de investigadores. Pero la ventaja de evitar sesgos en la codificación de los casos al usar bases de datos existentes a veces es limitada si estas no son fiables o cuentan con problemas en la construcción de la muestra. Por ello, pasamos ahora a ofrecer algunos resultados con nuestra propia codificación a partir de la base de datos sobre terrorismo global (Global Terrorism Database, GTD).

GTD ofrece el conjunto de datos más completo sobre terrorismo y violencia política disponible hasta la fecha, con cerca de 200.000 incidentes entre 1970 y 2018 (START 2019; LaFree y Dugan, 2007). GTD proporciona información detallada sobre la naturaleza y las características del ataque en términos de autoría, ubicación, fecha, blanco, letalidad y tipo de acción. Debido a una definición poco precisa de terrorismo (“el uso amenazador o real de la fuerza ilegal y la violencia para conseguir un objetivo político, económico, religioso o social a través del miedo, la coacción o la intimidación”), GTD abarca gran parte de la violencia que tiene lugar en las guerras civiles. Como muestra la tabla A1 del apéndice, nueve de los 10 grupos más violentos incluidos en la base de datos son insurgencias implicadas en guerras civiles, con los talibanes y el ISIS a la cabeza. Dicho apéndice incluye una descripción más detallada de las fortalezas y debilidades de GTD.

Casi la mitad de los ataques en la base (45%) no son reivindicados (Berkebile, 2017). Excluimos estos ataques cuya autoría es desconocida porque nuestro análisis se basa en grupos armados identificados. Además, para evitar la inclusión de grupos efímeros con muy poca actividad, limitamos el análisis a los grupos rebeldes que cumplen algunos criterios mínimos de actividad armada y vida organizativa: al menos 10 atentados, con al menos 10 muertos en total a lo largo de más de un año de actividad. Hay 277 grupos con estas características para el periodo 1970-2018. GTD no incluye información sobre el control territorial. Para codificar cada grupo, hemos rastreado fuentes originales, monografías, páginas web y bases de datos con el objetivo de averiguar si el grupo pudo controlar territorio dentro de las fronteras del Estado[41].

Siguiendo los criterios expuestos en el capítulo anterior, consideramos que un grupo armado cuenta con control territorial cuando se cumple alguna de estas tres condiciones: 1) el grupo armado establece campamentos o bases dentro de la frontera del país, en los que almacena armas o entrena reclutas; 2) el grupo armado impone controles permanentes en las carreteras, por lo que interrumpe el flujo de bienes y personas; y 3) el grupo armado gobierna sobre la población local en determinadas zonas dentro de la frontera del país, en las que extrae rentas y aplica algún tipo de justicia.

Por último, seguimos una regla de absorción para aquellos grupos armados que pasan de la clandestinidad al control territorial (o al revés): si existen pruebas de un control territorial continuado durante el conflicto, el grupo se clasifica como territorial, aunque comenzase o terminara como una organización clandestina. Los periodos breves y limitados de control rebelde, como el control del IRA de algunos barrios en las zonas católicas de Belfast y Derry durante los primeros meses de 1972, no se consideran control territorial, ya que el grupo permaneció en gran medida clandestino durante la mayor parte del conflicto.

Según nuestra codificación, 105 de los 277 grupos son clandestinos (38%) y los 172 restantes controlan territorio. Los grupos clandestinos con mayor número de víctimas mortales son el IRA (1.793 muertos), el Estado Islámico en la Provincia del Sinaí (1.696

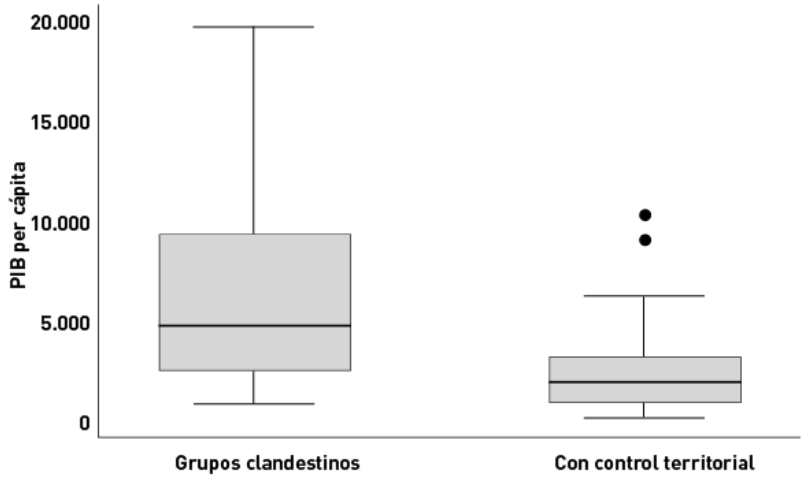
muertos), Lashkar-e-Jhangvi (1.226 muertos), Lashkar-e-Taiba (1.085 muertos), Hamás (891 muertos), ETA (819 muertos) y el Congreso Nacional Africano (636 muertos)[42]. La base también incluye grupos menores como las Fuerzas Populares del 25 de Abril de Portugal (10 muertos), el Comando Rodrigo Franco (10 muertos) y el Frente Patriótico Morazanista (10 muertos). Obviamente, estas cifras son subestimaciones, pero no son preocupantes, porque no estamos interesados en este momento en la variación en el número de víctimas.

En cuanto a las organizaciones que ejercen el control territorial, la tabla A1 del apéndice recoge los grupos más letales. No hay sorpresas: encontramos a ISIS, los talibanes, Boko Haram y algunas otras poderosas insurgencias. Más desconcertante resulta que haya algunos grupos con control territorial con un número bajo de víctimas mortales, como el Frente de Liberación de Karbi Longri Cachar (10 muertos), Jamaat-ul-Ahrar (16 muertos), Ansar al-Sharia (17 muertos), el Ejército de Liberación de Lesoto (19 muertos), el Frente de Resistencia Patriótica en Ituri (19 muertos) y el Brunswijk Jungle Commando, que operó en Surinam (20 muertos). Con algunas excepciones, como el Frente Zapatista de Liberación Nacional, el número de muertos por grupos con control territorial está claramente infravalorado en GTD.

Utilizamos la muestra de 277 grupos rebeldes para poner a prueba nuestra hipótesis de que los grupos armados clandestinos surgen en Estados con mayor capacidad estatal. El gráfico 3.2 confirma visualmente nuestro argumento. Este gráfico muestra el PIB per cápita de los países en los que operan grupos armados con y sin control territorial (medido en el año del primer ataque registrado del grupo). Además de la distribución de las observaciones, el gráfico muestra la mediana de la distribución (la línea oscura en el interior de la caja). En comparación con las insurgencias con control territorial, los grupos clandestinos son más frecuentes en países más ricos.

Gráfico 3.2

Control territorial y PIB per cápita



Llegamos a una conclusión similar en la comparación de medias de la tabla 3.2. Los grupos clandestinos se enfrentan a Estados cuyo PIB per cápita medio supera los 9.950 dólares, mientras que las insurgencias con control territorial luchan contra Estados que promedian menos de la mitad de esta cifra (4.231 dólares). Esta diferencia puede interpretarse de una manera muy sencilla: cuando el Estado al que se enfrentan los rebeldes es fuerte (rico), los rebeldes solo pueden atacarlo desde la clandestinidad y, por tanto, las únicas tácticas viables son las terroristas; cuando el Estado es más débil (más pobre), los rebeldes tienen capacidad para controlar territorio y organizarse como guerrilla.

Tabla 3.2

Control territorial y PIB per cápita al inicio del conflicto

Grupo armado	PIB per cápita al inicio		Número de muertos	
	Observaciones	Media	Observaciones	Media
Clandestino	103	9.967	105	174
Territorial	156	4.231	172	1.432
$t =$	7,31***		–2,60**	

Estadístico t entre paréntesis; *p < 0,05; **p < 0,01; ***p < 0,001.

Nuestros datos también permiten calcular el número medio de víctimas asesinadas según los grupos armados en cada tipo de conflicto. En este caso, la diferencia entre organizaciones armadas clandestinas y territoriales no solo es significativa estadísticamente (174 víctimas de grupos clandestinos frente a 1.432 muertes de grupos territoriales), sino también desde un punto de vista teórico, ya que el promedio de los grupos armados territoriales es superior al umbral convencional de 1.000 muertos en combate que se utiliza para distinguir una guerra civil de conflictos de menor escala.

3.2.2. La relación de U invertida entre terrorismo y capacidad estatal

Hasta ahora hemos comparado los perfiles de los países en los que surgen grupos armados clandestinos con los de los países en los que proliferan grupos con control territorial. Ahora queremos comparar si los factores estructurales que ayudan a explicar el surgimiento de grupos clandestinos difieren de los factores que determinan la aparición de grupos con territorio. Para ello, recurrimos a un análisis multivariante que incluye todos los países desde 1970 hasta 2018. Por adelantar los resultados, encontramos que: (a) la relación entre los grupos con control territorial y el desarrollo económico del país en el que operan es lineal y negativa (a menos desarrollo, más probabilidad de observar insurgencias con control); y (b) la relación equivalente en el caso de los grupos rebeldes clandestinos sigue una forma de U invertida, por la cual la probabilidad de observar grupos clandestinos crece con la riqueza del país hasta un cierto punto de desarrollo, más allá del cual dicha probabilidad cae.

Dos trabajos académicos publicados simultáneamente (Enders y Hoover, 2012; De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2012) descubrieron dicha relación no lineal entre el terrorismo y el desarrollo económico. En nuestro artículo, creamos un panel de datos con todos los países desde 1970 hasta 1997, en el que la variable

dependiente medía si el país había experimentado el inicio de un conflicto en ese año (seguíamos, por tanto, el diseño de investigación más habitual en el análisis cuantitativo de las guerras civiles). Combinamos los datos estándar sobre el inicio de guerras civiles con nuestra propia codificación de GTD de los conflictos en los que los rebeldes habían permanecido clandestinos.

De acuerdo con las investigaciones sobre guerras civiles, encontramos un efecto negativo de la riqueza sobre su origen (cuanto más rico es el país, menos probable es la guerra civil). En cambio, para los conflictos terroristas el efecto se vuelve cuadrático (más concretamente, cóncavo): los conflictos terroristas se concentran en los niveles medios de desarrollo. En nuestro trabajo ofrecimos la siguiente explicación: en los países pobres el Estado es débil y los rebeldes se lanzan a la guerra de guerrillas; por el contrario, en los países ricos el Estado es fuerte y los rebeldes no se atreven a intentar liberar territorio o, si lo hacen, son neutralizados inmediatamente por las fuerzas de seguridad. Es en los Estados con una fortaleza media donde observamos rebeldes que pueden tomar las armas, pero se ven obligados a recurrir a tácticas clandestinas para poder prosperar.

A continuación, reproducimos el mismo análisis, pero con la lista actualizada de 277 grupos armados y con una base de datos que llega hasta 2018. A diferencia de nuestro estudio de 2012, aquí buscamos explicar la formación de grupos armados en lugar de los factores que explican el inicio del conflicto (en cualquier caso, un análisis del inicio del conflicto no arroja resultados sustancialmente diferentes). Para operacionalizar la hipótesis, incluimos el PIB per cápita y su cuadrado en el modelo de regresión. Si la relación es cóncava (U invertida), como supone la hipótesis, el coeficiente del PIB per cápita debería ser positivo y el correspondiente al término cuadrático negativo. En el análisis se incluyen las variables de control habituales: tamaño de la población, índice de democracia (Polity IV), fraccionalización étnica, geografía montañosa y una variable dicotómica para el periodo de la Guerra Fría.

Tabla 3.3

Determinantes de los grupos territoriales

y no territorialesen el mundo

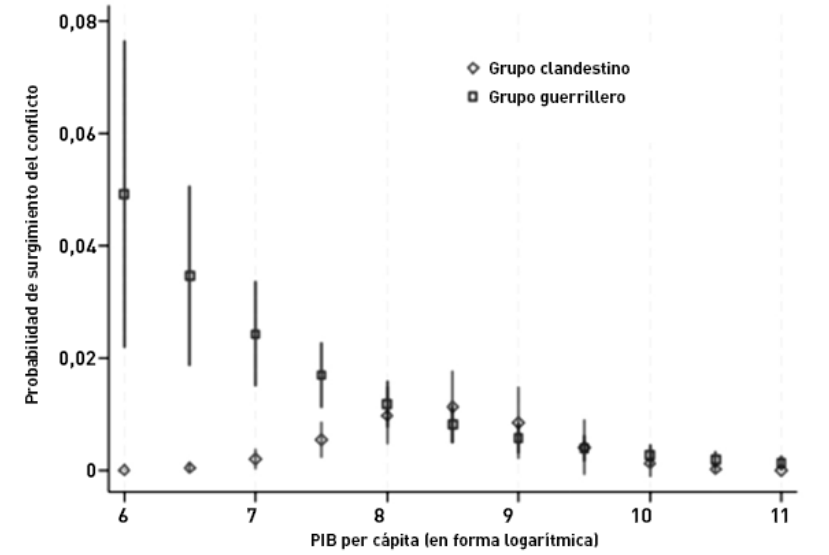
	(1)	(2)	(3)
	Nuevo grupo territorial (GTID)	Nuevo grupo guerrillero (GTID)	Inicio de guerra civil (COW)
Lag PIB pc (log)	11,84***	–0,573***	–0,520***
	(4,64)	(–4,06)	(–3,77)
Lag PIB pc cuad. (log)	–0,661***		
	(–4,50)		
Población (log)	0,660***	0,485***	0,291***
	(5,64)	(5,19)	(4,09)
Política IV	0,0480	0,0165	–0,0120
	(1,59)	(0,60)	(–0,57)
Fraccionamiento étnico	–0,109	0,272	0,877
	(–0,36)	(0,52)	(1,39)
Terreno	0,263	–0,0258	0,0604
	(1,43)	(–0,25)	(0,54)
Guerra Fría	1,222***	0,266	0,347
	(4,19)	(0,83)	(1,33)
Constante	–68,83***	–7,517***	–5,293**
	(–5,79)	(–4,22)	(–2,81)
Observaciones	6.367	6.367	6.367
R ajustada^2	0,16	0,10	0,07

Estadístico t entre paréntesis; *p < 0,05; **p < 0,01; ***p < 0,001.

Los coeficientes de las estimaciones logísticas figuran en la tabla 3.3. El modelo 1 muestra que el efecto cuadrático va en la dirección esperada y es significativo incluso después de controlar por otros factores. El modelo 2, por su parte, confirma el efecto negativo y lineal del PIB per cápita sobre el surgimiento de grupos con control territorial. Se trata de un hallazgo notable, dado que la muestra de guerras civiles incluidas en GTD infrarrepresenta los conflictos armados en África y sobrerrepresenta los conflictos en América Latina, lo que debería debilitar la relación negativa entre desarrollo y guerra civil. Para el modelo 3, usamos la lista de guerras civiles codificada por el proyecto Correlates of War, que es una lista más rigurosa que la extraída de GTD. No obstante, encontramos los mismos resultados, el PIB per cápita sigue teniendo un efecto negativo sobre el inicio de la guerra civil.

Gráfico 3.3

La relación de U invertida entre terrorismo y desarrollo económico



El gráfico 3.3 representa visualmente la relación en forma de U invertida entre la riqueza del país (y, en términos más generales, la capacidad del Estado) y la aparición de grupos armados. Predice el efecto estimado del PIB per cápita sobre la probabilidad de que se forme un grupo clandestino (a partir del modelo 1 de la tabla 3.3) o un grupo de control territorial (modelo 3 de la tabla 3.3). Cabe señalar que las probabilidades son muy bajas, pues se trata de acontecimientos poco frecuentes. Dicho esto, es fácil comprobar nuestra principal conjetura teórica, a saber, que la formación de grupos guerrilleros disminuye con la riqueza per cápita del país, mientras que los grupos clandestinos son, en promedio, más propensos a aparecer en naciones de renta media. Por otro lado, cuando los Estados son más fuertes, observamos en general menos organizaciones armadas clandestinas. Los países más ricos del mundo se vuelven inmunes a la violencia política, salvo en el caso de atentados internacionales y aquellos perpetrados por actores solitarios.

En resumen, la capacidad de los rebeldes para controlar el territorio depende en gran medida del nivel de asimetría con el que actúan los rebeldes. Los Estados débiles ofrecen oportunidades favorables a los rebeldes para llevar a cabo campañas armadas con un nivel

sustancial de poder militar. Por el contrario, los Estados con mayor capacidad militar impiden que los rebeldes consigan liberar territorio, por lo que estos se ven obligados a permanecer en la clandestinidad. Nuestro siguiente paso es demostrar que, cuando los rebeldes son clandestinos, su repertorio de violencia difiere significativamente de las tácticas habitualmente empleadas por las insurgencias con control territorial.

3.3. Asimetría y tácticas rebeldes:

el punto de vista de la acción

En este apartado, exploramos la idea de que la asimetría también explica las condiciones en las que los grupos armados emplean determinadas tácticas (terrorismo en el sentido de la acción). Como se demostrará, estas tácticas están determinadas por las condiciones de clandestinidad. Nótese que los análisis empíricos que siguen son válidos incluso si alguien discrepa totalmente de la conceptualización del terrorismo que defendemos en este libro. Con todo, las regularidades empíricas que descubrimos pueden interpretarse como un apoyo más a la tesis de que el terrorismo es violencia política clandestina. Lo que demostramos es que existe una afinidad natural entre la clandestinidad y un conjunto de tácticas que suelen describirse como terroristas.

Es útil comenzar este análisis con la distinción entre tácticas indirectas y directas: las primeras se refieren a la violencia coercitiva (poder de dañar); las segundas, al exterminio o aniquilación del enemigo (poder militar). Los grupos rebeldes recurren a las tácticas indirectas cuando se enfrentan a situaciones en las que la distribución de poder militar está muy sesgada a favor de sus rivales. Esto es coherente con la opinión de que el terrorismo, desde la perspectiva del sentido de la acción, es violencia indirecta perpetrada por grupos que operan en condiciones de clandestinidad.

A continuación, presentamos dos pruebas empíricas. En primer lugar, si las tácticas indirectas, como las bombas y los asesinatos selectivos, vienen determinadas por condiciones asimétricas entre los rebeldes y sus Estados rivales, deberíamos encontrar que los grupos clandestinos recurren a estas tácticas con más frecuencia que los grupos con control territorial. Esto no se aplica necesariamente a la elección de los blancos de la violencia. Como vimos en el capítulo

anterior, tanto los grupos clandestinos como los que controlan territorio atacan a civiles.

En segundo lugar, si nuestra hipótesis de que las guerrillas realizan ataques indirectos en lugares alejados de su control (donde la ventaja estructural de los Estados es más aguda) es correcta, deberíamos observar que las insurgencias que controlan territorio muestran un repertorio de violencia diferente en función del escenario bélico en el que operan.

Para realizar estas pruebas empíricas, comenzamos con el análisis de la versión actual de GTD y mostramos que los grupos clandestinos muestran un perfil táctico muy diferente al de los grupos con control territorial, en línea con nuestras expectativas teóricas. Basándonos en trabajos anteriores (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015), cerramos el capítulo con un análisis de GTD1, la versión antigua de esta base de datos. GTD1 categorizaba las tácticas de un modo que nos ayuda a distinguir entre ataques indirectos llevados a cabo clandestinamente y tácticas directas que requieren control territorial. En conjunto, ambos análisis ponen de manifiesto que la clandestinidad tiene consecuencias importantes cuando los grupos rebeldes eligen sus tácticas.

3.3.1. Grupos rebeldes y tácticas armadas

Partimos del supuesto de que hay una asociación entre control territorial y tácticas. Cuanto mayor sea el poder militar de los rebeldes, más simétrico será el combate entre el grupo armado y el Estado. Una vez que los rebeldes liberan territorio, pueden emplear tácticas militares, como escaramuzas, emboscadas, toma de pueblos, incursiones y batallas. Cuando un grupo es clandestino, estas tácticas no son posibles debido a las limitaciones organizativas y logísticas impuestas por la ausencia de control territorial. Los grupos clandestinos recurren a un repertorio indirecto de violencia caracterizado por las operaciones secretas, que explotan el elemento de sorpresa y su efecto coercitivo. Más concretamente, esperamos que los grupos clandestinos recurran principalmente a los atentados

con bomba, una táctica que permite a los grupos pequeños contrarrestar su debilidad operativa con acciones logísticamente fáciles y de gran impacto. Por el contrario, los grupos con control territorial recurrirán en mayor medida a acciones de tipo guerrillero, como emboscadas y asaltos, necesarias para consolidar y expandir su presencia territorial.

Antes de entrar en el análisis, debemos abordar la objeción de que el control territorial puede ser, en última instancia, la consecuencia del empleo de determinadas tácticas. Si fuera cierta, serían entonces las tácticas las que explican por qué algunos grupos armados acaban controlando el territorio y no al revés. Creemos que esta objeción confunde la génesis y las consecuencias de un fenómeno. Una cosa es el proceso a través del cual un grupo armado consigue el control territorial y otra es si los grupos con control territorial actúan de forma diferente a los grupos sin él.

A este respecto, partimos del supuesto de que casi todos los grupos armados comienzan en la clandestinidad (Lewis, 2020: 8). Utilicemos una ilustración muy sencilla de cómo las tácticas indirectas y directas tienen consecuencias para el control territorial. Supongamos que un grupo clandestino está interesado en atacar la comisaría de policía de un pueblo, pero no pretende hacerse con su control territorial. Dadas las limitaciones impuestas por la clandestinidad, lo más probable es que los rebeldes coloquen una bomba para evitar cualquier encuentro físico con el enemigo. El objetivo de un ataque de este tipo no es acabar con la presencia de la policía en el pueblo (los policías asesinados serán sustituidos en breve por nuevos oficiales enviados a la zona), sino hacer que al Estado le resulte costoso mantener el conflicto. Supongamos ahora que el grupo clandestino está interesado en hacerse con el control territorial del pueblo: entonces asaltarán la comisaría y neutralizarán a los representantes del Gobierno para que los rebeldes se conviertan en la nueva autoridad. Así, estas diferentes tácticas explican el resultado: permanecer en la clandestinidad o hacerse con el control territorial.

El hecho de que diferentes tácticas generen diferentes resultados no afecta a nuestro argumento. Estamos de acuerdo en que algunas tácticas son mejores que otras si el objetivo de los rebeldes es

hacerse con el control territorial. Para hacerse con el territorio, los rebeldes deben utilizar tácticas que sean coherentes con este objetivo. Pero el uso de estas tácticas no garantiza el éxito. Como veremos en los capítulos siguientes, hay grupos que se esfuerzan por comportarse como guerrilleros y fracasan en su intento de hacerse con el control territorial. Tras el fracaso, vuelven a las operaciones secretas (y a las tácticas indirectas), en consonancia con su naturaleza clandestina. En la mayoría de los casos, o bien el grupo decide actuar en la clandestinidad desde el principio, sin aspirar a conseguir ningún control territorial, o bien el grupo acaba consiguiendo el control territorial y se convierte en guerrilla.

En resumen, el hecho de que determinadas tácticas conduzcan a la obtención del control territorial no significa que nuestra hipótesis sea circular. Admitimos que la transición de las tácticas indirectas a las directas solo es posible si los rebeldes emplean tácticas que hagan factible el control territorial. Pero lo que nuestra hipótesis establece es que el hecho de conseguir control territorial o seguir siendo clandestino tiene consecuencias para las tácticas que se llevan a cabo.

Nuestra primera prueba se basa en la versión de GTD que cubre el periodo 1970-2018. Buscamos demostrar que es posible distinguir empíricamente entre distintos tipos de grupos rebeldes atendiendo a sus perfiles tácticos. En cambio, esto no es necesariamente cierto si nos fijamos en los perfiles de los blancos que son atacados por los grupos armados.

La forma más sencilla de utilizar los datos de GTD como medida de la incidencia terrorista es centrarse en los atentados perpetrados con bombas, ya que se trata del ejemplo típico de atentado indirecto y asimétrico. Sin embargo, los atentados con bombas pueden obedecer a distintas condiciones estructurales: una bomba sofisticada activada para lanzar una emboscada militar y un artefacto explosivo casero de baja potencia responden a esquemas tácticos diferentes. GTD permite cierta recodificación, ya que distingue entre artefactos de fabricación industrial como las “minas terrestres” y los “proyectiles” (cohetes, morteros, misiles) y detonadores más sencillos, como los “paquetes bomba” y los “artefactos a distancia”. Excluimos de nuestra operacionalización

del terrorismo las bombas de fabricación industrial, ya que en realidad pertenecen a una lógica militar diferente (como se vio en el capítulo 2).

Clasificamos las categorías originales de GTD en seis grandes tácticas: bombas, proyectiles (y minas terrestres), asesinatos, asaltos a mano armada, ataques contra infraestructura y secuestros[43]. Para cada uno de los 277 grupos de nuestra base, calculamos la proporción de atentados correspondientes a cada táctica. No utilizamos el número absoluto de atentados como variable dependiente por las razones que detallamos en el Apéndice (véase también De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015). Baste decir que cuando los atentados se miden en términos absolutos, se producen graves distorsiones debido a la presencia de unos pocos grupos armados que realizan un número muy elevado de atentados. Por ejemplo, tomemos los seis grupos armados de la muestra con más de mil atentados (cuatro de ellos, el FMLN, Sendero Luminoso, ISIS y los Talibanes, son organizaciones insurgentes inmersas en largas guerras civiles). El problema es que, dado el gran número de atentados perpetrados por cada uno de estos grupos, colocan muchas bombas, pero también ejecutan muchas operaciones de asalto, secuestros y campañas de asesinatos. Al comparar los tipos de atentados en términos absolutos entre los grupos, los grandes grupos aparecen en cabeza independientemente del tipo de atentado que consideremos. Por lo tanto, tenemos que realizar los análisis utilizando el peso relativo de cada táctica.

Como nuestra medida de control territorial no tiene variación temporal, nos limitamos a un análisis transversal de los datos. La tabla 3.4 muestra la proporción de tácticas en función de si el grupo armado controlaba territorio o permanecía clandestino. En el caso de los grupos clandestinos, las bombas y los asesinatos constituyen la mayoría de sus ataques, mientras que los grupos con control territorial muestran una mayor variación, con los asaltos a mano armada como la táctica más común[44].

Tabla 3.4

Proporción de tácticas por control territorial

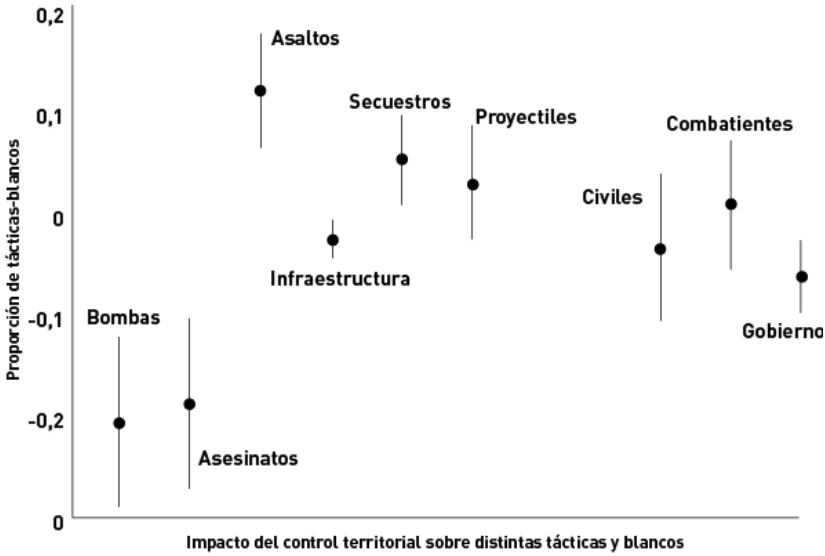
Tácticas	Grupos clandestinos (n = 104)	Grupos control (n = 173)	Prueba de diferencia
Bombas	0,37	0,22	5,20***
Asesinatos	0,21	0,06	7,51***
Asaltos	0,22	0,35	–5,53***
Ataques a instalaciones	0,04	0,04	–0,46
Secuestro	0,08	0,15	–4,57***
Proyectiles	0,06	0,11	–2,73**

Nota: Las proporciones no suman 1 debido a una categoría residual de “otra

A continuación, ofrecemos algunos modelos estadísticos sencillos en los que comparamos el efecto del control territorial sobre la proporción de tácticas y blancos de la violencia (distinguimos entre civiles, personal gubernamental y combatientes; esta última categoría incluye fuerzas de seguridad y paramilitares). Si nuestro argumento es correcto, deberíamos esperar efectos significativos en las tácticas, en particular respecto del uso de bombas, un tipo de táctica especialmente apropiado para grupos sin control territorial. Por el contrario, no hay motivos para suponer que el control territorial o su ausencia tendrán un efecto sobre la selección de víctimas. Como hemos argumentado ampliamente en los dos capítulos anteriores, los civiles pueden ser objetivo de todo tipo de grupos armados y en circunstancias muy diferentes. Todas las variables dependientes se miden en porcentaje, para garantizar una comparación adecuada de los casos. La principal variable explicativa es el control territorial (valor 1) versus clandestinidad (valor 0)[45].

Gráfico 3.4

El impacto del control territorial sobre la selección de tácticas y blancos



Nota: Coeficientes predichos con intervalos de confianza del 95%, estimados a partir de modelos OLS que agrupan los errores estándar por país y controlan por el número de ataques de cada grupo rebelde.

El gráfico 3.4 muestra el impacto del control territorial sobre los porcentajes de tácticas y blancos de los grupos armados. De acuerdo con nuestras expectativas, los grupos con control territorial tienen un menor porcentaje de asesinatos y atentados con bomba, a la vez que un mayor porcentaje de asaltos a mano armada y secuestros. Como era de esperar, el control territorial no ayuda a distinguir entre tipos de blancos (con la única excepción de un mayor porcentaje de atentados contra autoridades por parte de grupos clandestinos). En el apéndice, profundizamos en esta cuestión con análisis adicionales que corroboran nuestros hallazgos.

Pasemos ahora a GTD1, la versión previa de GTD, cuya categorización de las tácticas capta con mayor precisión la distinción teórica entre ataques directos e indirectos. GTD1 incluye 61.637 ataques y cubre el periodo 1970-1997. GTD1 distinguía siete tácticas: ataque a instalaciones, bomba, disparo, secuestro,

secuestro de avión, asalto y mutilación. Las dos últimas eran marginales en número de ataques (nótese, sin embargo, que "asalto" es ahora una de las categorías principales), por lo que nos centramos en las cinco restantes.

Una vez más, empleamos nuestro umbral mínimo de actividad para que un grupo sea incluido en el análisis: solo tenemos en cuenta los grupos armados que tengan un nombre reconocido, que hayan matado al menos a 10 personas en más de 10 ataques y que hayan actuado durante más de un año. Para el periodo 1970-1997, identificamos 122 grupos armados que cumplían estos criterios, 64 de los cuales eran clandestinos (véase De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015 para un análisis más detallado de estos datos).

Los atentados contra instalaciones y las bombas son las dos categorías más importantes y frecuentes en GTD1. GTD1 define un "ataque a instalaciones" de la siguiente manera:

El objetivo [del ataque a instalaciones] es robar, dañar u ocupar una instalación específica. El término instalación incluye ciudades, edificios y, en algunos casos, vehículos. Así, el atraco a un banco es un ataque a una instalación, aunque suponga el asesinato de los guardias que lo protegen. […] La ocupación de una ciudad, en la que puede haber muertos o heridos, también es un ataque a instalaciones, ya que el objetivo es tomar la ciudad (instalación), no matar o herir a personas. […] Normalmente, participa un grupo de varios combatientes. La operación se lleva a cabo abiertamente, a diferencia de la colocación secreta de bombas durante la noche.

Algunas de las características mencionadas (como el número de participantes o la ocupación del espacio) son ilustrativas de la actividad guerrillera. Dados los condicionantes de este tipo de acción, esperamos observar más ataques a instalaciones cuando los rebeldes tienen cierto control territorial. La única excepción es el robo de bancos, que GTD1 clasifica como ataques a instalaciones, pues es una fuente de financiación adoptada por rebeldes de todo tipo. De hecho, el robo de bancos es una de las principales fuentes

de financiación de los grupos clandestinos (Freeman, 2011; Horgan y Taylor, 1999).

Las bombas, por el contrario, no pretenden apoderarse de un lugar, sino destruirlo. En palabras de GTD1: “En contraste con el ataque a una instalación, que a menudo tiene como objetivo tomar físicamente la instalación, una bomba está diseñada simplemente para destruirla o dañarla. La naturaleza clandestina del ataque con bomba lo diferencia de los ataques a instalaciones”. Aunque los grupos territoriales también pueden poner bombas, nuestra predicción es que los grupos clandestinos usarán con más frecuencia este tipo de táctica.

Por último, los asesinatos y los secuestros son compatibles con cualquier tipo de grupo armado. Todos los grupos violentos mínimamente longevos cometen asesinatos. Y lo mismo puede decirse de los secuestros, que se han utilizado en gran medida para chantajear a los gobiernos a cambio de compañeros encarcelados o para recaudar fondos de personas adineradas. Estas cuatro categorías (ataques a instalaciones, bombas, asesinatos y secuestros) describen bien la variación de tácticas que despliegan los grupos armados. Creemos que esta clasificación es especialmente conveniente debido a la asociación que hemos supuesto entre los ataques a instalaciones y las insurgencias que conquistan territorio, por un lado, y las bombas y los grupos clandestinos, por otro.

Para cada uno de nuestros 122 grupos, calculamos el porcentaje de ataques a instalaciones, atentados con bomba, asesinatos y secuestros a lo largo de todo su periodo de actividad en función de si controlaron territorio o permanecieron clandestinos. La tabla 3.5 muestra de nuevo patrones muy diferentes si dividimos la muestra por control rebelde. Mientras que los grupos con control territorial recurren en gran medida a los ataques guerrilleros (59% de los ataques), los grupos clandestinos dependen más de tácticas coercitivas como las bombas (38%) y los asesinatos (32%). Aunque la versión actual de GTD cubre 20 años más (1998-2018) de violencia que GTD1, ambas muestran mayores porcentajes de asesinatos y menores porcentajes de secuestros por parte de grupos clandestinos. Quizás la menor visibilidad de muchos asesinatos perpetrados por guerrillas durante guerras civiles podría explicar

este resultado.

Tabla 3.5

Tácticas y control territorial

Tácticas	Control territorial		Prueba de diferencia de medias
	No	Sí	
Bombas	0,38	0,16	5,79***
Ataques a instalaciones	0,26	0,59	–9,39***
Asesinatos	0,32	0,13	5,36***
Secuestros	0,05	0,11	–3,42***

"*p < 0,05; **p < 0,01; ***p < 0,001." Fuente: GTD1.

Se podría argumentar que la elección táctica depende de otros factores, como el tamaño del grupo armado o la vinculación de los grupos armados con Estados que promueven el terrorismo. En trabajos anteriores, comprobamos que nuestra principal afirmación teórica se mantiene incluso si se controla estadísticamente por estos argumentos alternativos (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015).

3.3.2. Geografía y tácticas rebeldes

De acuerdo con nuestro argumento, los actores armados deberían actualizar sus tácticas violentas cuando cambia el equilibrio de poder. Esto tiene dos implicaciones. Desde el punto de vista de la variación geográfica, los grupos deberían emplear tácticas diferentes en función del equilibrio específico en cada zona del conflicto entre sus capacidades y las del Estado al que se enfrentan. Desde el punto de vista de la variación temporal, los grupos con control territorial deberían adoptar tácticas indirectas cuando cambios en el equilibrio de fuerzas les obligan a operar en la clandestinidad (y lo contrario cuando los cambios les benefician).

En esta subsección, ponemos a prueba el argumento sobre la variación espacial de tres maneras distintas. En primer lugar, investigamos si los grupos con control territorial reproducen el comportamiento de los grupos clandestinos cuando atacan en la capital. En segundo lugar, analizamos si disponer de un santuario (un territorio situado más allá de las fronteras jurisdiccionales del Estado de los rebeldes) potencia los ataques de tipo guerrillero por parte de grupos que, de otro modo, serían clandestinos. Y, en tercer lugar, comprobamos si los grupos clandestinos son más propensos a perpetrar atentados en suelo extranjero que los insurgentes que controlan territorio. En el capítulo 5, abordaremos la conexión entre tácticas y los cambios a lo largo del tiempo en el control territorial de la OLP y el Estado Islámico.

Una consecuencia derivada de nuestro argumento es que los grupos

con control territorial que quieren actuar en zonas dominadas por el Estado —como suele ser su capital— tendrán que operar bajo las mismas restricciones de secretismo que cualquier otro grupo clandestino. Por lo tanto, el perfil táctico de los grupos territoriales en la capital debería parecerse más al de los grupos clandestinos. Lejos de parecerse a guerrilleros, los rebeldes que operen en las capitales se comportarán como terroristas, aunque tengan bajo su control otras zonas del país.

No todos los grupos rebeldes con control territorial están interesados en operar en la capital. El Nuevo Ejército del Pueblo, una insurgencia comunista que operó durante décadas en Filipinas, llevó a cabo pocos ataques en Manila (menos del 5%). Los Tigres Tamiles tuvieron cifras muy similares en Sri Lanka. En cambio, el FMLN perpetró uno de cada cinco atentados en San Salvador, la capital de El Salvador. No nos concierne en este libro investigar por qué algunas insurgencias operan más en las ciudades que otras. Nuestra tesis afirma simplemente que, si los rebeldes quieren operar en las ciudades, tienen que atenerse a las reglas de la clandestinidad. Esto significa que, para los grupos con control territorial, la proporción de atentados contra instalaciones debería ser menor en la capital que en el resto del país, y a la inversa para los atentados con bomba. Respecto a asesinatos o secuestros, no esperamos que sean más o menos habituales en la capital, porque pueden llevarse a cabo de forma similar en entornos urbanos y rurales.

Para comprobar esta hipótesis, hemos creado una variable que recoge si el atentado tuvo lugar en las dos ciudades más grandes del país de referencia del grupo armado. Nuestros resultados indican que los grupos clandestinos tienden a actuar en las dos ciudades más grandes mucho más que los grupos territoriales (39% frente al 17%). Estas diferencias son estadísticamente significativas. La fijación de los grupos clandestinos con las grandes ciudades obedece a su necesidad de maximizar el impacto de sus acciones, así como a las condiciones óptimas que estos lugares ofrecen para la organización secreta de acciones disruptivas.

La tabla 3.6 utiliza los datos de GTD1 para desglosar estas cifras por el lugar del ataque. Los insurgentes que controlan territorio llevan a

cabo una mayor proporción de atentados con bomba cuando operan en las dos ciudades más grandes, en comparación con sus ataques en otros lugares. Los atentados contra instalaciones siguen representando la mayor parte, pero recordemos que aquí se incluyen los atracos a bancos, acto terrorista por excelencia orientado a la financiación de la organización armada. Conviene subrayar que los grupos clandestinos que perpetran atentados más allá de las dos mayores ciudades del país no tienen capacidad para imitar el repertorio de violencia propio de la guerrilla.

Estos resultados refuerzan nuestro argumento de que las limitaciones impuestas por (la falta de) control territorial tienen un gran impacto en el repertorio táctico de la violencia rebelde[46].

Tabla 3.6

Perfil táctico por insurgencias

Tácticas	Zona de combate		Resto del país	
Dos ciudades más pobladas				
	Clandestino	Con territorio	Clandestino	Con territorio
Bombas	0,48	0,34	0,34	0,14
Ataques a instalaciones	0,21	0,44	0,28	0,62
Asesinatos	0,26	0,13	0,33	0,13
Secuestros	0,03	0,07	0,04	0,11

Fuente: GTD1.

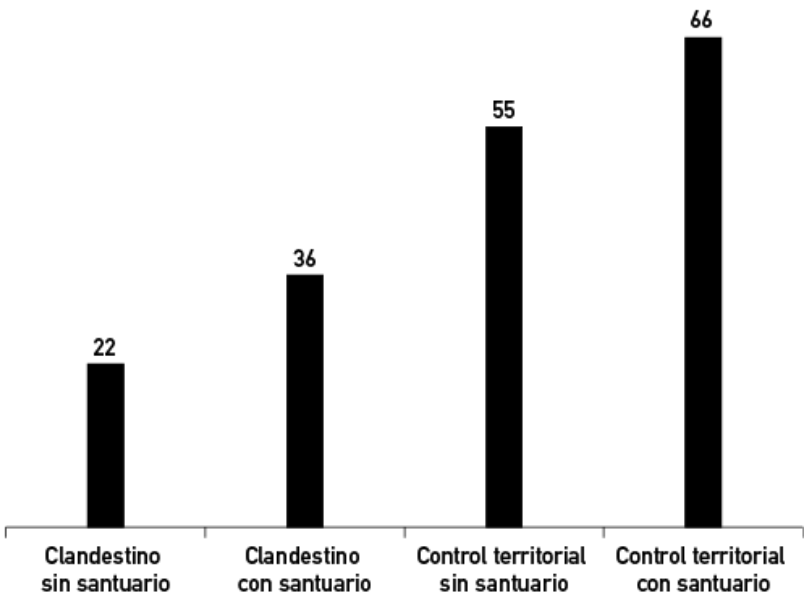
Pasemos ahora a la comprobación empírica del impacto de los santuarios rebeldes sobre las tácticas. Como discutimos en el capítulo 2, los grupos rebeldes que tienen la suerte de recibir un trato indulgente por parte de un país vecino (bien por afinidad ideológica o por simple incapacidad para expulsarlos) obtienen una ventaja operativa en términos de reclutamiento y consiguen tener una mayor gama de tácticas entre las que elegir. El hecho de disponer de campamentos fuera del alcance de sus rivales aumenta el ejército de reserva de los rebeldes, mejora el adiestramiento y fomenta ataques más audaces a través de la frontera. En el capítulo 5 discutiremos cómo la insurgencia palestina aprovechó los campamentos de Jordania y Líbano para llevar a cabo incursiones relámpago en Israel que, quizá, no habrían sido posibles en ausencia del santuario. El gráfico 3.5 presenta de forma más sistemática cómo los santuarios ayudan a los grupos clandestinos a lanzar ataques más sofisticados. En comparación con los grupos puramente clandestinos, los que cuentan con algún tipo de santuario muestran una mayor capacidad para llevar a cabo ataques contra instalaciones, si bien distan mucho de actuar como las insurgencias con control territorial.

Concluimos con una mención a cómo se comportan los grupos rebeldes cuando operan más allá de sus fronteras "naturales". GTD1 recoge información sobre la localización del ataque, por lo que podemos codificar la proporción de asesinatos perpetrados por cada grupo más allá de su país de referencia. Para evitar las distorsiones provocadas por los grupos que operan en santuarios en el extranjero (cuya dinámica no reproduce necesariamente la de los grupos totalmente clandestinos), solo seleccionamos a los grupos sin esa ventaja. La primera fila de la tabla 3.7 muestra que los grupos clandestinos duplican con creces la proporción de atentados en el extranjero respecto a las insurgencias con control territorial. Aunque reina la confusión sobre el uso del terrorismo en las guerras civiles, nadie junta las guerras civiles y los atentados terroristas internacionales, se entiende siempre que se trata de fenómenos separados. Nuestros resultados sugieren por qué: el terrorismo internacional es una actividad llevada a cabo casi exclusivamente por grupos clandestinos (ISIS, en este sentido, es una excepción

digna de mención, como veremos en el capítulo 5).

Gráfico 3.5

El efecto de los santuarios en la proporción de ataques contra infraestructura



Fuente: GTD1.

La segunda fila de la tabla 3.7, relativa a la prevalencia de atentados con bomba en los ataques internacionales, sigue mostrando un porcentaje mayor para los grupos clandestinos, pero la diferencia con las guerrillas ya no es estadísticamente significativa, porque una vez que los rebeldes actúan fuera de sus países, las limitaciones de la clandestinidad son iguales para todos, independientemente de si tienen o no control territorial en su país de referencia.

Tabla 3.7

Ataques internacionales y control territorial

	Control territorial (sin santuarios)		
	No	Sí	Prueba de diferencia de medias
Ataques en el extranjero (de todos los ataques)	0,15	0,06	1,91*
Atentados con bombas en el extranjero (de todos los atentados en el extranje	0,45	0,31	1,4

*p < 0,05; **p < 0,01; **

3.4. Conclusión

En este capítulo hemos comprobado que la clandestinidad es consecuencia de una forma extrema de asimetría. Tanto la formación de grupos clandestinos como la adopción de tácticas indirectas están determinadas en gran medida por un desequilibrio asimétrico extremo entre rebeldes y Estados. La asimetría impide a los rebeldes apoderarse de territorio y les obliga a permanecer en la clandestinidad. La mejor opción táctica para los grupos rebeldes clandestinos es recurrir a tácticas indirectas y coercitivas como las bombas, los asesinatos y los secuestros.

La principal implicación observable de nuestra teoría (en el sentido de actor) es que los grupos clandestinos tienen una relación no lineal con la fortaleza del Estado (medida a partir del nivel de desarrollo económico del país). Es más probable que los grupos clandestinos surjan en niveles intermedios de desarrollo: en niveles bajos, los rebeldes pueden liberar territorio y crear insurgencias guerrilleras; en niveles altos, no surge ningún grupo rebelde, ni clandestino ni guerrillero, dada la fortaleza del Estado.

En el sentido de la acción, hemos demostrado que la elección de las tácticas varía en función del grado de control territorial. Sin embargo, no solo los grupos clandestinos emplean tácticas indirectas, algunos grupos con control territorial también lo hacen. Nuestros resultados indican que esto suele ocurrir cuando los insurgentes que controlan el territorio operan en zonas bajo control seguro del Estado (normalmente, la capital del país u otras grandes ciudades). En ausencia de control territorial, los rebeldes recurren a ataques clandestinos.

Los resultados empíricos aquí expuestos, tanto en el sentido del actor (grupos clandestinos) como en el sentido de la acción (tácticas indirectas), pueden formularse sin utilizar la palabra terrorismo. Sin embargo, estos resultados se derivan de nuestra conceptualización del terrorismo. Además, la interpretación más sencilla y natural es

considerar que los grupos clandestinos y las tácticas que hemos analizado en este capítulo constituyen una exploración de la violencia terrorista. En pocas palabras, existe una correspondencia evidente entre los grupos clandestinos aquí analizados y el universo de los grupos terroristas, así como entre las tácticas indirectas examinadas y el universo de las tácticas terroristas. Lo que estos grupos y estas tácticas tienen en común es que se derivan de las condiciones de una asimetría extrema. Cuanto mayor es el desequilibrio entre los rebeldes y el Estado, más probable es que los rebeldes se organicen en la clandestinidad y recurran a tácticas indirectas: es decir, más probable resulta que se conviertan en terroristas y lleven a cabo atentados terroristas.

Al interpretar nuestros resultados empíricos de este modo, demostramos que nuestra conceptualización del terrorismo no solo da sentido a muchas de las características constitutivas del terrorismo, sino que también genera consecuencias empíricas interesantes y novedosas que pueden ponerse a prueba.

APÉNDICE. LA MEDICIÓN DEL TERRORISMO

Y SUS IMPLICACIONES

Nuestra conceptualización del terrorismo tiene implicaciones para la medición de la violencia. Muchas de ellas están implícitas en el análisis cuantitativo del capítulo 3. En este apéndice abordamos esta cuestión de forma más explícita y exploramos las consecuencias de medir el concepto de maneras diferentes. Para mostrar la importancia de tomar decisiones acertadas sobre cómo operacionalizar el terrorismo, analizamos un artículo académico reciente publicado en la prestigiosa revista Journal of Conflict Resolution que pretende refutar la tesis ampliamente aceptada de que el terrorismo es el recurso de los grupos armados más débiles (el famoso weapon of the weak, en inglés). Los resultados de dicho artículo cambian notablemente cuando se adopta una operacionalización del terrorismo basada en la táctica, en vez de en

el blanco, lo que restablece nuestra confianza en la tesis tradicional de que el terrorismo es utilizado por grupos armados débiles o por grupos que operan en condiciones desfavorables.

1. Una crítica de las medidas existentes

Puesto que hablamos de terrorismo en el sentido del actor y de la acción, no puede haber una única operacionalización. En el sentido del actor, la cuestión clave es si el grupo armado tiene control territorial o es clandestino —aunque se trate de un continuo, podemos considerar la clandestinidad como el límite inferior del grado de control territorial—. En el sentido de la acción, el terrorismo se refiere a las tácticas empleadas. Los actores y las tácticas no pueden abordarse con la misma métrica. Por lo tanto, a la hora de medir, debemos decidir qué parte del concepto se va a analizar.

Cuando los actores clandestinos llevan a cabo atentados terroristas (celda superior izquierda de la tabla 2.1) o cuando los insurgentes que liberan territorio realizan asaltos y emboscadas (celda inferior derecha de la tabla 2.1), el solapamiento entre grupos y acciones es total, y los enfoques empíricos centrados en uno u otro pueden arrojar resultados similares. Por ejemplo, en el capítulo 3 hemos demostrado que la idea de que el terrorismo está más extendido en los países de renta media se mantiene independientemente del nivel de análisis al que lo midamos (conflicto, grupo armado, o ataques). Pero este solapamiento no ocurre siempre. Dado que no existe una coincidencia perfecta entre los sentidos del actor y de la acción, nuestras conclusiones dependen de las preguntas de investigación específicas a las que intentemos dar respuesta.

En los estudios empíricos sobre terrorismo se ha prestado menos atención al actor que a la acción. Es una lástima, porque el primero es crucial para reintroducir la agencia de los actores armados en el análisis de los conflictos (Verwimp, Justino y Brück, 2009). En el capítulo 2 proporcionamos criterios operativos para distinguir los grupos clandestinos de los que tienen cierto grado de control

territorial. Obviamente, este enfoque exige una estrategia de codificación intensiva en recursos, ya que el investigador debe familiarizarse con la naturaleza de cientos de grupos armados. El beneficio es que genera resultados más sólidos, como hemos demostrado en el capítulo 3.

La mayor parte de la investigación sobre terrorismo ha seguido la ley del mínimo esfuerzo al centrarse en el análisis desde el punto de vista de la acción, ya que las bases de datos de libre acceso recopilan ataques violentos (también llamados eventos). ITERATE (International Terrorism: Attributes of Terrorist Events) fue pionera en este esfuerzo, al cubrir atentados terroristas internacionales desde 1968. La recopilación de eventos terroristas es también una tarea de enormes proporciones, pues requiere fuentes de información muy detalladas y el riesgo de sesgo por infrarregistro (under-reporting) es considerable (Drakos y Gofas, 2006)[47]. Este puede ser el motivo por el que, en el estudio empírico de las guerras civiles, el genocidio o la violencia étnica, las bases de datos suelen centrarse en el conflicto, en vez de en el evento, como unidad de observación.

La base de datos más completa sobre terrorismo es Global Terrorism Database (GTD) (LaFree y Dugan, 2007), de amplio uso en estudios empíricos (una búsqueda en la herramienta Google Scholar arroja más de 11.000 resultados). GTD abarca datos desde 1970 e incluye casi 200.000 observaciones[48]. Como ya mencionamos, en alrededor del 45% de los atentados no consta la autoría. La definición de terrorismo que guía la selección de casos es bastante laxa: “La amenaza o el uso real de la fuerza ilegal y la violencia por parte de un actor no estatal para alcanzar un objetivo político, económico, religioso o social a través del miedo, la coacción o la intimidación”. Esta definición no es lo suficientemente precisa como para diferenciar al terrorismo de otros tipos de violencia política. Por eso, a la hora de operacionalizarla, GTD añade tres criterios que pueden combinarse en una especie de lógica booleana. Un ataque se considera terrorista si se cumplen al menos dos de los siguientes tres criterios:

Criterio 1. El ataque debe estar dirigido a la consecución de un

objetivo político, económico, religioso o social. En cuanto a los objetivos económicos, la búsqueda exclusiva de beneficios no satisface este criterio. Debe implicar la búsqueda de un cambio económico más profundo y sistémico.

Criterio 2. Debe haber pruebas de la intención de coaccionar, intimidar o transmitir algún otro mensaje a un público (o públicos) más amplio que las víctimas inmediatas. Lo que se considera es el ataque en su conjunto, independientemente de si todas las personas implicadas en la realización del mismo eran conscientes de esta intención. Siempre que alguno de los estrategas o responsables de la toma de decisiones detrás del atentado tuviera la intención de coaccionar, intimidar o dar publicidad, se cumple el criterio de intencionalidad.

Criterio 3. La acción debe estar fuera del contexto de las actividades bélicas legítimas. Es decir, el acto debe estar fuera de los parámetros permitidos por el derecho internacional humanitario, en la medida en que se dirige contra civiles (START, 2019).

La relación entre los tres criterios y la definición original no es fácil de establecer. El criterio 1 matiza cuáles pueden ser los objetivos económicos mencionados en la definición: deben estar relacionados con algún tipo de cambio sistémico, pero no con el beneficio personal. Así, el criterio 1 elimina los ataques principalmente motivados por la codicia, que suelen observarse en algunos conflictos civiles en los que el control de los recursos naturales desempeña un papel clave (Collier y Hoeffler, 2004), así como también descarta la delincuencia organizada. Este criterio puede considerarse una restricción razonable, pero si existe una justificación teórica para ello, entonces resulta difícil entender por qué es opcional, es decir, por qué un atentado puede considerarse terrorista aunque no cumpla esta condición, siempre y cuando cumpla los criterios 2 y 3. En el caso de la delincuencia organizada, por ejemplo, estos dos criterios suelen cumplirse: una buena parte de la violencia criminal tiene lugar fuera de la actividad bélica y tiene una intención intimidatoria o coercitiva. Por lo tanto, podría considerarse terrorista, aunque no se cumpla el criterio 1.

El criterio 2 no parece especialmente problemático; simplemente reafirma que la violencia debe tener una dimensión coercitiva. Pero esto parece esencial para la definición y, por lo tanto, resulta extraño que un atentado pueda ser terrorista si cumple el criterio 1 (ausencia de ánimo de lucro) y el criterio 3 (ausencia de conexión con actividades bélicas), pero no el 2. Por último, el criterio 3 es quizá el más polémico de todos. Introduce una condición sobre el objetivo de la violencia que no se menciona en absoluto en la definición original (McCann, 2023: 977). Según dicho criterio, los blancos de la violencia deben ser civiles (no combatientes). Mientras que los criterios 1 y 2 se cumplen en, aproximadamente, el 98% de los ataques, hay un significativo 12% de todos los ataques que no cumplen el criterio 3. Sin embargo, como se trata de un requisito opcional, GTD incluye 24.000 agresiones contra militares porque, aunque no cumplen el criterio 3, cumplen los otros dos[49].

Tabla A1

Diez grupos armados con mayor número de atentados, según GTD

	País	Ataques	Víctimas mortales
Talibán	Afganistán	8.727	37.653
Estado Islámico de Irak y el Levante (EIIL)	Irak y Siria	6.580	41.396
Sendero Luminoso	Perú	4.562	11.607
Al Shabaab	Somalia	3.797	10.518
Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)	El Salvador	3.351	3.865
Nuevo Ejército del Pueblo	Filipinas	3.054	4.571
Ejército Republicano Irlandés	Reino Unido	2.669	1.796
Boko Haram	Nigeria	2.665	21.702
Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)	Colombia	2.490	8.661
Partido de los Trabajadores del Kurdistán	Turquía	2.457	5.093

Fuente: GTD.

La ambigüedad relativa al criterio 3 procede, en última instancia, del lugar que el terrorismo ocupa en el contexto de las guerras civiles. En la tabla 2.1, esta posibilidad corresponde a la celda superior derecha, es decir, las tácticas terroristas ejecutadas por grupos con control territorial. A pesar de sus esfuerzos para depurar la violencia bélica de la base de datos, la mayor parte de la violencia recogida por GTD procede de guerras civiles. La tabla A1 muestra los 10 grupos armados con mayor número de atentados en GTD, así como el número total de víctimas mortales.

Como puede verse, todos estos actores armados (excepto el IRA) son los principales contendientes en conflictos bélicos de alta intensidad. Estos 10 actores suman 40.302 atentados, es decir, el 38% de todos los atentados con autoría conocida. El procedimiento seguido por GTD para distinguir entre terrorismo y pura violencia insurgente es, pues, un poco misterioso. Algunos atentados incluidos en la base de datos están muy alejados de una comprensión convencional del terrorismo. Por ejemplo, en el caso del conflicto afgano, GTD incluye como evento terrorista una batalla que supuso cientos de muertos y se desarrolló durante cinco días. Esta es la descripción proporcionada por GTD sobre este supuesto "evento terrorista":

08/10/2018: Asaltantes armados con morteros, artefactos explosivos y armas de fuego atacaron Ghazni, Afganistán. Al menos 466 personas, entre ellas 326 asaltantes, murieron en los enfrentamientos subsiguientes, que duraron hasta el 14 de agosto de 2018. Además, algunos miembros del personal de seguridad pueden haber sido secuestrados en el ataque. Entre las víctimas se cuentan civiles y miembros de las fuerzas de seguridad. Los talibanes reivindicaron la autoría del ataque y declararon que el ataque buscaba "reforzar su posición en las conversaciones (con el gobierno afgano)". Además, el gobierno afgano también atribuyó la responsabilidad a Lashkar-e-Taiba (LeT) y a la Red Haqqani, aunque los talibanes insistieron en que habían perpetrado el atentado en solitario (Código GTD ID: 201808100024).

Se trata, claramente, de un atentado insurgente a gran escala que no se parece en nada a los atentados terroristas. El número de autores es (como mínimo) de 326, demasiado elevado para el terrorismo; la operación dura cinco días, demasiado tiempo para la inmediatez de los atentados terroristas; y la forma en que se desarrolla la operación es completamente diferente al repertorio de los atentados terroristas. El atentado fue una operación militar contra el ejército afgano. Sin embargo, GTD considera que este atentado cumple los criterios 1 y 2, y, por tanto, se clasifica como terrorismo. Si este atentado se incluye como terrorismo, entonces, gran parte —si no toda— de la violencia insurgente debería entrar en dicha categoría.

Esta conceptualización laxa del terrorismo provoca sesgos espaciales y temporales en GTD que pueden reflejar tendencias políticas o ideológicas ajenas al propio fenómeno de estudio. Señalemos brevemente algunos de esos sesgos. Por lo que se refiere a la distribución geográfica de los atentados, es fácil observar un desplazamiento en la principal zona de actividad terrorista desde América durante la Guerra Fría (el 51% de los atentados procedían de ese continente) hacia Oriente Próximo y Asia meridional a partir de 2001 (véase la tabla A2). Estas últimas regiones representaron el 15% de los atentados durante la Guerra Fría, pero subieron hasta el 70% de los ataques durante la "guerra contra el terror". La crítica obvia es que estas regiones han sido tan propensas a la guerra durante las dos últimas décadas como lo fueron durante los años de la Guerra Fría, con graves (aunque en su mayoría soslayadas por GTD) guerras civiles en Afganistán, India, Pakistán y Bangladesh. Por otro lado, el sesgo contra África en GTD es bien conocido (Lutz y Lutz, 2013).

El caso de Afganistán vuelve a ser especialmente preocupante. La intervención soviética en Afganistán y la consiguiente guerra civil (1979-1989) está prácticamente ausente de GTD. Los primeros atentados registrados en GTD se sitúan en 1988, justo al final del conflicto. Sin embargo, no tiene mucho sentido suponer que los atentados de los muyahidines nunca fueron terroristas según los criterios de GTD. En su detallada descripción de las tácticas de los

muyahidines durante la guerra, Jalali y Grau (2001) dedican un capítulo entero al “combate urbano” y registran varias operaciones terroristas relatadas por los perpetradores. La invasión estadounidense de Afganistán, por el contrario, está profusamente tratada en GTD, con miles de atentados cada año. Este desequilibrio entre los dos conflictos puede deberse, sin duda, a su distinta naturaleza, pero la ausencia total de cobertura de incidentes terroristas durante los años ochenta es reveladora de la falta de coherencia en la aplicación de los criterios.

Tabla A2

Distribución geográfica de los ataques, según GTD

(porcentajes verticales)

Regiones	Guerra Fría	1990-2000	Guerra contra el terror (2
América	50,8	27,9	3,3
Europa occidental	24,0	16,4	3,0
Oriente Próximo y Magreb	8,0	18,9	34,7
Sur de Asia	10,7	21,6	42,8
Asia oriental y central	0,5	2,5	0,3
Europa del Este	0,2	4,4	2,5
África subsahariana	5,5	8,0	13,3
Australasia y Oceanía	0,2	0,3	0,1

Fuente: GTD.

En cuanto a la variación en el tiempo, GTD reporta un incremento extraordinario en el número de ataques terroristas que se solapa con el desencadenamiento de las operaciones estadounidenses en el exterior tras los atentados terroristas del 11-S y, más concretamente, tras el auge del Estado Islámico y las guerras en Irak y Siria. El gráfico A1 incluye otra tendencia interesante sobre las víctimas mortales por atentado terrorista. Durante la década de 1970, los atentados terroristas no producían más de un muerto por atentado en promedio; la proporción creció durante la década de 1980 impulsada por las guerras civiles en América Latina, pero se disparó tras el 11-S y, de forma especial, durante la última década. Esto, por supuesto, podría deberse a una mayor letalidad de los actores armados que recurren al terrorismo, pero, igualmente, puede ser consecuencia de la aplicación de diferentes reglas de codificación en distintos periodos.

A favor de esta última hipótesis, parecería que los datos que entran en GTD se están alineando cada vez más con los datos recopilados por bases específicas sobre guerras civiles. Por ejemplo, la base de datos de Bethany Lacina sobre muertos en combate (Lacina y Gleditsch, 2005) ofrece una buena aproximación a la letalidad armada durante guerras civiles (para los resultados que siguen, eliminamos las muertes en combate debidas a guerras interestatales). Si GTD recoge una violencia distinta a las de las guerras civiles, deberíamos observar una baja correlación entre las dos medidas de letalidad. Resulta revelador que la correlación sea de 0,38 entre 1989 y 2000, pero que se dispare a 0,94 después de ese año. Esta es una prueba adicional de que las guerras civiles recientes se han colado en GTD a lo grande.

Gráfico A1

Evolución del número de ataques y muertes

Fuente: GTD.

Basándonos en estas consideraciones, somos escépticos respecto a los análisis empíricos que utilizan la versión “sin cribar” de GTD para el estudio del terrorismo. GTD puede compararse con un rico yacimiento petrolífero. El petróleo crudo tiene que pasar primero por un proceso de refinamiento antes de poder ser utilizado con fines industriales. El “refinamiento” (o la criba) puede ir en dos direcciones: en el sentido del actor o en el sentido de la acción. En el sentido del actor, GTD puede utilizarse si se complementa con información sobre el control territorial de los grupos armados. En el sentido de la acción, necesitamos crear indicadores que se aproximen a las tácticas asociadas al terrorismo. En el apartado siguiente, sugerimos un indicador que, a nuestro modo de ver, se aproxima bastante a la idea común del terrorismo.

2. ¿Es el terrorismo el arma de los grupos rebeldes más débiles?

Aunque la mayoría de las bases de datos son imperfectas, no estamos de acuerdo con la idea de que los estudios cuantitativos sobre terrorismo son superfluos (Mahoney, 2018). Como se ha subrayado repetidamente a lo largo de este libro, las bases de datos son herramientas de investigación muy útiles, si se utilizan adecuadamente. Por lo tanto, nos gustaría mostrar que es posible producir hallazgos fructíferos a partir del uso de GTD cuando se utilizan definiciones concisas de terrorismo para depurar la base de datos.

Nuestra demostración empírica se centra en una cuestión espinosa: el uso del terrorismo en guerras civiles. Findley y Young (2012) encontraron que al menos la mitad de los ataques incluidos en GTD tienen lugar en guerras civiles. Por las razones explicadas en la sección anterior, nos parece que esto es problemático. Otros autores han proporcionado normas operativas alternativas. Stanton (2013) y Fortna (2015; 2023), por ejemplo, se centran en los blancos como criterio para definir el terrorismo. Así, consideran que el terrorismo en el contexto de la guerra civil corresponde a la victimización civil indiscriminada (lo cual excluye la victimización civil selectiva, destinada a inducir obediencia hacia los grupos rebeldes). Tanto Stanton como Fortna miden el terrorismo a través de los atentados con bomba contra civiles. En principio, esta forma de definir el "terrorismo en guerras civiles" puede parecer razonable, ya que suele ocurrir que cuando las guerrillas actúan en zonas urbanas, más allá de sus zonas liberadas, los civiles (blancos blandos) son operativamente más fáciles que los militares o la policía (blancos duros); además, si la meta es aterrorizar a la población o doblegar la voluntad del Estado, una masacre de civiles puede ser una táctica eficaz. Sin embargo, sostenemos que este método de categorizar el terrorismo en las guerras civiles es conceptualmente erróneo, porque lo que hace que el ataque sea terrorista no es el blanco, sino la condición clandestina del acto.

Basándonos en el argumento expuesto en el capítulo 3, pensamos que el mejor indicador del terrorismo es el uso de bombas, independientemente de si el ataque es indiscriminado, o está dirigido contra civiles. El uso de bombas es coherente con el tipo de actor que opera en la clandestinidad. Por supuesto, las bombas también pueden utilizarse en operaciones con una mayor capacidad

militar. Pero si el uso de bombas es más frecuente en un conflicto concreto, ello puede ser síntoma de una mayor frecuencia de operaciones clandestinas.

En el apartado 3.3 del capítulo 3 demostramos que (a) los grupos armados más débiles recurren a las bombas en mayor proporción que los más fuertes, y (b) una codificación de los ataques basada en los blancos elegidos no arroja resultados reseñables. En este apéndice, retomamos este asunto a partir de un artículo de Page Fortna (2023), en el que afirma que el terrorismo (entendido como "ataques deliberadamente indiscriminados contra civiles") no es el "arma de los débiles" porque los ataques contra civiles no parecen estar motivados por la debilidad de los rebeldes[50]. Y no debería ser así, podríamos añadir. En las próximas páginas, reproducimos el análisis de Fortna, pero con una operacionalización alternativa del terrorismo basada en el uso de bombas, y mostramos de forma sencilla que hay un fuerte vínculo entre las principales medidas de debilidad rebelde que Fortna utiliza y la proporción de ataques con bombas (a la vez, no observamos conexión entre los tipos de blancos y la debilidad rebelde, tal y como Fortna ya había concluido).

Fortna (2023) usa para su análisis la base de datos llamada Terrorism in Armed Conflict (TAC) (Fortna, Lotito y Rubin, 2020), que abarca 409 grupos rebeldes durante el periodo 1970-2013 (cada observación en la muestra es un grupo-año). TAC identifica grupos armados que operan en guerras civiles (medidas a través de la Armed Conflict Dataset de Uppsala) y luego los empareja con los ataques codificados en GTD. Dado que Armed Conflict Dataset solo incluye a grupos armados que superan un determinado umbral de violencia (25 muertes al año), este procedimiento sin duda sesga la base de datos TAC contra los grupos pequeños y clandestinos cuyas campañas de baja intensidad permanecen por debajo del radar de las bases de datos sobre guerras civiles. Se podría alegar que estos grupos no operan en un contexto de "guerra civil", por lo que deberían excluirse del análisis. Pero entonces es difícil justificar el uso de TAC si el investigador quiere realmente poner a prueba hipótesis sobre grupos armados débiles que recurren al terrorismo. A pesar de la riqueza de la información contenida en GTD, TAC solo se centra en los ataques contra civiles.

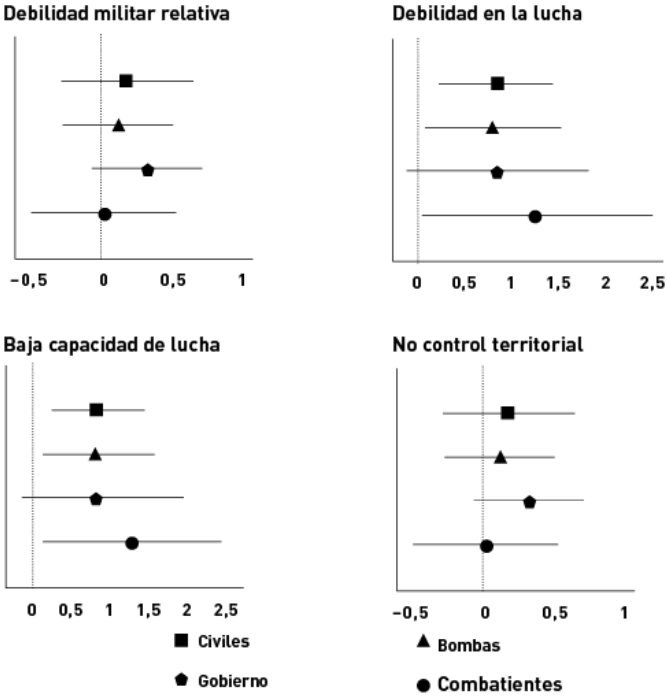
Fortna emplea 14 medidas diferentes de “debilidad rebelde” para demostrar que el terrorismo (entendido como el número de ataques contra civiles) no está relacionado con la fortaleza de los grupos rebeldes. Como la variable dependiente (ataques contra civiles) tiene muchos ceros (años en los que un grupo no asesinó a ningún civil) y unos pocos valores extremos, utiliza modelos estadísticos binomiales negativos para datos inflados con ceros. No encuentra ningún apoyo a la idea de que los ataques contra civiles estén empíricamente relacionados con la debilidad rebelde, por lo que concluye que la famosa tesis de que el terrorismo es el arma de los débiles resulta falsa.

Para reanalizar sus resultados, procedemos de la siguiente manera. Primero, clasificamos los ataques de GTD en tres categorías de blancos (civiles, combatientes y personal gubernamental); a continuación, añadimos como variable dependiente alternativa los ataques con bombas; finalmente, fusionamos estos datos con la base TAC.

Cuando se mide en términos absolutos (número total de ataques en vez de porcentajes), la correlación entre estas diferentes variables dependientes es muy alta, siempre por encima de 0,60; lo que indica que los actores armados incluidos en la base TAC con un elevado número de ataques contra civiles también ejecutan un gran número de ataques contra combatientes ($p = 0{,}73$) y personal del Gobierno ($p = 0{,}78$), además de poner bombas (0,90).

Gráfico A2

Número de ataques y diferentes medidas de debilidad rebelde



Nota: Coeficientes con un 95% de intervalo de confianza, estimados a partir de modelos ZINB con controles.Fuente: TAC y GTD.

En nuestro análisis, reproducimos exactamente los mismos análisis de Fortna, pero sustituimos su indicador de ataques contra civiles por nuestras cuatro variables dependientes (civiles, Gobierno, combatientes y bombas)[51]. El gráfico A2 muestra la relación entre el número total de ataques y los indicadores más obvios de debilidad rebelde (los resultados no varían si se eligen otros). Los resultados indican que, al margen de la variable dependiente que usemos, los indicadores de debilidad rebelde no sirven para explicar las diferencias observadas. Si diéramos estos resultados por buenos, podríamos concluir que la fortaleza rebelde no está relacionada con los distintos indicadores de violencia.

Sin embargo, estos resultados no son especialmente informativos. Como se explicó en el capítulo 3, es fundamental medir los blancos

o las tácticas como porcentajes y no como valores absolutos. La razón es fácil de entender: los grupos rebeldes más poderosos producen valores más altos en todas las variables que miden los blancos o las tácticas. La comparación del número de civiles asesinados entre grupos grandes y pequeños no tiene mucho sentido, ya que los grupos grandes también matan a más combatientes que los grupos pequeños (véase De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2015)[52]. Para subsanar este problema, calculamos la frecuencia relativa de blancos y bombas para cada grupo-año incluido en el TAC. Si las variables dependientes se miden adecuadamente, como porcentajes o frecuencias relativas, nuestro argumento implica que los grupos más débiles tendrán una mayor proporción de atentados con bomba que los actores armados más fuertes. El argumento, por otra parte, sigue siendo neutral respecto a la selección de blancos: los grupos clandestinos pueden ser más agresivos con los civiles porque su debilidad intrínseca les impulsa a atacar objetivos más fáciles (Hultman, 2009) o, al contrario, podrían ser más cuidadosos porque dependen en gran medida del apoyo logístico de terceros actores que normalmente no apoyan acciones indiscriminadas contra civiles (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2013). También es posible que grupos clandestinos con distintos objetivos ideológicos tengan preferencias diferentes en cuanto a los ataques contra civiles (De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011b), lo cual es, en nuestra opinión, un claro ejemplo de por qué es erróneo entender el terrorismo como violencia contra civiles (véase también la tabla 3.3).

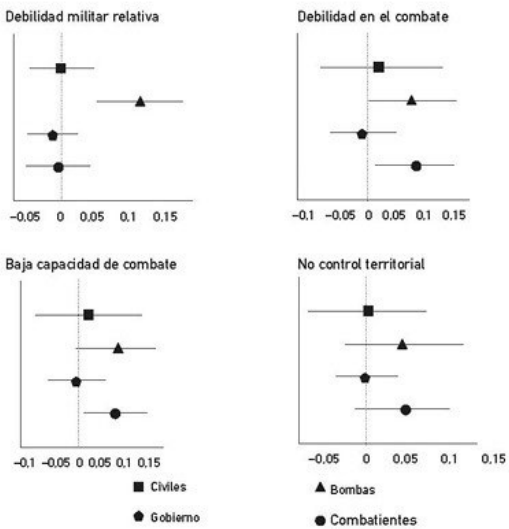
El gráfico A3 confirma que las medidas de debilidad rebelde están sistemáticamente relacionadas con una mayor proporción de ataques con bombas. En cambio, los niveles de fortaleza rebelde no explican la variación en los ataques contra civiles. Curiosamente, hay indicios de que los grupos más débiles atacan proporcionalmente a más personal de las fuerzas de seguridad, aunque este hallazgo es menos sólido estadísticamente que la relación entre las bombas y la debilidad rebelde[53].

Los resultados del gráfico A3 aumentan nuestra confianza en la hipótesis del terrorismo como “arma del débil”. El terrorismo, medido indirectamente a través de la proporción de atentados con bomba en relación con otras tácticas, es más frecuente en grupos

clandestinos. La lección general que extraemos de este ejercicio es que diferentes operacionalizaciones del terrorismo pueden llevar a conclusiones muy distintas. Cuando el terrorismo se representa como ataques contra civiles, la fuerza de los rebeldes es irrelevante. Sin embargo, cuando el terrorismo se mide como ataques con bombas, de forma coherente con nuestra conceptualización del terrorismo como violencia clandestina, recuperamos la idea clásica de que el terrorismo está impulsado por la elevada asimetría entre los rebeldes y el Estado.

GRÁFICO A3

PROPORCIÓN DE ATAQUES Y DIFERENTES MEDIDAS DE DEBILIDAD REBELDE



Nota: Coeficientes con un 95% de intervalo de confianza, estimados a partir de modelos OLS con controles.
Fuente: TAC y GTD.

Muchos estudios cuantitativos sobre terrorismo no problematizan el uso de las bases de datos existentes. No se suele discutir la operacionalización del terrorismo o, si se hace, las decisiones de medición no se basan en un análisis teórico del fenómeno. Aunque cuanto más se utilizan las bases de datos sobre terrorismo como GTD, más se consolidan como referencia inexcusable para los análisis cuantitativos, lo cierto es que adolecen de las mismas deficiencias que afectan al estudio del fenómeno en general. No

obstante, nuestra propuesta no consiste en abandonar el uso de GTD y bases similares, sino en recomendar que los datos brutos que ofrecen deben procesarse de acuerdo con una conceptualización coherente y sistemática del fenómeno. De lo contrario, los análisis estadísticos, aunque incorporen las técnicas de estimación más sofisticadas, no serán fiables.

CAPÍTULO 4

VARIACIONES EN EL CONTROL TERRITORIAL

ENTRE GRUPOS ARMADOS

El capítulo anterior mostró que la clandestinidad suele ser fruto de un desequilibrio extremo de poder entre los Estados y los grupos armados. Esto explica que asociemos el terrorismo a tácticas indirectas perpetradas por grupos clandestinos o por grupos que controlan territorio, pero operan ocasionalmente desde la clandestinidad.

Los análisis del capítulo 3 son cuantitativos, basados en muestras grandes de grupos armados. Son muchas las ventajas de un enfoque cuantitativo, desde una mayor validez externa hasta el rigor con el que se lleva a cabo el test de hipótesis. En cuanto a los inconvenientes, el principal de ellos es que la medición del fenómeno de interés suele ser muy imperfecta. Como se vio en el apéndice del capítulo 3, no hay una forma ni obvia ni única de operacionalizar el terrorismo utilizando la información procedente de las bases de datos. Hemos propuesto centrarnos en los atentados con bomba como indicador indirecto de la actividad armada clandestina, pero, sin duda, los atentados con bomba pueden emplearse por motivos que van más allá de las limitaciones que la clandestinidad impone. A pesar de este problema, los análisis previos han demostrado que nuestra conceptualización del terrorismo no solo es internamente coherente, sino que también tiene capacidad para generar hipótesis de diversa índole que son interesantes en sí mismas para el estudio de la violencia armada.

Los estudios de casos no tienen tanta validez externa como las comparaciones cuantitativas, pero, en compensación, nos proporcionan una lente más potente para reconstruir con cierto detalle el efecto de la asimetría y el control territorial sobre la elección de tácticas; es decir, nos permiten entender mejor los mecanismos causales que están operando en la lógica armada. Gracias a un análisis minucioso de los casos, podemos examinar los planteamientos estratégicos de los grupos armados y la manera en que se enfrentan a las limitaciones de la clandestinidad. Como

muestran las citas reproducidas en el capítulo 2, los líderes rebeldes reflexionan detenidamente sobre las implicaciones del control territorial (o de su ausencia) con relación a sus propios objetivos y tácticas. Tanto en este capítulo como en el siguiente damos gran importancia a las reflexiones de los actores armados sobre el impacto de la clandestinidad. Los estudios de caso, en suma, son un complemento fundamental del análisis cuantitativo anterior porque ponen de relieve el proceso de toma de decisiones de los rebeldes, así como las conexiones entre asimetría, control territorial y tácticas.

En primer lugar, vamos a explotar las diferencias entre los grupos armados en lo que respecta al control territorial. A través del estudio de tres casos, mostramos no solo la importancia del territorio para la elección de tácticas, sino también la forma en que los grupos armados piensan y discuten sobre la captura de territorio frente a la clandestinidad. Comparamos tres grupos que tienen diferencias relevantes en cuanto a su nivel de control territorial: una organización totalmente clandestina (Tupamaros); un grupo clandestino que disfrutaba de un refugio o santuario (ETA); y una insurgencia que, a pesar de tener control territorial, utilizaba a menudo tácticas terroristas (Sendero Luminoso).

Comenzamos con los Tupamaros de Uruguay. Aunque hay casos más conocidos de grupos totalmente clandestinos, como las Brigadas Rojas en Italia o la Fracción del Ejército Rojo en Alemania (grupos que, por lo demás, encajan muy bien con nuestro argumento teórico), preferimos contar la historia de los Tupamaros porque fueron el primer grupo rebelde que reflexionó abiertamente sobre las implicaciones de enfrentarse a unas condiciones estructurales que no favorecían una estrategia armada de control del territorio. De hecho, muchos otros grupos revolucionarios que actuaron en países desarrollados se basaron en gran medida en el pensamiento estratégico de los Tupamaros a la hora de justificar su opción por la clandestinidad.

Nuestro segundo caso es ETA en España, un grupo que aspiraba a la secesión de los territorios vascos de España y Francia. Creado durante la última etapa de la dictadura franquista, el grupo barajó la idea de controlar el territorio, pero rápidamente llegó a la

conclusión de que una estrategia clandestina sería más eficaz para su supervivencia, así como para el cumplimiento de sus objetivos. El matiz interesante de este caso es que ETA, aunque totalmente clandestina en territorio español, disfrutó durante años de un santuario en territorio francés gracias a la permisividad del Estado galo. Francia no estaba a favor de las reivindicaciones de secesión, pero era crítica con el ritmo de la transición española, por lo que su Gobierno prefirió mirar hacia otro lado mientras los militantes no atentaran en suelo francés. Aunque nunca tuvieron control territorial en Francia, los miembros de ETA gozaban, no obstante, de una libertad de movimientos que facilitó la consolidación logística de la organización, al ofrecer un refugio seguro tanto a los dirigentes como a los comandos. Además, el santuario francés fue crucial en el desarrollo de las finanzas del grupo: ETA convocaba a los empresarios vascos en el País Vasco francés para recibir el dinero a cambio de librarles de ser blanco de atentados. El santuario fortaleció al grupo clandestino y aumentó su capacidad de supervivencia, pero tuvo poca influencia en el repertorio de violencia de ETA porque el grupo se negó a llevar a cabo operaciones fronterizas ante el temor de que Francia decidiera dejar de hacer la vista gorda.

Nuestro último ejemplo es Sendero Luminoso (SL), de Perú. Este grupo maoísta fue capaz de apoderarse y gobernar amplias zonas del interior montañoso y se vio envuelto en una guerra con el ejército y los grupos de autodefensa que surgieron localmente para contener los avances de los rebeldes. Al mismo tiempo, Sendero Luminoso siempre se sintió atraído por la posibilidad de llegar hasta Lima, donde la fuerza del Estado era máxima. Para operar en la capital, los comandos senderistas tuvieron que atenerse a las reglas de la clandestinidad, lo que generó un patrón de violencia muy diferente del propio de las zonas rurales con control territorial.

Estos tres ejemplos muestran cómo los grupos rebeldes adoptan sus tácticas armadas en una fase relativamente temprana del conflicto y, si no hay variaciones en la asimetría de poder entre los contendientes, las mantienen hasta el final. En el capítulo 5 analizamos cómo los grupos rebeldes se adaptan a los cambios en el equilibrio de poder mediante una reconstrucción histórica de las insurgencias palestinas y del ISIS.

4.1. Tupamaros

El MLN-T (Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros) fue un grupo armado revolucionario creado en Uruguay en 1966. Uruguay era el país menos propicio de América Latina para la aparición de una insurgencia de izquierdas; de hecho, se le conocía popularmente como la "Suiza de Sudamérica". Uruguay era, en 1966, el segundo país más rico de América Latina en términos de PIB per cápita (de PIB per cápita, solo superado por Argentina). Sin embargo, a diferencia de Argentina, el país disfrutaba entonces de una democracia consolidada con un sistema bipartidista estable. Además, Uruguay poseía una geografía poco propicia para una guerrilla: se trata de un país llano y muy urbanizado, sin montañas ni selva en las que pudieran esconderse los insurgentes.

La única condición favorable era el mal estado de la economía en los años sesenta. Había claros signos de estancamiento, además de una elevada inflación, lo que provocó crecientes tensiones sociales y descontento laboral que se tradujeron en medidas gubernamentales cada vez más represivas. Sin embargo, esto es probablemente insuficiente para explicar la aparición de los Tupamaros. Muchos países han sufrido crisis económicas que no dieron lugar a la creación de grupos armados. Los orígenes del MLN-T hay que buscarlos en otra parte, en la oleada de movimientos insurgentes que surgieron tras el éxito de la Revolución cubana en 1959 (Wickham-Crowley, 1992: 30-31). En la interpretación marxista de la experiencia cubana, la falta de condiciones objetivas para la revolución no era un obstáculo insalvable si los insurgentes eran capaces de crearlas a través de su propia campaña armada. En palabras del Che Guevara: "No es necesario esperar el momento en que se den todas las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede crearlas" (Guevara, 2002 [1960]: 13). Según la teoría del foco, un pequeño grupo de guerrilleros que actúe en el campo puede conseguir el apoyo de la población local y poner en marcha una especie de efecto bola de nieve que acabe provocando

un levantamiento revolucionario generalizado.

Los Tupamaros compartían la tesis revolucionaria típica de la época según la cual la violencia de un grupo comprometido podía desencadenar una insurrección revolucionaria de las masas; la violencia revelaría la vulnerabilidad del Estado, elevaría la conciencia de clase y polarizaría el conflicto social (Porzecanski, 1973: 14). Esta justificación de la violencia se engloba bajo la etiqueta de "propaganda armada". Como se explicaba en el breve documento "30 preguntas a un Tupamaro", escrito en 1968, "la acción revolucionaria en sí, el hecho mismo de armarse, de prepararse, de pertrecharse, de procesar hechos que violen la legalidad burguesa, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias"[54]. En el mismo documento, la violencia se justifica de la siguiente manera: "Para el pueblo —realmente disconforme con las injusticias del régimen—, la opción es mucho más fácil. Quiere un cambio y tiene que elegir entre el improbable y remoto cambio que le ofrecen algunos por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria y el camino directo que encarna el grupo armado y su acción revolucionaria". Esto es casi idéntico a lo que Bakunin escribió en sus Cartas a un francés sobre la crisis actual (1870) acerca de la doctrina de la "propaganda por el hecho" (Bakunin, 1971: 195-6).

A pesar de compartir con el Che Guevara una filosofía similar de la revolución, los Tupamaros pensaron que establecer un foco revolucionario en el campo no era una opción viable en Uruguay debido a las desfavorables condiciones geográficas y a la alta concentración de población en las zonas urbanas. Por lo tanto, desde el principio, el grupo optó por la guerrilla urbana como la estrategia más adecuada en el contexto un tanto especial de Uruguay. Eso significaba actuar en la clandestinidad y optar por tácticas violentas acordes con esta. Los Tupamaros fueron una organización totalmente clandestina y, por lo tanto, constituye un caso puro de terrorismo según la tabla 2.1.

El MLN-T fue uno de los primeros grupos armados que descartó la posibilidad de una guerrilla rural en la que los insurgentes obtuvieran el control territorial. En consecuencia, los Tupamaros crearon una organización clandestina, sin base territorial ni refugio

seguro en el campo ni en ningún país fronterizo. La adaptación de los métodos guerrilleros al medio urbano tuvo enormes consecuencias, pues su ejemplo sirvió de inspiración a muchos otros grupos revolucionarios en países prósperos (Torres, 2002: 230). En la República Federal de Alemania, un grupo anarquista se autodenominó Tupamaros-Berlín Occidental en 1969 (fue el embrión del grupo Movimiento del 2 de Junio, véase Baumann, 1977: 59-60; Smith y Moncourt, 2009: 46). La influencia de los Tupamaros puede rastrearse también en otros grupos como las Brigadas Rojas en Italia (Ginsborg, 2003: 362), los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre en España, GRAPO (Moa, 2002: 233) y la Weather Underground Organization en Estados Unidos (Burrough, 2015: 124; Jacobs, 1997: 60). Además, las innovaciones organizativas de los Tupamaros (la llamada "compartimentación" de la organización [véase más adelante]) fueron ampliamente adoptadas por otros grupos clandestinos.

Los Tupamaros, ciertamente, no fueron la primera guerrilla urbana de la historia. Había precedentes, como la campaña urbana del Frente de Liberación Nacional en Argel, Irgún en la Palestina británica o la Resistencia urbana durante la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, el MLN-T fue el primer grupo revolucionario que teorizó y empleó plenamente la guerrilla urbana. A continuación, reconstruimos el debate que condujo a la adopción de esta estrategia, la adaptación de las tácticas a la estructura clandestina y las anomalías que surgieron cuando se desviaron del enfoque urbano e intentaron actuar también en las zonas rurales.

4.1.1. Guerrilla urbana

Aunque pueda parecer contradictorio, los orígenes de la guerrilla urbana de los Tupamaros se remontan a los trabajadores de la caña de azúcar de Bella Unión, en el departamento de Artigas, en el norte rural del país. En 1961, Raúl Sendic creó el Sindicato de Cañeros de Artigas, que llevó a cabo huelgas, ocupaciones de tierras y marchas de protesta en Montevideo. Los trabajadores consiguieron nuevos derechos y mejores condiciones laborales. Las acciones de los

campesinos tuvieron eco en la capital y Sendic se convirtió en un líder de la izquierda. A principios de los sesenta, todavía creía, bajo la influencia del modelo cubano, que el potencial revolucionario era mayor entre los trabajadores rurales que entre los de la ciudad. La lucha de los campesinos radicalizó a Sendic, que cada vez era más partidario de adoptar formas violentas de protesta. En 1963, tras ser detenido, afirmó que "hoy día nos podría dar más garantías individuales un revólver bien cargado que toda la Constitución de la República y las leyes que consagran derechos juntos" (Blixen, 2005: 98). No mucho después, pasó a la clandestinidad.

El MLN-T fue el resultado de la confluencia entre el Sindicato de Sendic y una red urbana formada en 1962 por varios grupos de izquierda (desde anarquistas hasta socialistas), llamada Coordinador. El Coordinador también era partidario de la política radical y la lucha armada. Sin embargo, sus miembros no compartían las ideas de Sendic sobre un movimiento revolucionario rural, pensaban que las condiciones imperantes en Uruguay sugerían un enfoque alternativo, basado en acciones en los centros urbanos. Sendic acabó convenciéndose de que esta estrategia poco ortodoxa era más prometedora. Los dos grupos se fusionaron formalmente en el nuevo MLN-T en enero de 1966, durante la convención de Tupamaros, a la que asistieron unas pocas docenas de activistas (Brum, 2016: 58-9).

La formación de un grupo guerrillero fue recibida con escepticismo en la izquierda. En sus memorias, Eleuterio Fernández Huidobro, miembro del Coordinador y uno de los fundadores del MLN-T, se refiere a una entrevista realizada a Fidel Castro en 1967 en la revista uruguaya de izquierdas Marcha, en la que se preguntaba al líder cubano sobre las perspectivas de un movimiento guerrillero en Uruguay; su respuesta fue categórica: "Su país carece de las condiciones geográficas para la lucha armada. No hay montañas. No hay selvas. Ninguna guerrilla puede desarrollarse allí" (Fernández Huidobro, 2005: 356). Sus palabras reflejaban la línea estándar guevarista sobre la preeminencia del frente rural. Según este argumento, la lucha armada estaba condenada al fracaso si no era viable una guerrilla rural. Los Tupamaros rompieron con este supuesto, que resultaba paralizante en el contexto uruguayo: crearon una guerrilla urbana exitosa y duradera.

Los fundamentos teóricos de la guerrilla urbana habían sido expuestos por Abraham Guillén, un exiliado español que participó en la defensa de Madrid contra las tropas franquistas durante la Guerra Civil. Tras pasar un tiempo en prisión, Guillén abandonó España en 1948 y se instaló en Argentina. Allí se involucró en la formación de la primera guerrilla peronista en 1959, conocida como los Uturuncos, siguiendo aún el modelo cubano (Carretero, 2020: 108-34). Su rotundo fracaso le llevó a reconsiderar sus creencias iniciales sobre la guerrilla. En la década de 1960, desarrolló una teoría sobre la guerrilla urbana argumentando que, en países altamente urbanizados (como Argentina y Uruguay), las guerrillas eran más eficaces actuando en las ciudades ("las selvas de cemento", por usar su propia metáfora), al estar más cerca del sujeto revolucionario, la clase obrera. Su principal argumento era que la guerrilla urbana no tenía como objetivo destruir militarmente al ejército enemigo, sino que la violencia era el instrumento para ganarse el apoyo de la población en el contexto de una guerra larga. Una vez que el pueblo se pusiera del lado de la guerrilla urbana, la revolución triunfaría. En palabras de Guillén: "Un comandante revolucionario no debe caer en los mitos de la estrategia clásica, que lo supeditaba todo a la conquista del espacio. En la guerra revolucionaria, el objetivo estratégico fundamental no es el espacio; lo que cuenta positivamente es tener la gente, no el terreno" (Guillén, 1966: 69).

Guillén se había trasladado a Uruguay en 1962, donde estableció estrechos vínculos con muchos de los radicales (Sendic incluido) que fundarían el FLN-T. En 1966 publicó un breve ensayo titulado Estrategia de la guerrilla urbana. Su influencia en la orientación estratégica de los Tupamaros fue evidente, aunque ha habido cierta controversia sobre la verdadera autoría de las ideas sobre la guerrilla urbana[55].

En junio de 1967, los Tupamaros hicieron público el Documento 1, en el que hacían una presentación completa de sus objetivos y estrategia[56]. Se reconocen explícitamente las limitaciones geográficas: "No existen en el país lugares geográficos inexpugnables o con características que posibiliten la instalación de un foco guerrillero rural que perdure". Por lo tanto, en Uruguay la lucha será "predominantemente urbana, en la que la guerrilla rural

jugará un papel auxiliar".

El documento enumera algunas ventajas de actuar en las grandes ciudades. En primer lugar, las zonas urbanas con escasa presencia policial pueden ser seguras para los militantes. En segundo lugar, las ciudades facilitan la comunicación y los encuentros. En tercer lugar, las cuestiones logísticas son más fáciles de gestionar. En cuarto lugar, los militantes pueden mantener su vida normal durante el día y actuar durante la noche, excepto los que pasan totalmente a la clandestinidad. En quinto lugar, los combatientes no tienen que adaptarse a las nuevas condiciones del mundo rural: actúan en zonas con las que ya están familiarizados. Aunque no sea posible un foco rural, la zona rural funciona como una retaguardia en la que los militantes pueden encontrar refugio, o en la que los guerrilleros pueden llevar a cabo operaciones a pequeña escala para desviar la atención de las fuerzas de seguridad que actúan en la ciudad. Por último, los combatientes que actúan en la ciudad están más cerca tanto de las masas como de los objetivos de la violencia.

La decisión de pasar a la clandestinidad fue más literal que en cualquier otro grupo armado: los Tupamaros utilizaron el sistema de alcantarillado para moverse con rapidez y seguridad por debajo de la ciudad. Sendic pensaba que la alcantarilla era el equivalente de las montañas en el interior, es decir, zonas en las que el ejército no entra (Blixen, 2005: 301). Efraín Martínez Platero estaba a cargo del territorio alcantarillado y llegó a ser conocido en la organización como "el señor de las alcantarillas" (Brum, 2016: 292-3)[57]. Era el medio más eficaz para moverse en secreto y con rapidez dentro del territorio enemigo.

4.1.2. Objetivos y apoyo popular

El Documento 1 establece claramente que las limitaciones de la violencia clandestina influyen en el tipo de atentados que la organización puede realizar: el número de combatientes implicados en una operación tiene que ser reducido. Esto no significa necesariamente que la organización sea pequeña. Aunque el tamaño

de los grupos clandestinos es bastante incierto debido a su condición secreta, se ha estimado que en el momento de mayor actividad había 400 Tupamaros armados, más una amplia red de militantes que prestaban asistencia logística formada por varios miles de personas (entre 2.000 y 4.000) (Waldmann, 2011). Brum (2016: 328) afirma que en los últimos meses de la organización, entre abril y noviembre de 1972, cuando estaba al borde del colapso, fueron detenidos 2.873 miembros del FLN-T[58].

Especialmente durante los primeros años, la mayoría de los activistas eran "legales", llevaban una vida normal y estaban dispuestos a actuar cuando la organización lo solicitaba. Para mantener una organización tan grande, los Tupamaros aplicaron una política de "compartimentación", de forma que los miembros de las células carecían de información sobre lo que hacían las demás; esto garantizaba la seguridad del colectivo, pero, cuando las cosas iban mal, impedía cualquier intento de ayuda mutua entre células (Porzecanski, 1973: 33-6).

El crecimiento de la violencia fue gradual. Hubo muy pocos ataques en 1966 y en 1967, pero se observó un aumento espectacular en 1968 (Holmes, 2001: 81). En general, los niveles de violencia estuvieron siempre muy por debajo de la capacidad de los Tupamaros. El pico (alrededor de 300 ataques) se alcanzó en 1972, año en que la organización fue diezmada y neutralizada por el Ejército. Evidentemente, a los Tupamaros no les interesaba maximizar la violencia ni las víctimas mortales. Para el FLN-T, el objetivo no era la destrucción del Ejército, ni una guerra de desgaste que agotara la capacidad de resistencia del enemigo; más bien, la violencia debía conseguir el apoyo de las masas. Es decir, el terror no tenía como objetivo aterrorizar a la población, sino aumentar la popularidad de la campaña guerrillera (Brum, 2016: 104). Esto requería no solo un uso selectivo de la violencia, sino también ataques que pudieran ser recibidos con una actitud comprensiva por parte de la población (los Tupamaros hablaban de formas simpáticas de violencia). Se evitaron cuidadosamente los ataques indiscriminados (en consecuencia, se emplearon pocas bombas para minimizar el riesgo de víctimas colaterales). La dimensión propagandística de los atentados fue crucial. Por ejemplo, algunos atentados tuvieron un componente de "Robin

Hood", como el robo de bancos, el incendio de una fábrica de General Motors, coincidiendo con la visita de Nelson Rockefeller a Uruguay, o el secuestro de un empresario que se había declarado fascista. Estas formas simpáticas contaban con precedentes, como la vez que militantes del Coordinador asaltaron un camión con comida navideña en diciembre de 1963 para distribuirla en una barriada pobre de Montevideo (Brum, 2016: 53-4). Algunos de estos ataques tenían incluso una vertiente cómica, con el objetivo explícito de ridiculizar o humillar a las fuerzas de seguridad del Estado.

Los Tupamaros tardaron algún tiempo en pasar a los asesinatos planificados. La primera víctima mortal no intencionada fue el policía Juan F. Garay, el 8 de julio de 1969: un comando tupamaro intentaba arrebatar armas a una patrulla de policía, Garay se resistió y fue asesinado. El primer asesinato planificado tuvo lugar el 13 de abril de 1970, cuatro años después de la creación del FLN-T: el objetivo era Héctor Morán Charquero, policía acusado de haber torturado a muchos Tupamaros detenidos[59].

Según nuestros propios cálculos, el FLN-T mató en total a 52 personas durante el periodo 1969-1972. Esta cifra es sustancialmente inferior a la de la mayoría de los grupos guerrilleros rurales, cuyas víctimas a menudo se cuentan por miles. Solo una persona fue asesinada con un artefacto explosivo; todas las demás murieron por disparos. En cuanto a la identidad de los objetivos, el 79% de las víctimas mortales eran miembros de las fuerzas de seguridad. Si conceptualizáramos el terrorismo como violencia contra civiles, tendríamos que concluir que los Tupamaros no eran terroristas. El bajo porcentaje de víctimas mortales no combatientes es, en parte, consecuencia de la alta selectividad de los ataques, lo que explica el número tan bajo de víctimas colaterales.

La moderación mostrada por el FLN-T venía dictada por la necesidad de mantener la popularidad entre las masas. En 1971, dos encuestas estimaron un apoyo parcial a los Tupamaros en el intervalo del 36-41%; en julio de 1972, otra encuesta reveló un apoyo del 20% (Holmes, 2001: 151). En las elecciones presidenciales de noviembre de 1971, el candidato del Frente Amplio, la coalición de izquierdas en la que participaba el FLN-T,

obtuvo el 18,3% de los votos, lo que coincide aproximadamente con las cifras proporcionadas por las encuestas. Cabe decir, por tanto, que la campaña armada de los Tupamaros contaba con un importante respaldo social.

Como suele ocurrir con muchos grupos clandestinos, la represión estatal debilitó a la organización y produjo las primeras víctimas mortales entre los Tupamaros, lo que condujo a un proceso de mayor radicalización, es decir, a una escalada en la violencia en el que se sacrificó parcialmente la autocontención de los inicios. El FLN-T se convirtió en una organización más implacable, como puso de manifiesto el secuestro y asesinato de Dan Mitrione (el 10 de marzo de 1970): Mitrione era un agente del FBI que estaba ayudando al Gobierno de Uruguay en materia de contraterrorismo, incluido el uso de la tortura para extraer información. La decisión de matar a Mitrione a sangre fría provocó una oleada de repulsa, incluso entre la izquierda. Los Tupamaros fueron universalmente retratados como asesinos; el propio Guillén se mostró crítico con la decisión tomada por el grupo clandestino (1973: 270).

En los últimos meses de su existencia, los Tupamaros emprendieron una lucha bilateral contra las fuerzas armadas y la policía uruguayas. Para entonces, habían perdido la inocencia original de sus primeras operaciones. En este combate entre el Estado y el grupo armado, los Tupamaros se olvidaron de la movilización de las masas. Esta evolución hacia un mayor aislamiento social se observa en muchos otros grupos revolucionarios; cuanto más se prolongan los conflictos, más autorreferentes y distantes se vuelven estos grupos (Della Porta, 1995).

4.1.3. El atractivo de la guerrilla rural

A pesar de que los Tupamaros teorizaron con mayor profundidad que ningún otro grupo las ventajas de la guerrilla urbana, no abandonaron por completo el modelo de la guerrilla rural. De hecho, como se ha señalado anteriormente, el origen del FLN-T fue un sindicato campesino. La posibilidad de una guerrilla rural ejercía

un fuerte atractivo en el imaginario de los Tupamaros, que concebían la lucha armada urbana como un mal menor, es decir, una adaptación necesaria a las condiciones específicas de Uruguay ante la imposibilidad de lanzar una campaña guevarista en el campo.

La tensión entre el ideal de una guerrilla rural y la realidad de la lucha urbana queda puesta de manifiesto en la toma de Pando, una operación que se ajusta bien a la descripción que ofrecimos en el capítulo 2 de una protoguerrilla (el tipo de acciones que los grupos clandestinos llevan a cabo para ganar control territorial). Se trató de una operación de múltiples miembros (un ataque a instalaciones, en la terminología del capítulo 3), en la que participaron unos cincuenta Tupamaros, que entraron en el municipio de Pando (14.000 habitantes) y ocuparon seis edificios estratégicos, incluida la comisaría de policía. Dada la proximidad de Pando a la capital (separadas por menos de 30 kilómetros), la ocupación fue realmente breve: al cabo de una hora, los ocupantes abandonaron la ciudad. Sin embargo, durante la huida, los Tupamaros fueron interceptados por las fuerzas de seguridad; tres activistas murieron por disparos y muchos más fueron detenidos. En los enfrentamientos, los Tupamaros mataron a un civil y a un agente de policía. Toda la operación pretendía reproducir un acto guerrillero tradicional destinado a hacerse con el control del espacio público. La imitación de la guerrilla fue tan completa que los autores llevaban brazaletes blancos identificativos (Brum, 2016: 117). En las operaciones auténticamente clandestinas, los activistas no pueden llevar ninguna prenda identificativa; sus operaciones tienen éxito en la medida en que los perpetradores se mezclan y confunden con la población (véase el capítulo 2).

El aspecto más interesante de la ocupación de Pando reside en su intención propagandística. Los Tupamaros no estaban realmente interesados en controlar el municipio. Más bien, la ocupación fue un acto de propaganda que consistió en mostrar que los Tupamaros tenían la capacidad de actuar como una guerrilla en busca del control territorial. En cierto modo, la operación de Pando puede entenderse como una representación de una guerrilla rural. Tuvo una dimensión simbólica inequívoca, ya que los Tupamaros decidieron llevarla a cabo en el segundo aniversario de la muerte

del Che Guevara. Germán Cabrera, miembro del FLN-T, comentó retrospectivamente sobre la toma de Pando: “A partir de ese momento se pudo hablar de guerrilleros y guerrilla, ya que ese bautizo de sangre colocó mediáticamente al MLN a la altura de cualquier otro movimiento insurreccional” (Cabrera, 2015: 68). En una línea similar, un tupamaro entrevistado en 1970, que mantuvo el anonimato, dijo con respecto a Pando: “Se pretendía impresionar al público, al enemigo, y a nosotros también. […] Al convertir toda la gesta en un homenaje al Che Guevara pretendíamos —por la inevitable repercusión que iba a tener en todo el continente sudamericano— que el asunto tuviera un mensaje explícitamente latinoamericano” (Gilio, 1972: 126). Así, los Tupamaros consideraron que, a pesar de su vocación urbana, la forma más eficaz de propaganda era poner en práctica un ataque que podía ser parte de una guerrilla rural en busca de control territorial.

Sendic nunca abandonó del todo la posibilidad de crear un frente rural secundario que complementara al urbano. A finales de 1971, lanzó el llamado Plan Tatú, contradiciendo la doctrina oficial del FLN-T presentada en el Documento 1. El tatú es un armadillo de Sudamérica que se esconde excavando túneles bajo tierra. Sendic pensó que era posible aplicar tácticas de asalto y huida en pueblos del norte de Uruguay y escapar de las fuerzas de seguridad gracias a la construcción de las llamadas tatuceras (escondrijos excavados bajo tierra en el campo). El hecho de que el plan se basara en las tatuceras revela que la organización no se planteaba la posibilidad de hacerse con el control territorial en las zonas rurales. De hecho, toda la idea de una red de tatuceras debe interpretarse como un intento de reproducir una estructura clandestina en el campo. En una curiosa inversión, el foco rural intentado por Sendic se inspiró, en última instancia, en el modelo urbano.

El Plan Tatú llegó tarde, cuando la represión del Ejército contra el FLN-T estaba en niveles máximos. Las primeras acciones ocurrieron a principios de 1972 y fueron un fracaso absoluto (Brum, 2016: 315). En cierto sentido, el Plan Tatú fue la confirmación final de que los Tupamaros tenían razón cuando descartaron el empleo de tácticas guevaristas en Uruguay.

Tanto la operación de Pando como el Plan Tatú fueron elecciones

incongruentes: la naturaleza de estas acciones no encajaba con el carácter clandestino de la organización. Mientras que la ocupación de Pando fue principalmente una acción propagandística, una especie de representación teatral de una guerrilla tradicional, el Plan Tatú fue un intento más ambicioso (pero, en última instancia, defectuoso) de escapar del terrorismo puro (la primera celda de la tabla 2.1). En este sentido, ambas estrategias (Pando y Plan Tatú) deben entenderse como operaciones de protoguerrilla. Según se explicó en el capítulo 2, la protoguerrilla es una categoría inestable o de transición: si tiene éxito, la organización gana control territorial; si fracasa, el grupo vuelve a su condición clandestina original. Los Tupamaros son un ejemplo de la ruta fracasada.

4.1.4. Conclusiones

Los Tupamaros fueron un grupo puramente clandestino. En consecuencia, sus acciones cabe calificarlas como típicamente terroristas. Salvo algunas desviaciones menores, las tácticas empleadas eran coherentes con la clandestinidad. El FLN-T constituye, por tanto, un ejemplo perfecto para el análisis de la clandestinidad del actor y de la clandestinidad de la acción. El grupo se comportó con un alto nivel de autocontrol, llevando a cabo ataques selectivos contra las fuerzas de seguridad. El número de muertos fue bastante bajo (52 en cinco años), pero las acciones tuvieron un gran impacto en el sistema político uruguayo y precipitaron el golpe militar de 1973.

En aquella época, la etiqueta más utilizada para describir a los Tupamaros era la de “guerrilla urbana”. Las guerrillas proliferaron en Latinoamérica tras la Revolución cubana. Dadas las peculiaridades geográficas y sociales de Uruguay, la elección de la estrategia urbana por parte de los Tupamaros tenía pleno sentido. Cuando en la década de 1970 empezaron a actuar, en suelo europeo occidental, guerrillas urbanas similares de corte revolucionario, muy inspiradas en los Tupamaros, se las denominó “grupos terroristas”. Por supuesto, en Uruguay también se utilizó el término terrorismo (por ejemplo, por parte del Ejército), pero la etiqueta de

“guerrilla urbana” se empleó con mayor frecuencia. Como hemos visto en este apartado, la guerrilla urbana se asocia con el terrorismo porque los grupos urbanos tienen que actuar en la clandestinidad, escondiéndose en las “selvas de cemento”.

4.2. ETA

El grupo separatista vasco operó en España desde finales de la década de 1960 hasta 2011 (véase De la Calle, 2015a, cap. 4, para un relato detallado de las raíces de esta organización; y Sánchez-Cuenca, 2001, para un enfoque estratégico de la violencia). ETA ilustra vívidamente cómo los líderes a veces conciben estrategias que están muy alejadas de las condiciones reales de los lugares en los que planean atentar y, sobre todo, con qué rapidez ponen al día (y rebajan) sus expectativas sobre la violencia armada.

4.2.1. Reflexiones sobre la violencia armada

Euskadi Ta Askatasuna (ETA) se creó a finales de la década de 1950, como consecuencia del descontento de un grupo de jóvenes nacionalistas con la pasividad del Partido Nacionalista Vasco (PNV), entonces en la ilegalidad. Estos jóvenes rechazaban abiertamente la política de apaciguamiento con la dictadura franquista. La justificación del uso de la violencia contra la dictadura vino de un filólogo vasco, Federico Krutwig. Fue el primero en abogar abiertamente por la lucha armada para lograr la independencia del pueblo vasco. En su libro Vasconia, publicado en 1963 bajo el seudónimo de Fernando Sarrailh, Krutwig teorizaba sobre que la mejor estrategia era la guerra urbana, adelantándose al giro de los Tupamaros hacia el terrorismo (Sarrailh, 1963: 401): “Dado que el País Vasco es principalmente industrial, especialmente en la zona de Vasconia donde por el momento se dan las mejores premisas para el comienzo de la guerrilla, empezamos por este tipo de actuación [una guerrilla de asfalto], aun cuando este suele ser en las guerras revolucionarias un tipo secundario de guerrilla”.

Para Krutwig, la guerrilla urbana era una condición previa de la

guerrilla rural, sin la cual nunca se realizaría una revolución. Según él, ninguna de las dos sería suficiente para derrotar militarmente al Estado, pero su mera supervivencia suponía una victoria en sí misma (Sarrailh, 1963: 403). Krutwig apoyó una estrategia de acción-represión-acción cuyo propósito último era la insurrección del pueblo vasco, aunque no especificó cómo debía producirse este levantamiento. Para él, las tácticas terroristas estaban justificadas siempre que se dirigieran contra las fuerzas de seguridad y el personal del Estado.

Tras interminables debates sobre la orientación ideológica correcta que debía adoptar la organización —de clase (incorporando a inmigrantes de clase trabajadora, pero dejando de lado a la clase alta autóctona) o centrada en la defensa de la lengua (lo contrario) —, el grupo tardaría alrededor de una década en desarrollar sistemáticamente su plan de lucha armada. El llamado Frente Militar quedó en manos de Xavier Zumalde, alias el Cabra, un cuadro local con poco apetito ideológico pero mucho por la acción contra la dictadura. Zumalde, que se sentía con libertad casi total para poner en práctica cualquier diseño organizativo que deseara, estaba de acuerdo con Krutwig en que la insurrección era el objetivo final, pero no le gustaba el planteamiento de Krutwig de dar prioridad a lo urbano. Para Zumalde, influido al parecer por el Che Guevara, los militantes armados debían ser lo bastante fuertes como para sobrevivir en las duras condiciones rurales. Zumalde obligaba a los reclutas a pasar largas horas caminando por zonas montañosas del interior del País Vasco solo por el placer de entrenarse para la guerra de guerrillas móvil. Estos largos "entrenamientos de supervivencia" tuvieron algunos momentos ridículos, como cuando un pequeño grupo de militantes decidió ocupar durante tres horas un caserío muy pequeño cerca de un municipio industrial, Durango: los intentos de Zumalde de conectar con los habitantes locales fracasaron estrepitosamente porque estos huyeron de los militantes que se paseaban con uniforme militar y la cara pintada de negro. En sus propias palabras:

Nada más empezar la instrucción armada y las actividades urbanas y de montaña, la idea de establecer un contacto "de choque" con la

población (bien fuese de ámbito rural o urbano) me tenía obsesionado. […] Soñaba con poder hablar a la población, reunir a las gentes en las plazas de los pueblos o simplemente hacer controles de carretera, y así poder agrupar a una docena de asustados viajeros y soltarles un discurso político, lleno de ardor guerrillero. Hasta aquí las cosas parecían fáciles y lo eran realmente en el aspecto táctico. Nos sentíamos preparados para ello, siendo capaces de aparecer y retirarnos en cualquier lugar del País Vasco sin dejar rastro. El problema era otro, pues la población en los años sesenta se encontraba sumida en la más absoluta indiferencia política u social; estaba asustada y no se fiaba de nadie y menos aún de un grupo armado, por muy vasco que dijera ser (Zumalde, 2004: 199-200).

A Zumalde le resultó fácil organizar entrenamientos, pero fue incapaz de conectar con la población local. El País Vasco de los años setenta era una región desarrollada (su PIB per cápita era el 60% del PIB per cápita de EE UU en 1975), así como densamente poblada (300 personas por kilómetro cuadrado, aproximadamente similar al de Connecticut en EE UU): en esas condiciones, cualquier intento por parte de la guerrilla de ocupar territorio habría sido rápidamente neutralizado por la dictadura. La presencia territorial de las fuerzas de seguridad y las instituciones franquistas era tan evidente que una de las principales preocupaciones de Zumalde fue atacar a los colaboradores locales de las fuerzas de seguridad en las ciudades industriales de tamaño medio.

Esta confusión entre entrenamientos rurales y tácticas urbanas era prueba de la incapacidad de Zumalde para darse cuenta de que una estrategia de control territorial era inviable dadas las condiciones estructurales en las que operaba ETA. Todavía en 1975, Zumalde —después de haber sido expulsado de la dirección del grupo por su incapacidad para cometer atentados, y escribiendo desde la comodidad del exilio— defendía una combinación de tácticas urbanas y rurales; sin embargo, admitía que en el País Vasco no era posible una guerra de guerrillas tradicional:

Llegamos a la conclusión de que Euskadi, efectivamente, es una tierra pequeña en extensión y no apta para el desarrollo de las guerrillas de montaña. Aquí hemos de aclarar: guerrillas de montaña "clásicas", es decir, como se desarrollan o se han desarrollado en otros lugares; creación de los núcleos, desarrollo y crecimiento de estos, zonas liberadas, politización de las masas y creación de gobiernos provisionales en dichas zonas, agrupamientos de las secciones, en compañías, batallones, regimientos, divisiones, etc. Nosotros planteamos el desarrollo de una guerrilla especial para Euskadi, basada en la perfecta adaptación a su medio ambiente, clima, temperamento del vasco, economía, vías de comunicación, etc. (Zumalde, 2004: 178)

Zumalde quedó como una figura menor en ETA; no fue capaz de formular una estrategia coherente para el grupo, ni a través de la práctica armada ni teóricamente. No fue culpa suya del todo. El debate en el seno de ETA sobre la línea de actuación estratégica correcta duró mucho tiempo y fue muy divisivo. De hecho, en 1975, ETA se había roto en dos facciones, ETA político-militar (pm) y ETA militar (m). La ruptura se precipitó tras la explosión de una bomba en Madrid, en septiembre de 1974, en la que murieron 13 personas (12 civiles y un policía). En términos de imagen pública, fue un desastre para ETA; la mayoría dentro de la dirección se oponía a reivindicar la autoría del atentado, mientras que la minoría pensaba que debía admitir la verdad. El desacuerdo, sin embargo, tenía raíces más profundas. El principal cisma giraba en torno al papel de la lucha armada en el contexto del cambio de régimen y la transición a la democracia. Para ETApm, el final de la dictadura franquista generaría las condiciones para un levantamiento revolucionario del pueblo vasco. En este escenario, ETA debería tener dos ramas: una sección política orientada a movilizar el apoyo popular a la independencia y una rama militar dispuesta a cometer atentados, pero subordinada a la dirección política. El planteamiento no era muy diferente del adoptado por otros grupos revolucionarios en Europa. Como dijo en 1976 Eduardo Bergaretxe, alias Pertur, el cerebro de este planteamiento:

La actividad armada del grupo revolucionario actúa como detonante radicalizador en tal proceso; los embates represivos por parte del Estado intentando abortar y castigar el foco armado inciden revolucionariamente ante las masas que tienden a reaccionar de forma totalmente opuesta a la esperada por el sistema: se sensibilizan […] La actividad armada ha contribuido eficazmente a resaltar y agudizar las contradicciones del sistema y su carácter opresivo, complementando las labores de agitación reivindicativas y concienciadoras de los revolucionarios a nivel de masas. […].

El proceso revolucionario va adquiriendo de este modo una madurez creciente. Las labores de agitación y propaganda políticas, apoyadas eficazmente por la actividad militar, traen como resultado un incremento cuantitativo y cualitativo en la concienciación y radicalización de las masas explotadas y oprimidas; ello se traduce en una expansión del área de influencia e incidencia del grupo revolucionario, en la implantación e inserción crecientes de este entre quienes deberán constituirse en protagonistas principales de la Revolución: las clases trabajadoras y populares. […].

El emparejamiento dialéctico de las actividades militares con el conjunto de las labores del grupo y las acciones de masas hace avanzar cuantitativa y cualitativamente el proceso revolucionario general hacia las fases previas a la insurrección armada, hacia la toma violenta y revolucionaria del poder (Amigo, 1978: 190-91).

Así, para ETApm, la gran estrategia era la insurrección, es decir, la subordinación de las unidades militares a las exigencias y preferencias de la dirección política del momento. Nótese que aquí ya no se sueña con la guerrilla. Pertur proponía una estructura armada basada en columnas territoriales, muy parecida a la que en esos mismos momentos estaba abandonando el IRA provisional en Irlanda del Norte, más unidades especializadas encargadas de tareas específicas (como información, logística, etc.), pero siempre dependientes de la dirección central encabezada por los “políticos”.

ETAm, por el contrario, pensaba que la transición política en España no cambiaría mucho las cosas con respecto a la

independencia del País Vasco. La única gran estrategia que podría obligar al Estado a hacer concesiones territoriales era la del desgaste. Para ello, había que aumentar la presión violenta sobre el Estado hasta el punto de que este prefiriera negociar una salida en lugar de seguir acumulando bajas y pérdidas. A fin de mantener la presión de la violencia, la rama política de ETA tenía que ganar las elecciones locales para poder gobernar en los municipios y, de esta manera, asegurar la captación de nuevos reclutas. Este diseño estratégico hizo que ETAm fuera más poderosa y resistente que ETApm, que se disolvió en 1983.

José Miguel Beñarán, alias Argala, fue el principal artífice de esta estrategia. Para él, el movimiento tendría más éxito si su rama política operaba dentro de las instituciones y aprovechaba sus resquicios, mientras que la rama militar, sin renunciar al liderazgo, permanecía en la clandestinidad y ampliaba su lista de objetivos para dañar aún más al Estado. Por ejemplo, fue solo tras la escisión cuando una de las ramas, ETAm, empezó a asesinar a militares. Tras una década en la que la violencia había desempeñado un papel defensivo, casi simbólico, ETAm pasó a la ofensiva ampliando su lista de blancos aceptables y aumentando el número de atentados (Casanova y Asensio, 1999).

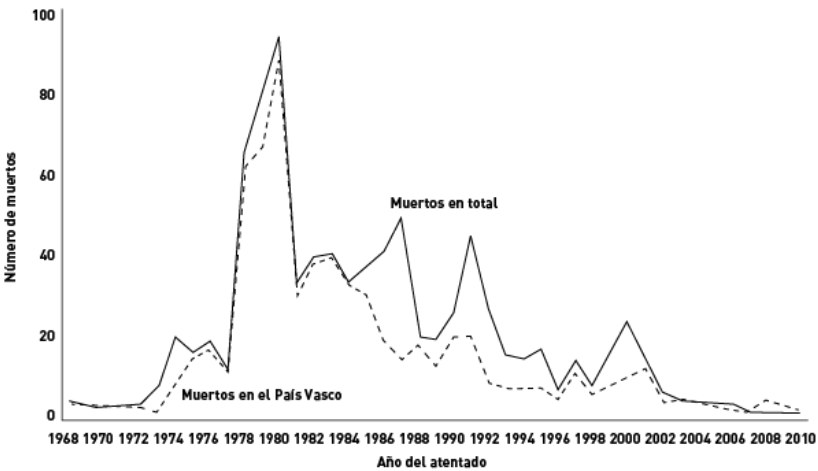
Este giro estratégico se cerró cuando ETAm acogió a varios militantes de ETApm que se alejaron de este último grupo, decepcionados por su escasa actividad armada. Estos militantes ya habían asumido que la vía insurreccional no tenía futuro y que lo mejor que podía conseguir una organización armada era una negociación política con el Estado español cuyo resultado final vendría determinado por la relación de fuerzas entre ambas partes.

El gráfico 4.1 muestra la evolución de los atentados mortales durante todo el periodo de actividad de ETA. Antes de la muerte de Franco en 1975, ETA atentó contra unos pocos miembros de las fuerzas de seguridad, colaboradores y funcionarios del régimen. Durante los años de la transición, 1976-1978, se produjo una explosión de protestas y movilizaciones en España, en consonancia con lo que O'Donnell y Schmitter (1986: 7) denominaron "el renacimiento de la sociedad civil", un fenómeno típico tras un largo periodo autoritario y represivo. La intensidad de la protesta fue

mayor en el País Vasco que en el resto de España. En este sentido, la escalada de violencia de ETA coincidió con el declive de las protestas callejeras y las huelgas laborales tras las primeras elecciones democráticas de junio de 1977. ETAm intentó compensar el descenso en la participación de las protestas con un aumento espectacular de los niveles de violencia letal (Sánchez-Cuenca y Aguilar, 2009). En buena medida, la capacidad del grupo armado para proseguir con la campaña militar se vio favorecida inicialmente por la reticencia de Francia a perseguir legalmente a los militantes de ETA que se escondían y hacían proselitismo en su territorio.

Gráfico 4.1

Evolución del número de asesinatos de ETA



Fuente: Domestic Terrorism Victims (DTV).

4.2.2. El santuario francés

Además de factores esenciales para la producción de la violencia como el reclutamiento y el apoyo social, el factor que mejor explica el aumento de la capacidad ofensiva de ETA es la política que Francia adoptó ante el terrorismo vasco. A diferencia de los Tupamaros en Uruguay o las Brigadas Rojas en Italia —grupos que se vieron obligados a operar plenamente bajo las reglas de la clandestinidad—, ETA se benefició enormemente de una actitud casi amistosa de las autoridades francesas (funcionarios y tribunales por igual) hacia sus militantes residentes en territorio francés —principalmente en el fronterizo País Vasco francés (Iparralde, según la terminología nacionalista vasca)—. En la práctica, Francia permitió que la cúpula de ETA tuviera un refugio seguro, de forma que pudo reclutar a personas que huían de España, entrenar a militantes en los bosques de las Landas, esconderlos en casas seguras mientras permanecían inactivos y extorsionar a los empresarios vascos.

En los primeros años, muchos miembros de ETA perseguidos en España durante la dictadura cruzaron la frontera y solicitaron el estatuto oficial de refugiado[60]. Entre 1960 y 1972, las autoridades deportaron del sur de Francia a una treintena de refugiados por no cumplir todos los requisitos de la condición de refugiado (se les acusaba de implicarse en actividades políticas en suelo francés). ETA, de hecho, también fue ilegalizada en Francia. En 1972, como reacción a la escalada de miembros de ETA deportados desde el sur de Francia a otros departamentos o al extranjero (pero nunca a España), varios refugiados vascos ocuparon la catedral de Bayona y declararon una huelga de hambre. Las autoridades francesas dieron marcha atrás y pasaron, primero, a retrasar las deportaciones, y luego, incluso expidieron un nuevo permiso de residencia que ofrecía más seguridad jurídica a sus titulares.

Un ejemplo, recogido por Morán (1996: 112-15), viene al caso. Tras perpetrar el asesinato del entonces presidente del Gobierno, el almirante Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, la célula de ETA que colocó la bomba cruzó la frontera y buscó refugio en Francia. Unos días después del atentado, cuatro miembros de ETA dieron una rueda de prensa (sin cubrirse la cara) en la que reivindicaron la acción. Ningún policía se presentó para impedir la reunión de los terroristas con los periodistas. El Gobierno español

solicitó en repetidas ocasiones a su homólogo francés la extradición de los participantes en el atentado, pero las autoridades judiciales francesas rechazaron la petición argumentando que el tratado bilateral entre ambos países prohibía la extradición de sujetos cuyos delitos fueran políticos. Pierre Joxe, posteriormente ministro del Interior francés durante los años ochenta, llegó a recordar que "el atentado [contra Carrero Blanco] provocó un sentimiento muy primitivo de alegría [en Francia]" (Morán, 1996: 115).

En 1976, había unos 600 refugiados en el País Vasco francés. En 1979, el ministro de Interior español llevó a una reunión bilateral una lista de 127 miembros de ETA que supuestamente vivían en territorio francés con permisos de refugiado. Su homólogo francés se comprometió a poner fin a estos permisos, aunque el número de miembros de ETA entregados a los tribunales españoles para ser juzgados siguió siendo muy limitado. A partir de entonces, los miembros de ETA adoptaron rápidamente las reglas de la clandestinidad para evitar ser deportados del sur de Francia (Morán, 1996: 201).

La creciente preocupación en Francia por la presencia de miembros de ETA se agravó ante el aumento de atentados terroristas paraestatales en suelo francés contra militantes vascos (Woodworth, 2001: cap. 6). Miembros de las fuerzas de seguridad españolas decidieron presionar al Estado francés llevando a cabo operaciones encubiertas contra militantes de ETA en el País Vasco francés. Se trata de un claro ejemplo de lo que denominamos en el capítulo 2 "terrorismo de Estado", ya que las fuerzas de seguridad que operaban en un país vecino aprovecharon el secretismo para llevar a cabo atentados al modo típico de los terroristas, mediante coches bomba y ametrallamientos. Al atentar contra algunas de las figuras más relevantes de ETA, como Argala, Peixoto, Antxon y Txomin, los viejos tiempos en los que la banda terrorista trataba al descubierto las cuestiones organizativas en el sur de Francia quedaron atrás para siempre.

El fracaso del golpe de Estado de 1981 marcó la consolidación de la democracia española. De nada sirvió, sin embargo, con respecto a la actitud de Francia: el ministro del Interior francés comparó, en julio de 1981, a los refugiados vascos con los miembros de la Resistencia

francesa contra el nazismo (Morán, 1996: 225). La llegada del Partido Socialista (PSOE) a la presidencia española, con una victoria electoral aplastante a finales de 1982, pudo haber desencadenado cierta colaboración antiterrorista, ya que los socialistas también estaban en el poder en París. Pero los rápidos avances en muchas políticas, como la integración económica, no tuvieron su contrapartida en el trato a los refugiados vascos en suelo francés, ya que las solicitudes de extradición fueron reiteradamente anuladas por los tribunales y públicamente desautorizadas por las autoridades francesas.

El clima enrarecido del País Vasco francés dio otro giro cuando el homólogo francés de ETA, Iparretarrak (IK), intensificó su campaña armada asesinando a un agente de seguridad en 1983 (y a otro en 1987). IK, un pequeño grupo de militantes afines a ETA, prosperó a la sombra de su socio mayor. A cambio, tenía que cumplir las órdenes de ETA de no llevar a cabo grandes acciones en el País Vasco francés que provocaran un aumento de la presencia policial y dificultaran los movimientos de los militantes de ETA en la región. No obstante, el propio proceso de radicalización de IK empujó a sus miembros a aumentar la violencia (Bidegain, 2007). Estos diversos elementos hicieron que los funcionarios franceses se enfurecieran por los niveles de violencia local en el sur de Francia y, en consecuencia, se empezó a deportar a militantes de ETA a terceros países, normalmente en América Latina o África. En septiembre de 1984, el Gobierno francés autorizó por primera vez la extradición de tres militantes de ETA a España, tras acusarles de cometer delitos de sangre en suelo español. Ante el clamor de la izquierda francesa, el entonces presidente Francois Mitterrand declaró: “Francia no puede ser una base de terroristas […] los tres vasco-españoles extraditados no podían exigir el derecho de asilo mientras continuaran usando nuestro territorio como base militar, desde donde organizaban sus crímenes” (Morán, 1996: 294).

Sin embargo, las extradiciones se interrumpieron y no se reanudaron hasta 1986, cuando los socialistas franceses perdieron la mayoría y se formó un nuevo Gobierno de derechas. Ese año, una campaña de atentados terroristas internacionales y nacionales en Francia puso de relieve la importancia de la cooperación antiterrorista. Las autoridades españolas seguían quejándose de que

los dirigentes de ETA vivían cómodamente en suelo francés, sin mucha presión por parte de las fuerzas de seguridad francesas. En julio de 1986, el Gobierno francés desempolvó un decreto de 1945 que le permitía expulsar unilateralmente del país a cualquier extranjero que constituyera una "amenaza para el orden público" (Morán, 1996: 346). Los extranjeros serían colocados en la frontera, donde las fuerzas de seguridad españolas tenían libertad para detenerlos. Como la mayoría de los militantes vascos carecían de papeles legales y no eran ciudadanos franceses, la decisión del Gobierno sembró el pánico. Varios periódicos franceses interpretaron esta política como el fin del santuario de ETA en Francia. Durante el mandato de Chirac, 185 vascos fueron expulsados de esta manera. En una famosa reunión bilateral entre ministros del Interior, el ministro francés, Robert Pandraud, declaró abiertamente: "Les daré cuanto sé, y procederé a expulsiones y extradiciones, pero lo pararé todo si se producen en Francia atentados anti-independentistas del GAL" (Morán, 1996: 354). Como era de esperar, el GAL, el grupo paramilitar patrocinado por el Estado, quedó en gran medida inactivo tras esta advertencia.

ETA intentó presionar al Estado francés al promover una campaña contra empresas francesas, aunque sin llegar a atentar contra ciudadanos franceses ni actuar en suelo francés. En realidad, la única medida efectiva que tomaron frente al acoso policial y judicial en Francia fue endurecer las normas de clandestinidad de sus militantes. A pesar de ello, en 1986 se produjo una de las mayores operaciones antiterroristas contra ETA, cuando la policía francesa registró una fábrica de muebles y encontró un arsenal de armas —incluidos misiles— junto con miles de documentos que detallaban las finanzas de la organización terrorista. La información fue útil para conocer en profundidad el funcionamiento interno del grupo terrorista y condujo a la desarticulación de varios comandos. En septiembre de 1987, la policía francesa detuvo a uno de los principales dirigentes, Santi Potros, que llevaba una maleta llena de datos sobre la composición de los comandos y la asignación de dinero a las distintas ramas de la organización. Con esa información se detuvo posteriormente a 150 personas y se expulsó del país a unas 50.

Estas dos operaciones representaron el fin del santuario francés de

ETA. El creciente ritmo de las redadas policiales en el sur de Francia obligó a los militantes a desplazarse hacia el norte, lo que dificultó las operaciones de la organización y el mantenimiento de los vínculos con sus unidades en España. El santuario de ETA en el sur de Francia hasta finales de la década de 1980, aunque fuese insuficiente para impulsar a ETA a apoderarse de territorio a ambos lados de la frontera, le ayudó, durante unos años cruciales, a mantener su estrategia de toma y daca con las fuerzas antiterroristas españolas. La pérdida de su santuario implicó una menor capacidad para atraer, entrenar y alojar a posibles militantes. ETA intentó compensar esta debilidad realizando un mayor número de operaciones con coches bomba detonados por control remoto, que primaban la maximización del daño (porque los coches permitían cientos de kilos de explosivo) y la minimización de los riesgos para los terroristas (que podían detonar el artefacto a distancia y tenían más tiempo para huir).

La tecnología del coche bomba formaba parte del repertorio de los grupos terroristas desde hacía tiempo. Los coches bomba de nueva generación, con explosivos de fabricación casera y detonadores electrónicos, habían sido utilizados sistemáticamente por el IRA Provisional desde el Viernes Sangriento (21 de julio de 1972), cuando el grupo sembró el caos en el distrito comercial de Belfast (Davis, 2007: 24). A pesar de contar entre sus filas con militantes expertos en tecnología, ETA no perpetró su primer atentado con coche bomba hasta octubre de 1982 (murió un policía). Como muestra el gráfico 4.2, al principio, durante los años posteriores, ETA utilizó poco esta táctica (un atentado en 1983, con un policía muerto; un atentado en 1984, con dos militares y un civil muertos; cinco atentados en 1985, con dos muertos). No por casualidad, la intensidad aumentó tras la pérdida del santuario francés. En 1986, ETA detonó dos bombas masivas contra vehículos de la Guardia Civil en Madrid que se cobraron 17 vidas; en 1987, perpetró varias masacres con esta táctica, en un supermercado en Barcelona (21 muertos) y en un complejo de viviendas de la Guardia Civil en Zaragoza (11 muertos, cinco niños entre ellos).

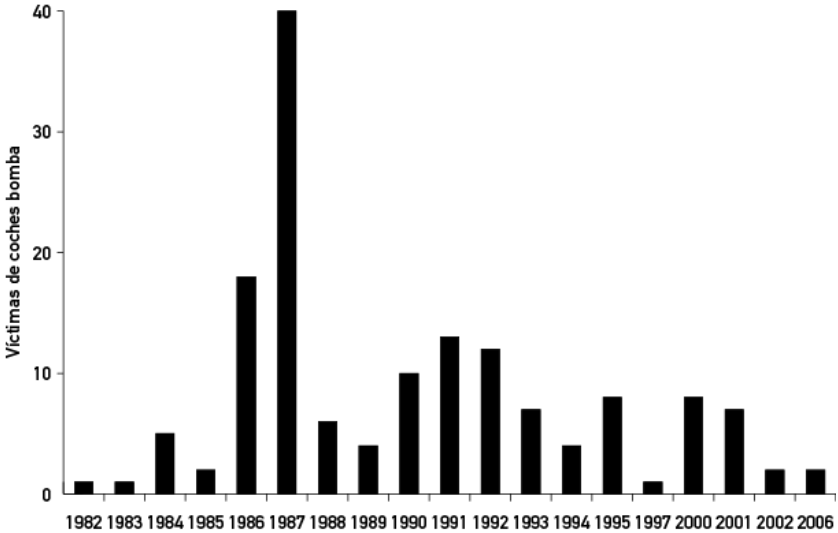
La campaña cobró mayor intensidad tras la malograda negociación entre el Gobierno español y los emisarios de ETA en Argel en 1988-1989. Los dirigentes de ETA interpretaron el proceso como

una negociación prematura y de poco alcance, y sacaron la conclusión de que el Gobierno necesitaba presión adicional para ceder definitivamente. España iba a ser sede de los Juegos Olímpicos, la Exposición Universal y la Capital Europea de la Cultura en 1992. En opinión de ETA, si demostraban su capacidad de perturbar estos acontecimientos, obligarían al Gobierno a volver a la mesa en una posición negociadora más débil.

Los coches bomba desempeñaron un papel fundamental en la estrategia. ETA hizo estallar siete coches bomba en 1990 (10 muertos), 12 en 1991 (13 muertos) y siete en 1992 (11 muertos). Esta tendencia se cortó de raíz cuando ETA sufrió un terrible golpe en el que su cúpula (el llamado "colectivo Artapalo", que llevaba largos años al mando) fue detenida en Bidart (País Vasco francés) en marzo de 1992; miles de documentos internos acabaron en manos de los organismos de seguridad, lo que permitió detener a cientos de militantes de ETA. Esta importante operación antiterrorista puso fin a los intentos de ETA de desbaratar los acontecimientos de 1992 y obligó a sus dirigentes a replantearse su estrategia (Sánchez-Cuenca, 2009). En última instancia, el descenso de la violencia observado en el gráfico 4.1, a partir de finales de la década de 1980, también puede atribuirse a la supresión efectiva del santuario de ETA. En este sentido, la capacidad de los grupos clandestinos para mantener un santuario fuera de su zona de operaciones aumenta sus posibilidades de supervivencia.

Gráfico 4.2

Víctimas de coches bomba detonados por ETA



Fuente: DTV.

Sin el santuario francés, la capacidad militar de ETA se redujo, por lo que el grupo decidió centrarse en víctimas de "alta visibilidad". La denominada estrategia de "socialización del sufrimiento", centrada en el asesinato de políticos no nacionalistas, se combinó con una creciente presión sobre los nacionalistas moderados a través del empleo generalizado de la violencia callejera (kale borroka, en euskera) contra funcionarios locales y miembros de la policía vasca (De la Calle, 2007). La violencia callejera (que incluía barricadas, lanzamiento de cócteles molotov, pintadas con amenazas de muerte contra personalidades públicas, etc.) se convirtió en el "campo de entrenamiento" o vía de entrada para los jóvenes radicalizados que, de forma rutinaria, durante los fines de semana, sembraban el caos en los centros urbanos para asegurarse de que todo el mundo supiera que el conflicto aún no había terminado. La violencia callejera fue el caldo de cultivo de la última generación de militantes de ETA.

La estrategia de socialización del sufrimiento, aunque tuvo éxito al conseguir un flujo constante de reclutas, provocó una reacción masiva de rechazo en la sociedad civil vasca, así como en el Gobierno español, que optó por ilegalizar a las asociaciones

vinculadas orgánicamente a ETA. Esta presión combinada a las organizaciones pantalla de ETA llevó a su frente político a un callejón sin salida, obligando a sus dirigentes a aceptar, tras varias rondas fallidas de negociación, que el mejor final para el movimiento secesionista sería declarar una tregua unilateral y definitiva.

4.2.3. Conclusiones

ETA fue uno de los grupos armados más longevos de los países occidentales. A pesar de su condición clandestina, su ciclo de violencia abarca un largo periodo, desde 1968 hasta 2011. La resistencia de ETA fue consecuencia, por un lado, de su grado de apoyo popular, impulsado por su red de asociaciones y organizaciones construidas en torno al núcleo armado, y, por otro, del santuario del que disfrutaba en el sur de Francia. Incluso después de que Francia optara por aumentar la presión sobre ETA, la dirección y los miembros "ilegales" prefirieron esconderse en Francia antes que en España. El santuario no equivalía exactamente a una zona liberada en la que los activistas podían moverse libremente, pero relajaba un tanto las condiciones de la clandestinidad; en comparación con la existencia clandestina de los Tupamaros, ETA gozaba de un mayor margen de maniobra espacial. Las condiciones más estrictas de la vida de ETA en Francia a partir de los años noventa explican, en gran medida, la pérdida de su capacidad de atentar.

Dadas las limitaciones de la clandestinidad y los objetivos nacionalistas que perseguía el grupo, su terrorismo adoptó la forma de una guerra de desgaste con el Estado español. Se trataba de un enfrentamiento bilateral entre un grupo terrorista y un Estado. Cuando quedó claro que la violencia de ETA, por sí sola, no sobreviviría al Estado, el grupo tuvo que cambiar su estrategia, intentando forjar una alianza política de todos los grupos nacionalistas; según este segundo plan, el frente político sería capaz de plantear un desafío formidable al Estado español. Sin embargo, esta estrategia también fracasó. En marzo de 2006, el Estado

accedió a abrir negociaciones, pero un coche bomba que mató a dos inmigrantes en la Terminal 4 del aeropuerto de Madrid el 30 de diciembre de ese año obligó al Gobierno a retirarse de la mesa de negociaciones. Esto ahondó la brecha entre el grupo clandestino militar y su rama política, que pensó que la plena participación institucional era la mejor alternativa dada la debilidad logística de la banda terrorista (Whitfield, 2014). ETA anunció un alto el fuego definitivo en octubre de 2011 y avanzó lentamente hacia un proceso unilateral de desarme y disolución, que finalmente se completó el 3 de mayo de 2018. El partido político asociado a ETA ha tenido bastante éxito desde entonces, asegurándose más del 20% de los votos vascos; por tanto, cuenta con suficiente apoyo popular para influir en la política regional sin recurrir a la violencia.

4.3. Sendero Luminoso

Hasta ahora hemos analizado dos casos de grupos rebeldes que encajan plenamente en la intersección entre el sentido de la acción y el sentido del actor del terrorismo: tanto Tupamaros como ETA permanecieron en la clandestinidad, desde el punto de vista del actor, y su violencia podría identificarse en gran medida como terrorista: atentados con bomba, tiroteos y secuestros. No obstante, cabe una interpretación del terrorismo en la que no se solapan los dos sentidos. Así sucede cuando las insurgencias complementan sus estrategias de conquista del territorio con campañas terroristas. En el capítulo 3, planteamos la hipótesis de que este será el caso cuando el grupo quiera operar en zonas que permanecen bajo control estatal —por lo general, las ciudades más grandes del país —. Si los rebeldes quieren tener una base en esos lugares, tendrán que atenerse a las reglas de la clandestinidad y recurrir a formas indirectas de guerra.

Acabamos este capítulo con un análisis de las tácticas violentas empleadas por el grupo maoísta Sendero Luminoso (SL), en Perú, durante la década de 1980. Aunque Sendero Luminoso representa, en cierto modo, un caso un tanto desviado en el conjunto de las insurgencias de izquierdas en América Latina, sus líderes previeron correctamente que, en sociedades muy desiguales, con una isla central de desarrollo (la capital), rodeada de un océano de pobreza (el campo), el derrocamiento del régimen solo puede conseguirse mediante una actuación simultánea en ambos lugares. Si bien SL no logró sus fines, su estrategia luego se ha reproducido (quizá no conscientemente) en grupos fundamentalistas como los talibanes y el ISIS.

El Partido Comunista del Perú-Por el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui, más conocido popularmente como Sendero Luminoso a secas, se formó tras una escisión del Partido Comunista del Perú-Bandera Roja. Fue creado en 1969 y dirigido por Abimael

Guzmán hasta su muerte en 2021 en una prisión de alta seguridad en la Base Naval del Callao, donde estaba encarcelado desde 1992.

En 1962, Guzmán consiguió un contrato de profesor de Filosofía tras la reapertura de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, en Ayacucho, en el corazón de la región andina históricamente marginada y empobrecida. Allí, Guzmán se radicalizó en las batallas ideológicas entre leninistas, trotskistas y maoístas, y optó por la última de estas corrientes. Tras ser expulsado del Partido Comunista de Perú, Guzmán se unió a una escisión maoísta (Bandera Roja), pero acabó creando su propio grupo político, que llegó a controlar una parte importante de la universidad. Aprovechó la centralidad socioeconómica de la universidad en la región de Ayacucho para formar cuadros y enviarlos a sus lugares de origen como profesores, para que, de este modo, pudieran hacer proselitismo y preparar a la juventud ante la lucha que se avecinaba (Degregori, 2011). Siguiendo las lecciones que Mao extrajo de la Revolución china, la organización, durante la década de 1970, fue construyendo redes de cuadros y combatientes rurales con la intención de conseguir que el conflicto pasara cuanto antes a la fase guerrillera.

Curiosamente, el compromiso de SL con la violencia se adoptó al mismo tiempo que el país vivía un episodio cuasi revolucionario a manos del Gobierno militar presidido por Juan Velasco Alvarado. Velasco puso en marcha una reforma agraria largamente reclamada, junto con un proceso de nacionalización de empresas privadas y planes de control de precios que pretendían paliar las desigualdades y empoderar a las clases trabajadoras. Sin embargo, la prolongada marginación de los departamentos de Ayacucho, Apurímac y Huancavelica (los epicentros de la guerra senderista), junto con el fracaso de la movilización de los trabajadores, crearon las condiciones para la rebelión armada. El poder volvió a manos de los militares más conservadores en 1975, con el derrocamiento de Velasco y la llegada del general Bermúdez. Opuestos a pagar el coste político de las medidas de austeridad fiscal impuestas desde 1975 para hacer frente a la crisis económica, los militares convocaron una asamblea constituyente y sentaron las bases de la transición democrática que devolvió a Fernando Belaúnde a la presidencia en 1980, tras 12 años de interregno militar. La lucha

armada de SL comenzó el día de las elecciones, cuando sus cuadros quemaron las urnas en Chuschi, un distrito depauperado de Ayacucho. Al mostrar su total falta de respeto por el proceso democrático, Sendero daba a entender que su lucha no dependería de circunstancias políticas (McClintock, 1998).

4.3.1. ¿Por qué la guerra urbana?

El Perú de los años ochenta era un país profundamente dividido, que combinaba una zona moderadamente rica en la conurbación metropolitana Lima-Callao con grandes bolsas de pobreza en la cordillera andina. Mientras que la capacidad del Estado en el área metropolitana (además de en Arequipa y algunas ciudades costeras) podría considerarse similar a la de un país de renta media (como, por ejemplo, Argentina o Uruguay), su poder en las zonas rurales era mínimo (similar al de las naciones centroamericanas más pobres). Inspirándose en el pensamiento estratégico de Mao, el objetivo de SL era liberar territorio en las zonas rurales de los Andes y consolidar un "Yunan peruano" desde el que defenderse de las previsibles represalias estatales.

Con todo, la gran aportación teórica de Abimael Guzmán, quien se consideraba a sí mismo la "cuarta espada del comunismo internacional" (después de Marx, Lenin y Mao), fue darse cuenta de que en el Perú contemporáneo, una estrategia armada maoísta no podía apostarlo todo a la conquista de territorios liberados del control estatal. La rebelión rural estaba condenada al fracaso si, de forma simultánea, no operaba también en las zonas urbanas que albergaban a las principales instituciones y a la élite económica y política del país (De la Calle, 2017). Así, desde el inicio de la guerra, Sendero contó con células que realizaban acciones en Lima. Como se ha argumentado en este capítulo y a lo largo del libro, la guerrilla, dado que no podía aspirar a controlar territorio en el área metropolitana, tuvo que operar clandestinamente y, debido a las limitaciones objetivas del medio urbano, no pudo llevar a cabo un número tan elevado de operaciones como en el campo.

Resulta interesante rastrear la evolución de las ideas de Guzmán sobre el papel de las ciudades a lo largo del conflicto. En la llamada "entrevista del siglo", publicada en 1988 (a la que se hizo referencia en la Introducción), en la que Guzmán, por primera vez, accedió a hablar con periodistas, el líder del grupo reconoció que la lucha en las ciudades estaba subordinada a la lucha en el campo, pero aun así las consideró complementarias[61]. En este punto, Guzmán tergiversó el pensamiento de Mao sobre la insurrección, que no daba tanta importancia a la lucha urbana. Para Mao, la insurrección como acción revolucionaria solo debía emplearse en los países capitalistas avanzados, en los que la estrategia consistía en movilizar primero a la clase obrera en las ciudades y después llevar la lucha al campo. En las sociedades más pobres, la solución pasaba por construir una insurgencia de base, alimentada por los campesinos, y, una vez consolidado un bastión rural rebelde, pasar a la ofensiva para cercar las ciudades y, ya bajo asedio, obligarlas a capitular (véase el trabajo de Mao Los problemas de la guerra y de la estrategia). Guzmán concebía Perú como una sociedad pobre y campesina, por lo que la estrategia rural era la correcta. Sin embargo, supo ver que tener una cabeza de puente en las ciudades también era clave para el destino de la revolución. Así, Guzmán introdujo un elemento leninista con la insurrección como última etapa para el éxito revolucionario, pero limitó su aplicación a las ciudades. En sus propias palabras:

[…] el centro está en el campo pero para la insurrección se cambia el centro, el centro pasa a ser la ciudad y para eso incluso así como al comienzo se desplaza combatientes y comunistas de las ciudades al campo, después hay que desplazar del campo a la ciudad; también se da y así vamos traspasando el peso y preparando la insurrección. Tenemos que ir viendo condiciones para que converja la acción del Ejército Guerrillero Popular con la acción insurreccional en las ciudades, o en una o en varias. Eso es lo que necesitamos.

En una entrevista posterior con la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), Guzmán reconoció que si bien Ayacucho fue

el epicentro de la lucha, Sendero se organizó en Lima desde el comienzo, pues su plan era proyectar la presencia e influencia de Sendero en la ciudad. En palabras del propio Guzmán, “si Ayacucho fue la cuna de Sendero, Lima fue su catapulta” (Zapata, 2017: 260). Lima ofrecía casas seguras para la dirección de SL (que siempre se escondió en esta ciudad), un altavoz para su propaganda y un caldo de cultivo para reclutar cuadros ideológicamente comprometidos. Y Guzmán no tuvo reparos en avalar el terrorismo. En sus propias palabras: “Afortunadamente, ya ha pasado la época en que la revolución era emprendida por revolucionarios aislados debido a la falta de un pueblo revolucionario. Las bombas han dejado de ser el arma del dinamitero y se han convertido en un componente necesario del armamento del pueblo” (Valencia, 1992: 15).

4.3.2. Etapas estratégicas

Cabe identificar cuatro etapas durante la guerra civil. La primera se denominó “batir”, su objetivo era expulsar a las autoridades y fuerzas de seguridad de la llamada zona central de operaciones de SL (Ayacucho y Apurímac). Frente a una presencia estatal muy reducida, las unidades rebeldes de Sendero tuvieron un éxito inesperado. En lugar de establecerse en una zona liberada para fortalecer su organización y autoridad, continuaron desplazándose de un distrito a otro, sometiendo a consejos de guerra públicos a quienes los senderistas identificaban como enemigos del pueblo —autoridades, ladrones de ganado, borrachos, abusadores sexuales, comerciantes y terratenientes locales— y dejando atrás comités desarmados encargados de supervisar los asuntos locales (Zapata, 2017).

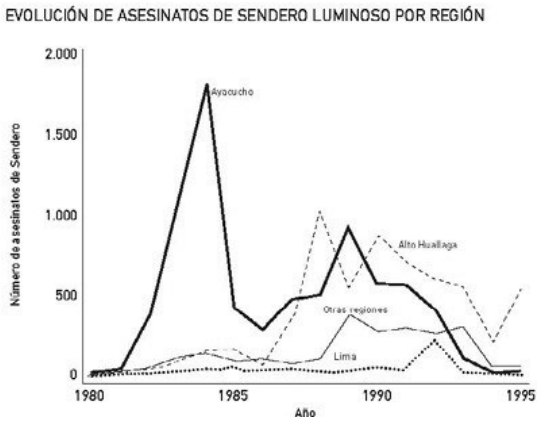
Este éxito inicial se produjo por la reticencia inicial del presidente Belaúnde a traspasar la responsabilidad de la contrainsurgencia a los militares, ya que estos le habían desbancado durante su primera etapa en el poder (1963-1968). Una vez que Belaúnde decidió declarar el estado de emergencia en algunas provincias de Ayacucho y enviar al ejército para recuperar el poder sin ninguna supervisión civil, las tornas cambiaron. La campaña militar, con

innumerables masacres indiscriminadas contra la población local, también cogió desprevenido a SL, por lo que sus cuadros se replegaron y abandonaron a sus simpatizantes locales a su suerte. Cortos de armas, los escuadrones de SL no eran rivales para las bien entrenadas unidades militares, que apenas tenían en cuenta los derechos humanos. A diferencia de muchos otros grupos rebeldes, Sendero nunca se preocupó por acumular más y mejor armamento. Durante esta fase inicial del conflicto, utilizaron cartuchos de dinamita robados de minas, pistolas sustraídas a agentes de policía y herramientas más primitivas como hachas y cuchillos. Para Guzmán, los militantes tenían que estar dispuestos a dar la vida por la causa y esas vidas eran un arma más poderosa que cualquier arma de fuego.

El despliegue de los militares se tradujo en el repliegue estratégico de Sendero. A diferencia de Mao, para quien la creación de zonas liberadas pasaba por la captura y control del territorio, Guzmán entendió que el control territorial de SL dependía de la construcción y desarrollo del partido antes que de la construcción de instituciones paralelas o rivales a las del Estado. Al jugar al gato y al ratón, la incapacidad de las fuerzas de seguridad para diezmar las unidades de Sendero se consideró un éxito de los rebeldes. No obstante, la expansión de las rondas de autodefensa campesina acabó con el mito de la invulnerabilidad de Sendero. Las comunidades locales empezaron a compartir información sobre los miembros de SL con las fuerzas de seguridad. Por eso era tan importante para el partido aumentar el coste de la deserción, por lo que llevó a cabo masacres como castigo colectivo contra las comunidades que mostraban una inclinación a cambiar de bando (Granados, 1992: 32-6).

El gráfico 4.3 representa muy bien la dinámica del castigo colectivo en Ayacucho y sus regiones circundantes (véase De la Calle, 2017, para las fuentes utilizadas). El número de asesinatos por parte de Sendero fue relativamente bajo durante los dos primeros años del conflicto, pero se disparó durante los dos siguientes, con más de 3.000 muertes en Ayacucho durante 1983-1984. El puro agotamiento físico producido por la lucha a tres bandas en Ayacucho (entre los militares, Sendero y las rondas) animó a la dirección de Sendero a ampliar el conflicto y transferir unidades a

provincias en las que los militares no tenían vía libre porque aún no estaban bajo la declaración de estado de emergencia. En 1985, SL estableció un campamento en el Alto Huallaga, una de las zonas cocaleras de más rápido crecimiento del mundo. El acceso al comercio de coca permitió a las unidades de Sendero en la región adquirir mejor armamento y llevar a cabo asaltos más audaces (Weinstein, 2007: 81-95). El grupo, asimismo, trató de acelerar el ritmo de sus operaciones en Lima.



La llegada de un nuevo presidente, Alan García (1985-1990), concedió un tiempo precioso a Sendero. Con un programa socialdemócrata, García rechazó el uso de la represión abierta contra los grupos rebeldes y trató de ganárselos mediante llamamientos a un final negociado del conflicto. Como cabía esperar, los militares no quedaron satisfechos con esa estrategia y decidieron no colaborar. Todo cambió, sin embargo, cuando Guzmán decidió desafiar la buena disposición de García mediante tres levantamientos carcelarios liderados por presos de Sendero en 1986, en medio de una cumbre internacional organizada por el Gobierno en Lima. Enfurecido por esta provocación, García dio plenos poderes a los militares para hacer frente al motín; se produjo un baño de sangre, con el asesinato de cientos de veteranos senderistas en prisión. A partir de ese momento, el Gobierno sometió a un número creciente de provincias a estados de emergencia y transfirió el poder civil a los militares para hacer frente a la insurgencia (Palmer, 1995).

Junto con la “ampliación del campo de batalla”, la principal contribución de la segunda etapa de la guerra fue un mayor peso de las operaciones urbanas. Al principio, Lima era sobre todo un lugar para reclutar cuadros de las universidades, plantas industriales y barrios chabolistas; las acciones armadas en estos lugares eran principalmente ataques propagandísticos de cierta espectacularidad, como el famoso ahorcamiento de perros en farolas de la ciudad en diciembre de 1980 con carteles de denuncia de Deng Xiaoping (Gorriti, 1990: 188; McCormick, 1992: 25). Cuando los militares se desplegaron en Ayacucho a finales de 1982, Sendero creó el Comité Metropolitano, encargado de dirigir las operaciones armadas en Lima y sus alrededores.

El Comité Metropolitano se ganó fama de funcionar mal, por diversas razones. En primer lugar, los militantes limeños se quejaban de que la escasez de armamento ponía en peligro sus planes operativos. A diferencia de sus compañeros rurales, no estaban dispuestos a llevar a cabo atentados sin la potencia de fuego adecuada, pues en un entorno urbano podían ser capturados fácilmente. Al mismo tiempo, los dirigentes insistían en que los blancos debían seleccionarse con sumo cuidado, principalmente entre quienes desempeñaban un papel en la represión, lo que planteaba más obstáculos a la acción (Jiménez, 2000: 222). En segundo lugar, una parte de los militantes limeños no estaban conformes con la estrategia de Sendero de dar primacía al campo. Pensaban que la rebelión debía centrarse en las zonas urbanas, allí donde residía el poder. Para los dirigentes maoístas, semejante planteamiento era una herejía ideológica que merecía ser castigada; este conflicto también retrasó el plan de ataques urbanos. En tercer lugar, el comité trató al principio de imitar la estructura organizativa de los batallones rurales, donde los militantes tenían vínculos en diferentes secciones. Este formato posibilitó redadas policiales que diezmaron las filas de la organización. La paranoia de estar infiltrados, tanto por parte de la policía como por la de rivales de extrema izquierda (como el entonces naciente Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, MRTA), también contribuyó a la ralentización de los atentados. Debido a todos estos contratiempos, Sendero se vio obligado a adoptar un sistema de comunicaciones distinto, en el que las células del comité estaban aisladas unas de otras y divididas según las funciones que desempeñaban (por

ejemplo, logística, propaganda, escuadrones de la muerte, etc.), todo ello con el propósito de mejorar la supervivencia y eficacia del grupo.

Había un cierto consenso en el seno de Sendero en torno a la falta de eficacia de las unidades en Lima. La tabla 4.1 muestra el desglose de las operaciones según tácticas entre junio de 1984 y junio de 1986, tal como fue compilado por el propio Sendero (el original se encuentra en Mercado, 1987: 15-19). En el núcleo geográfico de las operaciones, que comprendía Ayacucho, Huancavelica y Apurímac, SL recurrió a la guerra de guerrillas. En cambio, en Lima, la mayoría de los ataques fueron propagandísticos, con una proporción mucho menor de ataques mortales. Los ataques en Lima metropolitana representaron el 8,4% de todas las acciones, pero el 17% de los sabotajes y el 15% de la propaganda y agitación armada. Esta última pretendía explotar el papel clave de la capital como "caja de resonancia". Con todo, el hecho de no llevar a cabo asesinatos selectivos en Lima se convirtió en un lastre. En palabras de Sendero: "En la capital hay espacio de sobra para aniquilar enemigos, dada la gran concentración de autoridades centrales" (Mercado, 1987: 18).

Tabla 4.1

Tácticas armadas de Sendero Luminoso, junio de 1984-junio de 1986

Tácticas	Ayacucho, Huancavelica y Apurímac	Lima metropolitana	Otras regiones	Total
Guerra de guerrillas	54,4	36,0	12,0	16,8	45,9
Sabotaje	8,0	18,6	23,7	26,9	11,8
Asesinatos selectivos	9,6	9,2	3,8	1,7	8,2
Propaganda y agitación armada	28,0	36,2	60,1	54,6	34,1

Fuente: Sendero Luminoso, reproducido por Mercado (1987). Desgraciadam

Ante la incapacidad del Comité Metropolitano de Sendero para mantener el ritmo de la violencia en el campo, la dirección tomó una decisión audaz en 1986, al militarizar uno de sus brazos legales, Socorro Popular (SP, más conocido como Sopo), que se encargaba de dar asistencia legal a los presos, ayudarles a comunicarse con sus familiares y presionar a las autoridades para que investigaran los episodios de violaciones de derechos humanos por parte de los organismos de seguridad (Jiménez, 2000). Socorro Popular era una organización no clandestina, con una triple ventaja: tenía una presencia legal y abierta, permitía establecer un vínculo entre la dirección y las prisiones, y era un medio para el reclutamiento a través de las redes de familiares y simpatizantes. La mayoría de los dirigentes de Sopo llevaban una doble vida, complementando sus tareas públicas a favor de los presos con el trabajo clandestino en células terroristas que operaban en Lima. Este cambio organizativo tuvo mucho éxito, hasta el punto de que Lima se convirtió en uno de los principales escenarios bélicos del conflicto a principios de los años noventa.

En un primer momento, Sendero fue muy selectivo en su proceso de reclutamiento en Lima, optando por una promoción lenta de los cuadros, que iban pasando de las "células de iniciación" —dedicadas a recopilar información y difundir propaganda— hasta las unidades más comprometidas de los comandos encargados de ejecutar asesinatos y atentados con bomba. El partido tenía una presencia clave en las universidades, las asociaciones juveniles y los barrios de chabolas formados por inmigrantes que rodeaban la capital (Burt, 1998; Degregori, 2011: cap. 5). Dada su estructura de red clandestina, era importante evitar las deserciones en las ciudades. Como dijo un destacado experto en Sendero: "A diferencia de los cuadros rurales del Sendero, que eran campesinos reclutados localmente bajo presión de los senderistas, las células urbanas estaban formadas en gran parte por militantes convencidos, que creían ciegamente en el discurso del grupo" (Tapia, 1997: 137).

Para no perder el apoyo de la población urbana, Sendero tuvo especial cuidado en la selección de los objetivos (De la Calle, 2017; Jiménez, 2000: 553-4). Este enfoque cauteloso en las ciudades dio

sus frutos, pues las encuestas muestran que el público no estaba abrumadoramente en contra de la rebelión a finales de la década de 1980. Por ejemplo, una encuesta pública reveló que el 33% de los adolescentes de las escuelas urbanas de clase baja consideraban que los senderistas eran "luchadores sociales" más que criminales o fanáticos (Portocarrero, 1998: 205). De forma similar, un estudio a escala nacional encargado por el Senado peruano en 1989 puso de manifiesto que el 22% de los peruanos no identificaba a los miembros del SP como "terroristas" (Senado de la República, 1989).

A esta red armada urbana y clandestina se le otorgó un papel importante durante la tercera etapa de la guerra. Desde principios de los años noventa, Guzmán creía que Sendero había alcanzado la fase de "equilibrio estratégico" del conflicto: un periodo de gran inestabilidad en el que la guerra de guerrillas daría paso a una guerra de movimientos. En esta fase, los principales combates se trasladarían del campo a la ciudad, con el fin, en este caso, de forzar el colapso del Gobierno peruano. En general, quienes han analizado la cuestión coinciden en que esta ofensiva fue un último intento de ocultar la creciente debilidad del grupo en el campo, donde muchas comunidades habían creado grupos de autodefensa respaldados por el Gobierno (Degregori, 1998). La dirección de Sendero, no obstante, lo veía de otro modo, como declaró su número dos, Elena Yparraguirre:

En la primera reunión plenaria del nuevo Comité Central, Abimael [Guzmán] expuso la tesis del equilibrio estratégico. Planteó liberar una zona donde pudiéramos establecer una escuela militar y una escuela política; tipo Yenan. El comité permanente era muy consciente de la necesidad de formar nuevos cuadros. Solo en Lima habían entrado 800 nuevos militantes en SL. Casi todos eran desconocidos para nosotros. Estábamos creciendo a un ritmo acelerado (Zapata, 2017: 297).

Es posible que ambas versiones tengan algo de cierto: los dirigentes de Sendero interpretaron la creciente llegada de reclutas limeños como una señal (errónea) de fortaleza general, mientras que los

senderólogos dedujeron (también erróneamente) que la creciente actividad del grupo en Lima era una señal de su debilidad.

En cualquier caso, la dirección de Sendero estaba dispuesta a comprometer recursos para ejercer una presión adicional sobre las fuerzas de seguridad y las autoridades políticas. Si volvemos al gráfico 4.3, el número de asesinatos cometidos por SL alcanzó su segundo máximo de la década en 1989 y no bajó del umbral de 400 hasta 1993, tras la detención de sus dirigentes. Por otra parte, el número de muertes en Lima aumentó drásticamente a principios de la década de 1990. Al igual que ETA a finales de los ochenta, cuando la organización vasca pensó que podía obligar al Gobierno español a ceder mediante un aumento de los atentados con coches bomba, Sendero optó por este tipo de atentados en Lima para aprovechar al máximo su fuerza coercitiva, como ilustra el ejemplo del coche bomba de Tarata presentado en la introducción. Las bombas en Lima sumaron el 37% de todas las bombas de Sendero en 1988 (siendo las bombas el 41% del conjunto de todos los ataques realizados). En 1991, las bombas representaron el 56% de todos los atentados y se concentraban especialmente en Lima y Arequipa (68%).

Tabla 4.2

Zonas de control y distribución de tácticas por presidencia

(todos los ataques de GTD1 incluidos)

PRESIDENCIA (1980-1985) PRESIDENCIA (1985-1990) PRESIDENCIA (1990-2000)

Zonas de control	Zonas sin control		Zonas de control	Zonas sin control		Zonas de control	Zonas sin control	
Estado	Disputada	Rebelde	Estado	Disputada	Rebelde	Estado	Disputada	Rebelde
Bombas	0,36	0,07	0,11	0,19	0,05	0,12	0,25	0,09	0,06
Instalación	0,51	0,69	0,66	0,46	0,58	0,54	0,41	0,43	0,55
Asesinato	0,13	0,23	0,22	0,34	0,36	0,33	0,33	0,55	0,38
Nº (ciudades)	56	56	54	309	90	87	87	32	43

Fuente: De la Calle (2015b).

Independientemente de las cifras absolutas de ataques perpetrados en los distintos escenarios del conflicto, la tabla 4.2 muestra una estabilidad llamativa en la distribución de las tácticas a lo largo del conflicto. A partir del análisis de De la Calle (2015b), distinguimos entre distritos bajo control de los rebeldes (medido por los intentos exitosos de SL de boicotear las elecciones), distritos con control en disputa (los rebeldes obligaron a muchos votantes a realizar votos nulos, pero el ejército pudo, no obstante, celebrar las elecciones) y distritos bajo control estatal (los boicots no tuvieron impacto). Además, volvemos a utilizar los datos del GTD1 para clasificar tres tácticas principales (véase el capítulo 3 sobre la operacionalización). Los ataques de tipo guerrillero (ataques a instalaciones) predominaron en las zonas rebeldes y disputadas, sobre todo durante la fase inicial del conflicto (nótese que GTD1 codifica las operaciones de sabotaje como ataques a "instalaciones" [facilities]). Como cabía esperar de acuerdo con nuestro argumento, los atentados con explosivos fueron más comunes en los distritos bajo control estatal pleno; la suma de atentados con explosivos y asesinatos representó más del 50% de los atentados en estos distritos, tanto durante la presidencia de García como durante la de Fujimori.

Alberto Fujimori fue elegido presidente en julio de 1990 presentándose con un programa claramente populista. Consiguió desbaratar lo que Sendero llamaba "equilibrio estratégico" gracias al autogolpe que dio. El 5 de abril de 1992 disolvió el Congreso y garantizó a los militares el poder y los recursos que hicieran falta para aplastar definitivamente a la insurgencia. Sorprendentemente, Sendero vio en ello la prueba de una próxima intervención estadounidense, que, según pensaban los líderes del grupo, avivaría la rebelión. Mientras, Guzmán y el resto del comité central de SL estaban haciendo planes para trasladarse a algún lugar del campo, pero sus unidades habían sido incapaces de obtener una ubicación segura (Zapata, 2017). En medio de la más intensa campaña terrorista en Lima, Guzmán y tres senderistas destacadas fueron detenidos en un barrio de clase alta de Lima. Esto dio a Fujimori una gran popularidad. A finales de 1993, solo un año después de la caída de Guzmán, Sendero estaba prácticamente acabado. La

detención del líder tuvo efectos drásticos en la moral de los militantes y muchos de ellos dejaron las armas y se acogieron a la ley de arrepentimiento aprobada en 1992 (Bermúdez, 1995). El posterior llamamiento de Guzmán a la rendición simplemente aceleró el proceso.

¿Por qué una insurgencia tan formidable llegó a su fin de forma tan rápida? Parte de la respuesta la ofrece la número 2 del grupo: "En contra de la opinión de muchos analistas, no creo que los grupos de autodefensa campesina fueran tan relevantes para nuestra derrota. En realidad, su capacidad para superar nuestras estructuras locales se construyó después de nuestra detención. Creo que la caída de nuestra dirigencia fue el punto de inflexión de la guerra" (Zapata, 2017: 306).

Otros autores coinciden con esta interpretación. La apariencia de que la victoria de Sendero era inevitable procedía en última instancia de la fuerza que ejercía su liderazgo invisible, escondido durante más de dos décadas. Más que de una evaluación objetiva de su capacidad militar, la energía de Sendero procedía de la capacidad de su liderazgo para sobrevivir y reconstruir redes de militantes (Granados, 1992: 105-8). Esta energía se disipó con rapidez cuando la cúpula fue finalmente capturada en Lima en 1992.

4.3.3. Conclusiones

La guerra civil peruana se cobró más de 50.000 vidas, entre Sendero, la represión estatal, las rondas campesinas (grupos de autodefensa) y las acciones de otros grupos menores como el MRTA y el ultraderechista Comando Rodrigo Franco. La mayor parte de la violencia se concentró en torno a la región de la sierra central, donde SL luchaba por el control territorial. Solo Lima mostró un patrón diferente, con muchos atentados terroristas en zonas en las que los rebeldes no contaban con control territorial. Esta naturaleza dual del conflicto aún resuena en los testimonios, sorprendentemente diferentes, recogidos en las zonas rurales y en la

capital: mientras que la mayoría de los capitalinos vivió el conflicto como un conflicto terrorista de baja intensidad, los habitantes de los Andes sufrieron una guerra civil extremadamente cruel.

Una encuesta realizada en 2006, por encargo del Instituto de Democracia y Derechos Humanos (IDEHPUCP), sobre los recuerdos de los ciudadanos acerca del conflicto ilustra claramente este patrón (véase Sulmont, 2007). Mientras que el 51% de los encuestados de Lima identificó de forma abrumadora la década 1980-1990 con el "terrorismo", los encuestados de Ayacucho dividieron sus respuestas entre "terrorismo" (46%) y "masacres" (35%), un término más ambiguo que también podría abarcar el comportamiento del Ejército (en Lima, un insignificante 3% dio esta última respuesta). Esta comprensión radicalmente diferente del conflicto también se puso de manifiesto cuando el 60% de los encuestados en Lima argumentaron que es necesario recordar el pasado para asegurarse de que la violencia nunca vuelva, en comparación con el 61% de los encuestados de Ayacucho, que prefería no revivir el pasado. No es de extrañar que la mayoría de los limeños (59%) piense que los presos de Sendero deberían tener limitados sus derechos políticos, mientras que esa opinión solo la sostenía el 31% de los encuestados de Ayacucho, con una mayoría del 52% a favor de conceder plenos derechos a los que ya habían cumplido sus condenas. Claramente, para los limeños, Sendero era una banda terrorista mientras que, para los ayacuchanos, se trataba de una insurgencia guerrillera extremadamente violenta.

4.4. Conclusiones

Los estudios de caso de este capítulo ilustran la tipología de la violencia presentada en el capítulo 2. En la tabla 2.1 se cruzan dos tipos de actores (los que actúan en la clandestinidad y los que tienen control territorial) y dos tipos de acciones (tácticas que pueden llevarse a cabo clandestinamente y tácticas que requieren cierto grado de control sobre el espacio). Las categorías resultantes (terrorismo puro, terrorismo llevado a cabo por guerrillas, protoguerrilla y guerrilla pura) proporcionan un marco conceptual útil para analizar las similitudes y diferencias entre los tipos de grupos rebeldes y los tipos de tácticas violentas. Este punto de referencia teórico nos permite situar a los actores y las tácticas en diferentes celdas según el mecanismo generador de la violencia. Este mecanismo, de acuerdo con nuestra tesis, gira en torno al control territorial.

La comparación entre los Tupamaros, ETA y Sendero Luminoso es reveladora. Mientras que los Tupamaros y ETA eran grupos clandestinos, Sendero Luminoso obtuvo desde el principio cierto grado de control territorial en varios distritos de la cordillera andina. Según la teoría, deberíamos encontrar menos variación táctica en los grupos clandestinos que en el grupo con control territorial. Los análisis de este capítulo así lo confirman. Sendero Luminoso puso en marcha una estrategia dual, trató de controlar vastas zonas en las sierras y realizó ataques clandestinos en la capital. En cambio, tanto los Tupamaros como ETA tuvieron que limitarse a tácticas clandestinas, que podrían calificarse de típicamente terroristas. La heterogeneidad táctica de Sendero Luminoso hace imposible una caracterización única del grupo. Si nos referimos a él como un grupo terrorista, pasamos por alto su dimensión insurgente; y si decimos que era una guerrilla, no tenemos en cuenta la peculiaridad de SL de combinar tácticas guerrilleras y terroristas (a diferencia de las FARC en Colombia, que en general se ciñeron a un perfil puramente guerrillero a lo largo de

su dilatada existencia). Aunque pueda resultar un poco engorroso, pensamos que la descripción que mejor se ajusta a Sendero Luminoso es la de ser un grupo guerrillero que realizaba tanto ataques guerrilleros como terroristas. El terrorismo se concentró en la capital, donde el grupo rebelde tuvo que actuar en secreto.

ETA no tenía control territorial. Sin embargo, esta organización es cualitativamente diferente de los Tupamaros porque, tras la muerte de Franco y durante la primera década de democracia, dispuso de una especie de refugio seguro o santuario en el País Vasco francés, que cumplía algunas de las funciones del control territorial. En el caso de ETA, al menos al principio, sus miembros podían moverse más o menos libremente y podían almacenar armas y documentos. La fuerza resultante, de la que nunca disfrutaron los Tupamaros, permitió a ETA lanzar una guerra de desgaste contra el Estado español en la década de 1980, que pretendía superar la resistencia estatal mediante una campaña sostenida de violencia contra las fuerzas de seguridad. Una vez desaparecido el santuario, cuando Francia endureció su posición respecto a ETA, la organización se mostró incapaz de mantener la presión sobre el Estado español. Tras la captura de toda la cúpula en Francia en 1992, ETA nunca se recuperó y tuvo que sustituir su estrategia de guerra de desgaste por un enfoque con una orientación más política y menos basada en la actividad armada, intentando conseguir que los partidos nacionalistas no violentos participaran en una amplia coalición a favor de la independencia del País Vasco.

Los Tupamaros representan la forma más pura de terrorismo. El grupo desarrolló un modelo, el de la guerrilla urbana, que fue ampliamente imitado por otros grupos clandestinos a partir de entonces. Los Tupamaros argumentaron que la clandestinidad en Uruguay venía dictada por una geografía desfavorable. Como muchos otros grupos revolucionarios, optaron por los tiroteos en lugar de las bombas. Aunque los Tupamaros eran plenamente conscientes de las limitaciones con las que debían operar por permanecer en la clandestinidad, esto no disuadió a sus dirigentes de emplear tácticas de guerrilla en un principio. Para transmitir su fuerza y determinación, reprodujeron un asalto guerrillero al municipio de Pando. Pero fue más una táctica propagandística que un intento efectivo de hacerse con el control territorial, y no acabó

bien. En una línea similar, el fundador del grupo, Raúl Sendic, emprendió una campaña protoguerrillera en el campo, el llamado Plan Tatú, para abrir un nuevo frente de batalla. También fue un rotundo fracaso, lo que ilustra el carácter transicional de la categoría protoguerrilla: de haber tenido éxito, los Tupamaros habrían alcanzado control territorial, desplazando a los Tupamaros de la columna de la izquierda a la de la derecha en la tabla 2.1; sin embargo, el fracaso de estos intentos de apoderarse del territorio devolvió al grupo a la celda original, la del terrorismo puro.

Este breve resumen de los tres casos demuestra que nuestras categorías son capaces de captar las especificidades de los grupos armados, así como de establecer comparaciones significativas entre ellos en cuanto a la relación entre los rebeldes y el territorio. En el próximo capítulo mostraremos cómo nuestro marco teórico explica también los cambios tácticos de los rebeldes a lo largo del tiempo.

CAPÍTULO 5

VARIACIONES EN EL CONTROL TERRITORIAL

DENTRO DE LOS GRUPOS ARMADOS

Las comparaciones detalladas de grupos armados resultan útiles para analizar las variaciones que se dan en la relación entre rebeldes y control territorial. En el capítulo previo examinamos un grupo totalmente clandestino (los Tupamaros), un grupo clandestino con un santuario en el extranjero (ETA) y un grupo con control territorial que empleaba con frecuencia tácticas terroristas (Sendero Luminoso). El análisis de los casos revela, entre otras cosas, que los líderes rebeldes son conscientes de las limitaciones bajo las que actúan, así como de las implicaciones que tiene organizar la violencia desde la clandestinidad.

Una prueba más exigente de nuestro argumento consiste en demostrar que los cambios en la correlación de fuerzas entre los rebeldes y sus Estados rivales se corresponden estrechamente con los cambios en el repertorio de violencia de los rebeldes. Si nuestra conceptualización del terrorismo identifica las "articulaciones" de la violencia política, deberíamos observar adaptaciones en la estrategia y las tácticas cuando un grupo armado gana o pierde control territorial. Al observar la variación dentro del grupo, mantenemos constantes sus metas y cultura organizativa, al tiempo que cambian las limitaciones y oportunidades a las que se enfrentan los rebeldes. En este capítulo analizaremos dos conflictos con variaciones temporales de este tipo y que además han tenido gran relevancia internacional: el conflicto palestino-israelí y el Estado Islámico en Irak y Siria (ISIS).

La elección del conflicto palestino-israelí requiere poca justificación, dada su prominencia en la política internacional y su larga data; ha sido una fuente de inestabilidad política en la región durante décadas. Precisamente por su larga duración, podemos rastrear las mutaciones de la lucha armada palestina, incluyendo la obtención y pérdida de santuarios fuera de Israel, las campañas de terrorismo internacional, las infiltraciones en Israel y su eventual control territorial en parte de los territorios ocupados. Todos estos cambios

en la capacidad operativa del movimiento palestino han tenido un efecto profundo en la dinámica del conflicto.

En cuanto al ISIS, su evolución es extraordinaria: empezó como un grupo clandestino en Irak; fue capaz de liberar territorio cuando las tropas estadounidenses empezaron a abandonar el país en 2006, pero alienó a la población local y lo perdió; y luego, cuando estaba al borde de la derrota, resucitó gracias a la guerra civil siria. Finalmente, capturó varios distritos en Siria e Irak, e incluso reivindicó la condición de Estado sobre un área equivalente al tamaño de Gran Bretaña. Sin embargo, no pudo resistir la presión militar de sus enemigos. El ascenso y caída del ISIS se produjo en menos de una década. Gracias a esta variación, podemos analizar el efecto de la expansión y retroceso territorial sobre las tácticas armadas del grupo.

5.1. El conflicto palestino-israelí

El análisis de la lucha armada palestina es instructivo por dos motivos. En primer lugar, los grupos armados palestinos que actuaron a finales de los sesenta y la década de 1970 constituyeron el núcleo de lo que Rapoport (2004) ha denominado la "tercera ola de terrorismo", en la que también participaron grupos nacionalistas como el IRA y ETA (De la Calle, 2015a), y organizaciones revolucionarias como las Brigadas Rojas y la Fracción del Ejército Rojo (Sánchez-Cuenca, 2019). Las organizaciones palestinas no solo fueron fuente de inspiración para activistas de otros lugares, sino que también proporcionaron entrenamiento a militantes de varios grupos y organizaron operaciones conjuntas con grupos como el Ejército Rojo japonés (Farrell, 1990) o la Fracción del Ejército Rojo (Aust, 2008; Smith y Moncourt, 2009). Estas formas de colaboración dieron lugar a teorías conspirativas que sostenían que existía una red terrorista internacional (Demaris, 1977).

En segundo lugar, la lucha armada palestina despliega una amplia variación interna, cubriendo casi el catálogo completo de conflictos violentos. Así, observamos grupos territoriales y clandestinos, grupos híbridos, santuarios en países extranjeros, terrorismo internacional, actividad guerrillera y guerras interestatales. También existe una interesante variación a lo largo del tiempo, con distintas combinaciones de conflictos internos, regionales e internacionales. El conflicto palestino, además, mutó a principios de la década de 1990 debido a los Acuerdos de Paz de Oslo: por un lado, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) se convirtió en la nueva Autoridad Palestina y pasó a controlar parte de los territorios ocupados; por otro, Hamás (que pertenece a una generación terrorista diferente, la de la "cuarta ola" de Rapaport) surgió como el grupo armado dominante en Gaza. A partir de entonces, el grueso de la violencia basculó hacia los territorios ocupados e Israel, a la vez que el terrorismo internacional impulsado por la OLP desapareció por completo.

El conflicto palestino-israelí, por tanto, pone a prueba nuestros conceptos. Las cuatro categorías descritas en la tabla 2.1 (terrorismo puro, guerrilla pura, terrorismo cometido por grupos guerrilleros y protoguerrilla) pueden encontrarse en la evolución del conflicto en función de la relación entre los grupos armados y el territorio. Esta relación también explica la adopción de atentados internacionales. Nuestro principal objetivo es persuadir al lector de que el aparato conceptual del capítulo 2 puede arrojar luz sobre las modulaciones de la violencia en los grupos armados palestinos.

Nos gustaría advertir que no vamos a añadir nada nuevo al relato convencional sobre el conflicto palestino-israelí. Aunque cubrimos un periodo bastante largo, de 1965 a 2008, nos centramos en un único aspecto, la evolución de la actividad armada desde la perspectiva del control territorial, de forma que solo prestamos atención a la evolución política del conflicto en la medida en que es necesario para entender el contexto. Ofrecemos primero una reconstrucción cualitativa de la lucha armada palestina, para lo que distinguimos dos grandes periodos, antes y después de la primera intifada, y complementamos este análisis con un examen del terrorismo internacional. Cerramos la sección con algunos datos cuantitativos que confirman en gran medida las principales conclusiones del análisis cualitativo.

5.1.1. El primer ciclo de violencia (1965-1987)

Tras su derrota militar ante Israel en 1948, los países árabes, muy influidos por el panarabismo, no fomentaron la formación de una organización autónoma palestina. Los palestinos, a su vez, se contentaron con esperar a que una alianza de las potencias árabes liderada por Egipto venciera a Israel (Rubin 1994: 9). Nasser, paladín del panarabismo, pensaba que la existencia de Israel era el principal obstáculo para la unificación árabe. La creación de un movimiento de liberación palestino podría ser útil, pero solo en cuanto que contribuyera a la derrota de Israel y la reunificación árabe.

En este sentido, la formación de la OLP no fue un desarrollo totalmente autónomo por parte de los líderes palestinos. En enero de 1964, la conferencia de la Liga Árabe en El Cairo autorizó al diplomático palestino al-Shuqayri, bajo la influencia de Nasser, a crear una entidad política palestina. El 28 de mayo de ese año, 422 delegados palestinos se reunieron en Jerusalén para crear la OLP y redactar el Pacto Nacional Palestino. Según su artículo 13, "la unidad árabe y la liberación de Palestina son dos objetivos complementarios. Así, la unidad árabe conduce a la liberación de Palestina, la liberación de Palestina conduce a la unidad árabe". A su vez, el artículo 9 declaraba que "la lucha armada es la única vía para liberar Palestina".

La OLP tuvo desde el principio una fuerte orientación estatista (Sayigh, 1997: 98), con una constitución, un parlamento (Consejo Nacional), un gobierno (Comité Ejecutivo), una tesorería, y un ejército: el Ejército de Liberación de Palestina (ELP) (Baracskay, 2011: 44). Sin embargo, no era más que un Estado de papel, una superestructura institucional, carente de territorio propio, ya que Jerusalén seguía bajo el control de Jordania en aquella época.

El ELP, generosamente financiado por los Estados árabes, era un ejército convencional con tanques y artillería (O'Neill, 1978: 5). Sin embargo, este tipo de organización militar era inadecuada para el tipo de guerra irregular que los militantes llevaban a cabo en su lucha contra Israel. Un pequeño grupo de combatientes (llamados fedayines), agrupados en torno a Fatah, una organización creada a finales de la década de 1950, decidió no unirse inicialmente a la OLP (aunque acabó haciéndolo en 1967). Su líder, Yasser Arafat, consideraba que un ejército regular, como el ELP, no era apropiado para combatir a Israel. Arafat, muy impresionado por el éxito del Frente de Liberación Nacional de Argelia en 1962, creía que, ante la capacidad militar de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) solo funcionarían las operaciones irregulares. A pesar de su reducido tamaño (menos de trescientos reclutas), Fatah contó con el apoyo estratégico de Siria, cuyo objetivo era contrarrestar la influencia de Egipto en el mundo árabe.

La fortaleza inicial de Fatah estuvo en sus bases (santuarios) en Siria y Líbano, así como la libertad de movimientos en Jordania.

Los ataques iniciales dentro de Israel consistieron en incursiones desde la frontera jordana, cuyo objetivo era solamente destruir infraestructura. La primera incursión tuvo lugar el 1 de enero de 1965. Para facilitar los ataques, los fedayines establecieron nuevos campamentos en Cisjordania, cerca de la frontera que separa Jordania de Israel. Aunque Fatah evitaba los enfrentamientos con el ejército israelí, sus acciones desencadenaron las primeras represalias israelíes contra los campamentos palestinos de Cisjordania. El objetivo inicial de Fatah era emplear la violencia para movilizar a la población palestina que vivía en Israel, con el fin de provocar una fuerte reacción por parte de Israel que acabara empujando a los países árabes a intervenir en una guerra abierta (Sayigh, 1997: 120). Como en muchos otros casos de lucha armada nacionalista, la estrategia se basaba en el mecanismo de acción-reacción que busca forzar al rival a responder con un nivel de represión tan desorbitado que contribuye a alimentar el apoyo social al grupo armado.

La violencia de Fatah fue relativamente menor (10 asesinatos en 1965, otros 10 en 1966 y 16 en 1967) y no desencadenó la esperada revolución, pero tuvo varias consecuencias importantes[62]. En primer lugar, radicalizó a la OLP, que hubo de adaptarse a la nueva situación y adoptar tácticas irregulares. Además, generó tensiones entre los países árabes y entre estos e Israel. Un buen ejemplo puede ser el incidente de Samu, en noviembre de 1966, en el que tres soldados israelíes murieron por la explosión de una mina colocada por palestinos que habían cruzado la frontera jordana (Shemesh y Tlamin, 2002). Al día siguiente, el ejército israelí entró en Cisjordania y llevó a cabo una operación de represalia en el pueblo de Samu que incluyó la demolición de casas y una batalla con unidades del ejército jordano, en la que murieron al menos 15 combatientes jordanos. La operación desencadenó una oleada de protestas y disturbios sin precedentes entre los palestinos de Cisjordania. El ejército jordano intentó controlar las protestas de forma violenta (por ejemplo, tres manifestantes fueron asesinados en Nablús el 21 noviembre). Este tipo de incidentes generó tensiones crecientes entre los países árabes e Israel. El rey de Jordania no pudo soportar la presión popular en su país tras la represalia de Samu y se acercó a la postura de Egipto. Por su parte, los enfrentamientos entre el ejército sirio y las FDI también fueron

frecuentes a lo largo de la frontera israelí. En junio de 1967, Egipto movilizó tropas en el Sinaí, e Israel respondió lanzando un ataque devastador que inició la llamada guerra de los Seis Días; Jordania y Siria se unieron al conflicto, pero también fueron derrotadas. La superioridad militar de Israel se manifestó en el control de la península del Sinaí y la Franja de Gaza en Egipto, los Altos del Golán en Siria y Cisjordania en Jordania.

La derrota de los países árabes cambió profundamente el tablero geopolítico de Oriente Medio y tuvo consecuencias importantes para el conflicto palestino. En primer lugar, un elevado número de palestinos abandonó los territorios ocupados de Cisjordania y la Franja de Gaza; entre 200.000 y 250.000 palestinos se exiliaron, la mayoría de ellos reubicados en Jordania. Al mismo tiempo, tras hacerse con el control de Gaza y Cisjordania (Jerusalén incluida), de un día a otro Israel pasó de gobernar 300.000 palestinos a tener que controlar más de un millón (O'Neill, 1978: 7).

La guerra de los Seis Días transformó la lucha palestina de un conflicto interestatal a un conflicto interno ligado a Israel. La derrota militar árabe supuso que, a partir de 1967, los palestinos tendrían que luchar por sí mismos para liberar a su pueblo. Esto obligó tanto a la OLP como a otros grupos armados palestinos a abrir un proceso de reflexión sobre las tácticas más eficaces a seguir. Los palestinos seguían contando con la protección de Jordania, Líbano y Siria, sin los cuales no habrían tenido campamentos fuera de Israel. Los santuarios de estos países fueron sin duda cruciales para la supervivencia de los grupos armados. Pero ahora las guerrillas tenían que resolver la cuestión de cómo derrotar a Israel sin depender de la intervención directa de los ejércitos árabes.

La respuesta inmediata de Fatah fue instigar un levantamiento en los territorios ocupados (Chailand, 1972: 62; Rubin, 1994: 16; Sayigh, 1997: 147). Los ataques armados pretendían ser la chispa que encendiera la llama revolucionaria. En septiembre de 1967, hubo una convocatoria de huelga general en Cisjordania, pero tuvo un seguimiento desigual y las autoridades israelíes reprimieron la protesta. Las medidas de castigo contra la resistencia armada incluyeron toques de queda, arrestos domiciliarios, cierre de zonas

enteras y expulsiones (Morris, 2001: 341). Las fuerzas de seguridad israelíes neutralizaron eficazmente la violencia en los territorios ocupados. A lo largo de 1967, 1.000 militantes palestinos fueron detenidos en Israel y 200 murieron (Morris, 2001: 366). La mayor parte de líderes y militantes tuvieron que abandonar el país y establecerse en santuarios fuera de Israel. No habría mucha más actividad insurgente en los territorios ocupados hasta la primera intifada de 1987 (Sayigh, 1997: 173).

El grueso de los rebeldes se asentó en Jordania. En términos de nuestro marco teórico, en 1968 la guerrilla obtuvo control territorial en Jordania (un santuario), pero no en Israel. La OLP no solo tenía campamentos, sino que se convirtió en un Estado dentro del Estado jordano, con un aparato administrativo en Ammán que ofrecía servicios a los palestinos (Hudson, 1972: 67). Pero Jordania no era el teatro de las operaciones armadas, pues el objetivo seguía siendo infiltrarse en Israel y atacar allí. A pesar de los miles de reclutas entrenados en tácticas de guerrilla, Fatah nunca tuvo mucha fuerza para ejecutar esas incursiones. En este sentido, la situación no era muy distinta de la del Congreso Nacional Africano, con miles de reclutas fuera de Sudáfrica y muy poca capacidad para entrar en el país (véase el capítulo 2).

Las operaciones de la OLP en Israel fueron breves y limitadas, llevadas a cabo por grupos móviles de entre 10 y 15 militantes, y con unas tácticas más parecidas a las de un grupo clandestino que a las de una guerrilla. La gran mayoría de los atentados consistieron en explosiones de bombas dirigidas contra infraestructura y civiles, sin apenas enfrentamientos físicos entre los fedayines y las FDI. Un acontecimiento significativo fue la explosión de un autobús escolar israelí en el desierto del Néguev por una mina terrestre el 18 de marzo de 1968, que mató a dos profesores e hirió a 28 niños (Terrill, 2001: 95). Los palestinos alegaron que la mina estaba situada en terreno militar, pero esta justificación no aplacó la ira en Israel. En represalia, las FDI anunciaron que atacarían el campo palestino de Karameh. La batalla que siguió el 21 de marzo mostró un tipo de violencia muy diferente a la de las incursiones en Israel. Se trató de un enfrentamiento militar abierto entre las FDI y los fedayines, estos últimos apoyados por el ejército jordano. La destrucción de la base de la OLP se prolongó durante 15 horas de

combates, en los que las FDI encontraron mayor resistencia de la esperada. Los palestinos, bajo el liderazgo de Arafat, lucharon enérgicamente, aunque el factor clave fue la intervención de los soldados jordanos. Las estimaciones de víctimas mortales divergen mucho según la fuente: Israel acepta que 20 soldados de las FDI murieron en los combates, mientras que Jordania dice que fueron 75 (Terrill, 2001: 106); en su documentado análisis, Morris (2001: 369) informa de 33 militares israelíes muertos. Lo cierto es que Israel logró el objetivo de destruir el campo de Karameh, pero ello no impidió que ahí naciera la leyenda de la guerrilla palestina y, especialmente, de su líder Yasser Arafat. La inesperada resistencia encontrada por las FDI elevó la moral de los países árabes y de la comunidad palestina; los guerrilleros fueron idealizados y Karameh se convirtió en un momento fundacional en la construcción de la identidad palestina. En los meses siguientes, el número de reclutas se duplicó o triplicó. Según Sayigh (1997: 181), la tasa de crecimiento rondaba el 300%; el número de combatientes de Fatah a tiempo completo aumentó a 2.000, más 12.000 simpatizantes en ciudades y campamentos. Dado el prestigio de Arafat después de Karameh, se convirtió en el presidente de la OLP en febrero de 1969 (Rubin, 1994: 19).

Gracias al control territorial que la OLP tenía de facto en algunas zonas de Jordania, sus guerrillas pudieron participar en batallas militares contra las FDI, como la de Karameh. Pero dada la imposibilidad de mantener el control dentro de Israel, o incluso de organizar ataques desde dentro de los territorios ocupados, los comandos palestinos tuvieron que limitarse a ataques encubiertos y terroristas en territorio israelí. Según la tabla 2.1, la batalla de Karameh sería un caso de violencia guerrillera pura (un grupo con control territorial que emplea tácticas guerrilleras), mientras que las incursiones en Israel entrarían más bien en la celda de violencia terrorista llevada a cabo por grupos que actúan desde santuarios.

A pesar del tamaño de la insurgencia, Israel fue capaz de contener la amenaza. Fatah intensificó sus ataques en 1969, pero no consiguió liberar territorio en las zonas ocupadas por Israel. Como estrategia de desgaste, la guerrilla no fue capaz de imponer un coste significativo a su enemigo. Las bajas israelíes no aumentaron sustancialmente (55 muertos en 1968 y 33 en 1969). La única

excepción se produjo, quizás, en la Franja de Gaza, donde los incidentes fueron numerosos, sobre todo en 1969 y 1970, hasta el punto de que las guerrillas se hicieron con el control de algunos campos de refugiados (en muchos casos solo durante la noche) y establecieron sus propios mecanismos informales de resolución de disputas (Sayigh, 1997: 209). Sin embargo, este fue un logro más bien efímero; tras la muerte de dos niños causada por la explosión de una granada en enero de 1971 en Gaza, las FDI llevaron a cabo una "operación de limpieza" que puso fin a la presencia de guerrilleros en la Franja (Morris, 2001: 370).

Durante el periodo 1967-1970, las operaciones palestinas contra Israel no lograron despegar. La campaña, de hecho, se encontraba en un punto muerto a principios de 1970. La situación, sin embargo, cambió bruscamente en septiembre. La OLP en Jordania se había convertido en una seria amenaza para la legitimidad del rey Hussein (los palestinos que vivían en los campamentos constituían alrededor de un tercio de la población total del reino). Estaba en juego el monopolio de la violencia en el país, pues tanto las instituciones jordanas como la OLP querían ganarse la lealtad de los palestinos. Jordania reaccionó intentando limitar las actividades y la influencia de la OLP. Ya en junio de 1970 se produjeron importantes enfrentamientos entre el ejército jordano y los fedayines que vivían en los campamentos de los alrededores de Ammán (con cerca de 400 muertos; Morris, 2001: 373). Existía un grave riesgo de que estallara una guerra civil entre ambos bandos. Los fedayines organizaron en un par de meses dos intentos de asesinato contra el rey Hussein. El de 15 septiembre, la OLP declaró la creación del primer "sóviet árabe" al norte del país. Solo dos días más tarde, tras una crisis internacional provocada por un episodio de secuestro múltiple (que discutimos más adelante), el ejército jordano inició un asalto total contra la guerrilla palestina, con un balance de muertos de entre 3.000 y 5.000 (Sayigh, 1997: 267). Esto se conoció como el Septiembre Negro y supuso una gran debacle para la OLP, pues en menos de un año fue expulsada del territorio jordano.

La OLP encontró refugio y protección en el Líbano y su cuartel general se trasladó a Beirut. La mayoría de los militantes se instalaron también en el Líbano, al sur del río Litani (la zona pasó a

conocerse como Fatahland). La afluencia de palestinos alteró el precario equilibrio político entre los distintos grupos religiosos y precipitó la guerra civil en la que se sumió el país desde 1975 hasta 1990. Con una dinámica similar a la observada en Jordania, la OLP creó de nuevo un Estado dentro del Estado. Esto condujo, inevitablemente, a enfrentamientos con las fuerzas de seguridad libanesas. En términos de lucha armada, la OLP se implicó en combates irregulares de guerrilla contra otros actores en la guerra civil, y también lanzó operaciones de infiltración en Israel desde el norte (Rubin, 1994: 56). En marzo de 1978, por ejemplo, un comando de Fatah cruzó a Israel desde la costa y se apoderó de un autobús lleno de pasajeros israelíes. Condujeron el autobús por la autopista que lleva a Tel-Aviv y dispararon contra los coches con los que se cruzaban (mataron a un taxista). Tras chocar con un control policial, se produjo un tiroteo con las FDI; el balance final fue de siete rehenes y nueve miembros de Fatah muertos. La respuesta de Israel tres días después consistió en invadir el sur del Líbano, destruir las bases de la OLP y matar a varios cientos de palestinos (Morris, 2001: 460).

En junio de 1982, Israel intentó aplastar a la OLP al lanzar una invasión total del Líbano. Esta vez, las FDI fueron más allá del río Litani y avanzaron hacia el norte hasta alcanzar Beirut. La ocupación de la capital culminó con la matanza de los campos de refugiados de Sabra y Shatilla ejecutada por los falangistas, tras el asesinato de su líder, Bashir Gemayel, unos días antes. Las FDI eran conscientes de lo que estaba a punto de ocurrir y no hicieron nada para impedir los cientos de asesinatos, que incluyeron a mujeres y niños. El resultado fue un desastre total para la OLP. La infraestructura guerrillera quedó destruida; Arafat tuvo que abandonar el país y establecer nuevas oficinas en Túnez, lejos de Israel y de los territorios ocupados. Para la OLP, fue el principio del fin como grupo guerrillero. Arafat, en una conferencia de prensa tras su discurso ante la ONU en diciembre de 1988, renunció a la lucha armada en favor de una negociación global sobre el futuro de Palestina, basada en el reconocimiento de Israel. Arafat declaró que “rechazamos total y categóricamente todas las formas de terrorismo, incluido el terrorismo individual, de grupo y de Estado” (Rubin, 1994: 110). La intifada obligaría a Fatah a reconsiderar este cambio.

5.1.2. Terrorismo internacional

Desde 1967, Fatah tenía un serio competidor dentro de la OLP, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), bajo el liderazgo de George Habash. A diferencia de la postura exclusivamente nacionalista de Fatah, el FPLP mantenía ideas panárabes, laicas y marxistas, y estaba dispuesto a emplear tácticas más extremas y espectaculares que Fatah. En el manifiesto fundacional del FPLP, publicado en 1969, la organización describía con desprecio las operaciones fronterizas llevadas a cabo por Fatah. El objetivo no debía ser simplemente hostigar a Israel —argumentaba el FPLP—, sino emplear la violencia para crear las condiciones de una revolución popular. La violencia, por tanto, debía promover la movilización. Esta concepción de la violencia como arma movilizadora es típica de los grupos revolucionarios, a diferencia de la estrategia de desgaste que suele darse en los de liberación nacional (Sánchez-Cuenca y De la Calle, 2009). En palabras del FPLP, "Ammán puede convertirse en un Hanoi árabe: una base para los revolucionarios que luchan en Palestina" (Laqueur y Schueftan, 2016: 142).

El FPLP intentó ejecutar ataques en los territorios ocupados, pero con un éxito limitado, dada la eficaz vigilancia de las fuerzas de seguridad israelíes. La alternativa era llevar a cabo atentados espectaculares contra intereses israelíes en el extranjero. Por un lado, los atentados atraerían la atención internacional hacia la causa palestina; por otro, radicalizarían a la población palestina tanto en Jordania como en Israel. Como escribió el propio Habash, "estas operaciones hicieron que el mundo tomara conciencia del sufrimiento de nuestro pueblo" (Habash y Soueid, 1998: 94).

El FPLP se hizo famoso por sus secuestros aéreos. El 23 de julio de 1968, tres miembros del grupo secuestraron un avión que volaba de Roma a Tel Aviv. El avión fue desviado a Argel. Los terroristas no soltaron a los rehenes hasta que Israel liberó a 15 prisioneros palestinos. Este fue solo el primero de una larga serie de 29 secuestros entre 1968 y 1977, 11 de los cuales fueron efectuados

por el FPLP, y los otros 18, por otros grupos armados palestinos[63].

Los palestinos no inventaron el secuestro de aviones. Los primeros casos registrados aparecen en 1949-1950, cuando desertores del nuevo bloque comunista en Europa del Este que buscaban asilo desviaron vuelos a aeropuertos occidentales (Koerner, 2013: 35). Tras el éxito de la Revolución cubana en 1959, cuatro aviones fueron secuestrados y dirigidos a Florida. Durante los años sesenta, hubo varios secuestros en sentido contrario (estadounidenses que querían ir a Cuba). Según Koerner (2013), los secuestros se convirtieron en una epidemia, hasta el punto de que muchos de estos incidentes ni siquiera tenían una motivación política clara. De hecho, los palestinos perfeccionaron el arte del secuestro al utilizar a los pasajeros como rehenes y condicionar su liberación a concesiones hechas por Israel (u otros países que mantenían encarcelados a palestinos). El secuestro de tres aviones por el FPLP el 6 de septiembre 1970, dos de los cuales fueron obligados a aterrizar en Jordania, fue la gota que colmó el vaso en la tensa relación entre el Gobierno jordano y los grupos armados palestinos (el 9 de septiembre aterrizó en Jordania un tercer avión secuestrado) (Rubin, 1994: 35). El Septiembre Negro se produjo pocos días después.

Una táctica relacionada pero más terrorífica era hacer estallar aviones en pleno vuelo. El primer caso ocurrió el 21 de febrero 1970, cuando un avión de Swissair que volaba de Zürich a Tel-Aviv explotó en ruta, con el saldo de 38 pasajeros y nueve tripulantes asesinados. Esta acción fue posiblemente una represalia por el encarcelamiento de tres palestinos en Suiza. El atentado suele atribuirse a una escisión del FPLP, el Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General (FPLP-CG), dirigido por Ahmed Jibril. El FPLP-CG intentó reproducir esta táctica en otras dos ocasiones en 1971, pero fracasó. En 1974, la Organización Abu Nidal (OAN; véase más adelante) colocó una bomba en un avión de la TWA que volaba de Tel-Aviv a Nueva York, con el resultado de 88 personas muertas. En septiembre de 1983 volvió a hacerlo, cuando una bomba se cobró la vida de 111 personas en un avión que volaba de Karachi a Dubái.

Antes del llamado Septiembre Negro, Fatah no parecía interesada

en ataques internacionales. Sin embargo, la pérdida de Jordania obligó a Fatah a reconsiderar el asunto. Huérfano de bases en el extranjero, y con una capacidad muy limitada para atacar a Israel, Fatah decidió seguir el ejemplo del FPLP y lanzó una campaña de terrorismo internacional (Merari y Elad, 1986: 23; Morris, 2001: 379; Rubin, 1994: 37). Para evitar difuminar el prestigio de la guerrilla palestina o recibir el oprobio del terrorismo, los atentados internacionales fueron reivindicados por un nuevo grupo, la Organización Septiembre Negro (OSN), supuestamente independiente de Fatah. La venganza por la pérdida de las bases en Jordania fue un ingrediente básico de esta campaña. El primer atentado de la OSN fue el asesinato del primer ministro jordano, en El Cairo, el 28 de noviembre de 1971, un ataque muy aplaudido por los palestinos (Sayigh, 1997: 309). El 11 de marzo de 1972, la OSN intentó matar al rey Hussein en Londres.

El atentado terrorista más espectacular de toda la historia del conflicto palestino fue la toma de la residencia del equipo israelí por parte de la OSN durante los Juegos Olímpicos de Múnich en septiembre de 1972 (Silke y Filippidou, 2020). Dos atletas murieron y otros 11 fueron tomados como rehenes. Su puesta en libertad fue condicionada a que Israel liberara 200 palestinos y el Gobierno alemán hiciera lo propio con los dos líderes de la Facción del Ejército Rojo, Andreas Baader y Ulrike Meinhof. Israel esta vez se negó a negociar. Alemania autorizó al comando terrorista (formado por ocho palestinos) a abandonar el país con los rehenes. Sin embargo, en la base aérea fueron asaltados por la policía alemana en una operación mal planificada. En el tiroteo posterior murieron nueve atletas, cinco terroristas y un policía[64]. Debido a los Juegos Olímpicos, hubo una amplia cobertura televisiva, por lo que la crisis se desarrolló ante los televisores de millones de hogares. Fue un acontecimiento terrorista en directo, una caja de resonancia mundial para el movimiento palestino.

El ciclo del terrorismo internacional de OSN fue más bien corto. A finales de 1973, Fatah decidió abandonar los atentados internacionales por motivos estratégicos. En primer lugar, los fines propagandísticos se habían alcanzado. Después de Munich, la cuestión palestina empezó a ocupar un lugar destacado en la agenda internacional. Más ataques internacionales habrían sido

redundantes o incluso contraproducentes. En segundo lugar, Fatah había reorganizado sus bases en el Líbano y estaba preparado para reproducir el ciclo de incursiones transfronterizas, esta vez desde la frontera norte de Israel. En tercer lugar, el estado de ánimo de los países árabes cambió tras la guerra de Yom Kippur de octubre 1973: aunque infructuosa para los países árabes, esta guerra se percibió como una especie de compensación tardía por la derrota de la guerra de los Seis Días y se vendió a la opinión pública árabe como un éxito. Esto abrió una ventana de oportunidad para una fase de negociación sobre la cuestión palestina. El mero hecho de abandonar la campaña internacional reforzó el estatus político de Fatah. En este sentido, la campaña internacional podría interpretarse como un éxito (Merari y Elad, 1986: 90; Morris, 2001: 386). En la Asamblea General de la ONU de noviembre de 1974, la OLP fue reconocida como representante legítima del pueblo palestino por 90 países, y Arafat fue invitado a hablar (Baracskay, 2011: 113).

El FPLP siguió los pasos de Fatah y también renunció al secuestro aéreo. Sin embargo, el terrorismo internacional no desapareció del todo, pues algunos grupos escindidos siguieron utilizando esta táctica. El segundo de Habash, Wadi Haddad, organizó uno de los mayores hitos del terrorismo internacional: el asalto el 21 de diciembre de 1975 a la reunión de los ministros de la OPEP en Viena. En colaboración con la RAF alemana y dirigidos por el venezolano Carlos, el Chacal, el comando tomó 41 rehenes que fueron enviados a Argel, donde el asalto terminó sin mayor derramamiento de sangre.

El grupo más cruento y duradero fue la Organización Abu Nidal (OAN), creada en 1973 como escisión de Fatah. El nombre original, de hecho, era Consejo Revolucionario de Fatah, aunque el grupo es más conocido por el nombre de su fundador, Abu Nidal. Nidal se opuso a la decisión de Fatah de cerrar la campaña internacional y a su apuesta por la vía diplomática. El primer atentado de OAN, típicamente terrorista, ocurrió el 5 de septiembre 1973: un comando asaltó la embajada saudí en París, tomó a 13 personas como rehenes y pidió la liberación de Abu Wawud, un alto mando de Fatah encarcelado en Jordania.

Desde el principio, la OAN optó por los atentados internacionales, sin mucho interés por operar dentro de Israel. A su vez, muchos ataques fueron dirigidos contra otros militantes dentro del movimiento palestino. En 1978, la OAN inició una campaña sistemática contra los dirigentes de Fatah (y de otros grupos palestinos), concretamente contra los que eran considerados "blandos". La campaña culminó en 1991, con el asesinato de la figura más importante de Fatah después de Arafat (y antiguo compañero de Nidal), Abu Iyad, y de otro alto dirigente de Fatah, Abu Hol, en Túnez.

Los ataques de la OAN buscaban desacreditar los esfuerzos negociadores entre Israel y los representantes palestinos. Dado que esta actitud favorecía la postura del sector israelí más intransigente, se ha especulado sin cesar sobre los verdaderos motivos de Abu Nidal e incluso sobre si era un agente doble que trabajaba para los servicios secretos israelíes (Seale, 1992).

Aunque los atentados de la OAN fueron terroristas en casi todos los casos, nunca fue un grupo totalmente clandestino porque siempre se benefició de la protección de un Estado concreto. A cambio, Nidal montaba operaciones internacionales que jugaban a favor de los intereses geoestratégicos de su protector. La primera base de la OAN estuvo en Irak, donde Nidal era el líder indiscutible de la comunidad palestina. Cuando Irak entró en guerra con Irán, la OAN se trasladó a Siria y llevó a cabo numerosas operaciones contra Jordania, ganándose el favor de las autoridades sirias. En 1982 intentó asesinar al embajador israelí en Londres. Esto contribuyó a desencadenar la invasión israelí del Líbano (Baracskay, 2011: 149). Una disputa en el seno de Fatah sobre si defender Beirut o huir del país provocó una rebelión interna contra Arafat. La OAN explotó esta disputa, al unir fuerzas contra Arafat, quien finalmente se trasladó a Túnez. De forma paralela, los sirios permitieron a Nidal ampliar su base en el Líbano. Un número importante de militantes de Fatah opuestos a Arafat desertaron y se unieron a los campamentos del OAN en el valle libanés de la Beqaa.

Lo más destacable de estos años es que, por razones totalmente involuntarias, la OAN consiguió un importante control territorial en el Líbano. El grupo parecía en proceso de transformarse en una

guerrilla:

En lugar del asesino armado con una bomba o un rifle de francotirador, la organización contaba ahora con hombres que podían conducir vehículos blindados o disparar misiles, antiguos oficiales de Fatah con años de experiencia a sus espaldas y amplios conocimientos militares. […] En lugar de ser un grupo pequeño, cerrado y clandestino que Abu Nidal podía dirigir por control remoto, la organización se estaba convirtiendo en un movimiento de masas con sus propios líderes y cuadros (Seale, 1992: 143).

Aquí podemos ver la transformación de un grupo clandestino en uno territorial con cierto grado de poder militar. Lo singular es que Nidal rechazó esta vía y prefirió volver a las operaciones encubiertas internacionales. La motivación de Nidal para este tipo de autocontención es materia de especulación, pero parece que priorizó mantener el control absoluto de su organización sobre las ventajas estratégicas de expandirla.

Después de Siria, Abu Nidal se trasladó a Libia, bajo la protección de Gadafi. En el proceso de recuperación del control sobre la organización, Nidal puso en marcha una brutal operación de purgas internas que acabó con la vida de alrededor de 600 militantes del grupo entre 1987 y 1988 (Seale, 1992: 288). La actividad de la OAN disminuyó considerablemente a mediados de la década de 1990 y desapareció por completo tras la muerte de Nidal en 2003.

La OAN es el grupo más puro en cuanto a actividad armada internacional. Se especializó en atentados espectaculares y, a menudo, extremadamente crueles, siempre fuera de Israel. Como estos atentados eran clandestinos, se ajustaban perfectamente al tipo ideal de violencia terrorista, aunque el grupo se beneficiara de sucesivos santuarios en varios países.

5.1.3. El segundo ciclo de violencia: las intifadas

La expulsión de la OLP del Líbano a principios de la década de 1980 supuso un golpe tremendo para la causa palestina. Sin un santuario cerca de la frontera, la OLP ya no era capaz de mantener una campaña de atentados en Israel. En cualquier caso, las infiltraciones en Israel de los años anteriores habían sido infructuosas en términos políticos, pues Israel no había hecho ni una sola concesión al pueblo palestino.

La situación cambió radicalmente con el inicio de un levantamiento popular en los territorios ocupados a finales de 1987. El hecho desencadenante fue un incidente de tráfico en el que un vehículo israelí chocó con dos furgonetas que llevaban palestinos a sus lugares de trabajo y acabó con la vida de cuatro de ellos. El rumor de que el choque había sido provocado se extendió y la gente se levantó en masa contra las fuerzas de seguridad israelíes. Las causas de la intifada fueron complejas y diversas, entre ellas el cansancio de vivir bajo la ocupación durante 20 años, un sentimiento generalizado de humillación y frustración, y la debilidad de la OLP (Beitler, 2004: 90-96; Morris, 2001: 561-8; Shalev, 1991: 14-34). Para sorpresa tanto de la OLP como de Israel, las protestas no decayeron. Uno de sus elementos más característicos fue la renuncia al uso de armas de fuego. A cambio, los manifestantes recurrieron a tácticas de baja intensidad, como el lanzamiento de piedras, el uso de cócteles molotov, la quema de neumáticos, la formación de barricadas y otras similares. En los enfrentamientos más violentos con las fuerzas de seguridad, a veces se utilizaron cuchillos. A ello se sumaron huelgas masivas y actos de desobediencia civil, como negarse a pagar impuestos.

Israel reaccionó de forma desproporcionada. En las tres primeras semanas de la intifada, 22 palestinos murieron en los territorios ocupados; en 1988, 289 perdieron la vida; en 1989, otros 285; en 1990, la cifra fue inferior, 195. En total, 989 palestinos murieron a causa de la represión israelí en esos años. La represión incluyó tácticas como toques de queda, detenciones, deportaciones y palizas. Durante el periodo comprendido entre diciembre de 1987 y diciembre de 1990, 45 israelíes fueron asesinados por palestinos en Israel o en los territorios ocupados[65]. La proporción 989:45 durante

los tres primeros años de la intifada habla por sí sola: murieron casi 22 palestinos por cada israelí asesinado.

La capacidad de resistencia de los palestinos fue posible gracias a las redes que se habían establecido durante la década de 1980 en los territorios ocupados. Las organizaciones islamistas desempeñaron un papel clave a través de asociaciones de todo tipo (religiosas, educativas, deportivas, caritativas, etc.). Bajo la fuerte influencia de la revolución iraní y el éxito de los muyahidines contra los soviéticos en Afganistán, la década de 1980 fue testigo de una espectacular expansión del islamismo político en muchas sociedades musulmanas. El capital social producido por estas redes se empleó para coordinar y movilizar a los palestinos en los territorios ocupados.

Aunque la represión contuvo el alcance de la protesta, no la eliminó del todo. El ciclo de protestas se mantuvo hasta los Acuerdos de Oslo de 1993, a pesar de los elevados costes de participación, aunque con niveles de movilización decrecientes. A medida que disminuía la participación popular, aumentaron los niveles de violencia (Beitler, 2004: 125; Morris, 2001: 594). Este patrón de sustitución entre movilización y violencia es congruente con la hipótesis de Della Porta y Tarrow (1986) de que la violencia aumenta en la fase de decadencia de la protesta popular[66].

La creación de Hamás en diciembre de 1987 (acrónimo de Harakat al-Muqawna al-Islamiyya, Movimiento de Resistencia Islámica) formó parte de la creciente ola de movilización islamista, pues la organización tenía vínculos directos con la Hermandad Musulmana palestina. La ambición de Hamás a corto plazo era encabezar una revuelta que desafiara la autoridad y liderazgo de la OLP. Aunque compartían programa nacionalista, Hamás cuestionaba la postura negociadora de la OLP. Su carta fundacional se publicó en agosto de 1988, y deja poco margen a la ambigüedad; el artículo 13 reza: “No hay solución al problema palestino salvo la Yihad. Las iniciativas, propuestas y conferencias internacionales no son más que una pérdida de tiempo y pura inutilidad”[67].

La Franja de Gaza fue el bastión de Hamás desde un principio. Allí, se aprovechó de las redes e instituciones islámicas existentes, como mezquitas, centros educativos, organizaciones benéficas y

asociaciones civiles (Levitt, 2006: 82). Hamás siempre ha contado con una estructura doble, con su brazo político y social actuando al descubierto, mientras el brazo armado era totalmente clandestino (Mannes, 2004: 125). La cara legal del movimiento desarrolló fuertes vínculos con la comunidad a través de actividades religiosas y la prestación de servicios sociales (por ejemplo, sanidad y educación) (Mishal y Sela, 2000: cap. 1). Como en el caso de ETA, esta infraestructura asociativa y de servicios de Hamás ha sido crucial para el mantenimiento de la rama clandestina, al alimentarla logísticamente (en una ocasión se encontraron explosivos en una guardería de Hamás) (Levitt, 2006: 97). La estructura abierta o legal de Hamás funcionó como sustituta de la falta de territorio propio. Gracias a ella, el grupo armado fue capaz de contar con un número de reclutas muy superior al permitido por una organización estrictamente clandestina.

El contraste con la Yihad Islámica Palestina (YIP) es instructivo. La YIP se fundó en 1981, también bajo la influencia de la revolución iraní. Comparte con Hamás una orientación islamista, así como su radicalismo ideológico. Sin embargo, solo es una organización clandestina, sin la red legal de apoyos (Mannes, 2004: 200). Debido a esta importante diferencia, la YIP se enfrenta a mayores limitaciones logísticas que Hamás, lo que explica su tamaño mucho más reducido.

La adopción de la lucha armada por parte de Hamás fue gradual. Los primeros atentados, llevados a cabo por pequeños comandos, tuvieron lugar durante los primeros meses de 1989. El 16 febrero, un soldado israelí fue secuestrado y asesinado; una operación muy similar se llevó a cabo el 3 mayo. En respuesta a estos primeros ataques, Israel ilegalizó a Hamás el 28 septiembre de 1989. Durante los primeros años, los ataques fueron puntuales y dispersos, sin llegar a constituir una campaña sostenida que Israel pudiera considerar una amenaza grave (Mishal y Sela, 2000: 57). En 1991, la organización consideró que la situación estaba madura para aumentar la capacidad ofensiva de la rama clandestina. Como ya hemos indicado, el contexto era propicio, por el declive de las movilizaciones populares asociadas a la primera intifada y por las crecientes esperanzas depositadas en la vía diplomática, que culminarían en la conferencia de Madrid de octubre de ese año. En

ese contexto, Hamás reorganizó y modernizó su brazo armado, que pasó a llamarse Brigadas Izz al-Din al-Qassam, por el nombre del combatiente palestino de los años treinta (Baconi, 2018: 27). La escalada de Hamás fue posible por la combinación de dos factores: la represión israelí, por un lado, y la competencia intrapalestina entre grupos armados islamistas y laicos, por otro.

A finales de 1992, Israel deportó a 415 militantes de Hamás al sur del Líbano, donde socializaron con miembros de Hezbolá (con unas bases muy similares, Hezbolá estaba empezando a lanzar una campaña en el sur del Líbano contra el control israelí que acabó teniendo éxito). Allí, los militantes de Hamás aprendieron a fabricar coches bomba y a llevar a cabo misiones suicidas (Mishal y Sela, 2000: 65). Aproximadamente la mitad de ellos pudieron regresar a Israel un año después, en septiembre de 1993. El plan consistía en utilizar estas tácticas en Israel y los territorios ocupados, con el objetivo explícito de romper el Acuerdo de Oslo firmado ese mismo mes. Como demostraron Kydd y Walter (2002), los picos de la actividad armada de Hamás están significativamente relacionados con los hitos del proceso de paz.

Se suele afirmar que el primer atentado suicida de Hamás tuvo lugar el 6 de abril 1994, en reacción a la masacre del 25 de febrero de 1994 causada por Baruch Goldstein, un colono israelí que asesinó a 29 árabes tras acceder armado a la mezquita de Ibrahimi (Baconi, 2018: 29; Schanzer, 2008: 41). Lo cierto es que había habido dos misiones anteriores[68]. Las misiones suicidas se convirtieron en la marca de Hamás. Se trata de una táctica terrorista por excelencia, ya que siempre se realiza de forma encubierta y por sorpresa. De hecho, Hamás se convirtió en el principal grupo terrorista dentro de Israel, tanto en el sentido de actor como de acción. En la tipología presentada en la tabla 2.1, el Hamás previo a 2006 es un caso de terrorismo puro en la celda superior izquierda, ya que tuvo que actuar clandestinamente y se especializó en tácticas terroristas.

La actividad terrorista de Hamás alcanzó su punto álgido durante la segunda intifada. En este caso, el acontecimiento desencadenante fue la polémica visita de Ariel Sharon, líder del Likud (entonces en la oposición), el 28 de septiembre 2000 a la mezquita de al-Aqsa en

Jerusalén, el tercer lugar más sagrado del islam. La segunda intifada fue diferente de la primera por dos motivos. El primero es que las movilizaciones populares fueron rápidamente sustituidas por tácticas terroristas, en general, y misiones suicidas, en particular. La actividad conjunta de los diversos grupos armados palestinos provocó los mayores niveles de violencia interna jamás experimentados por Israel hasta la reciente masacre del 7 de octubre de 2023. Durante el periodo 2000-2008 (la intifada de al-Aqsa y sus secuelas), 728 civiles israelíes y 335 miembros de las fuerzas de seguridad israelíes fueron asesinados por grupos armados palestinos; a su vez, las FDI mataron a 4.861 palestinos (la proporción fue de 4.861:1.063, aproximadamente 5:1). La ofensiva de Hamás (la llamada "campaña de las 10 bombas") se desarrolló entre mayo y julio de 2001; esto coincidió con la decisión de empezar a disparar cohetes Qassam contra Israel desde los territorios ocupados (Baconi, 2018: 44-5). Bajo el mandato del primer ministro Ariel Sharon, que había sido elegido en 2001, Israel lanzó la operación Escudo Defensivo en 2002. Esta fue la mayor movilización militar en los territorios ocupados desde 1967: buscaba destruir toda la infraestructura palestina posible, incluida la sede de la Autoridad Palestina (AP) en Ramala. La operación logró contener los ataques palestinos. La construcción simultánea de una valla que aislaba eficazmente Cisjordania de la parte israelí hizo mucho más difícil infiltrarse en ella para ejecutar misiones suicidas. Los cohetes no fueron un sustituto adecuado de los atentados suicidas (Frisch, 2009).

Para 2000, el proceso de paz estaba en vía muerta. Arafat había abandonado la mesa de negociaciones de Camp David en julio de ese año, un par de meses antes del comienzo de la intifada de al-Aqsa. Entre los motivos internos para el colapso del proceso de paz, la oferta hecha por Israel y respaldada por Estados Unidos no resolvía la cuestión de los refugiados ni ponía fin a los asentamientos ilegales, pero exigía que la AP desmantelara sus grupos armados (Pappe, 2017: 199-200). En cuanto a los motivos externos, la vida en los territorios ocupados no había mejorado desde el primer Acuerdo de Oslo en 1993, lo que incrementaba el malestar de la población palestina; además, la OLP tuvo que hacer frente a la fuerte oposición de Hamás y otros grupos islamistas. Al comienzo de la segunda intifada, Fatah creó su propio grupo

clandestino, la Brigada de los Mártires de al-Aqsa, que llevó a cabo numerosas misiones suicidas entre 2002 y 2007. Como han señalado Gupta y Mundra (2005), los atentados de Hamás y la YIP, por un lado, y de la OLP, por otro, muestran una correlación estadística positiva, lo que sugiere un patrón de competencia entre los grupos armados.

La rivalidad entre Hamás y Fatah venía de lejos. Tras el acuerdo de El Cairo firmado el 4 de mayo de 1994, Fatah (la OLP) se encontraba en una posición de superioridad frente a Hamás, ya que la retirada parcial de Israel de los territorios ocupados supuso el control de la nueva Autoridad Palestina por parte de la OLP. El 1 de julio de 1994, Arafat regresó a Palestina tras décadas de exilio. La OLP se encargó de mantener la seguridad; sin embargo, se trataba de un regalo envenenado. La AP carecía de medios para consolidar la paz y, cuanto más se extendía la violencia contra los judíos, menor era la confianza de Israel en cualquier solución basada en la coexistencia entre los dos Estados. La relación entre la AP y los grupos islamistas se volvió más tensa tras varias misiones suicidas de Hamás y la YIP, en 1996, que resultaron especialmente traumáticas para Israel. La AP detuvo a varios miembros de Hamás y mató a otros en tiroteos (Schanzer, 2008: 68). Durante la segunda intifada, sin embargo, hubo algunas operaciones conjuntas entre las Brigadas al-Aqsa y al-Qassam, aunque ejecutadas más por oportunismo que por razones estratégicas. En general, Hamás trató de desplazar a la AP y esta, a su vez, trató de socavar la capacidad operativa de Hamás.

Hamás salió fortalecido de la segunda intifada. No tanto porque el grupo resultara victorioso, sino porque Fatah no supo superar la incongruencia de su doble dimensión institucional e insurgente. Por otra parte, la opinión pública palestina parecía inclinarse hacia Hamás. En consecuencia, la organización logró cierto control territorial parcial, principalmente en Gaza, y empezó a actuar como una protoguerrilla (celda inferior izquierda de la tabla 2.1). De hecho, gracias al apoyo de Irán y los países del Golfo, pudo desarrollar una milicia con un grado significativo de capacidad militar durante los años 2004-2005 (Aviad, 2009). Hamás utilizó su estructura militar no para lanzar ataques contra Israel, sino para consolidar su nueva posición hegemónica en Gaza. Por ejemplo,

puso en marcha una campaña menos visible y de baja intensidad contra disidentes palestinos, supuestos informadores y miembros de Fatah[69]. Hamás siguió lanzando cohetes contra Israel, pero su principal objetivo era convertirse en los nuevos gobernantes de la Franja.

Tras el brutal ciclo de violencia de la intifada de al-Aqsa, Sharon consideró que transferir el control de Gaza a la AP era una operación de bajo riesgo para Israel. La AP convocó elecciones en los territorios ocupados en enero de 2006 y Hamás se erigió en la fuerza dominante del nuevo Parlamento. Este resultado inesperado provocó un aumento de los enfrentamientos entre las dos facciones (Frisch, 2009: 1058; Schanzer, 2008: 99). Fatah no quería perder el control de las fuerzas de seguridad palestinas, por lo que la situación siguió deteriorándose. Gracias a la acumulación de poder militar durante la fase protoguerrillera, Hamás se enfrentó abiertamente a Fatah en junio de 2007 por el control de Gaza, algo que consiguió en una semana de enfrentamientos (Baconi, 2018: 131; Schanzer, 2008: 107). El resultado fue la ocupación física de todas las posiciones de poder y de las instituciones públicas en la franja. Hamás era, de facto, el nuevo gobernante y había completado su transformación de grupo clandestino a guerrilla, con control territorial efectivo en Gaza.

5.1.4. La relevancia del territorio para la variación estratégica de los grupos armados palestinos

El conflicto palestino ha pasado por varias etapas y sus actores han experimentado enormes transformaciones. La variación en tipos de insurgencia que encontramos en este conflicto es probablemente insuperable, como puede observarse en la tabla 5.1. Nuestro principal argumento es que muchas de las diferencias reflejadas en dicha tabla se deben a variaciones en el control territorial de los grupos armados palestinos. Durante décadas, Fatah fue una especie de “guerrilla desplazada”, pues su base de operaciones estaba fuera de Israel. De hecho, Fatah participó en batallas guerrilleras tanto en Jordania como en el Líbano, pero no en Israel. El grupo nunca pudo

crear una base en los territorios ocupados, lo que se tradujo en un nivel bajo de violencia en Palestina hasta la primera intifada en 1987. Los ataques de Fatah contra Israel fueron escasos y de alcance limitado: pequeños comandos se infiltraban en Israel, colocaban una bomba o tendían una emboscada a una patrulla israelí y luego regresaban a su santuario, al modo típico de los terroristas o de las guerrillas de baja intensidad. Cuando Fatah perdió el control territorial en Jordania tras el Septiembre Negro, se pasó a los atentados terroristas internacionales (bajo la etiqueta de Organización Septiembre Negro), muy influida por los exitosos secuestros protagonizados por el FPLP y sus escisiones. Gracias al proceso de paz, la OLP se convirtió en la Autoridad Palestina. Una vez que la AP tuvo el control parcial de los territorios ocupados, creó un grupo clandestino (las Brigadas al-Aqsa) encargado de cometer atentados suicidas en suelo israelí.

Hamás siguió un camino diferente. Se fundó al comienzo de la primera intifada en los territorios ocupados, con mayor presencia en Gaza que en Cisjordania. Compaginaba una estructura abierta (un grupo religioso dedicado a la asistencia social, con una presencia muy visible en la comunidad palestina) con otra clandestina (las Brigadas al-Qassam). En consonancia con su naturaleza clandestina, Hamás cometió atentados terroristas tanto en los territorios ocupados como en Israel. Previo al control de Gaza, su pico de actividad se produjo en los tres primeros años de la segunda intifada, de los que emergió como el principal grupo palestino con una estructura protoguerrillera y miles de reclutas. Cuando Israel se retiró de Gaza, Hamás ganó las elecciones palestinas y, en junio de 2007, utilizó su capacidad guerrillera para lanzar una operación con el fin de hacerse con el control total en Gaza. Ello marcó la transformación de Hamás en una organización político-militar con un alto grado de poder institucional.

Tabla 5.1

Variedades de violencia insurgente palestina

	Control territorial	Refugios en territorios ocupados	Actividad (Actividad)	Actividad terrorista	Actividad terrorista en Israel

Fatah (antes de 1994)	Ninguna	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
Fatah (después de 1994)	Parcial	Ninguna	Ninguna	Ninguna	Ninguna	Secuestros, asesinatos
Hamás (antes de 2007)	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
Hamás (después de 2007)	Completa	Ninguna	Ninguna	Ninguna	Ninguna	Ninguna
Organización Abu Nidal	Ninguna	Irak, Siria, Libano, Libia	Ninguna	Ninguna	Ninguna	Secuestros, asesi

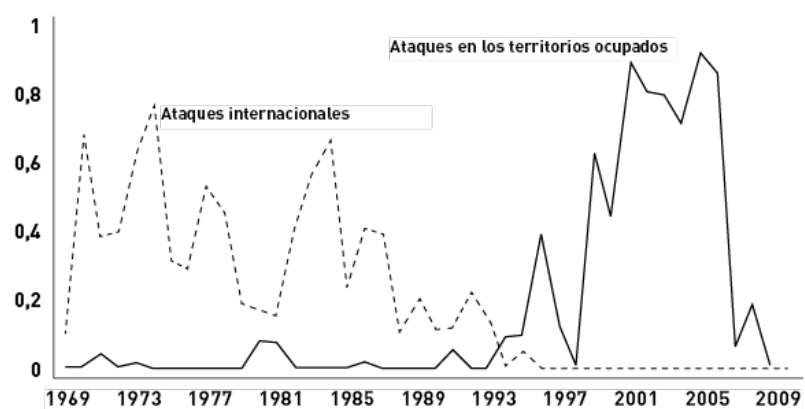
Esta descripción puede confirmarse si analizamos la variación de los atentados perpetrados por las diversas organizaciones armadas palestinas. Utilizamos la base de datos RAND de Incidentes Terroristas Mundiales (RDWTI), que se construyó a partir de la base MPTI y la cronología de terrorismo recopilada por RAND. Abarca el periodo 1968-2009. Hay dos razones por las que preferimos RDWTI a GTD: RDWTI recoge un mayor número de ataques palestinos y comienza en 1968 (mientras que GTD comienza en 1970)[70].

Durante el periodo analizado, el principal cambio en la lucha armada palestina fue el inicio de ataques sistemáticos dentro de los territorios ocupados a partir de 1993. Este año es importante por la firma del Acuerdo de Oslo, que favoreció la creación de la Autoridad Palestina, a la vez que supuso el inicio de la campaña de Hamás contra el proceso de paz en Israel y los territorios ocupados.

Gráfico 5.1

Evolución de la proporción de ataques internacionales y ataques

en los territorios ocupados de todas las organizaciones palestinas



Fuente: RDWTI.

El gráfico 5.1 representa la evolución de los porcentajes de atentados internacionales y de atentados en los territorios ocupados de todos los grupos armados palestinos (incluidos los atentados palestinos sin autoría conocida). En aras de la comparación, excluimos los atentados que tuvieron lugar en Israel, y Jordania, Líbano y Siria (los tres países fronterizos en los que la OLP tenía bases). Los datos muestran claramente una relación inversa entre las acciones internacionales y los atentados en los territorios ocupados. Cuando Hamás y Fatah empezaron a controlar territorio en Gaza y Cisjordania después de 1993, el terrorismo internacional desapareció por completo.

A continuación, desglosamos la violencia palestina en función del grupo perpetrador: Fatah (incluyendo OSN, Brigadas al-Aqsa y los atentados genéricos de la OLP), FPLP, OAN, Hamás y YIP, y el lugar de los atentados (los territorios ocupados; Israel; los países árabes fronterizos; y más allá de estos países). La tabla 5.2 nos sirve para distinguir claramente los distintos perfiles de la violencia política palestina. Fatah y FPLP comparten porcentajes similares, con alrededor de una quinta parte de atentados internacionales y otra quinta parte en los territorios ocupados, mientras que la mayoría de sus atentados se producen en Israel. Por el contrario, Hamás y la YIP no muestran ninguna actividad internacional o regional, concentrando sus atentados en los territorios ocupados (Hamás) o en Israel (YIP). Hamás aparece como el grupo con el mayor porcentaje de ataques en los territorios ocupados, lo que es coherente con su hegemonía social en la Franja de Gaza. El caso más desviado es el de OAN: solo ataca fuera de Israel. El alto porcentaje de atentados en países fronterizos se debe a los numerosos ataques contra dirigentes de Fatah que vivían en los santuarios de la OLP en Líbano, Jordania y Siria. A diferencia de los atentados internacionales de Fatah y el FPLP, motivados por su incapacidad para actuar en Israel, la OAN decidió limitarse a actuar fuera de Israel y ni siquiera expandió su violencia cuando tuvo la oportunidad de organizar una guerrilla en el Líbano.

Tabla 5.2

Localización de los ataques realizados por los principales grupos palestinos (porcentajes horizontales)

	Territorios ocupados	Israel	Regional (Líbano, Jordania, Siria)	Internacional	Total de a
Fatah	19,92	56,7	5,75	17,62	522
FPLP	20,25	49,08	7,98	22,7	163
ANO	0	8,54	31,71	59,76	82
Hamás	67,01	32,84	0	0,15	676
YIP	27,12	71,19	0,42	1,27	236
Total	38,95	46,04	4,17	10,84	1679

Notas: Fatah incluye los atentados genéricos de la OLP, la OSN y las Brigad

Tanto la evolución temporal del conflicto como la localización geográfica de los atentados de cada organización ponen de manifiesto la importancia del territorio. Las estrategias de los grupos palestinos estuvieron determinadas, en gran medida, por sus bases territoriales y su capacidad para atacar a Israel desde dentro o desde el exterior.

5.2. El Estado Islámico

Mientras que el ciclo de la insurgencia palestina cubre casi medio siglo, el espectacular ascenso y caída del Estado Islámico ha durado poco más de una década. El grupo se fundó inicialmente como Al Qaeda en Irak, tras la invasión estadounidense del país, y sus cruentos y audaces atentados sectarios le granjearon numerosos seguidores. La organización aprovechó la primera retirada estadounidense en 2006 para hacerse con el control de distritos en las provincias de Anbar y Diyala, en territorio suní. La llegada de 30.000 nuevos efectivos estadounidenses frenó el creciente control territorial del grupo y le obligó a regresar a la clandestinidad y al terrorismo. El triunfo electoral de Barack Obama desencadenó una nueva estrategia de retirada que redujo a la mitad el número de tropas estadounidenses en un par de años. Esta salida intempestiva coincidió con el inicio de la guerra civil en Siria y el afianzamiento de grupos yihadistas en la región oriental del país. Ambos acontecimientos alimentaron la resurrección del grupo, convertido ya en Estado Islámico, al permitirle capturar la región occidental de Irak, un proceso simbolizado por la caída de Mosul en junio de 2014.

La rápida transformación del ISIS de un grupo clandestino en un ejército convencional es realmente sorprendente. Tras ser expulsado de las zonas que controlaba por una inestable coalición de fuerzas kurdas e iraquíes (con apoyo aéreo de los Estados Unidos), el ISIS ha vuelto a la clandestinidad y ha reducido sus niveles de violencia en la región.

Todas estas variaciones explican la confusión sobre cómo identificar al Estado Islámico. Cuando buscamos en Google “terrorismo del Estado Islámico”, el motor de búsqueda arroja 30 millones de resultados (todas las búsquedas en inglés). Cuando escribimos “territorio del Estado Islámico”, la cifra aumenta a 131 millones. “Guerrilla del Estado Islámico” obtiene 3 millones e “insurgencia

del Estado Islámico" 3,6 millones. Como comentamos en el prefacio, todos estos conceptos pueden ser correctos a la hora de definir al Estado Islámico (Byman, 2016). Nuestro argumento en este apartado es que las diferentes etapas estratégicas de la organización fueron consecuencia de cambios en el equilibrio de poder entre la insurgencia yihadista y sus enemigos.

5.2.1. Los orígenes

No es posible escribir sobre el Estado Islámico sin referirse primero a su fundador y principal estratega, Abu Musab al-Zarqawi (Warrick, 2015: libro 1). De nacionalidad jordana, alternó estancias en Jordania (haciendo proselitismo) con viajes a Afganistán durante la década de 1990, antes de llegar al norte de Irak a principios de 2002. A los cinco meses de la ocupación estadounidense de Irak, el nuevo grupo de Zarqawi, denominado Jama'at al-Tawhid wal-Jihad (JTWJ), perpetró tres atentados masivos con coche bomba contra la embajada jordana y la sede de la ONU en Bagdad (con 17 y 22 muertos, respectivamente), y contra la mezquita chií del imán Ali en Nayaf (con 99 muertos, entre ellos el entonces líder espiritual del Consejo Supremo de la Revolución islámica en Irak). Estos atentados no fueron reivindicados, ya que el grupo quería aprovechar su anonimato para fortalecerse internamente antes de publicitar su existencia (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 21, 44).

Al principio, la estrategia de Zarqawi se centró en la clandestinidad, tanto por el equilibrio asimétrico de poder como por la ausencia de terreno montañoso propicio para la creación de bases guerrilleras (Brock, 2013: 35). Preguntado en 2006 sobre las dificultades de la yihad en Irak, Zarqawi respondió sin rodeos:

No puede haber comparación entre nuestras capacidades y los recursos del enemigo. Cientos de nuestros hermanos están luchando contra cientos de miles de tropas del enemigo… La yihad es diferente en Irak que en Afganistán y Chechenia. Los hermanos de

esos dos países cuentan con la ayuda de bosques o montañas donde pueden esconderse del enemigo e impedir que les alcancen. Irak, por el contrario, es llano, sin montañas ni bosques (Hashim, 2019: 24).

El principal objetivo estratégico del JTWJ era desencadenar una guerra civil que provocara la salida de las tropas estadounidenses de Irak, para así equilibrar la asimetría inicial entre los yihadistas y el Gobierno iraquí (Brock, 2013: 39). Frente a Al Qaeda y su estrategia de ataques contra el llamado enemigo lejano (Estados Unidos), Zarqawi pensaba que la asimetría debía abordarse en el mismo Irak mediante una triple estrategia de blancos: 1) atentados contra las fuerzas de ocupación y sus aliados locales en la nueva Administración posterior a Sadam, para impedir su consolidación y aumentar el coste para Estados Unidos de permanecer en el país; 2) ataques contra las comunidades chiíes, como forma de polarizar a la sociedad y destruir cualquier puente de cooperación intercomunitario; y 3) ataques contra los grupos suníes que colaboraban con el nuevo régimen (Lahoud, 2014). El JTWJ llevó a cabo espeluznantes ataques terroristas (como decapitaciones de extranjeros) que no solo atrajeron la atención de los medios de comunicación, sino también cierto grado de popularidad para la organización (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 5). Al restar legitimidad al nuevo régimen y debilitar sus capacidades militares, Zarqawi anticipó un rápido cambio táctico desde el terrorismo hacia el control territorial y la guerra de guerrillas (McCants, 2015).

Merece la pena citar, por extensa, una carta que Zarqawi envió a Al Qaeda en enero de 2004, ya que delinea claramente sus ideas estratégicas al respecto. Por aquel entonces, seguía previendo una vía rápida de ocupación territorial que condujera a la victoria yihadista:

Nos esforzamos con urgencia y a contrarreloj por crear células de muyahidines que se escondan en lugares seguros y aprendan a conocer el terreno, dando caza al enemigo (estadounidenses, policías y soldados iraquíes) en las carreteras y caminos. Seguimos

entrenándolos y multiplicándolos. En cuanto a los chiíes, les haremos daño, si Dios quiere, mediante operaciones de martirio y coches bomba.

Llevamos algún tiempo observando a posibles reclutas para quedarnos con los que son sinceros y van por el buen camino, para poder coordinar algunas acciones con ellos y ponerlos a prueba. Esperamos haber avanzado mucho. Quizá decidamos hacerlo público pronto, aunque sea de forma gradual, para poder salir a la luz. Llevamos mucho tiempo escondidos. […]

Tenemos la esperanza de acelerar el ritmo de trabajo y de que se formen compañías y batallones con pericia, experiencia y resistencia para esperar la hora cero en la que empezaremos a aparecer en campo abierto, a hacernos con el control del territorio durante la noche y a extenderlo durante las horas del día. Esperamos que este asunto, la hora cero, llegue unos cuatro meses antes de que se forme el gobierno prometido. Como pueden ver, vamos contrarreloj (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 48).

JTWJ juró lealtad a Al Qaeda (AQ) en septiembre de 2004, rebautizándose como Al Qaeda en Irak (AQI). En diciembre de 2004, el grupo pasó a formar parte de la lista de organizaciones terroristas extranjeras del Departamento de Estado estadounidense y, al año siguiente, Zarqawi se convirtió en el hombre más buscado de Irak, con una recompensa de 25 millones de dólares.

Zarqawi tuvo varias polémicas con AQ por su defensa de la violencia sectaria. Para los dirigentes de AQ, sus ramas locales debían tener cuidado a la hora de elegir blancos, mientras que Zarqawi pensaba que los medios ultraviolentos serían beneficiosos para la movilización suní y la expansión de la insurgencia, aunque fueran perjudiciales para ampliar el atractivo del grupo entre la comunidad chií. En el fondo, se trataba de una controversia tanto sobre los medios como sobre la interpretación correcta de quienes practican el kufr, es decir, los musulmanes devotos de un dios equivocado (Maher, 2016). Zarqawi se alineaba ideológicamente con los teóricos salafistas que sancionaban la matanza de infieles; al parecer, respaldó el influyente panfleto La gestión del salvajismo,

escrito por el estratega de AQ Abu Bakr Naji (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 5). El impulso característico de AQI de castigar a los infieles se trasladó al ISIS, con la infame matanza de hombres y la esclavitud de mujeres yazidíes durante el pico más alto de poder del Estado Islámico, en agosto de 2014 (Al-Dayel, Mumford y Bales, 2022).

5.2.2. EL PRIMER EMIRATO ISLÁMICO

Animado por la llamada de Al Qaeda a fundar emiratos islámicos en cualquier lugar (Brock, 2013: 13), AQI se fusionó en enero de 2006 con otros cinco grupos armados yihadistas para crear Majlis Shura al-Mujahideen (MSM), nueva organización cuya meta era unir todos los esfuerzos yihadistas para acabar con la ocupación estadounidense y el dominio chií en Irak. Zarqawi fue asesinado en Baqubah el 7 junio de 2006. Pero, lejos de estrangular a la organización, su muerte la empujó a lanzar atentados más ambiciosos y a innovar estratégicamente con la creación, cuatro meses después, del Estado Islámico en Irak (EII). El hecho de que no prometiera lealtad a AQ puso de manifiesto el deseo del nuevo grupo de “caminar solo”, pero pasarían años antes de que las agencias de seguridad comprendieran claramente las implicaciones de esta escisión.

Datos de los ataques perpetrados por el grupo inicial de Zarqawi, desde abril de 2003 hasta abril de 2005, muestran una gran dependencia de las tácticas terroristas, con un 42% de atentados suicidas, más un 10% de otros tipos de bombas. Durante este periodo inicial, la mayoría de los atentados iban dirigidos contra las fuerzas de seguridad (49%), el 36,2% eran objetivos políticos vagamente definidos, y el resto, civiles (al-Shishani, 2005). La muerte de Zarqawi y el cambio de marca del grupo modificaron el repertorio de violencia, con una menor dependencia de las misiones suicidas (Hashim, 2019).

Tras la caída de Faluya en 2004, Ramadi se convirtió en la capital del naciente Emirato Islámico y en la zona cero de la insurgencia

yihadista. En abril de 2006, los yihadistas intentaron apoderarse de los pocos puestos avanzados bajo control estadounidense en la ciudad, pero fracasaron y despejaron el camino para el contraataque estadounidense. Meses de lucha callejera en punto muerto llevaron a los yihadistas a atacar a los líderes suníes locales que se quejaban de la interminable violencia y pedían un acuerdo con el Gobierno iraquí. Esta ola de ataques llevó a los líderes tribales a desencadenar el llamado Despertar de Anbar (Sahwa, en árabe): dieron la espalda a la insurgencia y empezaron a colaborar con las fuerzas de ocupación. En una conocida declaración pública, varios líderes tribales denunciaron al EII en términos directos: "Todos decimos a los terroristas que se vayan, porque a partir de ahora ya no tienen sitio en la gobernatura de Al-Anbar. Hemos descubierto cómo os financiáis y quién os ordena matar a nuestros primos iraquíes. Marchaos ahora o moriréis de una forma horrible. Estamos decididos a luchar contra vosotros cara a cara" (Fishman, 2009: 3-4).

Por tanto, la Sahwa siguió un manual de contrainsurgencia que hemos visto en otros lugares (autodefensas en Perú, milicias cristianas en el Líbano). Al dinamitar los puentes con la comunidad suní, el equilibrio de poder entre la insurgencia y la nueva coalición gobernante se hizo más asimétrico. El aumento de tropas estadounidenses también contribuyó a que EII perdiera terreno rápidamente en Ramadi y, en agosto de 2007, el grupo había vuelto a ser totalmente clandestino en la región. El fracaso a la hora de mantener territorio se manifiesta en el intento desesperado de introducir de forma secreta en Ramadi a una brigada de unos cien combatientes con el objetivo de recuperar la ciudad (Whiteside, Rice y Raineri, 2021: 7-9). Los reclutas fueron convocados en los alrededores de Ramadi, donde recibieron uniformes militares y armamento. A pesar de estar bien entrenados, una patrulla militar estadounidense los detectó y se produjeron intensos combates. La brigada fue neutralizada antes de entrar en Ramadi, lo que eliminó la última oportunidad del grupo para recuperar la ciudad durante esa fase del conflicto.

5.2.3. Volver a la clandestinidad

El periodo inicial de estrategia guerrillera terminó prematuramente debido a varios factores (Fishman, 2009: 21). Desde un punto de vista organizativo, el grupo intentó expandirse demasiado rápido por todo el país; esto generó problemas logísticos que dificultaron la consolidación de la insurgencia, como una mala comunicación entre células y la falta de adaptación de los combatientes extranjeros. Pero no cabe duda de que las dos fuerzas principales del declive del EII fueron el aumento de tropas estadounidenses, que inclinó el equilibrio de fuerzas en contra de los insurgentes, y el creciente rechazo de las tácticas yihadistas por las tribus suníes. Enfrentadas a una guerra cada vez más sectaria en la que tenían mucho que perder, las milicias suníes, respaldadas por el poder aéreo estadounidense, lograron empujar al EII de nuevo a la clandestinidad y contenerlo con éxito a mediados de 2008 (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 86). Según relata Hashim (2019), un comandante del EII en Balad (provincia de Saladino) reconoció en su diario que a finales de 2007 su unidad se había reducido a 20 miembros, desde un máximo de 600 solo unos meses antes. El EII no recuperaría los niveles organizativos anteriores hasta 2012, con la retirada de las tropas estadounidenses y el inicio de la guerra civil siria.

La cúpula del EII reconoció este fracaso en su propia revista, al hacer un llamamiento a volver a la clandestinidad y al terrorismo (Hashim, 2019). Este nuevo periodo de clandestinidad se refleja en el aumento de los atentados con bomba en Bagdad, con casi 400 víctimas en cinco meses (agosto-diciembre 2009). Al volverse totalmente clandestino, el grupo pudo reforzar sus redes y reclutar a más miembros de las fuerzas de seguridad.

En el denominado memorando de Faluya, redactado de forma anónima a finales de 2009, la organización reconocía que el “Estado [Islámico] se derrumbó tras su primer establecimiento”, pero que había motivos para reconstruirlo (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 107-45). El documento enfatiza dos ideas: que Estados Unidos se marchará tarde o temprano del país, y esto ofrecerá una segunda oportunidad de victoria a la insurgencia yihadista, y que es necesario ganarse la cooperación de las tribus suníes como forma de

evitar las desavenencias internas y la manipulación estratégica de actores externos. Para ello, el memorando llama a concentrar los ataques rebeldes en las fuerzas de seguridad iraquíes y sus colaboradores, en lugar de apuntar a las tropas estadounidenses ocupantes, cuya retirada se anticipaba próxima. Ante el declive de la campaña de la Sahwa, también busca establecer un nuevo pacto con las comunidades tribales sunníes gracias al cual el grupo armado ganaría mayor presencia territorial a cambio de la protección de sus grupos de apoyo.

En general, el memorando constata que, en presencia de fuerzas de ocupación y sin contar con bases de apoyo locales, lo mejor que puede hacer la insurgencia es desgastar al nuevo régimen y bloquear su consolidación. En términos más generales, el memorando aboga por una actualización estratégica: "La estrategia militar debe cambiar según las circunstancias. La estrategia de guerra global en todo Irak que se practicaba anteriormente ya no es eficaz. La estrategia más eficaz es centrarse en blancos específicos y romper huesos" (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 145).

Para sorpresa de muchos, la estrategia de "atacar blancos específicos y romper huesos" no tardó en dar sus frutos. En primer lugar, la campaña de asesinatos contra líderes tribales suníes que participaban en la Sahwa fue un instrumento fundamental para que el EII recuperara un bloque de apoyo en el oeste de Irak (Whiteside, 2016). La indolencia del Gobierno iraquí a la hora de mantener a las tribus suníes como aliadas alimentó el viraje suní hacia el grupo yihadista. En segundo lugar, el EII llevó a cabo una campaña sistemática de fuga de cárceles que nutrió a la organización de militantes muy bien entrenados y con experiencia en combate, cuya pericia fue vital para reforzar los cuadros intermedios del grupo rebelde, de nuevo en expansión (Lister, 2015: 45; Whiteside, Rice y Raineri, 2021).

En tercer lugar, la retirada de las tropas estadounidenses fue el combustible que aceleró la reconstrucción de la insurgencia (Carter, 2017). El Gobierno de George W. Bush había firmado un acuerdo con su homólogo iraquí por el que las tropas estadounidenses se retirarían de las principales ciudades el 30 de junio de 2009 y saldrían por completo del país el 31 de diciembre de 2011, a más

tardar. Barack Obama, a los pocos meses de asumir el cargo, extendió la primera fecha hasta agosto de 2010, pero mantuvo el compromiso de una retirada total para finales de 2011. El número de tropas estadounidenses en Irak se redujo drásticamente de un máximo de 170.000 en el tercer trimestre de 2007 a un mínimo de 50.000 en el segundo trimestre de 2010. Esta retirada anunciada públicamente tuvo dos consecuencias perversas. Primero, como ya se ha mencionado, permitió al EII concentrar su potencia de fuego en civiles colaboracionistas y en las fuerzas de seguridad iraquíes, en lugar de enfrentarse a las tropas estadounidenses que se retiraban. Y, en segundo lugar, permitió al grupo capitalizar la previsible debilidad del régimen iraquí a través de una eficaz campaña de propaganda que pretendía convencer al público de que el Estado Islámico no era un gigante de papel, sino una institución encabezada por un líder con hondas raíces simbólicas (su líder, Abu Omar al-Baghdadi presumía de provenir de una tribu conectada con el profeta). El hecho de que el Gobierno iraquí y sus aliados estadounidenses hubieran reivindicado varias veces la muerte de al-Baghdadi durante sus cuatro años al frente de la organización también contribuyó a aumentar su leyenda[71].

Finalmente, el comienzo de la guerra civil en Siria alteró el terreno de juego para el EII, ya que dio a la organización la presencia territorial que había perdido en Irak y, con ella, el poder de atraer y entrenar a nuevos reclutas. Siria ayudó al EII a salir de la clandestinidad y volver a la superficie.

5.2.4. Ampliación del campo de batalla

El EII se aprovechó del desmoronamiento del régimen sirio para trasladar allí a sus operativos y tener una presencia territorial. La insurgencia del Estado Islámico había mantenido una relación amistosa con el Gobierno sirio durante gran parte de la década de 2000, ya que se cree que la mayoría de los combatientes extranjeros que se unían al grupo llegaban a Irak a través de Siria. Tras el inicio de la revuelta siria, tanto los líderes de AQ como los del EII previeron las ventajas de aprovechar el colapso del régimen sirio

para liberar territorio en el país, un objetivo que no había sido expresado por los líderes yihadistas hasta ese momento. Militantes del EII llegaron a Siria para fundar Jabhat al-Nusra (JaN), una organización que reclutó numerosos prisioneros yihadistas amnistiados por el presidente Bashar Assad (Lister, 2015: 18). Su primer atentado fue un ataque suicida en Damasco, contra un complejo militar, que se cobró 40 vidas. Aunque se creía que este grupo era la rama siria de Al Qaeda, JaN negó inicialmente tener vínculos con otras organizaciones. A principios de 2013, JaN había acumulado suficientes efectivos y recursos como para hacerse con el control de instalaciones militares y liberar territorio en el norte de Siria.

Arrimando el agua a su molino, Abu Bakr al-Baghdadi afirmó en abril de 2013 que JaN formaba parte de un ampliado Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS), pero varios líderes del grupo sirio se opusieron a dicha anexión y decidieron trazar su propio camino, respaldados por AQ. Con el grupo dividido en dos, estalló una guerra civil yihadista, complementada por el enfrentamiento adicional entre ISIS y otros grupos de la oposición. El ISIS fue expulsado del norte de Siria, pero logró consolidar un bastión territorial en torno a Raqqa en noviembre de 2013. Atraídos por la presencia real del Estado Islámico y su vocación global, más de 40.000 extranjeros viajaron para enrolarse en las filas de ISIS (Byman, 2019: 206).

Después de liberar territorio en Siria, lo que aportó a la organización más reclutas y recursos (procedentes del contrabando y los impuestos), ISIS se expandió hacia la vecina provincia iraquí de Anbar. La combinación del santuario yihadista en Siria y el debilitamiento militar del régimen iraquí impulsado por la retirada estadounidense aumentó drásticamente el volumen de las operaciones del ISIS en Irak (Whiteside, Rice y Raineri, 2021). Aunque carecemos de datos detallados sobre el perfil de blancos de ISIS, su propio reporte anual señala tres datos interesantes: 1) el número absoluto de ataques del ISIS se disparó de 2012 a 2013, cuando el grupo empezó a hacerse con territorio en Siria; 2) las provincias más violentas de Irak fueron aquellas en las que el grupo luchaba por control territorial, con niveles de violencia mucho más bajos en Bagdad y Kirkuk —las zonas estatales más seguras—, y 3)

los coches bomba golpearon desproporcionadamente a estas dos últimas ciudades, mostrando un enfoque táctico diferente al de las zonas estatales (Bilger, 2014).

La fuga de la prisión de Abu Ghraib en julio de 2013 también ilustra el creciente nivel de audacia de la insurgencia. La operación exigió un alto grado de coordinación logística y supuso la liberación de unos 500 veteranos yihadistas, lo que contribuyó significativamente a llenar los escalones superiores del grupo de cara al levantamiento de 2014 (Whiteside, Rice y Raineri, 2021). En términos más generales, el ISIS ideó una combinación estratégica de ataques suicidas, tácticas guerrilleras y operaciones de infantería ligera que superaron las líneas enemigas defendidas por soldados iraquíes mal entrenados y con la moral por los suelos (Lister, 2015: 388). En un patrón que se repitió durante la ofensiva del ISIS, los ataques suicidas desgastaban primero los puestos avanzados de las fuerzas de seguridad en las afueras de las ciudades suníes; los militares entonces retrocedían hacia la ciudad, lo que dejaba a las células del ISIS como gobernantes de facto de las zonas abandonadas y allanaba el camino para el asalto final de la infantería ligera. Los combatientes extranjeros que llegaban a las zonas controladas por ISIS fueron entrenados habitualmente en esta combinación de tácticas. Las primeras lecciones eran siempre sobre guerra urbana, con temas como la colocación de bombas contra blancos indiscriminados. Para el grupo, la colocación de bombas era una habilidad fundamental, ya que los militantes debían saber cómo llevar a cabo atentados si se perdía el control territorial (Lister, 2015: 28).

Esta estrategia fue explotada con éxito durante el asalto a Mosul en junio de 2014. A pesar de contar con una desventaja de 15 a 1 en tropas, el ISIS desplegó una inteligente estrategia militar que combinó bombas colocadas por células terroristas dentro de la ciudad con ataques suicidas contra puestos fronterizos en las afueras y asaltos concentrados contra instalaciones claves. Las tropas del ISIS, que contaban con oficiales de seguridad baasistas con verdadera experiencia militar (Lister, 2015: 30), se aprovecharon de la debilidad estructural del ejército iraquí y los soldados desertaron en masa ante la reputación de crueldad del ISIS contra sus prisioneros.

La toma de Mosul fue el cenit del poder del ISIS. Las operaciones en ambos países habían convergido muy rápidamente bajo un mismo liderazgo y estrategia. En su punto álgido, el ISIS disfrutó del control territorial de una amplia zona de Siria e Irak que abarcaba 100.000 kilómetros cuadrados y más de 11 millones de personas (Jones et al., 2017: xi). El control territorial garantizó diferentes instrumentos de extracción fiscal (por ejemplo, petróleo, contrabando, multas y cuotas), de modo que los yihadistas en el poder combinaron la coerción con un uso astuto del presupuesto para comprar lealtades y sometimiento político (Revkin y Ahram, 2020). Así, ISIS aplicó una política de palo y zanahoria, en la que los esfuerzos por administrar mejor los servicios públicos e imponer el control de precios iban de la mano de una interpretación muy restrictiva de la sharía (y la persecución de poblaciones no suníes como los yazidíes). Como corolario, las tropas del ISIS aumentaron y se convirtió en un ejército convencional de más de 31.000 soldados, con miles de combatientes extranjeros.

Una parte indiscutible del ascenso de ISIS se debió a su destacado uso de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías digitales (Farwell, 2014; Bloom, Tiflati y Horgan, 2019). Abu Bakr al-Baghdadi, líder del ISIS desde 2010, fue un maestro del secretismo y del uso estratégico de sus apariciones mediáticas hasta su muerte en 2019. Pocos olvidarán la imagen de al-Baghdadi proclamándose califa del Estado Islámico desde el púlpito de la Gran Mezquita de al-Nuri, en Mosul, y llamando a todos los musulmanes a emigrar al nuevo "Estado" para luchar por su supervivencia y expansión (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 178). Unos meses después, el líder militar del ISIS, al-Adnani, elogiaba de la siguiente manera la audacia de sus tropas:

Oh, soldados del Estado Islámico, ¡qué gran cosa habéis logrado gracias a Alá! ¿Quiénes sois? ¿Quiénes sois, oh soldados del Estado Islámico? ¿De dónde venís? ¿Cuál es vuestro secreto? ¿Por qué los corazones de Oriente y Occidente están trastornados por el miedo que os tienen? ¿Dónde están vuestros aviones de guerra? ¿Dónde están tus acorazados? ¿Por qué el mundo se ha unido contra vosotros? (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 180)

Pocos días antes de la publicación del audio de al-Adnani, el presidente Obama declaró: “Nosotros [Estados Unidos] degradaremos y, en última instancia, destruiremos a ISIS”. A finales de septiembre de 2014, la campaña aérea estadounidense contra las posiciones de ISIS cobraba fuerza.

5.2.5. La caída

A pesar de la gran difusión mediática de la amenaza del Estado Islámico, su ímpetu se esfumó rápidamente. Quizá la mejor ilustración de los límites del Estado Islámico sea su asedio a Kobani. Esta es una ciudad fronteriza con Turquía poblada por la minoría kurda; el ISIS se obsesionó con asaltarla, incluso si eso supuso perder a cientos de soldados y mostrar la vulnerabilidad de su estrategia. El asedio empleó atentados suicidas, combates de trincheras, bombardeos, emboscadas y enfrentamientos calle a calle. Aunque ISIS llegó a controlar el 50% de la ciudad tras un mes de asedio, las milicias kurdas, en coordinación con drones estadounidenses, acabaron repeliendo la invasión. El asedio de Kobani fue un punto de inflexión para Estados Unidos también, ya que encontró un socio creíble (las milicias kurdas) que le permitiría luchar contra ISIS sin necesidad de desplegar miles de tropas. Para el exsecretario de Defensa estadounidense Ash Carter (2013-2016), habría sido relativamente fácil para las tropas estadounidenses aplastar a la insurgencia y recuperar el control territorial. Pero el problema era qué hacer después, una vez retomado el control. En palabras de Carter: “Desde el punto de vista militar, una estrategia de este tipo también cedería nuestras ventajas únicas en tecnología, potencia de fuego y logística para jugar en el terreno del ISIS: las calles de las ciudades iraquíes y sirias. Un enfoque así podría resultar contraproducente y fortalecer a nuestro enemigo” (Carter, 2017). Estados Unidos tardó más de seis meses en dar con la estrategia adecuada, que implicaba asociarse con los kurdos tanto en Siria como en Irak para suministrarles armas, logística y asistencia, a cambio de su ayuda sobre el terreno.

Los acontecimientos empeoraron para ISIS cuando Turquía y Rusia también se implicaron en el conflicto. Turquía intervino en julio de 2015 para afianzar una zona de seguridad en su frontera sur y evitar que el PKK, un grupo armado que persigue la independencia del Kurdistán turco, recibiera ayuda de sus socios sirios. Rusia comenzó su participación militar en octubre de 2015, con el objetivo de apuntalar al régimen y proteger sus activos militares en el país. Si bien por motivos diferentes, ambas intervenciones reforzaron las capacidades de los rivales del ISIS.

El ISIS empezó a perder terreno en 2016. El ejército iraquí recuperó Faluya en junio y las fuerzas kurdas avanzaron a ambos lados de la frontera. Un año después, el 29 junio de 2017, Mosul fue completamente liberada y el Gobierno iraquí proclamó el fin del califato en suelo iraquí. El 20 de octubre del mismo año, Raqqa, la llamada capital del Estado Islámico, también cayó en manos de las milicias kurdo-sirias.

A mediados de 2017, los dirigentes del ISIS se habían dado cuenta de que no había forma de que pudieran utilizar con éxito medios militares convencionales para contener las incursiones territoriales de sus rivales, sobre todo si estas contaban con el respaldo de la aviación estadounidense. Por eso, para sorpresa de muchos comentaristas, se retiraron dócilmente de algunas de sus zonas liberadas sin oponer mucha resistencia (Hassan, 2018: 11). La creciente asimetría en el equilibrio de poder entre ISIS y los gobiernos iraquí y sirio obligó al grupo a pasar a la clandestinidad y recurrir, una vez más, a tácticas indirectas.

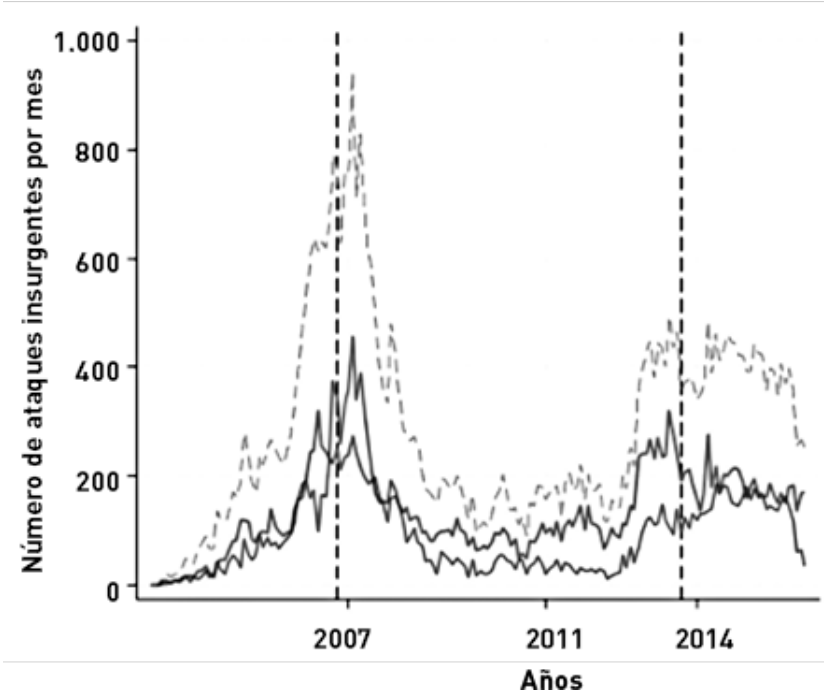
5.2.6. Dinámicas de la violencia

En esta sección final exploramos algunos datos que captan los cambios en el repertorio de la violencia del ISIS. Más concretamente, nos centramos en la variación temporal y geográfica de los atentados (gráfico 5.2), las tácticas (gráfico 5.3) y el uso de los atentados internacionales del ISIS (gráfico 5.4).

El gráfico 5.2 describe el número de atentados insurgentes mensuales en Irak, desde 2004 hasta 2017, medidos con datos recopilados por el proyecto Iraqi Body Count. El gráfico describe la variación tanto temporal como geográfica y distingue entre el número total de atentados insurgentes y aquellos perpetrados en las provincias suníes (Al Anbar, Diyala, Nínive y Saladino), por un lado, y en Bagdad, por otro.

Gráfico 5.2

Número de ataques insurgentes al mes en Irak



Fuente: Iraki Body Count project.

El gráfico retrata sorprendentemente bien la dinámica de la

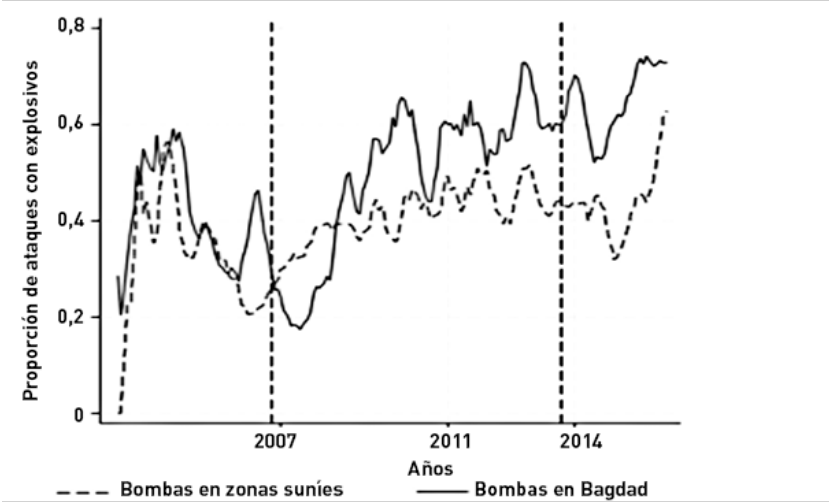
violencia durante la guerra iraquí. Tras la prematura declaración de "misión cumplida" de las fuerzas de ocupación, hubo una reducción sustancial del número de tropas estadounidenses, lo que supuso claramente un balón de oxígeno para la insurgencia, como puede verse desde mediados de 2006. El repunte insurgente fue mayor en el triángulo suní, que alberga famosos campos de batalla como Ramadi y Faluya. La campaña militar estadounidense de 2007 diezmó las filas insurgentes y produjo dos resultados interesantes. En primer lugar, la mayor parte de la violencia empezó a concentrarse en los bastiones suníes, con un menor protagonismo de Bagdad y las restantes provincias chiíes. Y, en segundo lugar, la vuelta a la clandestinidad se cobró un alto precio en el nivel de violencia sostenida que podían alcanzar los insurgentes.

En julio de 2011 estalló la guerra civil en la vecina Siria y los datos también señalan un lento pero constante efecto de propagación de la violencia yihadista a Irak, visible en la toma de Mosul y la declaración del califato. Aunque la serie finaliza en 2017, también deja entrever la esperable debilidad del ISIS una vez que perdieron todo su control territorial.

Gráfico 5.3

Proporción de ataques insurgentes mensuales con explosivos

en Irak, 2004-2017 (medias móviles de tres meses)



Fuente: Iraqi Body Count project.

En lugar de centrarse en el nivel absoluto de sucesos violentos, el gráfico 5.3 pretende mostrar en qué medida los rebeldes recurrieron a los atentados con explosivos en comparación con otras tácticas. Así, incluye el porcentaje de ataques insurgentes mensuales con artefactos explosivos desde 2004 y distingue, de nuevo, entre las provincias suníes y Bagdad. Los periodos de clandestinidad quedan bien reflejados en los porcentajes superiores al umbral del 40%, tanto durante el periodo de ocupación inicial de 2004-2006 como tras el aumento de tropas estadounidenses y el Despertar Suní o Sahwa (2007-2011). Las líneas de tendencia asimismo ilustran el aumento acelerado del uso de bombas a mediados de 2017 —ejemplo de nuevo de la capacidad menguante del ISIS para mantener el territorio, pero también de su dependencia generalizada de los artefactos explosivos— (Anfinson y Al-Dayel, 2023). En consonancia con nuestras expectativas, las bombas son más comunes en Bagdad, una ciudad donde el ISIS no pudo operar abiertamente durante el califato, a pesar de albergar a una minoría considerable de suníes.

Los dos gráficos previos capturan la caída final del ISIS y su transformación terrorista, con menores niveles de violencia y una

mayor dependencia de las bombas. Una cuestión interesante es la relación entre los atentados domésticos y los atentados en el extranjero perpetrados por el Estado Islámico. Los líderes del ISIS tenían preferencias aparentemente contradictorias con respecto al terrorismo internacional. Una vez proclamado el califato, los líderes de ISIS llamaron a musulmanes de todo el mundo a viajar a Siria e Irak para luchar por la consolidación del Estado Islámico. Pero, unos meses después, con el inicio de la intervención extranjera contra el ISIS en el conflicto, los líderes pasaron a llamar a atentar contra esos países en su propio suelo. El discurso de Al-Adnani del 21 de mayo 2016 muestra la creciente desesperación de la organización por atraer a más reclutas mientras pide ataques en Occidente:

Si los tawaghit [gobiernos idólatras] os han cerrado en las narices la puerta de la hijrah [migración al califato], abridles a ellos la puerta de la yihad. Haced que vuestros actos sean motivo de su arrepentimiento. En verdad, el acto más pequeño que hagáis en sus tierras es más querido para nosotros que el acto más grande que hagáis aquí; es más eficaz para nosotros y más perjudicial para ellos […] Nos ha llegado que algunos de vosotros no actuáis debido a la incapacidad para alcanzar blancos militares, o a que encontráis defectos en atacar a los que son llamados "civiles". Sabed que dentro de las tierras de los cruzados beligerantes, no existe la santidad de la sangre ni la existencia de los llamados "inocentes". Sabed que atentar contra aquellos que son llamados "civiles" es más querido por nosotros y más eficaz, porque es más dañino, doloroso y un mayor elemento de disuasión para ellos (Ingram, Whiteside y Winter, 2020: 256).

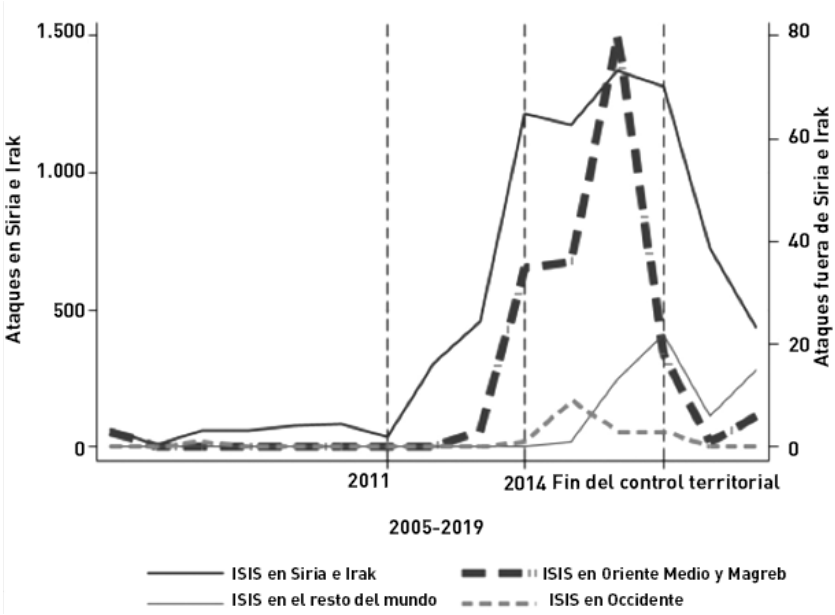
Para arrojar más luz sobre este debate, hemos recopilado todos los atentados reivindicados por ISIS y sus predecesores (AQI, EII) codificados por GTD, desde 2005 hasta 2020 (el último año con datos disponibles). Desglosamos la ubicación del atentado en cuatro categorías: núcleo del ISIS (Irak y Siria), región del ISIS (Oriente Próximo y Magreb), ISIS en Occidente e ISIS en el extranjero (fuera de las otras tres categorías). El gráfico 5.4 muestra los patrones

geográficos y temporales. Obsérvese que el eje vertical de la izquierda corresponde a los atentados del ISIS en Irak y Siria, mientras que el eje vertical de la derecha representa los atentados en las otras tres regiones. Como antes, incluimos tres líneas que identifican momentos clave en la historia del ISIS: el inicio de la guerra civil siria, la toma de Mosul por ISIS y el fin de la mayor parte del control de ISIS en 2017.

Hay varios resultados dignos de mención. Aunque con diferentes métricas de intensidad, los atentados en la zona nuclear de ISIS y en Oriente Próximo y Magreb siguen pautas de violencia similares. Los atentados en Occidente alcanzan su punto álgido un poco después del inicio del califato y descienden rápidamente. Por último, los atentados en otras regiones del mundo (aquí se incluye la mayor parte de Asia y Rusia) alcanzan su cota más alta cuando el ISIS empezó a desmoronarse, pero también muestran una tendencia a la baja. Por lo tanto, el ISIS sigue un patrón diferente al de la OLP, pues la violencia en el extranjero creció cuando ISIS tenía más control territorial en su zona troncal y no cuando se encontraba en una posición de debilidad. Estas tendencias no cambian si se añaden los atentados perpetrados por las ramas regionales de ISIS.

Gráfico 5.4

Ataques de ISIS en distintas zonas geográficas



Fuente: Global Terrorism Database.

5.3. Conclusiones

Las variaciones en el equilibrio de poder entre los contendientes en un conflicto interno suelen reflejarse en cambios estratégicos en el repertorio de violencia de los actores implicados. En este capítulo, hemos seguido los altibajos de la insurgencia palestina y del más reciente Estado Islámico en Siria e Irak. Independientemente de sus diferentes marcos temporales e ideologías, los líderes rebeldes en ambos conflictos aspiraban a liberar territorio y convertirse en sus gobernantes, pero en ocasiones se vieron obligados a conformarse con una estrategia armada clandestina y a utilizar tácticas indirectas para presionar a sus Estados rivales y movilizar a sus partidarios. Tanto Arafat como al-Zarqawi reconocían que luchaban contra rivales mucho más fuertes, pero no dudaron en aprovechar las oportunidades que se les presentaron para capturar territorio y potenciar sus insurgencias.

Además de las diferencias ideológicas, los dos casos también muestran variaciones en otros factores como el nivel de competición entre grupos rebeldes, el terrorismo internacional y la propensión a negociar el fin del conflicto. ISIS tuvo poca competencia en Irak y, aunque había miles de grupos rebeldes en Siria, ejerció el monopolio de la violencia en el este de Siria tras derrotar a Al Nusra. En cambio, la fuerte competencia en el campo rebelde palestino puede haber incrementado el número de atentados como mecanismo para atraer reclutas y apoyo social (Bloom, 2005; Gupta y Mundra, 2005).

El papel del terrorismo internacional requiere más investigación. Mientras que los insurgentes palestinos recurrieron en gran medida a los atentados en el extranjero cuando desaparecieron sus santuarios guerrilleros en países limítrofes de Palestina, el ISIS adoptó una postura más ambivalente, pues emplazó a sus seguidores en el extranjero tanto a emigrar al Estado Islámico como a atacar objetivos occidentales. Los datos parecen avalar la hipótesis

de un refuerzo entre la violencia nacional e internacional en el caso de ISIS. A diferencia de los métodos verticales de toma de decisiones de Fatah, ISIS se sentía más cómodo con una red descentralizada de perpetradores, a veces asociándose con grupos locales para crear sus propias organizaciones (como ISIS-Kurasan en Afganistán) o simplemente animando a militantes desorganizados a llevar a cabo ataques. Las innovaciones estratégicas desarrolladas por Al Qaeda, además del sensacional atractivo mundial que el ISIS acumuló durante los breves años del califato, pueden ayudarnos a entender esta distinta actitud hacia los atentados en suelo extranjero.

Por último, cabe mencionar que la insurgencia palestina durante la década de 1980 renunció al terrorismo a cambio de una silla en la mesa de negociaciones con Israel. En esta ocasión, una posición militar más débil no se tradujo directamente en más atentados en el exterior. Sin embargo, algunos grupos fuertemente ideológicos como ISIS se juegan todo en la actividad armada, que consideran irrenunciable, pero esto les hace más dependientes de los cambios en el equilibrio de poder. De ahí que el ciclo vital del ISIS haya sido relativamente corto, en comparación con otras insurgencias que también fueron capaces de tener pleno control territorial.

CONCLUSIONES

NUEVAS DIRECCIONES EN EL ESTUDIO DEL TERRORISMO

Los estudios sobre terrorismo presentan algunas peculiaridades. Puesto que la escala de la violencia terrorista es limitada en comparación con la producida en las guerras, los atentados y sus autores pueden analizarse con un grado de precisión sin parangón. Los expertos en terrorismo tienen un acceso privilegiado a la actividad violenta y a la estructura interna de los grupos clandestinos en comparación con quienes estudian las guerras civiles. La mayoría de los atentados terroristas se registran y pueden estudiarse con gran detalle; asimismo, las fuerzas de seguridad suelen obtener abundante información sobre la toma de decisiones interna de los grupos terroristas y los individuos que forman su cúpula dirigente, de ahí la proliferación de monografías y estudios comparados. Esto no es factible en el caso de las guerrillas, ya que cuentan frecuentemente con miles de reclutas cuya actividad armada es difícil de rastrear en su totalidad. No es de extrañar, por tanto, que muchos expertos en terrorismo colaboren con gobiernos, administraciones y grupos de reflexión, desempeñando un papel difuso a medio camino entre el mundo académico y el sector de la seguridad.

El conocimiento íntimo de los grupos terroristas y sus tácticas es, sin embargo, un arma de doble filo. Las puertas giratorias de los campus universitarios, los edificios gubernamentales y las empresas de consultoría sitúan a los expertos en terrorismo en un rincón distante dentro de la comunidad más amplia de expertos en conflictos y violencia. La forma en que han abordado el tema ha sido manifiestamente descriptiva, quizá demasiado pegada al terreno, sin demasiada ambición analítica ni metodológica. Durante mucho tiempo, la principal excepción vino de aquellos que aplicaban modelos de teoría de juegos a las interacciones entre terroristas y Estados. Sin embargo, las principales cuestiones sobre los factores determinantes de los grupos terroristas, o la enorme variación de tácticas y objetivos que se da entre los actores armados, quedaron sin respuesta. A diferencia del estudio de la guerra civil, que comenzó a desarrollarse en la década de 1990, la investigación empírica sobre el terrorismo fue quedándose atrás.

La situación cambió radicalmente a principios de la década de 2000. Por un lado, los atentados del 11 de septiembre atrajeron mucha atención sobre el terrorismo; por otro, se pusieron a disposición pública bases de datos como GTD, gracias a las cuales vino una oleada de trabajos cuantitativos que abrieron el campo a las comparaciones basadas en muestras amplias, poniéndose fin entonces a lo que podría denominarse el "excepcionalismo metodológico" de los estudios sobre terrorismo. No obstante, aunque la validez externa de estas contribuciones cuantitativas era ciertamente mayor que la de los estudios del pasado, su validez interna resultaba cuestionable, pues, como hemos visto páginas atrás, los datos empleados no tenían calidad suficiente, especialmente por la mezcla de tipos de violencia muy diferentes.

En cualquier caso, esta revolución cuantitativa no ha abordado el problema último, que va más allá de las cuestiones metodológicas. Dicho problema es la ausencia de una conceptualización satisfactoria del fenómeno de estudio. ¿Cómo pueden formularse hipótesis significativas si no hay un consenso mínimo sobre la naturaleza de la violencia terrorista? Estamos lejos de alcanzar un acuerdo sobre qué grupos (sentido de actor) y tácticas (sentido de acción) pueden calificarse de terroristas.

El terrorismo es un término proteico y no puede reducirse a una definición similar a la de un diccionario. Hablamos de terrorismo de formas irreductibles. Nos hemos referido en repetidas ocasiones a los actores y a la acción del terrorismo, pero también a los distintos niveles de agregación que intervienen cuando hablamos de terrorismo, desde atentados aislados hasta grupos y conflictos.

Como este libro pretende dejar claro, no creemos que debamos resignarnos a trabajar en medio de una especie de marasmo conceptual. Nuestro objetivo ha sido persuadir al lector de que, por debajo de los debates académicos, hay una lógica subyacente en la forma en que hablamos del terrorismo. Esta lógica se deriva de la característica que hace que la violencia terrorista sea tan singular: su condición clandestina. Lo que distingue al terrorismo de otros tipos de violencia es que no requiere ni la ocupación de un espacio ni operaciones de larga duración: puede concebirse como una violencia clandestina y efímera. No somos los únicos que

sostenemos esta tesis: muchos otros han argumentado en esta dirección en el pasado. Sin embargo, no se había intentado hasta el momento analizar de manera sistemática las implicaciones teóricas y empíricas de entender el terrorismo como violencia política clandestina.

En resumen, sostenemos que nuestra cartografía conceptual ofrece una visión integral del terrorismo. No solo tiene una coherencia interna, sino que, lo que es más importante, posee también un poder unificador considerable. El concepto de terrorismo que proponemos da cuenta de varias características asociadas al fenómeno. Así, la violencia clandestina puede exportarse a cualquier lugar (de ahí la existencia del terrorismo internacional); puede ser utilizada por el Estado para operaciones encubiertas como forma de represión clandestina (de ahí el terrorismo de Estado); e incluso puede ser llevada a cabo por un solo individuo (de ahí el terrorismo de actor solitario). Nuestra conceptualización del terrorismo puede dar cuenta de estas peculiaridades del fenómeno, ausentes en otros tipos de violencia.

Por otro lado, podemos derivar fácilmente hipótesis significativas sobre el uso del terrorismo. Como hemos argumentado, la adopción de tácticas clandestinas viene dictada en la mayoría de los casos por una asimetría entre los grupos armados y los Estados. La ausencia de control territorial por parte de un actor armado que lucha contra el Estado es un claro indicador de una contienda altamente asimétrica. Hemos aprovechado esta proposición general para formular hipótesis en el sentido del actor y de la acción. Por ejemplo, hemos argumentado que, en el sentido del actor, el terrorismo es más probable en países que no son ni demasiado pobres (donde los rebeldes se convierten en una insurgencia) ni demasiado ricos (donde el Estado puede aplastar o comprar a los provocadores internos). La violencia clandestina es más probable en los países de renta media.

Cuando se trata de poner a prueba hipótesis como esta, las dificultades empíricas son considerables. La cuestión más acuciante quizá sea cómo recopilar datos que sean coherentes con nuestra conceptualización del terrorismo. Lo ideal sería que los datos se recogieran y codificaran desde cero de acuerdo con las categorías

teóricas pertinentes, pero esto requiere enormes recursos. Es más realista esperar que los investigadores aporten ideas más refinadas o sofisticadas sobre cómo filtrar los datos existentes, de modo que los análisis cuantitativos puedan interpretarse con sentido. La teoría debe servir para resolver los problemas de medición.

Somos escépticos ante los resultados obtenidos mediante el uso acrítico de las bases de datos existentes sobre terrorismo. Contienen información asombrosamente rica, pero las reglas de codificación no se basan en una teoría de la violencia. Un problema similar surge cuando los investigadores imponen ciertas condiciones al conjunto de datos que no reflejan adecuadamente lo que es el terrorismo. Así, en la bibliografía sobre el uso del terrorismo en las guerras civiles, el enfoque dominante supone que matar a civiles es terrorismo, mientras que matar a las fuerzas de seguridad es violencia insurgente (véase el apéndice del capítulo 3). Creemos que el análisis de los determinantes de la victimización de civiles en las guerras civiles es una cuestión fascinante, pero no trata sobre el terrorismo como tal. Como se muestra en el capítulo 1, la opinión de que el terrorismo consiste en violencia dirigida contra civiles es cuestionable por varios motivos (los grupos terroristas también matan a las fuerzas de seguridad y los grupos no terroristas matan a civiles).

Los problemas se agravan cuando pretendemos trazar la evolución de la violencia dentro de un grupo armado. Aunque, para la investigación a gran escala, una clasificación de los grupos en clandestinos y territoriales es factible, cuando se trata de un análisis más detallado, esta tipología es demasiado imperfecta. Hay casos complejos en los que un grupo armado pasa por varias etapas en lo que respecta al control territorial y a la elección de tácticas. El conflicto palestino-israelí y el ascenso y caída del ISIS (véase el capítulo 5) son excelentes ilustraciones de las complicaciones que surgen en el análisis dinámico de la violencia.

Debido a su complejidad intrínseca, el terrorismo no puede analizarse del mismo modo que las guerras civiles, los conflictos étnicos o los genocidios. El terrorismo no puede clasificarse solo como un conflicto, una táctica o un grupo, porque puede ser cualquiera de estas cosas. Lo que ofrecen las bases de datos sobre

terrorismo es una lista de incidentes o grupos considerados terroristas. A partir de estos datos brutos, el investigador debe agregar la información en función de los intereses de investigación y las expectativas teóricas. Los incidentes terroristas pueden clasificarse por grupos, tácticas, objetivos, campañas, lugares, etc., pero aún no existe un consenso académico sobre cómo hacerlo. Creemos que la decisión más sensata es construir categorías e indicadores empíricos a partir de la naturaleza clandestina de la violencia. En el sentido del actor, hemos sugerido que los grupos armados se clasifiquen según su grado de control territorial. En el sentido de la acción, no podemos sino basarnos en aproximaciones. Así, hemos utilizado los atentados con bomba (típicos, aunque no exclusivos, de los grupos clandestinos) como indicador de la actividad terrorista. Se pueden concebir aproximaciones más indirectas aún: por ejemplo, también nos hemos centrado en la localización del atentado, suponiendo que las acciones rebeldes que tienen lugar en las ciudades más pobladas tienen más probabilidades de ser clandestinas.

Una vez planteada esta cuestión básica sobre los problemas metodológicos y conceptuales a los que se enfrentan las investigaciones empíricas sobre terrorismo, cerramos el libro con propuestas para una futura agenda de investigación. Se trata de cuestiones poco o mal estudiadas que merecen, en nuestra opinión, un examen más detenido.

En primer lugar, el control territorial desempeña un papel muy importante en nuestra conceptualización. En el capítulo 2 hemos intentado ofrecer algunas reglas operativas para identificarlo de forma sistemática; sin embargo, no sabemos mucho sobre las distintas modalidades del control rebelde. El control es un concepto algo escurridizo y, en un entorno cambiante como el de una guerra civil, desafía cualquier planteamiento estático. Los rebeldes, sin duda, intentan desplazar a las autoridades de las zonas en las que operan, pero muestran diferentes patrones de asentamiento y diferentes formas de hacer incursiones. Algunos grupos rebeldes avanzan rápidamente hacia la capital sin tener demasiado en cuenta las zonas liberadas que dejan atrás, mientras que otros dan prioridad a la gestión del espacio a expensas de la rapidez y la sorpresa. La creciente literatura sobre gobernanza rebelde está bien

posicionada para ayudar a poner en marcha esta agenda de investigación (Arjona, Kasfir y Mampilly, 2015).

En segundo lugar, el estudio de la clandestinidad está muy poco desarrollado. A pesar de la abundancia de datos de primera mano sobre grupos terroristas longevos, como ETA, PIRA, Weathermen o Brigadas Rojas, ha habido pocos esfuerzos por comprender el efecto de actuar en la clandestinidad sobre la organización interna, los métodos de financiación y los vínculos entre militantes clandestinos y sus comunidades de apoyo (una excepción es Della Porta, 2013). Al igual que hay modalidades distintas de control territorial, también las hay de clandestinidad, pero carecemos de una visión clara sobre cómo inciden en la dinámica de la violencia terrorista.

En tercer lugar, necesitamos comprender mejor cómo los grupos armados realizan la transición de la clandestinidad a la consecución de zonas liberadas, es decir, cómo se produce la transformación de un grupo terrorista en una organización guerrillera. ¿Cómo llegan los líderes a darse cuenta de que este salto adelante está de repente a su alcance? ¿Qué medios creen necesarios para lograr el control? ¿Cómo se transforma una organización cuando pasa a actuar en terreno abierto? ¿En función de qué criterios deciden combinar ataques clandestinos y ataques con control territorial? En una línea similar, hay una variación interesante (y poco explorada) en relación con el momento en que se obtiene el control territorial. Así, algunos grupos armados obtienen el control territorial casi desde el principio (Sendero Luminoso es un buen ejemplo), mientras que otros pasan largos periodos en la clandestinidad hasta que creen que están preparados para hacerse con el control territorial (como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador).

En cuarto lugar, aún queda mucho trabajo por hacer para comprender la elección de tácticas. Por un lado, pueden formularse preguntas sobre el empleo de tácticas terroristas entre insurgencias con control territorial: ¿por qué algunos grupos, como las FARC en Colombia, emplearon bajos niveles de terrorismo en comparación con Sendero Luminoso en Perú? En relación con esto, ¿por qué algunas guerrillas dedican recursos a planear atentados terroristas internacionales, como ISIS, mientras que otras los evitan, como los

talibanes? Por otro lado, también observamos una interesante variación en la elección de tácticas entre los grupos clandestinos: algunos optan por las bombas o los tiroteos selectivos, mientras que otros mezclan estas tácticas. La explicación de esta variación táctica es un reto para quienes estudian la violencia política.

En quinto lugar, el estudio de los blancos (targets) es sorprendentemente débil. Esto resulta curioso, ya que parte de la bibliografía ha respaldado la idea de que el terrorismo se define por la naturaleza del blanco. ¿Las lógicas del desgaste y la movilización exigen ataques contra blancos diferentes? ¿En qué condiciones las restricciones impuestas por la clandestinidad limitan el abanico de blancos posibles? ¿La distinción entre violencia indiscriminada y selectiva, ampliamente utilizada en los estudios sobre la guerra civil, puede trasladarse al ámbito del terrorismo? Los grupos clandestinos producen una violencia de menor letalidad y mayor visibilidad, por lo que los análisis empíricos de selección de objetivos o víctimas deberían estar más extendidos en esta área.

En sexto lugar, apenas se ha explorado la cuestión del reclutamiento de los grupos clandestinos. En su análisis de las guerrillas, Weinstein (2007) distinguió entre recursos económicos y recursos sociales de los grupos armados, argumentando que los grupos que se basan en incentivos económicos para atraer reclutas tienden a la violencia indiscriminada, mientras que los que consiguen reclutas mediante incentivos sociales (por ejemplo, ideología o normas sociales) tienden a cometer atentados más selectivos. Cabe dudar de esta teoría cuando se aplica a los movimientos yihadistas. En el caso del ISIS, por ejemplo, el grupo cometió muchos atentados indiscriminados, pero también operó mediante incentivos sociales y coacción, configurando lo que Revkin y Ahram (2020) denominan un contrato social autoritario. La ideología también fue crucial, como demuestra la capacidad del ISIS para atraer a más de 40.000 combatientes extranjeros de más de 110 países (Byman, 2019: 171). Algunos incluso participaron en misiones suicidas, lo que implica un sacrificio pleno e incondicional por la causa que solo puede explicarse en términos de compromiso ideológico y presión de grupo. Aunque se necesita mucha más investigación sobre este punto, parece razonable suponer que los grupos clandestinos utilizarán incentivos sociales, en lugar de económicos, para reclutar

nuevos miembros. Las consecuencias de este tipo de reclutamiento en cuanto a la disposición a negociar con el Estado, el tipo de violencia y otras cuestiones relacionadas no se han explorado suficientemente hasta el momento.

En séptimo lugar, los grupos terroristas que hemos estudiado son los que se adaptaron a su medio y pudieron sobrevivir durante algunos años. Sin embargo, hay muchos más que se extinguen rápidamente y apenas dejan rastro. Esto genera un importante problema de selección. En cierto sentido, la mayoría de las ilustraciones empíricas que hemos utilizado en este libro corresponden a grupos rebeldes que fueron capaces de hacer frente a las condiciones estructurales a las que se enfrentaban y, por tanto, eligieron la estrategia armada adecuada para sobrevivir. Los grupos que se extinguieron rápidamente, sin embargo, no fueron capaces de adaptarse estratégicamente y fueron fácilmente aniquilados. El estudio de estas experiencias efímeras puede ser de gran utilidad para identificar las razones por las que algunos grupos sobreviven y son capaces de desafiar al Estado. Un caso interesante es el de los grupos armados mexicanos de los años setenta (Glockner, 2018), muy fragmentados y presa fácil del Estado. Su incapacidad para cohesionarse y formar un frente unido fue en gran medida consecuencia de visiones opuestas sobre el papel de la lucha urbana/rural. La falta de un enfoque claro y común de la lucha armada condujo a errores estratégicos. En consecuencia, estos grupos no fueron capaces de representar una amenaza seria para el Estado mexicano.

Por último, hemos argumentado que el terrorismo de Estado existe, pero en un sentido limitado: se materializa en la represión clandestina. Sería interesante saber en qué condiciones es más probable el terrorismo de Estado frente a la represión abierta. En algunos casos, los Estados han considerado que los medios extralegales no son necesarios para combatir el terrorismo. Pero, en otras ocasiones, los Estados han organizado o patrocinado operaciones clandestinas contra terroristas (como España, que organizó comandos clandestinos para atacar a miembros de ETA). Hay que investigar las condiciones que desencadenan el terrorismo de Estado, ya que se sabe muy poco sobre este tema.

Se trata de una larga lista de temas para futuros estudios. Consideraríamos este libro un éxito si otros, inspirados por nuestro enfoque del terrorismo, se animan a avanzar en este programa de investigación.

BIBLIOGRAFÍA

Abrahms, Max (2006): “Why Terrorism Does Not Work”, International Security, 31(2), pp. 42-78.

— (2012): “The Political Effectiveness of Terrorism Revisited”, Comparative Political Studies, 45(3), pp. 366-93.

Aguilera, Mario (2013): “Las FARC: Auge y quiebra del modelo de guerra”, Análisis Político, 77, pp. 85-111.

Al-Dayel, Nadia; Mumford, Andrew y Bales, Kevin (2022): “Not Yet Dead: The Establishment and Regulation of Slavery by the Islamic State”, Studies in Conflict & Terrorism, 45(11), pp. 929-52.

Alperovitz, Gar (1995): The Decision to Use the Atomic Bomb and the Architecture of an American Myth, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Al-Shishani, Murad B. (2005): “Al-Zarqawi’s Rise to Power: Analyzing Tactics and Targets”, Terrorism Monitor, 3(22). Disponible en https://lc.cx/Tu_zi0.

Amigo, Ángel (1978): Pertur: ETA 1971-76, San Sebastián, Hórdago.

Anderton, Charles H. y Brauer, Jurgen (2021): “Mass Atrocities and their Prevention”, Journal of Economic Literature, 59(4), pp. 1240-92.

Anfinson, Aaron, y Al-Dayel, Nadia (2023): “Landmines and Improvised Explosive Devices: The Lingering Terror of the Islamic State”, Studies in Conflict & Terrorism, 46(2), pp. 162-82.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (1998): La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina, 1973–1976, Buenos Aires, Planeta.

Arjona, Ana (2016): Rebelocracy: Social Order in the Colombian Civil War, Cambridge, Cambridge University Press.

Arjona, Ana; Kasfir, Nelson y Mampilly, Zachariah (eds.) (2015): Rebel Governance in Civil War, Cambridge, Cambridge University Press.

Arreguín-Toft, Ivan (2005): How the Weak Win Wars: A Theory of Asymmetric Conflict, Oxford, Oxford University Press.

Asal, Victor; Milward, H. Brinton y W. Schoon, Eric (2015): "When Terrorists Go Bad: Analyzing Terrorist Organizations' Involvement in Drug Smuggling", International Studies Quarterly, 59(1), pp. 112-23.

Asal, Victor; Phillips, Brian y Rethemeyer, Karl (2022): Insurgent Terrorism: Intergroup Relationships and the Killing of Civilians, Oxford, Oxford University Press.

Asal, Victor y Rethemeyer, R. Karl (2008): "The Nature of the Beast: Organizational Structures and the Lethality of of Terrorist Attacks", Journal of Politics, 70(2), pp. 437-49.

Aust, Stefan (2008): Baader-Meinhof: The Inside Story of the R.A.F, Oxford, Oxford University Press.

Aviad, Guy (2009): "'Hamás' Military Wing in the Gaza Strip: Development, Patterns of Activity, and Forecast", Military and Strategic Affairs, 1(1), pp. 3-15.

Ayers, Bill (2003): Fugitive Days: A Memoir, Nueva York, Penguin.

Baconi, Tareq (2018): Hamás Contained: The Rise and Pacification of Palestinian Resistance, Stanford, CA, Stanford University Press.

Bakunin, Mijhail (1971): Bakunin on Anarchy: Selected Works, Nueva York, Vintage Books.

Balcells, Laia (2017): Rivalry and Revenge: The Politics of Violence during Civil War, Cambridge, Cambridge University Press.

Balcells, Laia y Stanton, Jessica (2021): "Violence against Civilians

during Armed Conflict: Moving beyond the Macro- and Micro-level Divide", Annual Review of Political Science, 24, pp. 45-69.

Baracskay, Daniel (2011): The Palestine Liberation Organization: Terrorism and Prospects for Peace in the Holy Land, Santa Barbara, CA, Praeger.

Barrell, Howard (1992): "The Turn to the Masses: The African National Congress' Strategic Review of 1978-79", Journal of Southern African Studies, 18(1), pp. 64-92.

Bar-Zohar, Michael y Mishal, Nissim (2015): Mossad: The Great Operations of Israel's Secret Service, Londres, Biteback.

Baumann, Michael (1977): Terror or Love? Bommi Baumann's Own Story of his Life as a West German Urban Guerrilla., Nueva York, Grove Press.

Beccaro, Andrea (2018): "Modern Irregular Warfare: The ISIS Case Study", Small Wars & Insurgencies, 29(2), pp. 207-28.

Be'er, Yozhar y 'Abdel-Jawad, Saleh (1994): Collaborators in the Occupied Territories: Human Rights Abuses and Violations, Jerusalén, B'Tselem. Disponible en https://lc.cx/ISxaTp.

Begin, Menachem (1972): The Revolt, 5ª edición [trad. Samuel Katz], Jerusalén, Steimatzky's Agency Limited.

Beitler, Ruth Margolies (2004): The Path to Mass Rebellion: An Analysis of Two intifadas, Lanham, MD, Lexington Books.

Berger, Dan (2006): Outlaws of America: The Weather Underground and Politics of Solidarity, Oakland, CA, AK Press.

Bergesen, Albert J. y Lizardo, Omar (2004): "International Terrorism and the World-System", Sociological Theory, 22(1), pp. 38-52.

Bergman, Ronen (2008): The Secret War with Iran, Oxford, Oneworld Publications.

— (2018): Rise and Kill First: The Secret History of Israel's Targeted

Assassinations [trad. Ronnie Hope], Londres, John Murray.

Berkebile, Richard (2017): “What Is Domestic Terrorism? A Method for Classifying Events from the Global Terrorism Database”, Terrorism and Political Violence, 29(1), pp. 1-26.

Bermúdez, Alejandro (1995): “Los ‘arrepentidos’, una desbandada en Sendero”, Aceprensa, 1 de febrero.

Besley, Timothy y Persson, Torsten (2011): Pillars of Prosperity: The Political Economics of Development Clusters, Princeton, Princeton University Press.

Biddle, Stephen (2021): Nonstate Warfare: The Military Methods of Guerrillas, Warlords, and Militias, Princeton, Princeton University Press.

Bidegain, Eneko (2007): Iparretarrak. Historia de una organización política armada, Tafalla, Txalaparta.

Bilger, Alex (2014): Backgrounder: ISIS Annual Reports Reveal a Metrics-driven Military Command, Washington, Institute for the Study of War.

Bjørgo, Tore (2005): “Introduction”, en Tore Bjørgo (ed.), Root Causes of Terrorism, Londres, Routledge, pp. 2-15.

Blakeley, Ruth (2009): “State Terrorism in the Social Sciences: Theories, Methods and Concepts”, en Richard Jackson, Eamon Murphy y Scott Poynting (eds.), Contemporary State Terrorism: Theory and Practice, Abingdon, Routledge, pp. 12-27.

Blixen, Samuel (2005): Sendic. Las vidas de un Tupamaro, Barcelona, Virus.

Bloom, Mia (2005): Dying to Kill: The Allure of Suicide Terror, Nueva York, Columbia University Press.

Bloom, Mia; Tiflati, Hicham y Horgan, John (2019): “Navigating ISIS’s Preferred Platform: Telegram”, Terrorism and Political Violence, 31(6), pp. 1242-54.

Boix, Carles, Miller, Michael y Rosato, Sebastian (2013): “A Complete Data Set of Political Regimes, 1800-2007”, Comparative Political Studies, 46(12), pp. 1523-54.

Boot, Max (2013): Invisible Armies: An Epic History of Guerrilla Warfare from Ancient Times to the Present, Nueva York, Liveright.

Boyle, Emma L. (2017): “Was Idi Amin’s Government a Terrorist Regime?”, Terrorism and Political Violence, 29(4), pp. 593-609.

Braithwaite, Alex. 2013. ‘The Logic of Public Fear in Terrorism and Counter-Terrorism’. Journal of Police and Criminal Psychology, 28(2), pp. 95-101.

Brock, Gary (2013): Zarqawi’s sfumato: Operational art in irregular warfare, Monografía de investigación preparada para el United States Army Command y el General Staff College, Fort Leavenworth.

Brum, Pablo (2016): Patria para nadie. La historia no contada de los Tupamaros de Uruguay, Barcelona, Península.

Bueno de Mesquita, Ethan (2005): “The Quality of Terror”, American Journal of Political Science, 49(3), pp. 515-30.

Burleigh, Michael (2008): Blood & Rage: A Cultural History of Terrorism, Londres, Harper.

Burrough, Bryan (2015): Days of Rage: America’s Radical Underground, the FBI, and the Forgotten Age of Revolutionary Violence, Nueva York, Penguin.

Burstein, Alon (2018): “Armies of God, Armies of Men: A Global Comparison of Secular and Religious Terror Organizations”, Terrorism and Political Violence, 30(1), pp. 1-21.

Burt, Jo-Marie (1998): “Shining Path and the ‘Decisive Battle’ in Lima’s Barriadas: The Case of Villa El Salvador”, en Steve J. Stern (ed.), Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995, Durham, Duke University Press, pp. 267-306.

Byman, Daniel (2016): “Understanding the Islamic State: A Review Essay”, International Security, 40(4), pp. 127-65.

— (2019): Road Warriors: Foreign Fighters in the Armies of Jihad, Princeton, Princeton University Press.

Cabrera, Germán (2015): Un ex Tupamaro en el trópico. Memorias, Montevideo, Penguin Random House.

Canetti-Nisim, Daphna; Mesch, Gustavo y Pedahzur, Ami (2006): "Victimization from Terrorist Attacks: Randomness or Routine Activities?", Terrorism & Political Violence, 18(4), pp. 485-501.

Carr, Caleb (2002): The Lessons of Terror: A History of Warfare against Civilians, Nueva York, Random House.

Carretero, José L. (2020): Abraham Guillén. Guerrilla y autogestión, Madrid, Confederación Sindical Obrera.

Carter, Ash (2017): A Lasting Defeat: The Campaign to Destroy ISIS, Cambridge, MA, Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard Kennedy School.

Casanova, Iker y Asensio, Paul (1999): Argala, Tafalla, Txalaparta.

Castan Pinos, Jaume y Radil, Steven M. (2020): "The Territorial Contours of Terrorism: A Conceptual Model of Territory for Non-State Violence", Terrorism and Political Violence, 32(5), pp. 1027-46.

Chailand, Gerad (1972): The Palestinian Resistance [trad. Michael Perl], Harmondsworth, Penguin.

Cheibub, José Antonio; Gandhi, Jennifer y Vreeland, James Raymond (2010): "Democracy and Dictatorship Revisited", Public Choice, 143(1-2), pp. 67-101.

Clutterbuck, Richard (1977): Guerrillas and Terrorists, Londres, Faber & Faber.

Coady, C. A. J. (2021): The Meaning of Terrorism, Oxford, Oxford University Press.

Cohen, Gerald (2008): "Casting the First Stone: Who Can, and Who Can't, Condemn the Terrorists?", en Stephen Law (ed.), Israel,

Palestine and Terror, Londres, Continuum, pp. 102-26.

Collier, Paul y Hoeffler, Anke (1998): “On Economic Causes of Civil War”, Oxford Economic Papers, 50(4), pp. 563-73.

— (2004): “Greed and Grievance in Civil War”, Oxford Economic Papers, 56(4), pp. 563-95.

Combs, Cynthia (2018): Terrorism in the Twenty-First Century, Londres, Routledge.

Conquest, Robert (1990): The Great Terror: A Reassessment, Nueva York, Oxford University Press.

Cragin, R. Kim (2008): “Early History of Al-Qa’ida”, Historical Journal, 51(4), pp. 1047-67.

Crelinsten, Ronald D. (1987): “Terrorism as Political Communication: The Relationship between the Controller and the Controlled”, en Paul Wilkinson y Alasdair M. Stewart (eds.), Contemporary Research on Terrorism, Aberdeen, Aberdeen University Press, pp. 3-23.

— (2002): “Analysing Terrorism and Counter-Terrorism: A Communication Model”, Terrorism and Political Violence, 14(2), pp. 77-122.

Crenshaw, Martha (1981): “The Causes of Terrorism”, Comparative Politics, 13(1), pp. 379-99.

— (1995): “Thought on Relating Terrorism to Historical Contexts”, en Martha Crenshaw (ed.), Terrorism in Context, University Park, The Pennsylvania State University Press, pp. 3-24.

Cronin, Audrey Kurth (2009): How Terrorism Ends: Understanding the Decline and Demise of Terrorist Campaigns, Princeton, Princeton University Press.

— (2015): “ISIS Is Not a Terrorist Group: Why Counterterrorism Won’t Stop the Latest Jihadist Threat”, Foreign Affairs, 94(2), pp. 87-98.

Cunningham, David E.; Skrede Gleditsch, Kristian y Salehyan, Idean (2013): “Non-State Actors in Civil Wars: A New Dataset”, Conflict Management and Peace Science, 30(5), pp. 516-31.

Dartnell, Michael Y. (1995): Action Directe: Ultra-Left Terrorism in France, 1979-1987, Londres, Frank Cass.

Davenport, Christian (2007): “State Repression and Political Order”, Annual Review of Political Science, 10, pp. 1-23.

Davis, Mike (2007): Buda’s Wagon: A Brief History of the Car Bomb, Londres, Verso.

Degregori, Carlos I. (1998): “Harvesting Storms: Peasants Rondas and the Defeat of Sendero Luminoso in Ayacucho”, en Steve J. Stern (ed.), Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995, Durham, Duke University Press, pp. 128-57.

— (2011): Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999, Lima, IEP.

De Jonge Oudraat, Chantal y Marret, Jean-Luc (2010): “The Uses and Abuses of Terrorist Designation Lists”, en Martha Crenshaw (ed.), The Consequences of Counterterrorism, Nueva York, Russell Sage, pp. 94-129.

De la Calle, Luis (2007): “Fighting for Local Control: Street Violence in the Basque Country”, International Studies Quarterly, 51(2), pp. 431-55.

— (2015a): Nationalist Violence in Post-War Europe, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2015b): “Fighting the War on Two Fronts: Shining Path and the Peruvian Civil War, 1980-95”, en Lorenzo Bosi, Niall Ó Dochartaigh y Daniela Pisoiu (eds.), Political Violence in Context, Colchester, European Consortium for Political Research, pp. 125-144.

— (2017): “Compliance vs. Constraints: A Theory of Rebel Targeting in Civil War”, Journal of Peace Research, 54(3), pp. 427-41.

De la Calle, Luis y Sánchez-Cuenca, Ignacio (2011a): "What We Talk About When We Talk About Terrorism", Politics & Society, 39(3), pp. 451-72.

— (2011b): "The Quantity and Quality of Terrorism: The DTV Dataset", Journal of Peace Research, 48(1), pp. 49-58.

— (2012): "Rebels without a Territory: An Analysis of Nonterritorial Conflicts in the World, 1970–1997", Journal of Conflict Resolution, 56(4), pp. 580-603.

— (2013): "Killing and Voting in the Basque Country: An Exploration of the Electoral Link between ETA and its Political Branch", Terrorism and Political Violence, 25, pp. 94-112.

— (2015): "How Armed Groups Fight: Territorial Control and Violent Tactics", Studies in Conflict & Terrorism, 38(10), pp. 795-813.

— (2020): "Violence and Mobilization Probing the Inverted U-Shaped Link between Protest and Terrorism", Taiwan Journal of Democracy, 16(1), pp. 51-79.

Della Porta, Donatella (1995): Social Movements, Political Violence and the State, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2013): Clandestine Political Violence, Cambridge, Cambridge University Press.

Della Porta, Donatella y Tarrow, Sidney (1986): "Unwanted Children: Political Violence and the Cycle of Protest in Italy, 1966-1973", European Journal of Political Research, 14(5-6), pp. 607-32.

Demaris, Ovid (1977): Brothers in Blood: The International Terrorist Network, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

DeNardo, James (1985): Power in Numbers: The Political Strategy of Protest and Rebellion, Princeton, Princeton University Press.

Djankov, Simeon y Reynal-Querol, Marta (2010): "Poverty and Civil War: Revisiting the Evidence", Review of Economics and Statistics,

92(4), pp. 1035-41.

Downes, Alexander B. (2008): Targeting Civilians in War, Ithaca, Cornell University Press.

Drake, C. J. M. (1998): Terrorists' Target Selection, Londres, Macmillan.

Drakos, Konstantinos y Gofas, Andreas (2006): "The Devil You Know but Are Afraid to Face: Underreporting Bias and its Distorting Effects on the Study of Terrorism", Journal of Conflict Resolution, 50(5), pp. 714-35.

Dupré, John (1993): The Disorder of Things: Metaphysical Foundations of the Disunity of Science, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Echandía, Camilo (2000): "El conflicto armado colombiano en los años noventa: cambios en las estrategias y efectos económicos", Colombia Internacional, 1(49-50), pp. 117-34.

Enders, Walter y Hoover, Gary (2012): "The Nonlinear Relationship between Terrorism and Poverty", American Economic Review, 102(3), pp. 267-72.

Enders, Walter y Sandler, Todd (2012): The Political Economy of Terrorism, Cambridge, Cambridge University Press.

Enders, Walter; Sandler, Todd y Gaibulloev, Khusrav (2011): "Domestic versus Transnational Terrorism: Data, Decomposition, and Dynamics", Journal of Peace Research, 48(3), pp. 319-37.

Falconí, Carola; Jiménez, Edilberto y Alfaro, Giovanni (2007): Lucanamarca: memorias de nuestro pueblo, Lima, COMISEDH.

Farrell, William R. (1990): Blood and Rage: The Story of the Japanese Red Army, Lexington, MA, Lexington Books.

Farwell, James P. (2014): "The Media Strategy of ISIS", Survival, 56(6), pp. 49-55.

Fearon, James D. y Laitin, David (2003): "Ethnicity Insurgency and

Civil War", American Political Science Review, 97(1), pp. 75-90.

Fernández Huidobro, Eleuterio (2005): Historia de los Tupamaros, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Findley, Michael G. y Young, Joseph K. (2012): "Terrorism and Civil War: A Spatial and Temporal Approach to a Conceptual Problem", Perspectives on Politics, 10(2), pp. 285-305.

Fishman, Brian (2009): Dysfunction and Decline: Lessons Learned from inside Al-Qa'ida in Iraq, West Point, The Combating Terrorism Center at West Point.

Fortna, Virginia Page (2015): "Do Terrorists Win? Rebels' Use of Terrorism and Civil War Outcomes", International Organization, 69(3), pp. 519-56.

— (2023): "Is Terrorism Really a Weapon of the Weak? Debunking the Conventional Wisdom", Journal of Conflict Resolution, 67(4), pp. 642-71.

Fortna, Virginia Page; Lotito, Nicholas y Rubin, Michael (2020): "Terrorism in Armed Conflict: New Data Attributing Terrorism to Rebel Organizations", Conflict Management and Peace Science, 39(2), pp. 214-36.

Foucault, Michel (1966): Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines, París, Gallimard.

Freeman, Michael (2011): "The Sources of Terrorist Financing: Theory and Typology", Studies in Conflict & Terrorism, 34(6), pp. 461-75.

Frey, Bruno (2004): Dealing with Terrorism: Stick or Carrot?, Cheltenham, Edward Elgar.

Frisch, Hillel (2009): "Strategic Change in Terrorist Movements: Lessons from Hamás", Studies in Conflict & Terrorism, 32(12), pp. 1049-1065.

Gage, Beverly (2009): The Day Wall Street Exploded: A Story of America in its First Age of Terror, Oxford, Oxford University Press.

Gambetta, Diego (2005): “Can We Make Sense of Suicide Missions?”, en Diego Gambetta (ed.), Making Sense of Suicide Missions, Oxford, Oxford University Press, pp. 259-99.

Gartenstein-Ross, Daveed y Jocelyn, Thomas (2022): Enemies Near & Far: How Jihadist Groups Strategize, Plot, and Learn, Nueva York, Columbia University Press.

Gerges, Fawaz A. (2009): The Far Enemy: Why Jihad Went Global, Cambridge, Cambridge University Press.

Gilio, Maria E. (1972): The Tupamaro Guerrillas: The Structure and Strategy of the Urban Guerrilla Movement, Nueva York, Saturday Review.

Gill, Paul (2015): Lone-Actor Terrorists: A Behavioural Analysis, Londres, Routledge.

Gillespie, Richard (1982): Soldiers of Perón: Argentina’s Montoneros, Oxford, Clarendon Press.

Ginsborg, Paul (2003): A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Glockner, Fritz (2018): Los años heridos. Historia de la guerrilla en México, 1968-1985, Ciudad de México, Planeta.

Golder, Ben y Williams, George (2004): “What is ‘Terrorism’? Problems of Legal Definition”, UNSW Law Journal, 27(2), pp. 270-95.

Goodwin, Jeff (2006): “A Theory of Categorical Terrorism”, Social Forces, 84, pp. 2027-46.

Gorriti, Gustavo (1990): Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú, Lima, Planeta.

Granados, Manuel Jesús (1992): El PCP Sendero Luminoso y su ideología, Lima, Eapsa.

Grupo de Memoria Histórica, GMH (2013): ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad, Bogotá, Imprenta Nacional.

Guevara, Ernesto “Che” (2002 [1960]): La guerra de guerrillas, Tafalla, Txalaparta.

Guillén, Abraham (1966): Estrategia de la guerrilla urbana, Montevideo, Manuales del Pueblo.

— (1973): Philosophy of the Urban Guerrilla. The Revolutionary Writings of Abraham Guillén [trad. y ed. Donald C. Hodges], Nueva York, William Morrow.

Gunaratna, Rohan (2002): Inside Al Qaeda: Global Network of Terror, Nueva York, Columbia University Press.

Gunaratna, Rohan y Nielsen, Anders (2008): “Al Qaeda in the Tribal Areas of Pakistan and Beyond”, Studies in Conflict & Terrorism, 31(9), pp. 775-807.

Gupta, Dipak K. y Mundra, Kusum (2005): “Suicide Bombing as a Strategic Weapon: An Empirical Investigation of Hamás and Islamic Jihad”, Terrorism and Political Violence, 17(4), pp. 573-98.

Habash, George y Soueid, Mahmoud (1998): “Taking Stock: An Interview with George Habash”, Journal of Palestine Studies, 28(1), pp. 86-101.

Hacking, Ian (1999): The Social Construction of What?, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Hafez, Mohammed y Wiktorowicz, Quintan (2004): “Violence as Contention in the Egyptian Islamic Movement”, en Quintan Wiktorowicz (ed.), Islamic Activism: A Social Movement Theory Approach, Bloomington, Indiana University Press, pp. 61-88.

Harnden, Toby (1999): Bandit Country: The IRA & South Armagh, Londres, Hodder & Stoughton.

Hartwig, Jason (2020): “Composite Warfare and Civil War Outcome”, Terrorism and Political Violence, 32(6), pp. 1268-90.

Hashim, Ahmed (2018): The Caliphate at War: Operational Realities and Innovations of the Islamic State, Oxford, Oxford University Press.

— (2019): “The Islamic State’s Way of War in Iraq and Syria: From its Origins to the Post Caliphate Era”, Perspectives on Terrorism, 13(1), pp. 23-32.

Hassan, Hassan (2018): “Out of the Desert: ISIS’s Strategy for a Long War”, Policy paper 2018-8, Washington, DC, The Middle East Institute.

Hastings, Justin V. (2010): No Man’s Land: Globalization, Territory, and Clandestine Groups in Southeast Asia, Ithaca, Cornell University Press.

Heghammer, Thomas (2010): Jihad in Saudi Arabia: Violence and Pan-Islamism since 1979, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2020): The Caravan: Abdallah Azzam and the Rise of Global Jihad, Cambridge, Cambridge University Press.

Hempel, Carl G. (1965): Aspects of Scientific Explanation and Other Essays in the Philosophy of Science, Nueva York, The Free Press.

Hendrix, Cullen (2010): “Measuring State Capacity: Theoretical and Empirical Implications for the Study of Civil Conflict”, Journal of Peace Research, 47(3), pp. 273-85.

Hoffman, Bruce (2006): Inside Terrorism, Nueva York, Columbia University Press.

Hoffman, Bruce; Ware, Jacob y Shapiro, Ezra (2020): “Assessing the Threat of Incel Violence”, Studies in Conflict & Terrorism, 43(7), pp. 565-87.

Hoffman, Frank G. (2007): Conflict in the 21st Century: The Rise of Hybrid Wars, Arlington, VA, Potomac Institute for Policy Studies.

Holmes, Jennifer (2001): Terrorism and Democratic Stability, Manchester, Manchester University Press.

Holmes, Stephen (2005): “Al Qaeda, September 11, 2001”, en Diego Gambetta (ed.), Making Sense of Suicide Missions, Oxford, Oxford University Press, pp. 131-72.

Honderich, Ted (2008): “Terrorisms in Palestine”, en Stephen Law (ed.), Israel, Palestine, and Terror, Londres, Continuum, pp. 3-16.

Hopgood, Stephen (2005): “Tamil Tigers, 1987-2002”, en Diego Gambetta (ed.), Making Sense of Suicide Missions, Oxford, Oxford University Press, pp. 43-76.

Horgan, John y Taylor, Max (1999): “Playing the ‘Green Card’- Financing the Provisional IRA: Part 1”, Terrorism and Political Violence, 11(2), pp. 1-38.

Hudson, Michael C. (1972): “Developments and Setbacks in the Palestinian Resistance Movement, 1967–1971”, Journal of Palestinian Studies, 1(3), pp. 64-84.

Hultman, Lisa (2009): “The Power to Hurt in Civil War: The Strategic Aim of RENAMO Violence”, Journal of Southern African Studies, 35(4), pp. 821-34.

Hussain, Syed Rifaat (2010): “Liberation Tigers of Tamil Eelam. Failed Quest for a ‘Homeland’”, en Kledja Mulaj (ed.), Violent Nonstate Actors in World Politics, Londres, Hurst, pp. 381-412.

Ibrahim, Raymond (2007): The Al Qaeda Reader, Nueva York, Broadway Books.

Ingram, Haroro; Whiteside, Craig y Winter, Charlie (2020): The ISIS Reader: Milestone Texts of the Islamic State Movement, Londres, Hurst Publishers.

Jaber, Hala (1997): Hezbollah: Born with a Vengeance, Nueva York, Columbia University Press.

Jacobs, Ron (1997): The Way the Wind Blew: A History of the Weather Underground, Londres, Verso.

Jalali, Ali Ahmad y Grau, Lester W. (1999): The Other Side of the Mountain: Mujahideen Tactics in the Soviet-Afghan War, Virginia, Military Bookshop.

Jamieson, Alison (2005): “The Use of Terrorism by Organized Crime: An Italian Case Study”, en Tore Bjørgo (ed.), Root Causes of

Terrorism: Myths, Reality, and Ways Forward, Abingdon, Routledge, pp. 182-95.

Jiménez, Benedicto (2000): Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú, Lima, SANKI.

Jones, Benjamin F. y Olken, Benjamin A. (2009): "Hit or Miss? The Effect of Assassinations on Institutions and War", American Economic Journal: Macroeconomics, 1(2), pp. 55-87.

Jones, Seth y Libicki, Martin (2008): How Terrorist Groups End: Lessons for Countering al Qa'ida, Washington, DC, RAND.

Jones, Seth G. et al. (2017): Rolling Back the Islamic State. Santa Monica: Rand Corporation.

Jones, Simon (2010): Underground Warfare 1914–1918, Barnsey, Penn & Sword.

Joshi, Manoj (1996): "On the Razor's Edge: The Liberation Tigers of Tamil Eelam", Studies in Conflict & Terrorism, 19(1), pp. 19-42.

Kahler, Miles (2009): "Collective Action and Clandestine Networks: The Case of Al Qaeda", en M. Kahler (ed.), Networked Politics: Agency, Power, and Governance, Ithaca, Cornell University Press, pp. 103-24.

Kalyvas, Stathis (1999): "Wanton and Senseless: The Logic of Massacres in Algeria", Rationality & Society, 11(3), pp. 243-85.

— (2006): The Logic of Violence in Civil War, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2019): "The Landscape of Political Violence", en Erica Chenoweth, Richard English, Andreas Gofas y Stathis N. Kalyvas (eds.), The Oxford Handbook of Terrorism, Oxford, Oxford University Press, pp. 11-33.

Kalyvas, Stathis y Balcells, Laia (2010): "International System and Technologies of Rebellion: How the End of the Cold War Shaped Internal Conflict", American Political Science Review, 104(3), pp. 415-29.

Kamm, F. M. (2008): “Terrorism and Intending Evil”, Philosophy & Public Affairs, 36(2), pp. 157-86.

Kassimeris, George (2001): Europe’s Last Red Terrorists: The Revolutionary Organization 17 November, Londres, Hurst.

Kepel, Gilles (2003): Jihad: The Trail of Political Islam, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Kilcullen, David (2009): The Accidental Guerrilla: Fighting Small Wars in the Midst of a Big One, Oxford, Oxford University Press.

King, Anthony (2021): Urban Warfare in the Twenty-First Century, Cambridge, Poility.

Klausen, Jytte (2022): Western Jihadism: A Thirty Year History, Oxford, Oxford University Press.

Knoll, David W. (2017): Al Qaeda in the Arabian Peninsula (AQAP): An Al Qaeda Affiliate Case Study, Center for Naval Analysis, United States of America.

Koerner, Brendan I. (2013): The Skies Belong to Us: Love and Terror in the Golden Age of Hijacking, Nueva York, Crown.

Kreiman, Guillermo y Espadafor, Mar C. (2022): “Unexpected Allies: The Impact of Terrorism on Organised Crime in Sub-Saharan Africa and South-East Asia”, Studies in Conflict & Terrorism, 45(5-6), pp. 348-67

Krueger, Alan B. (2007): What Makes a Terrorist: Economics and the Roots of Terrorism, Princeton, Princeton University Press.

Kurz, Anat y Merari, Ariel (1985): ASALA: Irrational Terror or Political Tool, Boulder, CO, Westview Press.

Kydd, Andrew y Walter, Barbara F. (2002): “Sabotaging the Peace: The Politics of Extremist Violence”, International Organization, 56(2), pp. 263-96.

— (2006): “The Strategies of Terrorism”, International Security, 31(1), pp. 49-80.

Lacina, Bethany y Gleditsch, Nils Petter (2005): “Monitoring Trends in Global Combat: A New Dataset of Battle Deaths”, European Journal of Population, 21(2-3), pp. 145-66.

LaFree, Gary (2019): “The Evolution of Terrorism Event Databases”, en Erica Chenoweth, Richard English, Andreas Gofas y Stathis N. Kalyvas (eds.), The Oxford Handbook of Terrorism, Oxford, Oxford University Press, pp. 50-68.

LaFree, Gary y Dugan, Laura (2007): “Introducing the Global Terrorism Database”, Terrorism and Political Violence, 19(2), pp. 181-204.

Lahoud, Nelly (2014): “Metamorphosis: From al-Tawhid wa-al-Jihad to Dawlat al-Khilafa (2003–2014)”, en Muhammad al-‘Ubaydi, Nelly Lahoud, Daniel Milton y Bryce Price (eds.), The Group that Calls Itself a State: Understanding the Evolution and Challenges of the Islamic State, West Point, The Combating Terrorism Center at West Point, pp. 8-26.

Lake, David A. (2002): “Rational Extremism: Understanding Terrorism in the Twenty-First Century”, Dialogue-International Organization, 1(1), pp. 15-28.

Laqueur, Walter (1976): Guerrilla: A Historical and Critical Study, Boston, Little, Brown, and Company.

Laqueur, Walter y Schueftan, Dan (eds.) (2016): The Israel-Arab Reader. A Documentary History of the Middle East Conflict, Londres, Penguin, 8ª ed.

Lee, Alexander (2011): “Who Becomes a Terrorist? Poverty, Education, and the Origins of Political Violence”, World Politics, 63(2), pp. 203–45.

Legassick, Martin (2003): “Armed Struggle in South Africa: Consequences of a Strategy Debate”, Journal of Contemporary African Studies, 21(2), pp. 285-302.

Levitsky, Steven y Way, Lucan A. (2010): Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War, Cambridge,

Cambridge University Press.

Levitt, Matthew (2006): Hamás: Politics, Charity, and Terrorism in the Service of Jihad, New Haven, Yale University Press.

Lewis, Janet I. (2020): How Insurgency Begins: Rebel Group Formation in Uganda and Beyond, Cambridge, Cambridge University Press.

Lia, Brynjar (2007): Architect of Global Jihad: The Life of Al-Qaida Strategist Abu Mus'ab al-Suri, Londres, Hurst.

Lifton, Robert Jay (2000): Destroying the World to Save It: Aum Shinrikyo̅, Apocalyptic Violence, and the New Global Terrorism, Nueva York, Henry Holt.

Linse, Ulrich (1982): " 'Propaganda by the Deed' and 'Direct Action'": Two Concepts of Anarchist Violence", en Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld (eds.), Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth- and Twentieth-Century Europe, Houndmills, Macmillan, pp. 201-29.

Lister, Charles (2015): The Syrian Jihad: Al Qaeda, the Islamic State and the Evolution of an Insurgency, Oxford, Oxford University Press.

Lunstrum, Elizabeth (2009): "Terror, Territory, and Deterritorialization: Landscapes of Terror and the Unmaking of State Power in the Mozambican 'Civil' War", Annals of the Association of American Geographers, 99(5), pp. 884-92.

Lutz, Brenda y Lutz, James (2013): "Terrorism in Sub-Saharan Africa: The Missing Data", Insight on Africa, 5(2), pp. 169-83.

McCann, Wesley S. (2023): "Who Said We Were Terrorists? Issues with Terrorism Data and Inclusion Criteria", Studies in Conflict & Terrorism, 46(6), pp. 964-84.

McCants, William (2015): The ISIS Apocalypse: The History, Strategy and Doomsday Vision of the Islamic State, Nueva York, Palgrave MacMillan.

McCauley, Clark y Moskalenko, Sophia (2014): “Toward a Profile of Lone Wolf Terrorists: What Moves an Individual from Radical Opinion to Radical Action”, Terrorism and Political Violence, 26(1), pp. 69-85.

McClintock, Cynthia (1998): Revolutionary Movements in Latin America: El Salvador’s FMLN and Peru’s Shining Path, Washington, DC, United States Institute of Peace Press.

McCormick, Gordon (1992): From the Sierra to the Cities: The Urban Campaign of the Shining Path, Santa Monica, RAND.

— (2003): “Terrorist Decision Making”, Annual Review of Political Science, 6, pp. 473-507.

Maddison Project Database (2018): “‘Rebasing Maddison’: New Income Comparisons and the Shape of Long-Run Economic Development”, Maddison Project Working paper 10.

Maher, Shiraz (2016): Salafi-Jihadism: The History of an Idea, Oxford, Oxford University Press.

Mahoney, Charles (2018): “More Data, New Problems: Audiences, Ahistoricity, and Selection Bias in Terrorism and Insurgency Research”, International Studies Review, 20, pp. 589-614.

Malkasian, Carter (2021): The American War in Afghanistan: A History, Oxford, Oxford University Press.

Mangashe, Patrick (2018): “Operation Zikomo: The Armed Struggle, the Underground and Mass Mobilisation in South Africa’s Border Region, 1986-1990, through the Experiences of MK Cadres”, South African Historical Journal, 70(1), pp. 42-55.

Mann, Michael (1993): The Sources of Social Power. Vol. II: The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914, Cambridge, Cambridge University Press.

Mannes, Aaron (2004): Profiles in Terror: The Guide to Middle East Terrorist Organizations, Lanham, MD, Rowman & Littlefield.

Marchesi, Aldo (2019): Hacer la revolución. Guerrillas

latinoamericanas de los años sesenta a la caída del muro, Buenos Aires, Siglo XXI.

Melzer, Nils (2014): “The Principle of Distinction between Civilians and Combatants”, en Andrew Clapham y Paola Gaeta (eds.), The Oxford Handbook of International Law in Armed Conflict, Oxford, Oxford University Press, pp. 296-331.

Merari, Ariel (1993): “Terrorism as a Strategy of Insurgency”, Terrorism and Political Violence, 5(4), pp. 213-51.

Merari, Ariel y Elad, Shlomi (1986): Palestinian Terrorism Outside of Israel. 1968-84: Data and Trends, Londres, Routledge.

Mercado, Rogger (1987): Algo más sobre Sendero, Lima, Ediciones de Cultura Popular.

Merriman, John (2009): The Dynamite Club: How a Bombing in Fin-de-Siècle Paris Ignited the Age of Modern Terror, New Haven, Yale University Press.

Metelits, Claire (2010): Inside Insurgency: Violence, Civilians, and Revolutionary Group Behavior, Nueva York, New York University Press.

Millington, Chris (2018): “Were We Terrorists? History, Terrorism, and the French Resistance”, History Compass, 16, e12440.

Mishal, Shaul y Sela, Avraham (2000): The Palestinian Hamás: Vision, Violence, and Coexistence, Nueva York, Columbia University Press.

Moa, Pío (2002): “De un tiempo y de un país”. La izquierda violenta (1968-1978), Madrid, Encuentro.

Moorcraft, Paul (2018): Total Onslaught: War and Revolution in Southern Africa since 1945, Yorkshire, Pen & Sword.

Morán, Sagrario (1996): “La cooperación hispano-francesa en la lucha contra ETA”, PhD thesis, Universidad Complutense de Madrid.

Morris, Benny (2001): Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-2001, Nueva York, Vintage Books.

Mueller, John (2006): Overblown: How Politicians and the Terrorism Industry Inflate National Security Threats, and Why We Believe Them, Nueva York, Free Press.

Nacos, Brigitte (2016): Terrorism and Counterterrorism, Londres, Routledge.

Núñez Florencio, Rafael (1983): El terrorismo anarquista, 1888-1909, Madrid, Siglo XXI.

O'Leary, Brendan y Tirman, John (2007): "Introduction", en Marianne Heiberg, Brendan O'Leary y John Tirman (eds.), Terror, Insurgency, and the State, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, pp. 1-17.

O'Neill, Bard E. (1978): Armed Struggle in Palestine: A Political-Military Analysis, Boulder, CO, Westview Press.

— (2005): Insurgency & Terrorism: From Revolution to Apocalypse, Washington, DC, Potomac Books, 2ª ed.

Palmer, David (1995): "The Revolutionary Terrorism of Peru's Shining Path", en Martha Crenshaw (ed.), Terrorism in Context, University Park, Pennsylvania State University Press, pp. 249-309.

Pappe, Ilan (2017): The Biggest Prison on Earth: A History of the Occupied Territories, Londres, Oneworld.

Pécaut, Daniel (2008): "Las FARC: Fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión'", Análisis Político, 63, pp. 22-50.

Peli, Santo (2014): Storie di Gap. Terrorismo urbano e Resistenza, Turín, Giulio Einaudi.

Phillips, Brian J. (2017): "Deadlier in the US? On Lone Wolves, Terrorist Groups, and Attack Lethality", Terrorism and Political Violence, 29(3), pp. 533-49.

Popper, Karl (1945): The Open Society and its Enemies, vol. I: The

Spell of Plato, Londres, Routledge.

Portocarrero, Gonzalo (1998): Razones de sangre, Lima, PUCP.

Porzecanski, Arturo (1973): Uruguay's Tupamaros: The Urban Guerrilla, Nueva York, Praeger.

Powell, Alexander; Yang, Elizabeth; Westerhaug, Analeah y Haney, Kaia (2021): Maritime Sabotage: Lessons Learned and Implications for Strategic Competition, Arlington, VA, Center for Naval Analysis.

Prette, Maria Rita (ed.) (1996): Le parole scritte. Progetto Memoria 3, Roma, Sensibili alle Foglie.

Primoratz, Igor (1990): "What Is Terrorism?", Journal of Applied Philosophy, 7(2), pp. 129-38.

Rapoport, David C. (2004): "The Four Waves of Modern Terrorism", en Audrey Kurth Cronin y James M. Ludes (eds.), Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy, Washington, DC, Georgetown University Press, pp. 3-11.

Rawls, John (1971): A Theory of Justice, Nueva York, Belknap Press.

Reato, Ceferino (2010): Operación Primicia. El ataque de Montoneros que provocó el golpe de 1976, Buenos Aires, Sudamericana.

Revkin, Mara y Ahram, Ariel (2020): "Perspectives on the Rebel Social Contract: Exit, Voice, and Loyalty in the Islamic State", World Development, 132.

Richards, Anthony (2015): Conceptualizing Terrorism, Oxford, Oxford University Press.

Richemond-Barak, Daphne (2018): Underground Warfare, Oxford, Oxford University Press.

Rosendorff, B. Peter y Sandler, Todd (2005): "The Political Economy of Transnational Terrorism", Journal of Conflict Resolution, 49(2), pp. 171-82.

Ross, Jeffrey Ian y Robert Gurr, Ted (1989): "Why Terrorism Subsides: A Comparative Study of Canada and the United States", Comparative Politics, 21(4), pp. 405-26.

Rostica, Julieta (2011): "Apuntes 'Triple A'. Argentina, 1973-1976", Desafíos, 23(2), pp. 21-51.

Rubin, Barry (1994): Revolution until Victory? The Politics and History of the PLO, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Rubinstein, Richard E. (1987): Alchemists of Revolution: Terrorism in the Modern World, Nueva York, Basic Books.

Russett, Bruce (1993): Grasping the Democratic Peace: Principles for a Post-Cold War World, Princeton, Princeton University Press.

Ryan, Michael W. S. (2013): Decoding Al Qaeda's Strategy: The Deep Battle against America, Nueva York, Columbia University Press.

Sageman, Marc (2008): Leaderless Jihad: Terror Networks in the Twenty-First Century, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Sambanis, Nicholas (2004): "What Is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition", Journal of Conflict Resolution, 48(6), pp. 814-58.

Sánchez-Cuenca, Ignacio (2001): ETA contra el Estado. Las estrategias del terrorismo, Barcelona, Tusquets.

— (2009): "Explaining Temporal Variation in the Lethality of ETA"; Revista Internacional de Sociología, 67(3), pp. 609-29.

— (2019): The Historical Roots of Political Violence: Revolutionary Terrorism in Affluent Countries, Cambridge, Cambridge University Press (hay traducción al español en Los Libros de la Catarata, 2021).

Sánchez-Cuenca, Ignacio y Aguilar, Paloma (2009): "Terrorist Violence and Popular Mobilization: The Case of the Spanish Transition to Democracy", Politics & Society, 37(3), pp. 428-53.

Sánchez-Cuenca, Ignacio y De la Calle, Luis (2009): “Domestic Terrorism: The Hidden Side of Political Violence”, Annual Review of Political Science, 12, pp. 31-49.

Sarrailh, Fernando [Krutwig, Federico] (1963): Vasconia. Estudio dialéctico de una nacionalidad, Buenos Aires, Ediciones Norbati.

Saul, Ben (2019): “Defining Terrorism: A Conceptual Minefield”, en Erica Chenoweth, Richard English, Andreas Gofas y Stathis N. Kalyvas (eds.), The Oxford Handbook of Terrorism, Oxford, Oxford University Press, pp. 34-49.

Sayigh, Yezid (1997): Armed Struggle and the Search for State: The Palestinian National Movement 1949-1993, Oxford, Clarendon Press.

Schanzer, Jonathan (2008): Hamás vs. Fatah: The Struggle for Palestine, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Schedler, Andreas (2013): The Politics of Uncertainty: Sustaining and Subverting Electoral Authoritarianism, Oxford, Oxford University Press.

Schelling, Thomas C. (1966): Arms and Influence, New Haven, Yale University Press.

Schmid, Alex P. y Jongman, Albert J. (1988): Political Terrorism, New Brunswick, Transaction Publishers.

Schmitter, Philippe (1986): “An Introduction to Southern European Transitions from Authoritarian Rule: Italy, Greece, Portugal, Spain, and Turkey”, en Guillermo O’Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), Transitions from Authoritarian Rule: Southern Europe, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 3-10.

Schroefl, Josef y Kaufman, Stuart J. (2014): “Hybrid Actors, Tactical Variety: Rethinking Asymmetric and Hybrid War”, Studies in Conflict & Terrorism, 37(10):, pp. 862-80.

Seale, Patrick (1992): Abu Nidal: A Gun for Hire, Nueva York, Random House.

Segal, David (1988): "'The Iran-Iraq War: A Military Analysis", Foreign Affairs, 66(5), pp. 946-63.

Sen, Amartya (1999): Development as Freedom, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Senado de la República (1989): Encuesta de opinión: violencia y pacificación en el Perú, Lima, Mimeo.

Serrano, Secundino (2006): Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de Hoy.

Shalev, Aryeh (1991): The intifada: Causes and Effects, Boulder, CO, Westview Press.

Shapiro, Jacob N. (2013): The Terrorist's Dilemma: Managing Violent Covert Organizations, Princeton, Princeton University Press.

Sheehan, Ivan Sascha (2012): "Assessing and Comparing Data Sources for Terrorism Research", en Cynthia Lum y Les Kennedy (eds.), Evidence-Based Counterterrorism Policy, Nueva York, Springer, pp. 13-40.

Shemesh, Moshe y Tlamim, Moshe (2002): "'The IDF Raid on Samu': The Turning-Point in Jordan's Relations with Israel and the West Bank Palestinians", Israel Studies, 7(1), pp. 139-67.

Silke, Andrew y Filippidou, Anastasia (2020): "What Drives Terrorist Innovation? Lessons from Black September and Munich 1972", Security Journal, 33(2), pp. 210-27.

Simpson, Thula (2009): "The Making (and Remaking) of a Revolutionary Plan: Strategic Dilemmas of the ANC's Armed Struggle, 1974-1978", Social Dynamics, 35(2), pp. 312-29.

Smelser, Neil J. (2007): The Faces of Terrorism: Social and Psychological Dimensions, Princeton, Princeton University Press.

Smith, J. y Moncourt, André (2009): The Red Army Faction: A Documentary History, vol. 1: Projectiles for the People, Oakland, CA, PM Press.

Smith, M. L. R. (1995): Fighting for Ireland: The Military Strategy of the Irish Republican Movement, Londres, Routledge.

Spaaij, Ramón (2010): "The Enigma of Lone Wolf Terrorism: An Assessment", Studies in Conflict & Terrorism, 33(9), pp. 854-70.

Stampnitzky, Lisa (2013): Disciplining Terror: How Experts Invented 'Terrorism', Cambridge, Cambridge University Press.

Staniland, Paul (2014): Networks of Rebellion: Explaining Insurgent Cohesion and Collapse, Ithaca, Cornell University Press.

Stanton, Jessica A. (2013): "Terrorism in the Context of Civil War", The Journal of Politics, 75(4), pp. 1009-22.

START (2019): Global Terrorism Database, Codebook: Inclusion Criteria and Variables. Disponible en https://www.start.umd.edu/gtd/downloads/Codebook.pdf.

Steele, Abbey (2017): Democracy and Displacement in Colombian Civil War, Ithaca, Cornell University Press.

Stepanova, Ekaterina A. (2008): Terrorism in Asymmetrical Conflict: Ideological and Structural Aspects, Oxford, Oxford University Press.

Stern, Jessica (2003): Terror in the Name of God: Why Religious Militants Kill, Nueva York, HarperCollins.

Stoddard, Edward (2023): "Maoist Hybridity? A Comparative Analysis of the Links between Insurgent Strategic Practice and Tactical Hybridity in Contemporary Non-State Armed Groups", Studies in Conflict & Terrorism, 46(6), pp. 913-37.

Stokke, Kristian (2006): "Building the Tamil Eelam State: Emerging State Institutions and Forms of Governance in LTTE-Controlled Areas in Sri Lanka", Third World Quarterly, 27(6), pp. 1021-40.

Sullivan, Patricia L. (2007): "War Aims and War Outcomes: Why Powerful States Lose Limited Wars", Journal of Conflict Resolution, 51(3), pp. 496-524.

Sulmont, David (2007): “Las distancias del recuerdo. Memoria y opinión pública sobre el conflicto armado interno en el Perú, 1980-2000”, Memoria: Revista sobre cultura, democracia y derechos humanos, 2(2), pp. 9-28.

Tao, Ran; Strandow, Daniel; Findley, Michael G. y Thill, Jean-Claude (2016): “A Hybrid Approach to Modeling Territorial Control in Violent Armed Conflicts”, Transactions in GIS, 20(3), pp. 413-25.

Tapia, Carlos (1997): Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Terrill, W. Andrew (2001): “The Political Mythology of the Battle of Karameh”, Middle East Journal, 55(1), pp. 91-111.

Tilly, Charles (2003): The Politics of Collective Violence, Nueva York, Cambridge University Press.

Tonder, Gerry van (2019): Irgun: Revisionist Zionism, 1931-1948, Barnsley, Penn & Sword Military.

Torres, Jorge (2002): Tupamaros. La derrota de las armas, Montevideo, Fin de Siglo.

Valencia, Alberto (1992): Los crímenes de Sendero Luminoso en Ayacucho, Lima, Impacto.

Valentino, Benjamin A. (2004): Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the 20th Century, Ithaca, Cornell University Press.

Verwimp, Philip; Justino, Patricia y Brück, Tilman (2009): “The Analysis of Conflict: A Micro-Level Perspective”, Journal of Peace Research, 46(3), pp. 307-14.

Waldmann, Peter (2011): “How Terrorism Ceases: The Tupamaros in Uruguay”, Studies in Conflict & Terrorism, 34(9), pp. 717-31.

Walzer, Michael (1977): Just and Unjust Wars, Nueva York, Basic Books.

— (2004): Arguing about War, New Haven, Yale University Press.

Warrick, Joby (2015): Black Flags: The Rise of ISIS, Nueva York: Doubleday.

Weber, Max (1946): From Max Weber: Essays on Sociology [editado y traducido por H. H. Herth y C. W. Mills], Oxford, Oxford University Press.

Weinberg, Leonard; Pedahzur, Ami y Hirsch-Hoefler, Sivan (2004): "The Challenges of Conceptualizing Terrorism", Terrorism and Political Violence, 16(4), pp. 777-94.

Weinstein, Jeremy (2007): Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence, Cambridge, Cambridge University Press.

Whewell, William (1847): The Philosophy of Inductive Sciences, vol. 2, Londres, John W. Parker, 2ª ed.

Whiteside, Craig (2016): "The Islamic State and the Return of Revolutionary Warfare", Small Wars & Insurgencies, 2(5), pp. 743-76.

Whiteside, Craig; Rice, Ian y Raineri, Daniele (2019): "Black Ops: Islamic State and Innovation in Irregular Warfare", Studies in Conflict & Terrorism, 44(12), pp. 1190-217.

Whitfield, Teresa (2014): Endgame for ETA: Elusive Peace in the Basque Country, Londres, Hurst.

Wickham-Crowley, Timothy P. (1992): Guerrillas and Revolution in Latin America, Princeton, Princeton University Press.

Wiktorowicz, Quintan (2001): "Centrifugal Tendencies in the Algerian Civil War", Arab Studies Quarterly, 23(3), pp. 65-82.

Wilkinson, Paul (1985): "Fighting the Hydra: Terrorism and the Rule of Law", Harvard International Review, 7(6).

Woodworth, Paddy (2001): Dirty War, Clean Hands: ETA, the GAL and Spanish Democracy, Cork, Cork University Press.

Zapata, Antonio (2017): La guerra senderista: hablan los enemigos, Lima, Taurus.

Zumalde, Xabier (2004): Mi lucha clandestina en ETA, Arrigorriaga, Status.

NOTAS

1 . Sobre el ISIS como grupo terrorista, véase, por ejemplo, Klausen (2022: 8). Para el cuestionamiento de esta tesis, véase Cronin (2015). Para una revisión general sobre ISIS en la que el autor afirma que ISIS es una insurgencia que comete atentados terroristas, véase Beccaro (2018).

2 . Véase https://lc.cx/ethmCh.

3 . Véase https://lc.cx/hIYqT1.

4 . Traducimos target como ‘blanco’ y ‘objetivo’ indistintamente.

5 . “Somalia rebuilds: ‘the glass is now half-full’”, Financial Times, 16 de abril de 2023.

6 . Nuestra posición es, en cierto modo, análoga a la de Rawls (1971) cuando introduce su concepto de “equilibrio reflexivo”. Al elaborar su teoría de la justicia, Rawls buscó un equilibrio entre nuestros juicios morales bien ponderados y los principales postulados de la teoría. El proceso de formación del equilibrio es circular: partimos de nuestras intuiciones más básicas sobre la equidad para construir la teoría de la justicia, pero, a medida que la teoría avanza, refinamos y filtramos los juicios originales sobre la equidad. En algún momento, la teoría y los juicios están en paz entre sí: conseguimos entonces un equilibrio reflexivo. En nuestra

conceptualización del terrorismo, intentamos algo parecido: nuestra comprensión parte de algunas intuiciones profundas sobre lo que es y lo que no es el terrorismo y, luego, la conceptualización se utiliza para refinar y filtrar las intuiciones originales, hasta llegar a un punto de equilibrio.

7 . Una excepción es Ted Honderich, quien ha defendido la posibilidad de un terrorismo moralmente justificado. Véase Honderich (2008) para su defensa del terrorismo palestino contra civiles israelíes.

8 . Según Hoffman (2006: 21), los terroristas anarquistas también aceptaron la etiqueta de “terroristas”.

9 . “Text Statement from Al Qaeda”, New York Times (9 de octubre de 2001), disponible en https://lc.cx/xYAtZe.

10 . Entre muchos otros, Abrahms, 2006: 42, 2012: 369; Boot, 2013: xxii; Carr, 2002: 6; Coady, 2021: 19; Cronin, 2009: 7; Goodwin, 2006: 2028; Jones y Libicki, 2008: 3; Kamm, 2008: 157; Lake, 2002: 17; McCormick, 2003: 486; Nacos, 2016: 37; O’Leary y Tirman, 2007: 6; O’Neill, 2005: 33; Stepanova, 2008: 11; Stern, 2003: xx.

11 . La condición aleatoria de la violencia terrorista se menciona en algunas definiciones: véase, por ejemplo, Canetti-Nisim, Mesch y Pedahzur, 2006: 485; Ross y Gurr, 1989: 406.

12 . Curiosamente, Valentino (2004: 84-7) considera que cierto tipo de asesinatos en masa deberían calificarse de “terroristas”: en

concreto, cuando los ataques sistemáticos contra civiles están motivados por un intento de coaccionar al enemigo. En su opinión, esto abarca tanto la violencia estatal como la insurgente. En esta conceptualización, se combinan los dos criterios que estamos examinando (atacar a civiles y coaccionar al enemigo) (véase el apartado 1.5).

13 . Restringimos el análisis a los atentados mortales por motivos de comparación con otras bases de datos (véase más adelante). Si se tienen en cuenta todos los ataques, el porcentaje es algo inferior, el 31%, pero aún demasiado elevado para considerarlo una mera excepción.

14 . Abrahms (2006) sugiere que un grupo se califica de terrorista cuando más del 50% de los atentados van dirigidos contra civiles. Creemos que este umbral es arbitrario. Además, tiene algunas consecuencias contraintuitivas. Basándonos en los datos de la tabla 1.2, deberíamos concluir que ETA, el PIRA o las Brigadas Rojas eran grupos insurgentes, pero no terroristas, algo que va en contra de nuestras intuiciones más básicas sobre la naturaleza del terrorismo.

15 . Entre otros, véase Braithwaite, 2013; Burleigh, 2008: xiii; Clutterbuck, 1977: 21; Crelinsten, 2002: 83-4; Crenshaw, 1995: 4; Frey, 2004: 7; Hoffman, 2006: 40; Krueger, 2007: 14; Lee, 2011: 205; Richards, 2015; Rubinstein, 1987: xvi; Schmid y Jongman, 1988: 28; Wilkinson, 1985: 12.

16 . Véase Financial Times, 3 de septiembre de 2023 (https://lc.cx/Cb8dCC).

17 . Una excepción es Coady (2021: 45), que sostiene que “por muy común que sea la reacción de miedo, no parece cierto que sea lo

que invariablemente pretenden los terroristas".

18 . "Brigate Rosse, 'Risoluzione della Direzione Strategica'", abril de 1975. Reproducido en Prette (1996: 54).

19 . Véase Mangashe (2018) para un relato vívido y de primera mano de las operaciones clandestinas del MK dentro de Sudáfrica.

20 . Biddle (2021: 317-20) propone un índice de control del terreno basado en cuatro características: duración de los tiroteos, proximidad de los atacantes a los defensores, incidencia del contraataque e incidencia de los ataques de hostigamiento y de los campos de minas desatendidos. Dada la gran variedad de tácticas y situaciones en la guerra irregular, pensamos que estos criterios no pueden aplicarse en todas partes y resulta difícil medirlos en la mayoría de los conflictos.

21 . Los grupos que luchan por objetivos territoriales no siempre consiguen apoderarse del territorio. Véase Castan Pinos y Radil (2020) sobre esta cuestión.

22 . También se da el caso de que los atentados terroristas tienen un efecto positivo sobre la delincuencia organizada (Kreiman y Spadafor, 2022).

23 . Esto también vale para otras formas de violencia que comparten muchas características con el terrorismo, pero que, en última instancia, no tienen motivaciones políticas, como la violencia incel (véase Hoffman, Ware y Shapiro, 2020), que no consideramos terrorismo.

24 . Entre muchos otros, Berger, 2006; Dartnell, 1995; Heghammer, 2010; Kassimeris, 2001; Sánchez-Cuenca, 2001.

25 . Por mencionar algunos, Asal y Rethemeyer, 2008; Burstein, 2018; Cronin, 2009; De la Calle, 2015a; Jones y Libicky, 2008; Sánchez-Cuenca, 2019; Shapiro, 2013.

26 . El hecho de que estas tácticas puedan emplearse con fines no políticos (véase, por ejemplo, Richards, 2015) no es realmente una objeción, ya que nos limitamos al análisis de la violencia política.

27 . Durante un largo periodo de tiempo, de los años setenta a los noventa, el análisis empírico del terrorismo se centró en los atentados internacionales. La primera base de datos sobre la actividad terrorista, ITERATE, solo registraba atentados internacionales. Estos se definieron como atentados en los que intervienen más de dos nacionalidades, bien porque la nacionalidad del objetivo sea diferente de la nacionalidad del autor, bien porque los autores sean de nacionalidades diferentes o actúen fuera de su país (véase, por ejemplo, Rosendorff y Sandler, 2005: 172). Esta definición de terrorismo internacional es problemática, ya que equipara un atentado contra un extranjero en el país de los perpetradores con un atentado fuera del país de estos (véase un análisis más detallado de esta cuestión en Sánchez-Cuenca y De la Calle [2009]). Las oportunidades y limitaciones, así como las consecuencias políticas, de matar a un extranjero en el país de los autores son muy diferentes de las de matar en el extranjero.

28 . Enders, Sandler y Gaibulloev (2011) descomponen los atentados de la Global Terrorism Database (GTD) en nacionales y transnacionales, y utilizan la peculiar definición de terrorismo

internacional de ITERATE. Incluso con sus criterios expansivos, el porcentaje de terrorismo transnacional representa solo el 19% de todos los atentados del periodo 1970-2007 (tras excluir de los cálculos casi el 20% de todos los atentados de la muestra original por no ser puramente terroristas; la mayoría son atentados domésticos).

29 . Gerges, 2009; Holmes, 2005: 168; Kepel, 2003: introducción; Sageman, 2008: 42.

30 . Esto incluye los magnicidios perpetrados por un solo individuo (si había una motivación política, frente a la mera venganza). En la base de datos sobre magnicidios analizada por Jones y Olken (2009), el 59% de todos los casos corresponden a autores solitarios (la muestra está formada por 298 casos, que abarcan el periodo 1875-2004).

31 . Mientras que las guerrillas intentan boicotear las elecciones, los terroristas, dado que tienen que actuar dentro del territorio enemigo, a veces participan en las elecciones a través de partidos que constituyen la rama política del grupo armado. Se pueden citar muchos ejemplos, como el Sinn Féin con respecto al PIRA o Batasuna con respecto a ETA.

32 . Nuestro enfoque de la cuestión del terrorismo en el contexto de una guerra civil se desvía del adoptado en la literatura (por ejemplo, Stanton, 2013; Fortna, 2015). Exploramos esta cuestión con mayor detalle en el apéndice del capítulo 3.

33 . Una descripción detallada del ataque de los Montoneros a través de textos de la época puede encontrarse en Anguita y Caparrós (1998: 543-50).

34 . Hartwig, 2020; Hoffman, 2007; Schroefl y Kaufman, 2014; Stoddard, 2023.

35 . En el extremo opuesto de nuestro argumento, Boyle (2017) sostiene que el terrorismo de Estado tiene que ser represión abierta, a la vista de todos, ya que, de lo contrario, no tendría ningún efecto sobre el público al que se dirige esa violencia.

36 . Davenport (2007) define la represión estatal como la violencia del Estado dentro de su propia jurisdicción. Desde un punto de vista estricto, los asesinatos selectivos fuera de Israel no entrarían dentro de la represión estatal. De ello se deduce que el terrorismo de Estado no puede considerarse exclusivamente "un capítulo" de la represión estatal: es tanto represión encubierta como acciones encubiertas en el extranjero.

37 . A pesar del abrumador número de estudios que confirman esta relación, existen algunas opiniones discrepantes (por ejemplo, Djankov y Reynal-Querol, 2010). Por su parte, Besley y Persson (2011) consideran que el subdesarrollo y el conflicto son partes de un conjunto político-económico más amplio.

38 . Para una interpretación alternativa del efecto del PIB per cápita, basada en el coste de oportunidad de unirse a un grupo armado (los ingresos a los que renuncia la persona al convertirse en rebelde), véase Collier y Hoeffler (1998).

39 . Datos extraídos del Proyecto Maddison. Disponible en https://lc.cx/wAZ0dc.

40 . Eliminamos de la base de datos NSA los golpes de Estado y los conflictos anticoloniales por considerar que tienen su propia dinámica (por ejemplo, los conflictos anticoloniales implican a metrópolis prósperas). Sin embargo, los resultados no cambian sustancialmente si se incluyen estos conflictos.

41 . Dado que nos interesa investigar la variación entre países, hemos excluido los grupos transnacionales que no pueden asociarse a un país concreto (como Al Qaeda central). También hemos excluido algunos errores claros de codificación en la base, como es el caso de la Triple A, pues GTD mezcla la actividad de dos grupos con nombres idénticos en Argentina y España. Además, para evitar la proliferación artificial de grupos armados, no hemos contabilizado como grupos independientes aquellos que están integrados en una organización mayor, como la Fuerza 17 en Al Fatah, o Al-Khobar en el Frente Moro de Liberación Islámica. En casos excepcionales, hemos aceptado nombres genéricos, como "rebeldes chechenos", solo si el nivel de actividad armada es muy elevado y la base no reporta ningún otro grupo rebelde en ese conflicto (1.640 víctimas mortales en el caso de los rebeldes chechenos).

42 . En el caso de Hamás, en el capítulo 5 describimos cómo este grupo se hizo con el control territorial en la Franja de Gaza a partir de 2007, tras derrotar a la entonces dominante fracción armada palestina (Fatah). Así, distinguimos entre el Hamás clandestino anterior a 2007 y el Hamás posterior a 2007.

43 . Las categorías se explican por sí mismas, excepto, quizá, en el caso de los "asaltos a mano armada", definidos por GTD de la siguiente manera: "Ataque cuyo objetivo principal es causar daño físico o la muerte directamente a seres humanos mediante el uso de un arma de fuego, incendiaria o instrumento cortante (cuchillo,

etc.). No se incluyen los ataques con puños, piedras, palos u otras armas no letales. También se incluyen los ataques con ciertas clases de artefactos explosivos, además de armas de fuego, incendiarias o instrumentos cortantes. Las subcategorías de artefactos explosivos que se incluyen en esta clasificación son las granadas, los proyectiles y los artefactos explosivos desconocidos o de otro tipo que se lanzan".

44 . Es posible que GTD infrarrepresente los atentados de tipo guerrillero perpetrados por insurgencias a gran escala en zonas remotas, por lo que el porcentaje de bombas para estos grupos posiblemente esté sobreestimado.

45 . Se trata de regresiones MCO con errores estándar agrupados por países. Todos los modelos controlan por el logaritmo del número de ataques perpetrado por cada grupo, como una medida de su resiliencia.

46 . Se pueden obtener resultados similares utilizando GTD para todo el periodo 1970-2018.

47 . Como el riesgo de pasar por alto numerosos eventos terroristas es elevado, algunas bases se centran en recopilar información sobre asesinatos, los cuales suelen ser reportados por los medios con un mayor grado de exactitud. Nuestra base de datos de víctimas de terrorismo (Domestic Terrorism Victims, DTV) incluye información sobre 4.955 víctimas de organizaciones terroristas en Europa occidental desde 1965. La unidad de observación es la víctima (debidamente identificada en casi todos los casos) que fue asesinada por un grupo terrorista (véase De la Calle y Sánchez-Cuenca, 2011b).

48 . GTD se suele actualizar anualmente, pero para este libro empleamos los datos acumulados hasta el 31 de diciembre de 2018.

49 . Hay otros 5.000 ataques contra militares que cumplen el criterio 3. Véase McCann (2023) para un análisis más sistemático.

50 . Fortna (2023) es consciente de que no toda victimización civil en el contexto de una guerra civil puede considerarse como terrorista, un argumento que hemos señalado repetidamente en el capítulo 2. En sus propias palabras, la victimización selectiva de civiles "es omnipresente en las guerras civiles (Stanton 2016, 30), pero no es lo que normalmente consideramos 'terrorismo'. Centrándome en cambio en la violencia deliberadamente indiscriminada, intento captar la aleatoriedad inherente que hace que el terrorismo sea tan amenazante" (Fortna, 2023: 643).

51 . Queremos agradecer a Page Fortna que haya tenido la amabilidad de compartir con nosotros los datos de su artículo de 2023 publicado en el Journal of Conflict Resolution.

52 . Una comparación de cifras absolutas entre grupos armados heterogéneos equivale a comparar el apoyo electoral a partidos políticos en distintos países, medido por la cantidad total de votos a cada partido sin considerar la población de cada país. Así, en países muy poblados, casi cualquier tipo de partido obtendrá más votos de los que podría conseguir en los países pequeños. La única forma de superar este problema es comparar el apoyo relativo entre países. Lo mismo ocurre con el uso de tácticas por parte de grupos armados.

53 . En cuanto al indicador de control territorial, su efecto sobre las bombas es estadísticamente más débil. Sin embargo, hay que tener

en cuenta que la medida de control territorial de Fortna se extrae de la base de datos NSA (Cunningham, Gleditsch y Salehyan, 2013), cuya definición y operacionalización son poco claras (véase nuestro análisis al respecto en el apartado 3.2). En el capítulo 3, las tablas 3.4, 3.5 y el gráfico 3.4 muestran que los grupos que controlan territorio tienen una frecuencia relativa menor de atentados con bomba.

54 . El documento se reproduce en Punto Final, 58, 2 de julio de 1968, pp. 5-8.

55 . Véase, por ejemplo, Blixen (2005: 155) y Marchesi (2019: 64). Carretero (2020: 174), en su biografía de Guillén, deja clara la paternidad de Guillén de estas ideas.

56 . Disponible en https://lc.cx/hxLsm0. Torres (2002) ofrece un análisis completo del documento. Jorge Torres fue un tupamaro que participó en la preparación del Documento 1.

57 . Sobre la experiencia de moverse por el alcantarillado de la ciudad, véase Fernández Huidobro (2005: 240-41).

58 . Blixen (2005: 239), también tupamaro, habla de cifras mucho más elevadas.

59 . Esto no es exclusivo de los Tupamaros. En el caso de las Brigadas Rojas en Italia, el grupo fue creado en 1970, el primer asesinato no planificado ocurrió en 1974 y el primer asesinato planificado fue en 1976 (Sánchez-Cuenca, 2019: 69-70).

60 . Nuestra principal fuente en este apartado es el documentadísimo estudio de Consuelo Morán sobre las relaciones hispanofrancesas durante el conflicto vasco (Morán, 1996).

61 . La entrevista completa puede consultarse en https://lc.cx/nv5vlZ.

62 . Cifras del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí (disponible en https://lc.cx/N0Cac0).

63 . Las cifras sobre el terrorismo internacional palestino de esta sección proceden del Centro Jaffee de Estudios Estratégicos, tal y como se recogen en Merari y Elad (1986).

64 . Los nueve atletas murieron como consecuencia de una granada lanzada por los terroristas contra el helicóptero que los había trasladado a la base aérea. Tres terroristas sobrevivieron y fueron encarcelados. Sin embargo, el 29 de octubre de 1972, un vuelo que se dirigía a Alemania fue secuestrado. Los secuestradores amenazaron con volar el avión si no se liberaba a los tres terroristas. Las autoridades alemanas accedieron y los terroristas fueron trasladados a Libia.

65 . Los datos sobre las dos intifadas proceden de B'tselem (Centro de Información Israelí para los Derechos Humanos en los Territorios Ocupados). Sobre la primera intifada, véase https://lc.cx/lY8BrH.

66 . De la Calle y Sánchez-Cuenca (2020) también confirman esta

hipótesis a través de un estudio cuantitativo de gran escala.

67 . Traducimos de la versión inglesa proporcionada por Mishal y Sela (2000: apéndice 2).

68 . El primero ataque suicida tuvo lugar el 16 de abril de 1993: una furgoneta con explosivos fue detonada por su conductor en Cisjordania, hiriendo a varios soldados israelíes y matando a un palestino. El atentado fue reivindicado por múltiples grupos, entre ellos Hamás y YIP, aunque la investigación criminal lo atribuyó a Hamás (Mannes, 2004: 135). Según un informe de la ONU publicado el 14 de septiembre de 2013, justo un día después de la firma del Acuerdo de Oslo, un joven de 19 años miembro de Hamás explotó una bomba que llevaba en la cintura cuando intentaba entrar en una comisaría de Gaza; sin embargo, solo murió el terrorista (véase https://www.un.org/unispal/document/auto-insert-180894/).

69 . Según B'Teselem, 610 palestinos fueron asesinados por otros palestinos en el periodo 2000-2008 (véase https://lc.cx/8efzJt). Durante la primera intifada (1987-1993), Hamás asesinó a unos 150 colaboradores (Be'er y Abdel-Jawad, 1994: 206).

70 . A pesar de estas diferencias de medición, las dos series son muy similares (la correlación de Pearson es muy alta: 0,94). La única gran discrepancia se produce en 1985 y se debe a que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel no contabiliza el secuestro de un avión de Egypt Air, el 23 de noviembre, por parte de la OAN.

71 . Finalmente, fue asesinado el 10 de abril de 2010. Le sucedió otro miembro del mismo linaje, Abu Bakr al-Baghdadi, que alcanzó fama internacional en 2014 cuando se autoproclamó califa del

Estado Islámico desde la gran mezquita de Mosul.